

ESPARTACO

La rebelión de los gladiadores

Arthur Koestler



Sinopsis

Los hechos reseñados por la historia como la Guerra de los Esclavos o la Guerra de los Gladiadores sucedieron entre los años 73 y 71 antes de Cristo.

A pesar de la escasa relevancia que los cronistas romanos concedieron a este episodio de su historia, la rebelión de los gladiadores y esclavos liderada por Espartaco es uno de los más sorprendentes sucesos de la Roma republicana.

Resulta insólito que un grupo de apenas setenta gladiadores se convirtiera en un auténtico ejército, y consiguiera imponerse durante dos años a las poderosas legiones enviadas a destruirlo. Pero lo cierto es que Espartaco no sólo consiguió alterar los cimientos sobre los que se basaba el poder de Roma, sino que dio al pueblo desheredado unos ideales en los que creer.

ARTHUR KOESTLER



ESPARTACO

Espartaco

Arthur Koestler

Créditos

Título original: The Gladiators.

Traducción: María Eugenia Ciocchini.

Traducción cedida por Editorial Edhasa.

(c) 1994 Salvat Editores, S.A. (Para la presente edición)

(c) María Eugenia Ciocchini (De la traducción)

(c) 1992 Edhasa.

Publicado por Salvat Editores, S.A., Barcelona.

Cita

"Cuando traspusimos la puerta, me bajé el sombrero hasta cubrirme
los ojos y lloré sin que nadie me viera.

SILVIO PELLICO.

PRÓLOGO

Los delfines

Todavía es de noche y aún no han cantado los gallos. Sin embargo, Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado, sabe que los escribas deben madrugar más que los gallos. Deja escapar un gruñido y rastrea el suelo de madera con los dedos de los pies, buscando las sandalias. Una vez más, sus sandalias están al revés, con la punta hacia la cama; la primera ofensa del joven día, ¿cuántas más le esperarán?

Camina pesadamente hacia la ventana, mira hacia el patio de abajo, un profundo pozo rodeado de cinco plantas. Una mujer huesuda trepa por la salida de incendios; es Pomponia, su ama de llaves y única esclava, que le trae el desayuno y un cubo de agua caliente. Tiene que admitir que al menos es puntual; puntual, vieja huesuda.

El agua está templada y el desayuno asqueroso: segunda ofensa del día. Pero entonces los delfines nadan en su mente y la anticipación del espléndido clímax del día dibuja una sonrisa en su rostro. Pomponia parlotea y refunfuña mientras se pasea por la habitación, cepillando la ropa o acomodando los complicados pliegues de su atuendo de escriba. Apronius descende por la escalera de incendios con patética dignidad, y toma la precaución de levantarse la túnica para que no roce los peldaños, consciente de que Pomponia lo observa, escoba en mano, desde la ventana.

Amanece. Todavía con la túnica alzada, Apronius camina pegado a los muros la casa, pues una incesante procesión de carruajes tirados por bueyes o caballo transita por la estrecha callejuela entre rugidos y voces de mando: *Está Estrictamente Prohibido el Tránsito de Vehículos por las Calles de Capua Durante el Día.*

Un grupo de trabajadores avanza hacia él por la callejuela que separa los puesto de perfume y ungüentos de los del pescado. Son esclavos municipales, rufianes de mirada dura y rostros sin afeitar. Acobardado, se aprieta aún más contra los portales de las casas, se arropa con la capa, murmura pa-

labras de desprecio. Los esclavos pasan a su lado y dos de ellos lo empujan de forma involuntaria aunque impertinente. El escriba tiembla de ira, pero no se atreve a decir nada pues aquellos hombres son libertos -gracias a la reciente y maldita relajación de costumbres- y los capataces los siguen a escasos pasos de distancia.

Por fin han pasado todos y Apronius puede continuar su camino; pero ya le han estropeado el día. Los tiempos se vuelven cada vez más amenazadores. Apenas ha pasado cinco años desde la muerte del gran dictador Sila y el mundo ya está descarrilado. Sila, ése sí que era un hombre, sabía cómo mantener el orden, cómo somete al populacho con su puño de hierro. Le había precedido un siglo entero de inestabilidad revolucionaria: los Gracos con sus demenciales planes de reforma, las espantosas rebeliones de esclavos en Sicilia, la amenaza de la multitud desenfrenada cuando Mario y Cinna armaron a los esclavos de Roma y los empujaron a luchar contra el gobierno de la facción aristocrata. Se tambalearon los cimientos de la civilización mundial: los esclavos, esa gentuza hedionda y brutal, amenazaban con tomar el poder y convertirse en los señores del mañana. Pero entonces llegó Sila, el salvador, y cogió las riendas en sus manos. Acalló a los tribunales populares, decapitó a los revolucionarios más importantes y obligó a los cabecillas de la facción popular a exiliarse en España. Abolió la distribución gratuita de cereales, premió a holgazanes y patanes, y otorgó al pueblo una nueva y severa constitución que debería haber durado miles de años, hasta el final de los tiempos. Pero por desgracia los piojos invadieron al gran Sila y lo devoraron; eso que llaman pitiriasis.

Sólo han pasado cinco años, y sin embargo ¡qué lejanos parecen aquellos días felices! Otra vez el mundo está amenazado y conmocionado, otra vez hay cereal gratis para holgazanes y gandules, mientras tribunales populares y demagogos pronuncian una vez más sus espeluznantes arengas. Privada de un líder, la nobleza transige, vacila, y el populacho vuelve a alzar la cabeza.

Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado, siente que su día está inevitablemente malogrado, pues ni siquiera consigue alegrarse pensando en los delfines, el punto culminante de la jornada. Entonces un tablón de anuncios llama su atención; los calígrafos están ocupados llenándolo

con un nuevo cartel. Es un anuncio ostentoso y está casi terminado: en la parte superior, hay un sol rojo con rayos que se extienden en todas las direcciones. Debajo, el director Léntulo Batuatus, propietario de la mejor escuela de gladiadores, se complace en invitar al distinguido público de Capua a su gran actuación. El festival se llevará a cabo dentro de dos días, sean cuales fueren las condiciones climáticas, pues el director Batuatus no repara en gastos y cubrirá la arena con toldos especialmente diseñados para proteger al honorable público de la lluvia y, desde luego, también del sol. Además, durante los intervalos se rociará el auditorio con perfume.

"Estremecenos y daos prisa, amantes de los juegos festivos, estimados ciudadanos de Capua; vosotros que habéis sido testigos de las hazañas de Pacideianus, vencedor de ciento seis combates, vosotros que habéis admirado al invencible Carpophorus, no os perdáis esta singular oportunidad de ver pelear y morir a los famosos luchadores de la escuela de Léntulo Batuatus..."

Sigue una larga lista de los grupos participantes, donde el número principal es la lucha entre el gladiador galo Crixus y Espartaco, el tracio portador de un aro. El cartel anuncia además que ciento cincuenta novatos combatirán ad gladium, o sea hombre contra hombre y otros ciento cincuenta ad bestiarium, contra bestias. Durante el intervalo del mediodía, mientras desinfectan la arena, se enfrentarán en duelos burlescos enanos, tullidos, mujeres y payasos. Las entradas, cuyos precios oscilan entre dos ases y cincuenta sestercios, podrán reservarse con antelación en la panadería de Tito, en los baños al aire libre de Hermios o en la entrada del templo de Minerva, donde las venden agentes autorizados.

Quinto Apronius refunfuña. Hace tiempo que en Roma los políticos ambiciosos ofrecen juegos gratuitos como artimañas electoralistas. Sin embargo, en Capua, esta atrasada ciudad de provincias, todo el mundo debe pagar a cambio de un poco de diversión. Apronius decide pedir una entrada gratis al director Léntulo Batuatus, a quien conoce de vista. El director de los juegos, uno de los ciudadanos más distinguidos de Capua, es también un asiduo parroquiano de la Sala de los Delfines, con quien ha intentado tratar conocimiento en varias ocasiones.

Apronius sigue su camino, algo más animado por la decisión que acaba

de tomar, y unos minutos después llega a su destino: la sala del templo de Minerva, donde se celebra una sesión del Tribunal Municipal del Mercado.

Con la salida del sol, aparecen sus colegas; en primer lugar los somnolientos escribas menores con su digno malhumor. Ya están allí las partes en litigio, pescadores que se disputan un puesto en el mercado, pero se les ordena que aguarden fuera hasta que los llame el bedel. Los oficiales se mueven por la sala con languidez, acomodando bancos u ordenando documentos sobre la mesa del presidente. Quinto Apronius goza de cierto respeto entre sus colegas, en parte por sus diecisiete años de servicio y en parte por su posición de secretario honorario de una Cofradía de Sociabilidad y Club Funerario.

En este mismo momento intenta asociar a un colega más joven a su club, los "Adoradores de Diana y Antinoo", y le explica las normas de la asociación con benevolente condescendencia. Los nuevos miembros deben pagar una cuota de ingreso de cien sestercios, la suscripción anual es de quince sestercios y puede abonarse en mensualidades de cinco ases. El fondo del club, por su parte, paga trescientos sestercios para la cremación de cada miembro fallecido, excluidos los suicidios. Se deducen cincuenta sestercios para el séquito del funeral, que se reparten entre sus miembros a la llegada a la pira.

Aquel que inicie una disputa en cualquiera de las tertulias, deberá pagar una multa de cuatro sestercios; si se trata de una pelea, la pena aumenta a doce sestercios, y ascenderá a veinte en caso de insultos al director. Cuatro miembros reelegidos anualmente se ocupan de organizar los banquetes, proporcionar mantas y cojines para los sofás, agua caliente y vajilla, así como cuatro ánforas de buen vino, una hogaza de pan y cuatro sardinas por socio, al precio de dos ases. Quinto Apronius ha ofrecido una disertación acalorada, pero su colega, en lugar de mostrarse honrado por la propuesta, se limita a responder que lo pensará. Decepcionado y malhumorado, Apronius vuelve la espalda al irreverente joven.

Van llegando nuevos funcionarios, cada vez de mayor poder y rangos superiores, hasta que hace su entrada el consejero municipal que actuará como juez. Se despide de su séquito con un ademán digno y hace un gesto condescendiente a Apronius, que se apresura a acercarle una silla y ordenar

sus documentos. Adversarios y público se precipitan en la sala, comienza la sesión y con ella el trabajo, la profesión y la afición de Apronius: escribir. Su acongojado rostro se ilumina mientras traza con tierno placer una palabra tras otra sobre el pergamo virgen. Nadie escribe con semejante elegancia, nadie toma actas con tanta eficacia como Apronius, que tras diecisiete años de servicio ha ganado la muda confianza de sus superiores. Los adversarios se acaloran, los letrados charlan, se escucha a los testigos e interroga a los expertos, los documentos se apilan y se leen leyes y leyezuelas; pero todo esto no es más que una excusa para que Apronius practique el arte de la redacción de actas. Él es el verdadero héroe de esta escena, los demás son simple gentuza. Cuando el sol llega a su cenit y el bedel anuncia el fin de la sesión, Apronius ya ha olvidado las causas del litigio, pero la inusualmente perfecta floritura que cierra y embellece el acta del discurso del defensor aún flota bajo sus párpados.

Ordena meticulosamente actas y documentos, saluda al consejero con respeto y a sus colegas con cortesía y se retira del escenario de sus actividades oficiales alisando los pliegues de su toga contra sus caderas. Luego se dirige a la taberna de Los Lobos Gemelos en el barrio de Oscia, donde tiene reservada una mesa para los adoradores de Diana y Antinoo. Durante los últimos siete años, desde el día de su nombramiento como primer escriba del Tribunal del Mercado, ha almorzado siempre allí. Como Apronius sufre molestias gástricas, el mismo propietario le prepara una comida especial según una dieta establecida, aunque no le cobra ningún gasto extra por ello.

Una vez que ha acabado de comer, Apronius supervisa el lavado de su copa particular, sacude las migas de su túnica y se aleja de la taberna de Los Lobos Gemelos en dirección a los Nuevos Baños de Vapor.

También aquí, el dependiente recibe con deferencia al cliente habitual, le entrega la llave de su taquilla privada y acepta con una sonrisa indulgente la propina de dos ases. Como de costumbre, la espaciosa sala de mármol rezuma actividad, varios grupos de personas holgazanean mientras intercambian cotilleos, noticias y cumplidos; oradores públicos, ambiciosos poetas y otros oportunistas arengan bajo el refugio de techo arqueado, interrumpidos por su público con insultos, aplausos o risas. A Apronius le complace ejercitar el intelecto antes de abandonarse a los innumerables placeres físi-

cos de los baños. Se une a un grupo, luego a otro: capta con una oreja un comentario contra el aborto y el descenso de la natalidad, vuelve la espalda indignado a un segundo orador que está acabando un relato obsceno y por fin se levanta la túnica para dirigirse a un tercer grupo. En el centro hay un gordo comisionista y agente inmobiliario que dirige un pequeño y dudoso banco en algún lugar del barrio de Oscia e intenta ganar clientes alabando las acciones de una nueva refinería de resina en Brucio. Urge a los oyentes a comprar por puro altruismo; la resina es una buena propuesta, la resina tiene futuro. Apronius hace una mueca de disgusto, murmura palabras de desprecio y se aleja de allí.

Como era de esperar, la mayor parte del público, casi una asamblea, se ha congregado una vez más alrededor del socarrón letrado y escritor Fluyo, el peligroso agitador. Apronius ha oído muchos cotilleos sobre este hombrecillo de aspecto insignificante con la coronilla calva e irregular. Dicen que tenía influencia en la facción democrática, hasta que lo suspendieron por sus evidentes tendencias radicales.

Desde entonces, vive en alguna miserable buhardilla de Capua, incitando a la gente a rebelarse contra el orden establecido por Sila. El pequeño letrado habla con sequedad y complacencia, como si citara un libro de cocina, pero los imbéciles que lo rodean lo escuchan absortos. Lleno de resentimiento, alzando su túnica plisada, Apronius se apiña entre los oyentes; no por curiosidad, sino porque está convencido de que la ira antes del baño es buena para la digestión.

-La república de Roma está maldita -declara el letrado con la ampulosidad de que suelen hacer gala los eruditos para presentar los hechos más simples.

En otro tiempo Roma era un Estado agrícola, ahora tanto el Estado como los campesinos han sido desangrados. En el ínterin, el mundo se expandió, se importó cereal barato de otras tierras y los granjeros se vieron obligados a vender sus tierras y vivir de la caridad. Los artesanos se morían de hambre y los trabajadores se convertían en mendigos. Roma estaba atestada de trigo y éste se pudría en los graneros, pero no había pan para los po-

bres. Roma estaba llena de mano de obra, pero nadie la quería y las manos trabajadoras se abrían para mendigar o se cerraban en puños para pelear. El plan de distribución era un fracaso, el sistema económico de Roma no se había adaptado a la expansión del mundo y se anquilosaba de forma gradual.

Durante el último siglo, todos los hombres sensatos habían sido conscientes de la necesidad de un cambio radical. Sin embargo, si aquella idea se aireaba, resultaba aniquilada de inmediato junto con su progenitor.

-Vivimos en un siglo de revoluciones abortadas -afirma Fulvio mientras acaricia con seriedad su surcada calva.

El escriba Apronius ya ha oído bastante. Aquel individuo ha llegado demasiado lejos. Es evidente que este tipo de discursos socava los cimientos de la sociedad. Por fin, temblando de ira y disimulando la secreta satisfacción de saber que la furia ha acusado el efecto esperado, Quinto Apronius entra en los baños y se dirige a la primera parada del paraíso: la Sala de los Delfines.

Es una sala luminosa, agradable y discreta a la vez. Sobre las paredes de mármol se alinean rudimentarios sillones del mismo material, cuyos posabrazos representan delfines tallados con maestría. Son los asientos donde vecinos de circunspecta oratoria intercambian su sencilla sabiduría, donde los pensamientos vuelan mientras se alivian los intestinos, pues la Sala de los Delfines ha sido creada para la combinación armoniosa de ambas funciones.

El disgusto del escriba Quinto Apronius se trueca en alegría y su dicha se multiplica ante la visión de un famoso y rollizo personaje entronado entre dos delfines:

Léntulo Batuatus, propietario de la escuela de gladiadores, a quien Apronius pensaba pedir una entrada gratis. Acaba de desocuparse el asiento de mármol contiguo al de Batuatus, de modo que Apronius levanta con ceremonia los pliegues de su túnica, se sienta con un gruñido de felicidad y acaricia tiernamente las cabezas de los delfines con ambas manos.

La ira despertada por aquel revolucionario ha resultado de lo más efectiva.

Apronius paga su tributo a los delfines con devota emoción, mientras mira de reojo a su vecino. Sin embargo, el rostro del director está ceñudo y sus esfuerzos físicos no parecen obtener recompensa. Apronius se reconcilia consigo mismo, suspira compasivamente y comenta que después de todo no hay nada tan importante en la vida como una buena digestión. Añade que desde hace tiempo madura la teoría de que el descontento de los rebeldes y el fanatismo revolucionario son causados por las malas digestiones o, para ser más exactos, por el estreñimiento crónico y que incluso ha estado pensando en analizar este tema en un panfleto filosófico que confía escribir en cuanto disponga de un poco de tiempo.

El empresario lo mira con indiferencia, lo saluda con un gesto y responde con amargura que es bastante posible.

-No sólo posible, es un hecho probado -dice Apronius con vehemencia.

Y pasa a explicar varios incidentes históricos a la luz de su teoría, incidentes cuya importancia ha sido exagerada de forma desproporcionada por filósofos sediciosos.

Pero pese a su fervor no logra obtener la complicidad de su vecino. En lo que a él respecta -gruñe el director-, siempre ha alimentado a sus hombres decentemente y ha empleado a los mejores médicos para vigilar su estado físico y su dieta. Sin embargo, aquellos desgraciados han pagado sus caros desvelos con la más ruin ingratitud.

Apronius pregunta con tono compasivo si Léntulo tiene problemas con su negocio, mientras ve esfumarse tristemente la esperanza de una entrada gratis.

El empresario responde que así es, que no tiene sentido mantener el secreto por más tiempo: setenta de sus gladiadores han escapado la noche anterior, y a pesar de todos sus esfuerzos, la policía no ha encontrado el menor rastro de ellos.

Y una vez que ha comenzado, aquel hombre corpulento de inmaculada reputación comercial se desahoga y se explaya en un largo lamento sobre la mala situación de la época y la aún peor situación de los negocios.

El escriba Apronius lo escucha con reverencia, el torso inclinado hacia

adelante en actitud de profundo interés y los pliegues de su túnica recogidos con dedos melindrosos. Sabe que Léntulo, además de merecer el reconocimiento público por sus prósperos negocios, también ha hecho una notable carrera política. Llegó a Capua apenas dos años antes y fundó la escuela de gladiadores que ya ha obtenido una excelente reputación. Sus conexiones comerciales se extienden como una red a lo largo de toda Italia y las provincias; sus agentes compran la materia prima humana en el mercado de esclavos de Delos y después de un año de minucioso entrenamiento la venden a España, Sicilia y las cortes asiáticas transformada en modélicos gladiadores. Léntulo debe su éxito sobre todo a su integridad comercial. Su establecimiento emplea sólo entrenadores famosos y especialistas médicos supervisan la dieta y el ejercicio de los alumnos, pero por encima de todo ha logrado grabar en sus hombres una regla de oro: que una vez vencidos, deben hacer un buen papel hasta ser aniquilados y no disgustar al público con ningún tipo de alharaca.

-Cualquiera puede vivir, pero morir es un arte que requiere aprendizaje -solía repetir a sus gladiadores.

Gracias a aquel atributo, a aquella exquisita disciplina mortuoria, contratar a los gladiadores de Léntulo solía costar un cincuenta por ciento más que a los de las demás escuelas.

Y sin embargo, incluso Léntulo ha sido afectado por estos malos tiempos. Halagado y conmovido, el escriba escucha las quejas de este gran hombre:

-Como ves, buen hombre -explica Léntulo-, casi todos los contratistas de juegos están pasando una crisis y el público es el único culpable. Ya nadie aprecia a los luchadores experimentados e instruidos ni piensa en los problemas y los gastos que supone su preparación. La cantidad reemplaza la calidad, y la gente exige que cada representación acabe con una de esas desagradables masacres en que las bestias devoran a los hombres o cosas por el estilo. ¿Tienes idea de lo que eso significa para los negocios? Simplemente esto: en el clásico duelo ad gladium, o sea hombre contra hombre, los gastos son de uno entre dos, lo que significa que se reducen a un cincuenta por ciento. Añade a eso un margen del diez por ciento para heridos mortales y llegamos a una inversión en materia prima de un sesenta por ciento por es-

pectáculo. Éste es el cómputo tradicional de nuestros balances.

"Sin embargo, ahora la gente exige espectáculo con animales. Insisten en que son pintorescos, y por supuesto no piensan en que exponer a mis gladiadores ad bestiarium eleva los gastos a un ochenta o noventa por ciento. Hace apenas unos días, el tutor de mi hijo, un matemático eminentísimos, calculó que las posibilidades de que el más capaz de los gladiadores permanezca tres años en servicio activo es de una en veinticinco. Como es lógico, esto significa que el contratista debe recuperar lo que ha gastado en el entrenamiento de un hombre en un promedio de una función y media o dos.

"Por supuesto vosotros, el público, los espectadores, consideráis que la arena es una mina de oro -añade Léntulo con una sonrisa amarga-, pero te sorprenderá saber que este tipo de empresa, conducida con responsabilidad, deja un beneficio anual de un diez por ciento como máximo. A veces me pregunto por qué no invierto mi dinero en tierras o por qué no me dedico profesionalmente a las tareas agrícolas.

Después de todo, hasta un miserable campo deja un beneficio anual del seis por ciento...

La esperanza de Apronius de conseguir una entrada gratuita ya está muerta y enterrada, y encima parecen esperar de él algún comentario de consuelo.

-Bueno, estoy seguro de que lograrás sobreponerte a esa pérdida de cincuenta hombres -dice con tono alentador.

-Setenta -corrige el director, disgustado-, y setenta de los mejores. Uno de ellos es Crixus, mi entrenador galo, a quien sin duda habrás visto en acción: un hombre corpulento, de aspecto sombrío con una cabeza de foca y movimientos lentos y peligrosos. Una terrible pérdida. Y también está Castus, un individuo pequeño, ágil, maligno y feroz como un chacal. Además de otras figuras eminentes: Ursus, un verdadero gigante; Espartaco, un sujeto tranquilo y agradable que siempre lleva una bonita piel sobre los hombros; Enomao, un novato prometedor y muchos más.

Material de primera, te lo aseguro, y también gente muy educada. -La voz del empresario cobra un deje absolutamente patético mientras recita la lista de valores perdidos-. Ahora tendré que rebajar las entradas un cincuen-

ta por ciento, y ya tengo varios centenares de entradas distribuidas entre fanáticos abonados y simples gorrones.

Apronius traga saliva y se apresura a desviar el tema hacia un terreno más filosófico. Comenta que a esos gladiadores debe resultarles difícil vivir de espectáculo en espectáculo, siempre amenazados por la sombra de la muerte. Él, Quinto Apronius, no puede imaginarse a sí mismo en la situación de aquellas criaturas.

Léntulo sonríe, pues está acostumbrado a escuchar ese comentario de boca de profanos.

-Uno se acostumbra -dice-. Tú, como buen funcionario, no tienes idea de la rapidez con que la gente se adapta a las condiciones más extraordinarias. Es como la guerra y, después de todo, la muerte puede sorprendernos cualquier día. Además, la gente que cuenta con la seguridad de un techo firme sobre sus cabezas y buena comida está mucho mejor que yo, con tanta responsabilidad sobre los hombros, un montón de preocupaciones cotidianas y problemas comerciales. Créeme, a veces envidio a mis alumnos. -Apronius admite con pequeños gestos de asentimiento que la vida de los alumnos parece tener sus ventajas-. Pero ya ves, el hombre nunca está satisfecho; forma parte de la naturaleza humana -continúa el empresario con pesimismo.

Añade que poco antes de una función suele despertarse cierta inquietud entre sus hombres y que entonces se oyen un montón de comentarios estúpidos. La última vez se rumoreaba que, por exigencias del público, el director haría participar a los supervivientes de los torneos ad gladium en los ad bestiarium. Como es natural, a los hombres no les había gustado la idea, se habían producido varias escenas vergonzosas y por fin, la noche anterior, de forma inexplicable, había sucedido el incidente ya mencionado.

A pesar de que él, el propio Léntulo Batuatus, es la persona más afectada, no puede dejar de comprender hasta cierto punto la indignación de los hombres, pues la conducta del público le preocupa aún más que su situación comercial. Sirva como ejemplo la última superstición según la cual la sangre fresca de gladiador cura ciertas dolencias femeninas. Léntulo se ahorrará a sí

mismo y a su distinguido oyente la descripción de las increíbles escenas que se han vivido en la arena desde que comenzó a divulgarse este rumor. Estos acontecimientos han hecho tales estragos en su propia salud, que no puede oír pronunciar la palabra "sangre" sin sentir náuseas, y su médico le ha recomendado seriamente que visite cuanto antes una institución hidropática en Baia o Pompeya.

El director suspira y concluye su relato con un gesto resignado que podría responder tanto a la futilidad de sus esfuerzos físicos como al estado general del mundo.

Apronius comprende que hoy no conseguirá nada de aquel hombre. Defraudado, se levanta de su asiento de mármol, alisa los pliegues de su túnica y se despide.

Durante la cena en la taberna de Los Lobos Gemelos permanece hosco y preocupado e incluso olvida supervisar el lavado de su copa.

Cuando sale hacia su casa, el crepúsculo cubre de sombras la intrincada red de calles del barrio de Oscia. No consigue borrar de su mente la tristeza por no haber conseguido una entrada gratuita y mientras trepa por la escalera de incendios hacia su habitación lo invade una sensación de amargura. ¿Para qué le han servido los diecisiete años de servicio? No es más que un paria, expulsado del festín de la vida, ni siquiera las migas caen en su camino. Desnuda su cuerpo enjuto con gestos mecánicos, alisa los pliegues de su túnica y la apoya con cuidado sobre el tambaleante trípode; luego apaga la lámpara. Se oyen unas pisadas rítmicas y sordas: los esclavos municipales vuelven de trabajar. Aún le parece ver la expresión desdichada y aterida que se dibujaba en sus rostros cuando lo empujaron y se marcharon sin pedirle perdón.

Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado, escudriña con tristeza la oscuridad de su habitación. ¿Para esto trabaja uno?, ¿sólo para una larga y alanaza vida llena de privaciones? ¿Es posible que haya dioses en semejante mundo?

Apronius no sentía tantos deseos de llorar desde que era niño. Espera en vano que llegue el sueño, pero teme las pesadillas que traerá consigo, pues no le cabe duda de que serán horribles.

LIBRO PRIMERO LA REBELIÓN

1 La posada junto a la vía Apia

La vía Apia se estrechaba hacia el sur, una interminable procesión de mojones, árboles y bancos. Estaba pavimentada con grandes bloques cuadrangulares de piedra y regulares setos de cactus se alineaban sobre sus flancos inclinados. Tanto piedras como plantas estaban cubiertas con una capa de polvo harinoso. Hacía calor y reinaba un profundo silencio.

La posada de Fanio se alzaba junto al segundo mojón al sur de Capua, y aunque era la época más activa del año, estaba vacía. Corrían tiempos malos e inseguros, y sólo viajaban aquellos que no tenían más remedio que hacerlo, pues pandillas de rufianes ignorantes vagaban por el campo, volviendo arriesgado el tránsito y el comercio. El camino no había visto pasar ningún cliente potencial desde el mediodía, a excepción de dos grupos de viajeros aristócratas que se dirigían a Baia y que nunca hubieran posado sus ojos en la taberna de Fanio.

Fanio estaba detrás del mostrador, escuchando el balance de cuentas de su contable. La habitación, saturada de humos hediondos, olía a tomillo y cebollas. Dos camareras maquilladas arrojaban los dados sobre una mesa para decidir cuál de ellas debía atender al próximo cliente. Los criados masculinos, robustos, de cuello corto y grueso, aptos para cualquier tarea, estaban ocupados en los establos o disfrutaban de sus siestas en el patio sombrío bajo nubes de mosquitos.

De repente se oyeron voces bulliciosas en la entrada. Cuando Fanio se levantó para ver qué ocurría, la puerta se abrió precipitadamente y una multitud ruidosa entró en el local. Había al menos cincuenta o sesenta personas y el lugar se llenó de inmediato. Los recién llegados llevaban extraños instrumentos, similares a los que se usaban en el circo. Casi todos parecían muy animados y reían o proferían gritos innecesarios. Uno de ellos llevaba la piel de un animal cruzada sobre un hombro, en lugar de ropas decentes. Perma-

necieron de pie, con evidente incomodidad, dirigiendo miradas lascivas a las camareras. Por fin, uno de ellos exigió que les prepararan una mesa en el patio.

Fanio contempló a aquel grupo de personas y, sin excesiva prisa, ordenó a sus sirvientes que llevaran bancos y taburetes fuera. Las camareras se humedecieron las cejas, intercambiaron muecas de disgusto y comenzaron a poner la mesa. Los huéspedes se sentaron y reinó un silencio expectante. Entre ellos había varias mujeres.

En la cabecera se sentó un gordo de bigotes caídos y ojos de pez. Llevaba una cadena plateada al cuello y parecía una foca triste. Las camareras iban y venían colocando vasos y jarras sobre la mesa, pero el gordo las arrojó al suelo con el brazo.

-Llevaos esto -dijo-, queremos un barril.

Las jarras de cerámica se estrellaron contra la piedra del suelo y los demás rieron. Una mujer delgada y morena golpeó la mesa con sus puños pequeños e infantiles.

Fanio se aproximó al gordo con pasos indolentes y sus criados cuellicortos formaron un muro tras él. Cuando le tocó el brazo, todo el mundo se calló la boca. Fanio, un individuo regordete, con un solo ojo y hombros corpulentos, miró de arriba a abajo a cada uno de sus clientes.

-¿De qué arena os habéis escapado? -les preguntó.

El gordo apartó la mano de Fanio de su brazo y respondió:

-El que pregunta demasiado, se expone a escuchar demasiado. Ahora queremos nuestro barril.

Fanio permaneció inmóvil un momento, mirando a sus huéspedes, que a su vez miraron a Fanio sin decir nada. El silencio se prolongó unos instantes, hasta que por fin Fanio guiñó un ojo y sus hombres arrastraron el barril hacia la mesa. Fanio esperó que lo abrieran y se marchó. Las camareras regresaron para llenar las copas, pero los comensales ya se habían amontonado en torno al barril y se servían solos. Luego pidieron la comida. La camareras llevaron varias fuentes y los comensales comieron y bebieron hasta ponérse de muy buen humor, mientras los criados cuellicortos los observaban

apoyados contra la pared.

Cuando empezó a oscurecer, el gordo llamó al propietario de la taberna. Fanio se acercó y comprobó que varios comensales dormían sobre las mesas y otros sostenían a las camareras -que también parecían muy animadas-sobre sus regazos.

El gordinflón, con un aspecto tan melancólico como antes, pidió a Fanio que preparara habitaciones para todo el grupo. Algunos huéspedes protestaron, gritando que era necesario seguir adelante; pero el gordo dijo que aquel lugar era tan bueno como cualquier otro para pasar la noche. Fanio guardó silencio. La delgada joven morena reconoció que el gordo tenía razón y que podrían poner guardias en las puertas. El gordo respondió que ya habían discutido bastante y que el posadero debía preparar las camas y la ropa de cama. Por fin Fanio dijo que no tenía ni camas ni ropa de cama y les rogó que pagaran y se marcharan.

Los comensales permanecieron en silencio. Un instante después, el hombre de la piel le dijo a Fanio que no debía temer nada, pues llevaban suficiente dinero para pagarle. Tenía una cara ancha y bondadosa, cubierta de pecas, y sus extremidades angulosas, junto a su forma de sentarse -con los poderosos codos apoyados sobre las rodillas- le daban el aspecto de un leñador de las montañas. Fanio lo miró, el hombre de la piel le devolvió la mirada y Fanio giró la cara. Uno de los comensales, un hombre pequeño y delgado, soltó una carcajada desagradable y arrojó al propietario una bolsa de monedas. Fanio la recogió, pero insistió en que debían retirarse.

Los comensales guardaron silencio. Fanio esperó unos instantes, hizo un guiño y los cuellicortos se acercaron. Entonces el gordo se incorporó y Fanio retrocedió unos pasos. Permanecieron allí de pie, barriga frente a barriga. Fanio miró al gordinflón y le advirtió que en sus tiempos se las había visto con bandidos más grandes y mejores que él. Su manotazo fue rápido y astuto, pero el gordo le hundió la rodilla en el estomago y lo arrojó contra la pared, donde el propietario de la taberna se acurrucó gimoteando.

Uno de los grandullones de cuello corto alzó el brazo y todos se arrojaron sobre el gordo. Los que dormían despertaron, las camareras gritaron, los

trípodes se astillaron y el estrépito de las jarras ahogó el crujido de los huesos contra los cuales se estrellaban. Sin embargo, las extrañas armas de los comensales eran superiores a las porras de los criados y la refriega no duró mucho tiempo.

El patio se convirtió en un caos. Los criados retrocedieron y se apiñaron junto al establo. Las camareras les vendaron las heridas, pero fueron incapaces de ayudar a dos de ellos, que fueron arrastrados fuera de allí. Los comensales merodeaban, vacilantes, bromearon y se burlaban de los criados. Los cuellicortos guardaban silencio y algunos miraban a Fanio, que seguía acurrucado junto a la pared.

El hombrecillo delgado se dirigió hacia Fanio con pasos cortos y afectados y se inclinó sobre él. Fanio giró la cabeza y escupió. Solícito, el hombrecillo le propinó un puntapié en el pubis y Fanio se dobló haciendo arcadas.

-Ya te han sacado un ojo, pero ahora vas a perder algo más -dijo el hombrecillo-. Eso es lo que le pasa a la gente que busca problemas, y nada menos que con Crixus, rió dando una palmada a la barriga del gordinflón.

Sin embargo, Crixus no. Con sus bigotes caídos y sus ojos apagados, tenía todo el aspecto de una foca triste.

Los criados cuellicortos seguían apiñados junto al establo, custodiados por varios comensales armados. El hombre de la piel cruzó el patio y se detuvo frente a los sirvientes. Todos lo miraban.

-¿Y ahora qué vamos hacer con vosotros? -les preguntó.

Los criados lo observaban con ojos serenos y atentos. Les gustaba mirar así.

-¿Qué clase de personas sois vosotros? -preguntó uno de ellos.

-Adivínalo -gruñó el hombrecillo-. Quizá seamos senadores.

-No nos importa que durmáis aquí -dijo uno de los cuellicortos-, siempre y cuando os larguéis mañana.

-Gracias, eres muy amable -respondió el hombre de la piel con una sonrisa.

Todos rieron, incluso algunos de los cuellicortos.

-Os encerraremos para que paséis la noche con las vacas -dijo el hombre de la piel.

-En realidad deberíamos acabar con vosotros -dijo Crixus-. Si alguno de vosotros intenta salir, lo mataremos de inmediato.

Los encerraron en el establo y aseguraron las puertas con candados de hierro.

Dos de los huéspedes se quedaron a vigilarlos y otros dos centinelas se apostaron en la salida.

Las camareras se marcharon a hacer las camas y a prepararse para una noche agotadora.

Cien mercenarios de campaña marchaban por la calle principal. Aquella tarde les habían ordenado buscar a los fugitivos y llevaban cuatro horas registrando infructuosamente caseríos y callejuelas. Enviaban patrullas de exploradores que regresaban poco después con los testimonios de campesinos y peones que habían visto huir a la horda. Sin embargo, ninguna de aquellas pistas los había llevado a ninguna parte. Todos habían visto a los fugitivos, pero nadie podía o quería decir hacia dónde se habían dirigido.

Varios criados de Léntulo acompañaban a las patrullas para colaborar en la identificación de los fugitivos. Aquellos criados estaban más nerviosos que nadie, pues se sentían responsables ante su amo por el éxito de la expedición. Tampoco para los mercenarios era una tarea agradable: debían capturar a los fugitivos -a ser posible, vivos-, mientras los concejales de la ciudad disfrutaban de las delicias de los baños de vapor. Ni la maldita gloria ni las condecoraciones bastarían para recompensarlos, y una lucha con gladiadores no parecía una perspectiva alentadora.

Todo el mundo sabía que aquellos hombres eran casi animales, bestias entrenadas, y no tenían nada que perder. Además, empleaban las armas más extraordinarias: redes, lazos, tridentes, jabalinas, armas que trastocaban todos las reglas de un combate.

Caía el crepúsculo cuando la patrulla se detuvo en una taberna junto al

sexto mojón, poco después de la bifurcación del camino cerca del condado de Clatio. Parecía que la expedición iba a ser infructuosa, pero a los soldados no les importaba.

Casi todos eran casi ancianos, artesanos y mercachifles empobrecidos, trabajadores sin trabajo o granjeros arruinados. Se habían alistado en las tropas auxiliares por las raciones diarias, la paga regular y la jubilación. Tenían más aspecto de una milicia rural que de legionarios romanos.

Comieron, bebieron y dos horas después de la puesta de sol se dispusieron a regresar. La luna era joven y la noche muy oscura. A mitad del camino, uno de los exploradores montados se acercó a toda prisa, acompañado por un hombre agitado y tambaleante, con las ropas hechas jirones. Dijo que su nombre era Fanio y que los fugitivos habían entrado por la fuerza en su posada, donde habían asesinado a los sirvientes y destrozado el local. Ahora dormían con las camareras, y si rodeaban la casa podrían cogerlos con facilidad, como a ratas atrapadas en un agujero. Luego preguntó si habría alguna recompensa.

Los soldados, agotados y mareados por el vino, hubieran querido matarlo, pero el capitán era un hombre ambicioso y ordenó que reanudaran la marcha. El regimiento despertó a los habitantes de una granja situada a una milla de la bifurcación de caminos y se proveyó de antorchas. Veinte minutos más tarde, llegaron a la posada de Fanio.

Las antorchas humeaban, pero el edificio parecía desolado y desierto. Después de rodear la casa, el capitán golpeó la puerta principal con la empuñadura de su espada. Era una puerta maciza, de madera noble. No hubo respuesta.

-Tal vez se hayan ido -sugirió un soldado.

Decidieron tirar la puerta abajo. Diez hombres regresaron a buscar hachas a la granja y los demás tuvieron que aguardar otro rato. La casa tenía sólo dos ventanas a la vista, una en la parte delantera y otra en el muro frente al campo, ambas en la planta superior. Todas las demás ventanas daban a los patios interiores, de modo que no había más opción que esperar las hachas.

Los mercenarios se sentaron en el camino y algunos se quedaron dor-

midos.

Aguardaron. De vez en cuando un hombre se acercaba a la puerta, golpeaba y gritaba una orden; pero dentro reinaba el más absoluto silencio. Quizá se hubieran ido de verdad. Todo aquello parecía absurdo.

Una hora después, los hombres regresaron con las hachas y se dispusieron a echar la puerta abajo. Era una puerta muy dura, y cuando por fin cedió, no se oyeron ruidos en el interior. Ordenaron a Fanio que los guiara, pero él cedió la delantera al capitán, y los demás lo siguieron en tropel. Por fin llegaron a un patio cuadrangular, que tenía un aspecto extraño a la luz de las antorchas. Los gladiadores, apostados en cada una de las ventanas del piso superior, miraron hacia abajo.

El capitán, un joven distinguido llamado Mammius, forzó la voz hasta darle un volumen innecesario:

-Ahora dejad de crear problemas -gritó mientras giraba la cabeza hacia todas partes, incapaz de decidir a qué ventana debía dirigirse-. Bajad. Es inútil que os resistáis.

Cuando terminó, el patio volvió a quedar en absoluto silencio.

-Enséñanos las escaleras -le dijo el capitán a Fanio.

El propietario de la posada señaló la cocina y el capitán se dirigió hacia allí.

-Será mejor que volváis a casa -les advirtió una voz desde arriba.

El capitán se detuvo.

-¿Os entregaréis voluntariamente o no? -le dijo a la voz.

Se oyeron risas.

-Y también está el viejo Nicos -gritó alguien desde una de las ventanas-.

¿Nos traes saludos y besos del amo?

-No seáis tontos -dijo Nicos, un anciano esclavo de Léntulo, alzando la vista-. Volved a casa. El amo está muy enfadado.

Se oyeron más risas.

Los mercenarios miraban hacia las ventanas desde el patio.

-¿Dónde está Espartaco? -preguntó Nicos buscándolo con la vista.

El hombre de la piel se asomó a una ventana, en el otro extremo del patio, y le dedicó una sonrisa amistosa.

-¡Ave, Nicos!

-¿No puedes hacerles entrar en razón? -preguntó Nicos-. Tú solías ser más sensato.

El hombre de la piel sonrió, pero no respondió. Las antorchas despedían humo en lugar de luz.

-Bien -dijo el capitán-. ¿Bajáis o no? -volvió a dar unos pasos hacia las escaleras.

-Quédate donde estás, cebollino -gritó alguien desde una ventana.

El capitán avanzó un par de pasos más, pero entonces un objeto informe descendió flotando y un instante después se encontró en el suelo, maldiciendo y luchando con pies y manos para desasirse de la red que lo envolvía, mientras los hombres de las ventanas reían a carcajadas.

-¡Traedlo aquí arriba! -gritó uno de ellos, cuya voz se destacaba sobre las de los demás.

El capitán maldijo tan fuerte que su voz se quebró en un falsete. Varios mercenarios se acercaron a las escaleras con paso vacilante, dispuestos a liberar a su capitán, pero uno de ellos cayó abatido de inmediato, gimoteando, y los demás se detuvieron en seco. Entonces se desató un verdadero caos: desde las ventanas cayó una lluvia de cuchillos, piedras, jabalinas y utensilios.

Los soldados arrojaron las antorchas y comenzaron a correr de un sitio a otro cubriéndose las cabezas con los escudos, aunque aquella era una pobre defensa para los terribles proyectiles que caían desde todos los ángulos posibles. Algunos intentaron arrojar sus lanzas y picas contra las ventanas, pero invariablemente regresaban al suelo. Las antorchas humearon hasta extinguirse y la completa oscuridad agravó la situación, aunque lo

peor de todo eran los gritos procedentes de arriba. Los soldados corrieron hacia la puerta exterior, pero encontraron la puerta cerrada, y aquellos que se atrevieron a acercarse demasiado fueron apuñalados o aporreados.

Los gladiadores se precipitaron escaleras abajo e irrumpieron en el patio, arrinconando a los soldados. Nuevas antorchas se encendieron en las ventanas, revelando la posición de los mercenarios, ahora incapaces de protegerse. La voz que había gritado "¡Traedlo aquí arriba!", volvió a resonar:

-¡Arrojad las armas! -y tras aquellas palabras volvió a reinar silencio.

Varios soldados arrojaron las espadas y se sentaron en el suelo. Los demás permanecieron de pie y uno de ellos gritó que no arrojaran nada. Entonces Crixus caminó hacia el centro del patio y pidió al responsable de aquellas palabras que diera un paso al frente, pero éste no se movió. Crixus repitió la orden y argumentó que sería más sensato pelear uno contra otro, en lugar de que todos se rompieran la cabeza entre sí. Los soldados pensaron que era una buena idea y se hicieron a un lado para dejar sitio al hombre que había ordenado retener las armas. Éste no se movió; de modo que todos dejaron las armas y se sentaron en un rincón del patio.

Los gladiadores, que no dejaban de bromear y parecían de muy buen humor, recogieron las armas y las llevaron arriba. Luego transportaron a los muertos y heridos al establo, entre ellos a Fanio y al capitán, que había muerto pisoteado envuelto en la red. Castus, el hombrecillo de caderas bamboleantes, señaló que el cobertizo sería su spolarium, el sitio donde se llevaba a los caídos en la arena. Todos rieron. Luego sacaron a los criados del establo de las vacas y los empujaron junto con los soldados.

Los criados parpadeaban con expresión estúpida. Habían oído el bullicio desde el establo, y hubieran preferido quedarse donde estaban.

Entonces reaparecieron las camareras, pero nadie se interesó por ellas. Algunos gladiadores permanecieron en el patio, mientras otros se iban arriba a seguir durmiendo. El hombre de la piel se aproximó al rincón donde estaba sentado el anciano Nicos, entre los soldados.

-Has acabado mal -dijo Nicos.

-Escúchame, Nicos -dijo el hombre de la piel, despacio-. ¿Acaso crees

que acabar en la arena es maravilloso?

y Todos estaban pendientes de ellos.

-Esto va contra la ley y el orden natural de las cosas -dijo Nicos-. ¿Adónde te conducirá?

-Al diablo con la ley y el orden -dijo Castus, el hombrecillo de caderas bamboleantes, pero nadie rió.

-¿Qué dirá el amo cuando volvamos sin vosotros?

-Dudo que volváis -dijo Castus y todos guardaron silencio.

-Sabes que podrías venir con nosotros, Nicos -dijo el hombre de la piel.

-No he sido un sirviente honrado durante cuarenta años para terminar degollado como bandido. -Poco a poco, se había ido formando un círculo de gladiadores a su alrededor-. ¿Y qué pensáis hacer con estos hombres, jen-citos? -preguntó Nicos señalando con la barbilla a los soldados, casi todos ancianos, algunos de los cuales estaban tendidos en el suelo. Los gladiadores callaron.

Reunidos en grupos de tres o cuatro, los gladiadores miraban a los soldados desarmados. Algunos roncaban, otros hablaban tendidos sobre las piedras.

cuando volvamos -decía un viejo soldado-, nos despedirán, o peor aún, tal vez nos cuelguen en una cruz.

-Y lo tendréis bien merecido -dijo un gladiador.

-¿Por qué? -preguntó el soldado.

Algunos gladiadores se aproximaron al grupo.

-La cuestión es si vais a volver o no -dijo Castus.

-¿Nos mataréis a todos? -preguntó otro soldado.

-A ti antes que a nadie, maldito hijo de puta -respondió el hombrecillo.

-Calla -le dijo el hombre de la piel.

Castus calló. Al igual que los demás galos, llevaba una pequeña cadena

de plata.

Los gladiadores se habían apiñado frente a los soldados y se apoyaban alternativamente sobre un pie u otro en absoluto silencio.

-Lo más sensato sería que todos vinieran con nosotros -dijo Nicos.

-Intenta razonar, Nicos -dijo el hombre de la piel con tono pensativo-. Primero piensa y luego habla.

Nicos no respondió.

-Ponte en nuestro lugar, Nicos -dijo Enomao, un gladiador más joven, delgado y de aspecto tímido-. Imagina que alguien te dé una lanza a ti y otra a mí y luego nos diga que tenemos que espetarnos mutuamente para divertir a la gente.

-Nunca he considerado esta profesión desde ese punto de vista -dijo Nicos.

-Pero en realidad es así -dijo el hombre de la piel-, reflexiona.

Nicos reflexionó, pero no respondió.

-Dejaos de parloteo -dijo Crixus mientras se apoyaba sobre la pared con gesto sombrío.

-¿Qué vais a hacer luego? -preguntó Nicos.

Los gladiadores no respondieron.

-Nos presentaremos a elecciones para el Senado -dijo por fin Castus, pero nadie rió.

-Podríamos ir a Lucania... Allí está lleno de colinas y bosques -dijo Enomao y miró con timidez al hombre de la piel.

-El mundo es muy grande -respondió él-. Ven con nosotros, Nicos.

-Con que Lucania, ¿eh? -dijo uno de los soldados, un antiguo pastor con pómulos prominentes y dientes amarillos como los de un caballo.

-Desde luego si os perdéis por allí, cualquiera os buscará...

y manadas de caballos salvajes -dijo otro soldado-. Los vaqueros de Lucania son todos ladrones. Sus amos no les pagan sueldo, así que viven con lo que pillan por ahí.

-También hay animales de caza y peces..., los arroyos están repletos -dijo el pastor-. No me importaría ir a Lucania con vosotros...

-Ni a mí -dijo el otro-. Nuestra paga apenas alcanza para polenta y lechuga.

-Os colgarán a todos, eso es lo que harán -dijo Nicos-. Ni siquiera tenéis un jefe.

-Déjate de chácharas -dijo Crixus apartándose de la pared-. Elegiremos un jefe y luego nos largaremos.

-Crixus será tribuno -dijo un gladiador y todos rieron.

-¿Me llevaréis con vosotros? -preguntó el pastor.

-Los colgarán a todos -dijo un viejo soldado.

Al clarear el alba, el cielo se volvió gris. Cuando apagaron las antorchas, el patio pareció más espacioso, extrañamente diferente.

-Yo también iría -dijo uno de los sirvientes cuellicortos.

-Y entonces, ¿qué ocurriría con la taberna? -preguntó otro.

-Tal vez nos cuelguen a todos por lo de Fanio -dijo el primero-. O nos envien a las minas.

Los cuellicortos juntaron las cabezas para conferenciar. Luego se levantaron todos y se aproximaron a los gladiadores.

-¡Atrás! -gritó Castus, el pequeño hombrecillo.

-Si aceptáis llevarnos, iremos con vosotros -dijo el portavoz de los criados.

Los gladiadores los miraron con recelo.

-No os daremos armas -dijo Castus y los criados volvieron a conferen-

ciar.

-Dicen que con el tiempo habrá armas -dijo el portavoz-, y que uno debería ser el jefe -añadió señalando a Espartaco.

Espartaco le dedicó una mirada serena y atenta, luego se volvió hacia Crixus con una sonrisa.

-Eres el más gordo -le dijo.

Crixus lo miró con expresión acongojada, pero los demás gladiadores se animaron. Los galos estaban a favor de Crixus y el resto prefería a Espartaco. Por fin acordaron elegir a los dos.

Otra vez reinó un silencio absoluto. Una vez elegidos los jefes, los gladiadores permanecieron en sus sitios, incómodos. Los criados se dirigieron al establo, trajeron porras y hachas y las repartieron. Luego se alinearon contra la pared.

Los gladiadores los observaron en silencio y el de la piel se acercó a los soldados -¿Qué haremos con vosotros? -les preguntó.

-Llevarnos también -dijo el pastor de los dientes amarillos-. Yo conozco los bosques de Lucania.

-No tenemos armas para ellos -dijo Crixus-. Además, son demasiado viejos.

-¿Cómo sabes que queremos ir? -dijo otro soldado-. Os cogerán y os colgarán a todos.

Los soldados vacilaron y consultaron entre sí. Luego el pastor y otros pocos dieron un paso al frente.

-Os llevaremos -le dijo Espartaco al pastor.

El pastor dio un salto en el aire y corrió hacia los gladiadores, que se apartaron incómodos.

-¿Qué diablos te pasa? -le dijo Crixus.

El pastor inclinó la cabeza y se unió a los criados, uno de los cuales le

entregó una cachiporra. Entonces mostró sus dientes caballunos y arrojó el arma al aire.

El hombre de las pieles interrogó a los demás soldados que se habían adelantado sobre sus edades y profesiones previas. Los gladiadores resolvieron votar para decidir la admisión de cada uno de ellos y en los casos en que las opiniones no coincidían se desataron disputas. Fue una escena divertida. Por fin sólo fueron aceptados los más jóvenes, que se unieron a los cuellicortos y recibieron porras, espadas o tridentes. Los rechazados volvieron a sentarse sobre las piedras

Con el esplendor del amanecer, el cielo se tiñó de rojo y la mica de los marcos de las ventanas comenzó a brillar. Crixus y el hombre de las pieles escuchaban el bullicio de la entusiasta conversación uno junto al otro. Después de unos instantes Crixus se volvió hacia su compañero:

-Si los dos decidiéramos marcharnos ahora, nunca nos alcanzarían -dijo con un resoplido audible-. Podríamos ir a Alejandría. Allí hay montones de mujeres.

El hombre de la piel lo miró con atención.

-Todo resultaría más sencillo si fuéramos los dos solos -dijo.

-En Puteoli hay todo tipo de gente -señaló Crixus.

-Si tienes dinero, ningún capitán te molestará pidiéndote pasaporte.

-No -dijo Espartaco y Crixus lo miró en silencio-. No podemos hacerlo -añadió el hombre de la piel y Crixus siguió callado-. Tal vez más adelante...

-Sí, más adelante -asintió Crixus-, después de que nos hayan colgado.

El hombre de la piel reflexionó un momento, mientras contemplaba a los gladiadores que iban y venían preparando las cosas.

-No podemos hacerlo ahora -dijo-. ¿Quieres marcharte solo? -preguntó volviéndose a mirarlo, después de una pausa.

Crixus no respondió. Se apartó de Espartaco y se apoyó en la pared. Mientras tanto, los gladiadores discutían ruidosamente qué hacer. Ahora

todos parecían muy animados.

De repente, el hombre de la piel se subió a la mesa y alzó los brazos muy alto, como para podar un árbol.

-¡Nos vamos! -gritó con todas sus fuerzas-. Nos vamos a Lucania -añadió con una gran sonrisa en su cara pecosa.

Los gladiadores respondieron con una ovación y se apresuraron a prepararse.

Los criados y los soldados elegidos para acompañarlos seguían de pie junto a la pared.

-¿Y bien, venís? -les gritó Espartaco.

-Ya te hemos dicho que sí -dijo el portavoz con gravedad.

Los soldados que seguían reclinados contra la pared los miraron con los ojos entornados, e incluso algunos continuaron durmiendo. Los gladiadores los despojaron del dinero y de los cuchillos o dagas que aún les quedaban. Uno de los soldados se resistió y fue asesinado delante de los demás. Eran casi ancianos y sabían que serían despedidos o enviados a trabajar a las minas.

Las mujeres, que habían contemplado la escena desde las ventanas, cruzaron el patio. La joven morena y delgada se detuvo frente a Espartaco, que saltó de la mesa con estrépito. Los criados cuellicortos lo miraron con muda sorpresa, asombrados por su brusco paso de la reflexión a la acción. Sin embargo, aquella súbita vehemencia también les gustaba.

-¿Y ahora qué? -preguntó la joven alzando la cabeza hacia el hombre.

-Nos vamos a Lucania -respondió él.

-Nos divertiremos mucho en el bosque -dijo la mujer.

-Mucho -asintió el hombre de las pieles con una sonrisa-, nos colgarán a todos. -Luego se acercó a Nicos-. ¿Vienes? -le preguntó.

-No -dijo Nicos.

Sentado contra la pared, parecía muy viejo.

-Adiós, padre -dijo el hombre de la piel.

-Adiós -respondió Nicos.

Los gladiadores se amontonaron en la puerta y se abrieron paso a empujones hacia el camino. Los siguieron los criados, los soldados y por último las mujeres; en total cien personas.

Ya era casi de día.

2 Los bandidos

Tenían intención de marchar hacia Lucania, pero cuando llegaron a las escarpadas zonas montañosas donde los campos y cultivos se volvieron escasos, dieron media vuelta, pues la adorada, bendita Campania no permitía que ningún hombre la abandonara... ni siquiera un ladrón. Tierra caprichosa aquélla; su ligero suelo negro daba frutos tres veces al año y estaba cubierto de rosas incluso antes de la siembra.

La brisa embriagadora de sus jardines emborrachaba la sangre y en el monte Vesubio crecían hierbas capaces de convertir a jóvenes vírgenes en libertinas. En primavera, las yeguas en celo trotaban hacia los altos riscos, volvían la espalda al mar y se dejaban preñar por el cálido viento.

El infierno había erigido su más hermosa antecámara en Campania. Los grandes demonios eran blancos como la nieve, magníficamente replegados; mientras, los pequeños demonios le servían con sumisa devoción y soñaban con matarlos. Tan antiguo como sus colinas era el conflicto sobre el control de Campania, el granero de las legiones, el más preciado tesoro nacional. Desde los tiempos de Tiberio Graco, los patriotas habían intentado liberar al país del dominio de los grandes terratenientes y repartirlo entre la gente sin tierras, pero fueron ahogados, golpeados o apedreados hasta morir y los usureros y especuladores regresaron. La aristocracia chupaba la sangre a los granjeros y pequeños arrendatarios, los expulsaba, les compraba las tierras, les arrebataba toda posibilidad de progreso. Así, los campesinos fueron reemplazados por los grandes terratenientes y los trabajadores libres por los esclavos, cuyo número crecía con cada guerra. No había alternativa. Pandillas de granjeros expulsados atestaban los caminos, se dedicaban al robo, se escondían en las montañas. No había alternativa.

El rumor se extendió a lo largo y ancho del territorio de Campania: una banda de ladrones de inusitada audacia atacaba posadas y tabernas, robaba a los viajeros saqueaba carros con mercancías, quemaba las casas nobles, robaba los bueyes de sus corrales y los caballos de los establos. Los bandidos estaban en todas partes y al mismo tiempo en ninguna. Una noche acampaban en los pantanos junto al río Danio y la siguiente en los bosques de las montañas de Verginia. Enviaron a los soldados en su busca, regimientos formados precipitadamente con habitantes de pueblos pequeños; pero los hombres desertaban o se unían a los bandidos, cuyas filas crecían día a día. Su falta de respeto por la vida y su forma de burlarse de la muerte despertaban alarma y admiración.

El rumor se extendió a lo largo y ancho del territorio de Campania. Cuando el sol estaba alto y el demonio del mediodía acechaba los campos e inspiraba pesadillas a los capataces dormidos, granjeros y esclavos se sentaban a hablar de los bandidos. Tenían dos jefes: un galo gordo, triste y cruel, y un tracio de ojos luminoso vestido con una llamativa piel. También había una joven, morena, delgada y de aspecto infantil, una sacerdotisa tracia capaz de leer las estrellas y el futuro. Era la mujer del individuo de la piel, pero también se acostaba con otros, y encendía el mismo deseo en todos los hombres.

No eran bandidos vulgares, sino gladiadores. Campania nunca había visto nada igual, pues los gladiadores apenas son humanos y están destinados a morir en la arena. Aunque, después de todo, sí eran humanos, y parecía razonable que no quisieran morir. Mataban las ovejas de los pastores y devoraban las uvas de los viñedos, cogían de las caballerizas los mejores ejemplares de carreras para sus hombres y las mulas de carga más resistentes. Allí por donde ellos pasaban no volvía a crecer la hierba, las doncellas no volvían a ser las mismas y no quedaba ningún barril en las bodegas. Si alguien se resistía, era asesinado, y si corría siempre lo alcanzaban. Sin embargo, llevaban consigo a todo aquel que les caía en gracia, y muchos querían acompañarlos. Así eran aquellos gladiadores.

El rumor y la leyenda se extendieron a lo largo y ancho del territorio de Campania. Las mujeres hablaban de ellos mientras ordeñaban las vacas y los viejos lo hacían por las noches, cuando no podían dormir en sus mohosas

cuevas, cuando se acercaban unos a otros y pensaban en voz alta en el ganado, el tiempo y la muerte.

¿Cómo era aquella anécdota de Naso, el mozo de cuadra?

En la hacienda del señor Estacio, cerca de Sessola, los tres bueyes habían caído enfermos. Tenían los vientres hinchados, las narices mocosas y los nervios tensos.

Además, no comían, no rumiaban, ni siquiera lamían. Cualquiera hubiera dicho que estaban hechizados; sin embargo resultó que el mozo les había dado escaso forraje y de mala calidad. La hacienda de Estacio no tenía suficientes pastos y había que comprar el forraje, pero el mayordomo se guardaba el dinero y dejaba morir de hambre a los bueyes. Naso, el mozo de cuadra, era consciente de que los bueyes enfermarían con semejante alimentación y había pedido al mayordomo un forraje mejor, pero a cambio de sus buenos consejos sólo había conseguido malos tratos. Incluso cuando los bueyes enfermaron de gravedad, cuando sus entrañas se pudrieron y no volvieron a trabajar, Naso intentó curarlos con remedios infalibles: les dio semillas machacadas de higuera envueltas en hojas de ciprés, los obligó a tragar huevos de paloma, echó ajo triturado con vino por sus fosas nasales y los hizo sangrar debajo de la cola, tras lo cual vendó la incisión con fibra de papiro, pues ése era el procedimiento correcto.

Sin embargo, cuando todos los remedios resultaron inútiles, el mayordomo ladrón se asustó, y para descargar su culpa, acusó a Naso de haber dejado entrar en el establo a un cerdo y a una gallina, cuyos excrementos se habían mezclado con el forraje causando la enfermedad de los bueyes. Naso intentó demostrar su inocencia, pero todo fue en vano: lo encadenaron, lo marcaron a hierro candente y lo condenaron a trabajar en el molino.

Como todo el mundo sabe, trabajar en un molino es uno de los castigos más terribles, el peor después de la muerte, el trabajo en las minas o en las canteras, pues el infeliz delincuente debe caminar alrededor de la muela en interminables círculos, con pesos de hierro en los pies y una rueda de hierro en el cuello para que no pueda llevarse la mano a la boca y probar la harina. Con el tiempo, el polvo y el vapor afectan la vista y el pobre infeliz se queda ciego.

Pese a que el mayordomo era el verdadero culpable, con ese trabajo Naso pronto estiraría la pata. Sin embargo, una afortunada noche los bandidos saquearon la hacienda del señor Estacio y robaron todo lo que quisieron. Así fue como llegaron al molino y se llevaron los sacos de harina y así fue como se enteraron del destino de Naso, el mozo de cuadra.

Y así el hombre de la piel mandó traer al mayordomo y lo ató al madeo del molino. Luego soltó a Naso y le permitió azotar al mayordomo con un látigo para obligarlo a avanzar más deprisa, tal como antes habían hecho con él. Antes de marcharse, los gladiadores le dijeron al mayordomo que volverían y que si se enteraban de que había parado un instante, lo matarían a latigazos. Sin embargo, no iba a ser necesario, pues el mayordomo se volvió loco, y tras girar sin cesar alrededor de la muela del molino durante dos días y dos noches, cayó muerto en la tercera mañana.

Los rumores se extendían a lo largo y ancho del territorio de Campaña, cotilleos horribles e inquietantes. Los bandidos estaban un día en un sitio y al siguiente desaparecían, aunque podían reaparecer en cualquier momento y en cualquier lugar. Los viajeros sólo se atrevían a aventurarse por aquellas regiones custodiados por hombres armados, aunque esa precaución no solía servir de mucho. Una dama que viajaba a Salerno y había salido de Capua por la puerta de Albania con cincuenta jinetes nómadas y cinco carros de equipaje llegó a Sessola sola, en una carreta tirada por una mula y completamente desnuda.

También estaba aquel extraño incidente ocurrido en una finca cerca de Acerras, donde los esclavos que trabajaban en el campo eran maltratados y permanecían encadenados en grupos de diez. Sin embargo, cuando los bandidos llegaron a la finca, los esclavos permanecieron en pie, como clavados a la tierra, dispuestos a resistir. Los bandidos estaban a punto de atropellarlos y matarlos a todos, cuando el solemne tracio se interpuso, les ordenó esperar con voz sonora y pronunció un discurso que sorprendió a todos.

-No hay duda de que estimáis mucho vuestras cadenas y las consideráis una gran bendición para vuestros cuerpos. No veo ninguna otra cosa en esta hacienda que os pertenezca y que podáis querer defender con vuestras

vidas. ¿O acaso me han mentido y esas gallinas ponen huevos para vuestro desayuno, esas vacas ansían al toro para aumentar vuestros rebaños y esas abejas almacenan su néctar en los paneles para endulzar vuestros pasteles?

Los esclavos no respondieron a estas palabras y el hombre de la piel ordenó a uno de los bandidos que les quitara las cadenas. Unos pocos se resistieron, diciendo que no querían deber su libertad a nadie que no fuera su amo. Esos hombres fueron asesinados, pero los demás se unieron a los bandidos.

Muchas historias similares corrían de boca en boca por el territorio de Campania, y como el cálido siroco que soplaban desde los mares, producían fervor e inquietud en las mentes de hombres y bestias.

La ansiedad invadía sobre todo a los señores y a sus administradores, supervisores, contables y capataces, que se pusieron más estrictos que nunca y reforzaron las guardias. Sin embargo, los esclavos comunes, labradores, escardadores, cavadores y segadores del campo, los mozos de cuadra, pastores y vaqueros se volvieron aún más holgazanes y rebeldes, inutilizaban sus herramientas y sus propios cuerpos, fingían enfermedades, evitaban el trabajo y parecían aguardar algo. Pese a los pesados candados que aseguraban las puertas de sus cuevas, y a que ni siquiera el individuo más alto podía alcanzar las ventanas con los brazos alzados, cada mañana habían desaparecido varios hombres. Habían ido a unirse a los bandidos, algunos incluso con sus mujeres y sus hijos.

Una terrible fiebre se apoderó de Campania y las pequeñas guarniciones de las ciudades la vieron extenderse con impotencia. Enviaron mensajes a Roma y apostaron más guardias en las murallas, mientras la nobleza se apresuraba a abandonar sus mansiones de verano en Campania y regresaba a Roma para protestar ante el Senado por aquel escandaloso asunto.

Sin embargo, el Senado tenía preocupaciones más importantes. Estaba, por una parte, el problema galo: Sertorio y el ejército de emigrantes revolucionarios. Si ganaban, habría una revolución en Roma, pero si en cambio vencía el propio general Pompeyo, habría una nueva dictadura. También estaba el problema asiático, o sea el rey Mitrídates. Si éste ganaba, la provincia

estaba perdida, pero si en su lugar vencía Roma, el precio del trigo caería. A estas inquietudes se sumaban además los piratas, incólumes soberanos de los mares; el pueblo y sus demagogos, más fuertes que nunca; la crisis económica, y la necesidad de acuñar moneda falsa.

Los problemas de Campania eran demasiado triviales para ser incluidos en la lista de preocupaciones.

3 La isla

Ya eran una horda de más de trescientos hombres y unas treinta mujeres.

Tenían caballos para la vanguardia, mulas para el equipaje, tiendas donde dormir y armas adecuadas para uno de cada dos hombres. Sus filas crecían día a día.

La incorporación de nuevos miembros al grupo había desatado numerosas disputas, pues los gladiadores eran recelosos, preferían mantenerse aislados y se preguntaban a qué conduciría todo aquello. Los que pretendían unirse a ellos les llevaban regalos: un saco de harina, un cordero, dos caballos. Si los gladiadores los echaban, acampaban cerca y daban cuenta de sus provisiones mientras aguardaban.

Algunos eran asesinados o robados, pero era imposible matarlos a todos.

A menudo andaban durante días y noches enteras para encontrar el campamento. Preguntaban con astucia a todo el mundo si el camino era seguro y dónde habían sido vistos los bandidos por última vez. Con frecuencia, los esclavos eran capturados y devueltos a sus amos, pero aunque eso para ellos significaba la muerte o algo aún peor, no cejaban en su empeño.

Llegaban labradores, pastores, jornaleros, esclavos y hombres libres por igual.

Vaqueros de los Hirpinios, mendigos y bandidos de Samnio, esclavos de origen griego, asiático, tracio o galo, prisioneros de guerra y hombres nacidos para servir. Llegaban del campo y la ciudad; artesanos, holgazanes, an-

drajosos doctrinarios.

Así llegó Sexto Libanius, ciudadano de Capua y miembro de una antigua estirpe de artesanos. Su abuelo, Quinto Libanius, construía estatuas. Con el tiempo, la profesión se había ido especializando cada vez más: su padre ya se había dedicado exclusivamente a los bustos y el hijo se limitaba a insertarles los ojos; ojos de piedra azul, verde, roja y amarilla. Era un hombre corpulento, de edad avanzada, con buena reputación entre sus vecinos y opuesto a cualquier alteración del orden. Sin embargo, con la guerra civil habían llegado la crisis y la gente dejó de comprar estatuas.

Su taller cerró y Sexto Libanius se unió a los bandidos.

Así llegó Proctor, labrador de una hacienda sureña de mediano tamaño. Su antiguo amo, un hombre testarudo, se comportaba como el burgués romano de épocas remotas, cuando las palabras olían a ajo y a cebolla, pero los corazones se mantenían sanos. Trataba a sus sirvientes de acuerdo con la antigua máxima de Catón: los esclavos o duermen o trabajan. Respetaba escrupulosamente la ley que disponía que el arado debía descansar los festivos, pero mientras éste descansaba enviaba a los esclavos a reparar los techos de los graneros o vaciar estercoleros, ocupaciones que la ley no mencionaba expresamente. Al final Proctor se cortó adrede tres dedos con la guadaña, fue despedido por inútil y se unió a los bandidos.

Así llegó Zozimos, un retórico y gramático erudito. Al comenzar su carrera como bedel del Consejo de Oplontis, había convencido a su jefe de que lo nombrara tutor de sus hijos y más tarde, tras tratar contactos, había montado su propia escuela, que pronto congregó a unos veinte niños cuyos padres le profesaban admiración.

Zozimos ganó mucho dinero y el éxito se le subió a la cabeza. Se aficionó a la oratoria y a la poesía, descuidando su escuela, pero no logró despertar el interés de sus contemporáneos, pasó hambre y por fin se unió a los bandidos. Lo primero que hizo al llegar a su destino fue pronunciar una diatriba política, que mereció las burlas y una buena paliza de los bandidos. Sin embargo, decidieron llevarlo con ellos, pues era una fuente inagotable de datos extraños o curiosos y les gustaba escucharlo.

También llegaron mujeres, como Leticia, una sirvienta de cara curtida

y pechos como odres vacíos. Diez años antes, su amo le había prometido que si criaba tres hijos no necesitaría trabajar más. En ese tiempo, Leticia había dado a luz a diez hijos, aunque sólo dos de ellos habían sido varones. Ahora que su útero era incapaz de dar más frutos, la criada Leticia se marchó para unirse a los bandidos.

Así llegó Cintia, anciana hechicera de un pueblo de montaña. Durante cincuenta años se había dedicado a actividades aparentemente contradictorias, que sin embargo estaban relacionadas entre sí y tenían sus propias tarifas. Asistía partos por dos ases, lloraba a los muertos por cuatro ases, se acostaba con hombres en el cementerio por cinco ases, leía el futuro en los desperdicios, el vuelo de los pájaros o el dibujo de los rayos por cinco sestercios. Curaba enfermedades, vendía píldoras y pócimas afrodisíacas a precios fijos, desde el brebaje más barato que facilitaba la concepción, hasta el más caro que provocaba abortos. Pero un día llegó a su aldea un médico griego, un seguidor de Ensistratos que sostenía que la sangre fluye en vasos de arriba a abajo y bobadas semejantes. Aquel farsante le robó la clientela, Cintia perdió la alegría de vivir y se unió a los bandidos.

También llegaron mujeres jóvenes, rameras y novias abandonadas, hembras lujuriosas o exhaustas, casi todas horribles, unas pocas atractivas. Al principio causaron rivalidades y muertes, pero más tarde la gente se acostumbró a su presencia y cada mujer acabó viviendo con uno o dos hombres.

La afluencia de fugitivos no cesaba. Todo el mundo se había acostumbrado a ello y lo aceptaba. Por las noches se preguntaban cuántas personas nuevas se habían unido a ellos aquel día, apostaban si el siguiente les traería un médico que había dejado morir a demasiados pacientes de su amo o una prostituta que había discutido con su protectora. Por su forma de marchar, más que una banda de gladiadores parecían la procesión de cofradías del día de Minerva. Antes recorrían con facilidad cuarenta y cinco kilómetros por día, ahora apenas llegaban a dieciocho.

Forzados a buscar un campamento permanente, encontraron un sitio adecuado al oeste de Acerras, una isla en los pantanos junto al Clanio.

Era una isla bastante tranquila, rodeada de cañaverales en tres de sus

lados. La luna salía tarde, con la cara arañada por los juncos. En la noche silenciosa, sólo se oía el canto de la ranas, pero de vez en cuando un arandillo surgía de entre las cañas, ascendía en espiral y planeaba sobre el agua turbia y amarilla del río. El aliento de las aguas cercanas volvía sofocante el interior de las tiendas, de modo que al clarear el alba mucha gente salía fuera envuelta en mantas y seguía durmiendo al aire libre. Por la mañana tenían las extremidades entumecidas, pero el sol pronto les cubría la piel de irritantes gotas de sudor.

Muchos se sentían enfermos o afiebrados. Cintia, la bruja, vendía hierbas y píldoras de buena mañana, y aunque nadie la quería, todos cogían sus polvos. Pese a todo, algunos morían y eran quemados en fogatas de caña y malezas.

Sin embargo, por las noches tenían lugar grandes acontecimientos.

Para entonces había refrescado y una bruma rojiza flotaba sobre los cañaverales.

Tras comer y beber, algunos se sentaban en la orilla del río, con los pies en el agua, y contemplaban los remolinos que se formaban entre sus dedos, mientras otros pescaban.

Los criados cuellicortos de Fanio, frente a frente en dos hileras distintas, competían arrojando piedras al agua. Nunca reían y respetaban estrictamente los turnos.

Varios hombres y mujeres jóvenes se acuclillaban en los cañaverales para escuchar a una cantante. Con la cabeza echada hacia atrás y los teñidos párpados cerrados, La intérprete repetía la misma estrofa una y otra vez en un trémolo gutural.

Alguna que otra pareja se internaba unos pasos entre las cañas, donde el bullicio del campamento se percibía en forma de ecos distantes y apagados. De vez en cuando se oían los vigorosos relinchos de algún semental conducido al corral junto con su manada.

El grupo más numeroso se congregaba en torno a los recién llegados,

que en esta ocasión eran un viejo con una pierna paralizada y un joven de cuello grueso y ojos saltones. El viejo era taciturno y reservado y el joven estaba demasiado cohibido para hablar. Como nadie había sido capaz de romper el hielo, mandaron a llamar a Castus. El hombrecillo y varios de sus camaradas se aproximaron al grupo. Formaban una pandilla temible, que se había ganado el apodo de "las Hienas".

-Vienen de un viñedo cercano a Sebethos -informó un hombre a Castus-. Se escaparon porque la ración de trigo era miserable y encima tenían que pagar extra para hacerla moler.

-Es probable que mientan -dijo Castus-. Pensarán que aquí les daremos cereales a cambio de nada. Son justo la gente que necesitamos. -El viejo no dijo nada, pero el joven posó sus ojos asustados en Castus. Sus labios eran gruesos y húmedos y llevaba pequeños pendientes en las orejas. Los espectadores sonrieron-.

¿A qué habéis venido aquí? -le preguntó Castus al viejo-. Apuesto a que creéis que nos dedicamos a robar ovejas, violar jovencitas y otras picardías semejantes.

¿Cómo te llamas?

-Vibio -dijo el anciano-, y ése es mi hijo.

-¿Y tú cómo te llamas? -le preguntó al joven.

-Vibio -respondió el joven mientras jugueteaba incómodo con uno de sus pendientes.

Los espectadores rieron y Castus los imitó. El joven tenía una boca pequeña, femenina, y la nariz despellejada por el sol. Cuando se inclinó hacia adelante, dejó al descubierto una franja de piel blanca debajo del collar.

-Vibio -repitió el hombrecillo-, simple y vulgar, tal como su padre. Mi nombre, por ejemplo, es Castus Retarius Tirone.

Se detuvo para observar el efecto causado por sus palabras. El joven lo miraba con admiración.

-No tiene importancia -dijo Castus-, todos los nobles tienen tres nombres.

-¿Eres noble, señor? -preguntó el joven, despertando las risas de los demás.

-Todos los antiguos gladiadores somos aristócratas -respondió Castus-, y todos los recién llegados sois simple gentuza.

-¿Eres gladiador, señor? -preguntó el joven con respeto.

-Desde luego -respondió Castus.

Vibio el Joven reflexionó con los labios fruncidos.

-Y ese hombre de la piel, ¿también es aristócrata?

-Por supuesto, Vibio -dijo Castus-, todos los gladiadores somos nobles, descendientes de príncipes importantes. Espartaco, el hombre de la piel, desciende de importantes príncipes tracios. -Los espectadores rieron con alborozo. En ese momento pasó junto al grupo Zozimos, tutor y retórico-. ¿No es verdad lo que digo, Zozimos? -preguntó Castus.

-Todo aquello que pueda arroparse en el lenguaje es verdad -dijo el tutor que siempre evitaba cruzarse con Castus y sus amigos-, pues todo lo que se expresa con palabras es posible, y aquello que es posible podría ser verdad algún día.

-¿Entonces una vaca podría tener cerditos? -preguntó uno de los espectadores.

-Incluso eso es posible -dijo Zozimos-. Si un dios puede convertirse en cisne y así engendrar un hijo con una mujer, sin duda una vaca podría tener cerditos algún día.

Los espectadores rieron.

-Siéntate, y cuéntanos algo, Zozimos -rogó Hermios, el pastor lucano con dientes de caballo.

-Preferiría permanecer de pie -respondió Zozimos-, pues recta es la palabra noble.

-Cuéntanos un cuento -insistió el pastor.

-De acuerdo -dijo Zozimos-, entonces escuchad: Hace cien años, los griegos tenían una república. Allí los cónsules, antes de hacerse cargo de sus

puestos, debían pronunciar el siguiente juramente: "Seré enemigo del pueblo y urdiré todo tipo de planes capaces de dañarlo".

-¿Y qué decían todos los demás? -preguntó Castus.

-¿Los demás? -preguntó Zozimios-. ¿Te refieres al pueblo? El pueblo decía exactamente lo que dice hoy, pues habrás notado que lo único que ha cambiado hasta el momento es que los senadores ya no pronuncian su juramento público.

Los espectadores permanecieron en silencio, decepcionados por la historia.

-Ah, bueno, así son las cosas -dijo Hermios, el pastor, sin convicción-, y así han sido siempre... -sonrió mostrando los dientes y suspiró.

-Zozimos -dijo el hombrecillo-, nos aburres. Si no se te ocurre ninguna historia mejor, puedes largarte.

-Ya me marcho -dijo Zozimos-. Mi amo me despidió a causa de mis ideas revolucionarias, pero había esperado más comprensión de vosotros. Sin embargo, no voy a ocultártelo, Castus, me has decepcionado.

Las hogueras ardían en hoyos circulares cavados en un claro triangular y el humo urticante que arrojaban servía para espantar a los mosquitos. Cada grupo tenía su fuego particular, que encendía siempre en el mismo lugar, y también su historia particular.

Estaba el fuego de las mujeres, el de los criados de Fanio, el de los celtas y el de los tracios. Estos últimos formaban los dos grupos más numerosos y se odiaban entre sí. Crixus era el jefe de los celtas, entre los cuales estaba el pequeño hombrecillo con sus Hienas, y Espartaco lideraba a los tracios.

Los celtas eran criaturas malhumoradas e irascibles. Casi todos habían nacido bajo el cautiverio de los romanos y sólo conocían su tierra de origen por referencias.

En la mayoría de los casos, sus padres habían sido criados y sus madres prostitutas.

A la menor provocación, soltaban complicadas maldiciones o luchaban entre sí, aunque poco después los supervivientes lloraban unos en brazos de los otros.

Los tracios, por el contrario, habían entrado en Italia pocos años antes, como cautivos de Claudio Apio. Eran toscos, taciturnos y llevaban pequeños puntos azules tatuados en la frente y en los hombros. Curiosamente reflexivos, podían beber muchísimo sin volverse bulliciosos. Sólo Dios sabía de dónde habían sacado la gran cuerna de vino que se pasaban con serenidad alrededor del fuego. Si alguien hablaba en voz alta, lo miraban asombrados y distraídos. Aunque eran al menos veinte, nunca discrepan, lo cual los asemejaba a los criados de Fanio, había quienes profesaban un silencioso y mutuo sentimiento de camaradería. También estos últimos se pasaban la cuerna unos a otros, y acostumbrados a las montañas donde no abunda la población femenina, compartían además a sus tres mujeres.

Mantenían vivos brumosos, oníricos recuerdos de las montañas, con sus ruidosos rebaños amarillos y sus tiendas fabricadas con negras pieles de cabra, donde la sequía conducía a hombres y bestias a la muerte y la pobreza a incisantes enfrentamientos con las tribus de los valles vecinos: Basternas, Triballi y Peucines. En las montañas, la vida era dura. Abajo, en el valle, había grandes ciudades como Usedoma, Tomis, Calacia y Odesa, llenas de esplendor y franca opulencia, pero la montaña sólo albergaba manadas, pobreza, y costumbres ancestrales. Cuando nacía un niño, sólo había dolor y lamentos por los sufrimientos que la vida prodigaría al recién nacido. Sin embargo, junto a los lechos de muerte reinaban las risas y la algarabía, pues todos estaban convencidos de que los muertos se dirigían al colorido reino de la eternidad. También tenían festividades: una vez al año Bromius el Vociferante y Baco el Visitante salían del bosque y eran perseguidos por hombres y mujeres. También debían aplacar a Ares, el Iracundo, aunque resultara agotador contorsionarse desnudo en su danza honorífica, con el cuerpo y la cara salpicados de pintura. En las montañas la vida era dura. Los grandes rebaños tenían hambre y comían incesantemente, sin preocuparse por la escasez ni por los enemigos. Sin embargo, las montañas eran un lugar bueno e idóneo, donde vivían amparados por sus valores y costumbres.., hasta que los romanos irrumpieron en el bosque, con sus gritos y el clamor de sus trompetas, para cazar presas humanas. Al principio, los habitantes de las

montañas mataban a cada romano que se cruzaba en su camino y luego se mudaban un poco más arriba. Pero el enemigo no había dejado en su empeño. La situación continuó igual durante años, hasta que por fin los romanos lograron capturar a numerosos pastores con sus rebaños, varios miles de hombres y ovejas.

Sólo entonces se enteraron de que habían infringido la ley y de que por consiguiente serían vendidos y condenados, pues la legislación apuleya especificaba sus crímenes con precisión: agravio contra la seguridad y el esplendor de la República Romana.

Así era el grupo tracio, veinte individuos callados y taciturnos. El hombre de la piel era uno de ellos, pero a la vez no lo era. Había vivido más tiempo en Italia, conocía mejor la lengua y las costumbres y nadie sabía demasiado de él.

Doce días después de la instalación del campamento junto al Clanio, veinte desde la huida de Capua, interceptaron a un mensajero en el camino entre Sessola y Nola. Era un esclavo municipal de Capua, destinado a llevar un mensaje al Consejo de Nola.

Castas y sus compinches, que se habían cruzado con él en una excursión particular, lo habían capturado por simple picardía y porque les había gustado el aspecto de su caballo. Atemorizado, el pobre hombre dijo una sarta de tonterías, despertando las sospechas de los gladiadores que decidieron interrogarlo. Castas y sus amigos tenían sus propios métodos para conseguir información y un cuarto de hora después conocían el mensaje. En esencia, decía que el pretor Clodio Glaber y tres mil mercenarios escogidos partirían de Roma en dirección a Campania durante los próximos días con el fin de acabar con la plaga de ladrones. Se solicitaba al Consejo de Nola que les proporcionara una zona de apostamiento y recabara información fiable sobre el número y localización de los bandidos.

Castus y sus amigos colgaron al mensajero de un árbol junto al camino y pincharon una carta de bienvenida en su pecho, dirigida al pretor Clodio Glaber. Luego regresaron en silencio.

En el campamento todo seguía igual. Una multitud rodeó a las Hienas y les preguntó qué habían traído, pero ellos se limitaron a contestar que la expedición había sido infructuosa. Castas les había ordenado callar y ellos callaron.

El propio Castas entró en la tienda de Crixus, que intentaba reparar unos zapatos dañados por la humedad sentado sobre una manta. Cuando Castus entró, Crixus siguió martillando sin alzar la vista.

-Estamos perdidos -dijo Castus-. Tres mil soldados vienen hacia aquí desde Roma. Hemos capturado al mensajero.

Fueron a buscar al hombre de la piel y a los gladiadores más importantes. En la tienda de Crixus hacia un calor sofocante. Hablaron sin parar durante un buen rato.

Castas sugirió que se dispersaran y que cada uno intentara salvarse solo, pero los demás no estaban conformes con esa propuesta y la rebatieron con vehemencia.

Muchas personas se congregaron alrededor de la tienda, atraídas por los gritos, pero no se atrevieron a entrar. Críxus se secó el sudor de la frente con la vista perdida en el vacío y guardó silencio. El hombre de la piel también callaba y su vista se posaba en cada uno de los oradores como si los viera por primera vez. Al final, todos acabaron dirigiéndose a él.

Cuando por fin se hartaron de discutir, el hombre de la piel comenzó a hablarles de una montaña situada en la costa, no muy lejos de allí, llamada Vesubio. Varias personas procedentes de aquella región sosténían que aquella montaña tenía un agujero alumbrado por un fuego interno, y que antes de que hubiera hombres sobre la tierra, todas las montañas habían ardido con un calor tan intenso que las volvía transparentes, cegando a los animales que miraban hacia allí. Sin embargo, aquellos fuegos se habían apagado muchos años atrás, y ahora, en lugar de una cima, la montaña tenía un hueco con forma de túnel, de ochocientos metros de profundidad y tan amplio como dos anfiteatros...

Los gladiadores lo escuchaban boquiabiertos, aunque no entendían a dónde quería llegar. Él hablaba sentado con los hombros caídos y una mano apoyada sobre un huesudo pómulo, como si hubiera estado contando leyen-

das de leñadores junto a la hoguera de un campamento nocturno.

Añadió que aquella montaña estaba rodeada por bosques y viñedos y que a sus pies se hallaban ciudades como Pompeya, Herculano y Oplontis. Pero más arriba se volvía desierta, abrupta y se cubría de rocas escarpadas. Según él, se decía que hacía unos años dos ladrones habían acampado en el fondo de ese agujero y que nunca los habían pillado, pues sólo se podía llegar allí por un sendero fácil de custodiar.

Por fin los gladiadores comprendieron. La idea de vivir en una montaña hueca comenzó a parecerles cada vez más atractiva y graciosa. Su entusiasmo creció, y en medio de un tumulto de gritos y risas, felicitaron al hombre de la piel que siempre tenía ideas tan descabelladas y que seguía allí sentado, risueño, con los codos apoyados sobre las rodillas, posando los ojos en cada uno de ellos. La ansiosa multitud que aguardaba fuera también recuperó la confianza, y pronto corrió la voz de que abandonarían aquella isla malsana para irse a vivir a una montaña que albergaba una fortaleza en sus entrañas.

Aquella noche la isla se llenó de cánticos y baile, se vaciaron las botas de vino y grupos de distintos fuegos se mezclaron con alborozo.

Por la mañana, los ladrones levantaron las tiendas e iniciaron la marcha hacia la montaña llamada Vesubio con la vanguardia a caballo, las bestias de carga, los carros de bueyes y la caravana de mujeres y niños.

Ya eran una multitud de más de quinientos hombres y casi cien mujeres.

4 El cráter

El pretor Clodio Glaber se giró con malhumor en su silla e hizo un gesto invitando a cantar a sus tropas. Las tropas cantaron. Sus roncas voces se elevaron sobre la nube de polvo que los había envuelto a lo largo de horas y millas de trayecto. No era un sonido agradable. Los hombres entonaban un cántico satírico sobre la brillante calva del pretor que iluminaba el camino de sus fieles soldados noche y día. No era una canción brillante, pero todo auténtico general y todo auténtico ejército deben tener su canción satírica. ¿Y acaso no era él un general auténtico o sus tropas no formaban un auténtico ejército? Por supuesto que si; aunque el enemigo no fuera el rey Mitrídates ni Boyóriga, el jefe cimbro. Teniendo en cuenta que había esperado quince años para cabalgar al frente de las tropas, hubiera preferido un contrincante más distinguido.

¡Qué larga había sido la espera! Habían sido tiempos angustiosos para personas honestas como Clodio Glaber. El camino hacia el poder ya no estaba jalónado de hazañas intrépidas, sino de mujeres, sobornos e intrigas. Uno tras otro, sus contemporáneos habían escalado posiciones de forma solapada, mientras él trabajaba como un imbécil honesto para ascender paso a paso: primero había sido soldado, luego cuestor y después pretor, sin saltarse siquiera el cargo de edil. Y eso que su padre era cónsul y que todo hacía suponer que él, Clodio Glaber, haría una brillante carrera.

Al diablo con sus soldados, ¿por qué no cantaban? Ya tenían ante si una vista panorámica de la necrópolis de Capua, y el pueblo de Campania lo aguardaba a él, su salvador. ¿Qué clase de entrada sería aquella sin música? Se giró y los soldados reiniciaron la interpretación del Himno a la Coronilla.

Tomemos por ejemplo a Marco Craso. Nunca se había distinguido por sus hazañas bélicas, pero había conducido a la horca a docenas de opositores de Sila para apoderarse de sus haciendas, forjando de ese modo su fabulosa fortuna. Ahora la mitad del Senado le debe algo y los más altos oficiales bailan al son de su música.

Rollizo y con ojos de cerdo, se ha vuelto medio sordo y por supuesto ignora a Clodio Glaber, compañero de juventud. Poco tiempo antes había sido acusado de actos indecentes con una vestal, pero las investigaciones revelaron que sus visitas nocturnas a la virgen estaban relacionadas con la venta de su casa de campo y toda Roma rió del incidente.

El pretor comienza a animarse. Dentro de pocos instantes, el salvador de Campania entrará en Capua sobre su elegante caballo. ¿Por qué no cantan esos odiosos soldados? Gira su cara sonriente y les hace una señal. El Himno a la Coronilla resuena por tercera vez, el pretor se llena de regocijo y acaricia el lomo de su caballo.

También está ese pesado de Pompeyo, a quien muchos auguran el papel de futuro dictador. Su bizco, difunto y llorado padre murió a consecuencia de un rayo.

¡Vaya muerte para un noble! El propio Pompeyo fue llevado a juicio en la cumbre de su carrera por robar trampas para pájaros y libros, parte del botín de Ascoli. ¡Trampas para pájaros y libros! Sin embargo, mientras el juicio estaba aún pendiente se casó con la fea hija del presidente y fue absuelto. Al pronunciarse la sentencia, el público gritó "¡Felices nupcias!" en lugar de "¡Larga vida a la inocencia!". Poco después, Pompeyo se divorció para casarse con la hijastra del dictador Sila, que ya tenía un hijo de otro.

Al regresar de África, lloró y suplicó para que su suegro le garantizara una entrada triunfal. Entonces amarraron cuatro elefantes a su cuádriga, pero como el arco de la entrada era muy estrecho, tuvieron que desatarlos y Pompeyo rompió a llorar presa de un ataque de histerismo. Pero el pueblo sigue adorándolo a pesar de todo.

¡El pueblo! Si tuvieran oportunidad de conocer a sus héroes como los conoce él, Clodio Glaber, no quedarían muchos héroes. ¿Acaso no había crecido junto a ellos, no había formado parte de la camarilla más selecta? Y sin

embargo, ¿de qué le ha servido? Todos y cada uno de ellos lo han superado. Lúculo está a punto de vencer a Mitrídates y ahogar su gloria en alcohol; Pompeyo es general en España y se hace llamar "Pompeyo, el Grande"; Marco Craso está sentado en casa sin tocar una espada y tiene a todo el mundo en el bolsillo. Incluso el pequeño César, que provocó las burlas de toda Roma al cumplir su misión de embajador en la cama del rey de Bitinia, está ascendiendo en el mundo de la política y hace gala de su locuacidad en la facción demócrata. Pero el premio a los cuarenta virtuosos años de servicio de Clodio Glaber es la dirección de una ridícula campaña contra bandidos y gentuza de circo, al frente de un maldito ejército de veteranos y hombres reclutados con prisas, que ni siquiera son capaces de cantar.

-¡Cantad más alto! -ruge el pretor, rojo de ira, a sus fatigados y roncos hombres.

Ya están a escasos sesenta metros de las puertas de la ciudad, donde el Consejo Municipal de Capua ha formado para darle la bienvenida.

El Himno a la Coronilla se eleva hacia el cielo, el caballo del pretor trota con elegancia y él, el propio Clodio Glaber, con lágrimas de furia en los ojos, recibe el moderado y algo sorprendido discurso de bienvenida del consejero más viejo.

Era el décimo día del sitio.

El pretor Clodio Glaber se conducía como si estuviera viviendo un extraño sueño. Por lo que sabia, en toda la historia de Roma no había habido nunca un bloqueo tan peculiar, pues no estaban sitiando una ciudad, sino una montaña, y ni siquiera una montaña, sino un agujero en la montaña, a donde sólo era posible acceder a través de un único sendero. Los sitiadores no podían subir y los sitiados no podían bajar. El camino era estrecho como un caño y tan empinado que una mula no podía subir a no ser que tiraran de ella o la empujaran por detrás, cosa que, por supuesto, resultaba inconcebible.

El pretor Clodio Glaber se hacía llenar varias botas de vino cada día y se emborrachaba junto a sus oficiales, todos veteranos con las piernas reu-

máticas y las bocas llenas de altisonantes palabras béticas. Algo era algo.

El campamento del pretor se había instalado, de un modo práctico más que artístico, en el valle semicircular que los nativos llamaban "la Antesala del Infierno", protegido de las jabalinas y las rocas que arrojaban desde arriba. Aunque la distancia los preservaba de peligros graves, parecía más inteligente adaptar el campamento al refugio natural que ofrecía el terreno surcado, agrietado; de modo que se vieron obligados a ignorar las reglas clásicas de instalación de campamentos, por mucho que esto disgustara a Clodio Glaber, que tenía un gran talento para la decoración.

El valle envolvía la cabeza romana del Vesubio en un semicírculo, separándolo del monte Somma. La otra faz de la cumbre, que daba al mar, descendía, abrupta e intransitable, hacia las regiones boscosas. Los bandidos no tenían forma de escapar; el único sendero conducía al valle donde acampaba Clodio Glaber desde hacía diez días.

Durante el primer y segundo día los soldados habían intentado atacar el margen del cráter, aunque por supuesto, había resultado imposible. Arriba, bastaba un hombre solo para custodiar el camino, ¿y quién iba a arriesgarse a luchar contra un gladiador? En honor a la verdad, veinte hombres lo habían intentado, pero quince habían muerto en la tentativa y los otros cinco habían sido capturados vivos, sólo para caer asesinados al pie de las rocas poco tiempo después. Este hecho no alentó a los demás y el pretor tuvo que reconocer que no podía culparlos.

Al principio, varios soldados habían intentado escalar las rocas desnudas. Algunos, poco versados en el arte del alpinismo, se despeñaron, otros resultaron un blanco fácil para los proyectiles de los gladiadores y los demás se vieron forzados a abandonar.

La única salida era dejar que el enemigo se muriera de hambre en su guarida. El número de sitiados se estimaba entre quinientos y seiscientos; de modo que, incluso si tenían mulas y caballos -en las noches tranquilas surgían espectrales relinchos de las entrañas de la montaña- y podían comérselos antes de que los propios animales murieran de inanición, sus reservas de agua durarían pocos días más. Por consiguiente, tendrían que rendirse o morir de sed, pues en esa época del año no contarían con la ayuda de la llu-

vía.

En consecuencia, el pretor decidió evitar nuevos sacrificios y esperar la oportunidad de actuar.

El tercer día pasó con tranquilidad. La vista era hermosa, pues el valle estaba rodeado de umbríos bosquecillos de castaños y pinos, que descendían en suaves montecillos ondulados. Los soldados recorrieron el valle y se internaron en los bosques.

Estaban contentos y entonaron el Himno a la amable Coronilla del pretor. Mientras tanto, los bandidos permanecían en su guarida del cráter y no se veían por ninguna parte, aunque de vez en cuando era posible avistar a alguno de sus centinelas o exploradores, como pequeñas figuras de juguete, en el borde de la cima.

El cuarto día fue similar. Glaber calculaba que se les acabaría el agua al día siguiente, como máximo. Ya había proyectado el mensaje de victoria destinado a Roma, conciso y simple como los de Sila:

"Trescientos bandidos ejecutados, doscientos capturados vivos. Un romano muerto." No sería necesario mencionar las otras cincuenta bajas. ¿Acaso el propio Sila no había ocultado unos cien mil muertos en sus informes bélicos?

El quinto día fue particularmente caluroso. Los hombres del pretor consumían cantidades increíbles de agua y vino, estimulados por la idea de que los ladrones estarían muertos de sed. Además, aunque era improbable que desde arriba pudieran verlos, cada vez que los diminutos centinelas y exploradores aparecían junto al borde del cráter, los soldados arrojaban botas enteras de vino al suelo.

Pero tal vez los vieran, después de todo, pues la noche siguiente bajaron los primeros desertores: dos mujeres y un hombre. Los tres llegaron vivos, aunque con la lengua hinchada y la nuez de Adán moviéndose sin cesar de arriba hacia abajo. Los soldados les permitieron beber algo y luego los amarraron con las piernas y los brazos extendidos a toscas cruces situadas en puntos claramente visibles desde arriba.

Los desertores no se quejaron; se limitaron a pedir más agua por la

mañana. Los soldados les mojaron los labios con esponjas húmedas y los dejaron colgados donde estaban.

Durante el sexto día no se oyeron ruidos desde arriba ni se avistaron centinelas o exploradores. Cansado de esperar, el pretor hizo subir a varios voluntarios para negociar la rendición. Aunque llevaban banderas de paz, los cinco fueron asesinados, de modo que el pretor decidió esperar un poco más. Si actuaba con discreción, aquellos cinco cadáveres no le harían modificar el informe.

Aquella noche, dos mujeres y cincuenta hombres desesperados descendieron la cuesta de la montaña, en parte por su propio pie y en parte rodando. Llevaban cuchillos entre los dientes apretados, y puesto que no los habían dejado caer, algunos llegaron con las caras laceradas. Todos fueron asesinados, aunque algunos hombres del pretor también sufrieron puñaladas y dos murieron como consecuencia de las heridas.

El séptimo día trajo una catástrofe. Todo comenzó con un pequeño punto negro en el cielo, del lado del mar, que se acercó rápidamente hasta convertirse en una gigantesca nube. Sin embargo, aún no quedaba claro si la tormenta caería sobre ellos.

Entonces un resonante rugido surgió del cráter del Vesubio: los ladrones imploraban a los dioses que la nube derramara sus aguas sobre la montaña. De repente el sol desapareció y el borde del cráter se llenó de distantes enanitos, que saltaban con los brazos en alto como para enseñarle el camino a la nube. Clodio Glaber miró hacia arriba y también él albergó la furtiva esperanza de que lloviera, aunque sabía que eso podía costarle su carrera política. Mientras tanto, los soldados apostaban, y sólo uno de cada tres lo hacía por la lluvia. Pero la nube se acercaba. Su cuerpo oscuro, brumoso y grávido dejaba tras de si una estela de jirones, como retazos de un velo.

Por fin el velo se cernió sobre la cumbre de la montaña, la envolvió y dejó caer un tumultuoso torrente de agua con un energético golpeteo.

Los soldados rieron, se cubrieron con las capuchas, atajaron el agua con las bocas abiertas y entonaron el Himno a la Coronilla de su querido pre-

tor con inaudita armonía. Uno de los tres crucificados -un hombre que estaba inconsciente, pero seguía vivo- se revolvió e intentó alzar la cabeza para atrapar con la lengua hinchada las gotas de lluvia que se deslizaban por sus mejillas. Los soldados, que no dejaban de abrazarse y bailar bajo la lluvia, rebosantes de alegría, soltaron al desertor y le echaron vino por la boca hasta que notaron que había muerto. La lluvia menguó poco a poco, por fin amainó por completo y el sol salió casi de inmediato.

El pretor sabía que el enemigo habría reunido agua suficiente para tres días y que, una vez más, no podía hacer otra cosa que esperar. Esperar que sus lenguas se hincharan de nuevo y se arrojaran montaña abajo para beber un sorbo de agua y ser crucificados. Era una pesadilla.

El anciano y pequeño pretor se emborrachó e invocó a los olvidados dioses de su infancia para que la lluvia no prolongara indefinidamente aquella absurda campaña que había aguardado durante quince años.

Así pasaron el octavo, noveno y décimo días.

El décimo día, el Viejo Vibio estaba sentado en el borde del cráter, junto al pastor Hermios. La pierna paralizada del anciano sobresalía de la roca como el mástil de una bandera.

-Allí está la vía Popilia -dijo el pastor-. Si miras con atención, verás el acueducto detrás de Capua, que desciende por el monte Tifata.

Hablabía despacio mientras se palpaba las encías, que en los últimos días se le habían hinchado y ahora comenzaban a sangrar.

-No veo nada -dijo Vibio, el Viejo-, está demasiado lejos.

Guardaron silencio. A sus espaldas, el cuenco oval del horizonte parecía a punto de rebosar con el intenso resplandor del mar. El pastor inclinó la cabeza para mirar las tiendas del pretor Clodio Glaber, apiñadas en el valle semicircular.

-Todo está muy tranquilo allí abajo -dijo, y después de una pausa añadió con una sonrisa-: Deben de estar comiendo.

-No -respondió el anciano-, aún es demasiado temprano.

Hermios sonrió timidamente, arrepentido de su comentario. No quería hablar de ello, pero siempre acababa haciéndolo, como si el simple hecho de hablar pudiera solucionar algo. ¿Acaso no había ya bastante charla en el fondo del cráter? Con lo mal que lo estaban pasando, encima tenían que discutir entre ellos. ¿Cómo acabaría todo aquello?

-¿Cómo acabará esto? -preguntó y él mismo se sorprendió, pues no había querido pronunciar esas palabras en voz alta.

-Mejor de este modo que del otro -dijo el viejo.

El pastor pensaba que aquel hombre marchito y curtido debía hablar como un árbol viejo. Estaba convencido de que si le cortaba un brazo, cubría el suelo con un montón de bichitos de carcoma.

Sin embargo, el anciano permaneció en silencio con los ojos cerrados, disfrutando de la roja luz del sol, que se filtraba a través de la piel de sus párpados sin deslumbrarlo.

-¿Crees que esa idea de la cuerda dará resultado? -preguntó Hermios.

-Es probable -respondió el anciano.

-Yo no lo creo -dijo el pastor.

Hubo otro silencio.

-Ahí viene Enomao -dijo Hermios-, ¡y vaya aspecto que trae!

El joven tracio se sentó a su lado.

-¿Cómo va todo? -preguntó el anciano.

Enomao se encogió de hombros y contempló el paisaje. Detrás del alto valle se extendía la llanura de Campania. El sudor cristalino de la tierra negra flotaba en el lecho del río, los caminos atravesaban los abundantes pastos como arterias y los huertos parecían henchidos por sus propios jugos dulces. La brisa aleteaba sobre la llanura, pletórica de impudica fertilidad.

El pastor comenzó otra vez:

-No puedo ni mirar a los caballos -dijo-, parecen esqueletos envueltos en piel -añadió mostrando los dientes.

-Tú mismo te asemejas a un caballo -dijo el anciano sin malicia.

-Los pastores y los animales se comprenden mutuamente -sonrió Hermios-.

Anoche sentí algo cálido en mi oreja, como si soplará el siroco, me desperté y ¿qué creéis que encontré? Una mula resoplando y lamiéndome la cabeza. Quería preguntarme por qué no puede pastar.

-¿Y cómo se lo explicaste? -dijo Enomao.

-Le dije "sss, sss" y seguí durmiendo -respondió con una sonrisa-. Nosotros tampoco podemos salir a pastar -añadió después de una pausa y se palpó las encías-. Y nadie puede explicarnos por qué.

El Viejo parpadeó en silencio.

-De acuerdo, voy a contártelo -dijo de repente-. Una vez vi un bufón en una feria, un hombre abominable y sucio, pero muy ágil. Podía poner la cabeza entre las piernas y mearse en su propia cara. Así es la ley y el orden de los humanos.

-¿Por qué? -preguntó el pastor mostrando los dientes en una mueca de perplejidad.

Pero el anciano no respondió.

Zozimos, el orador, se acercó a ellos. Su nariz larga y puntiaguda se había vuelto aún más afilada, pero los pliegues de su túnica seguían tan compuestos como siempre. Se aproximó tambaleándose entre las rocas, como un pájaro enorme y delgado.

-Están discutiendo otra vez -informó-. Hay una vasija de agua para los tracios, otra para los celtas y otra para todos los demás. Sin embargo, la de los celtas está casi vacía, porque carecen de autocontrol, así que ahora piden que se reparta de nuevo.

-Siempre hacen lo mismo -dijo el pastor que no sentía el menor aprecio por Castus, Crixus y los demás galos.

-Espartaco estaba a punto de ceder, pero sus hombres protestaron.

-Y con razón -afirmó el pastor.

-No podemos dejarlos morir de sed, ¿verdad? -dijo Enomao.

-Justamente -declaró Zozimos-, la ley debe ajustarse a la necesidad, aunque pocas veces lo hace.

-¿Han llegado a algún acuerdo? -preguntó el pastor.

-Una vasija común para todo el mundo y estricto control -respondió Zozimos-. Un vaso por día por persona. Los criados de Fanio se ocupan de la supervisión.

Los otros tres guardaron silencio. Todos pensaban en lo mismo, y todos lo sabían. Pensaban: todo esto es estúpido, deberíamos bajar pacíficamente. Seguro que el pretor es distinto a como lo imaginamos, un hombre educado, que incluso es calvo. "Danos algo de beber, por favor", le diríamos en tono amistoso y sencillo. "Volvamos cada uno a su sitio, como antes. Después de todo, no estaba tan mal". Luego los soldados traerían vino fresco, pan, tocino y polenta y todo el mundo se alegraría de que se hayan acabado los malentendidos y los tormentos.

-Ah, sí -dijo el pastor y tragó saliva, intentando concentrarse en lo que estaban hablando-. Lo de las tres vasijas era una tontería. Antes, cuando las cosas marchaban bien, a nadie le preocupaba si eras galo o tracio.

-Cada pueblo tiene su forma de ser -dijo el retórico-. Los celtas son valientes, pero vanidosos, temperamentales e indisciplinados. Los tracios tienen una mentalidad abierta, ojos azules, pelo rojo y son polígamos.

-Eso es lo que dicen tus libros -repuso Vibio el Viejo-, pero un tracio hambriento es igual a un celta sediento.

Todos miraron hacia abajo en silencio. Un humo blanco y ostentoso se alzaba sobre el campamento del pretor. A lo largo y ancho de la llanura de Campania, desde el Volturno a las montañas de Sorrento, granjeros, pastores y labradores cocinaban la comida del mediodía: gachas, lechuga, tocino y nabos hervidos.

-Espartaco podría haber sido un gran general -dijo el retórico-. Si hubiera sido Aníbal, habría conquistado Roma.

-Aníbal -repitió el pastor-. He oído queató un manojo de paja encendi-

da a los cuernos de unos bueyes y los persiguió hasta el campamento de los romanos, pero los romanos apagaron el fuego y se comieron los bueyes - añadió sonriendo con esfuerzo.

-Tonterías -dijo Zozimos.

-Tú llevas grabada la historia en el corazón, y yo, por así decirlo, en el estómago.

Parecía curiosamente divertido y siguió mostrando los dientes amarillos con los ojos encendidos y los párpados enrojecidos.

-¿De verdad era un príncipe? -preguntó de repente con aire distraído.

-¿Quién? -dijo Zozimos-. ¿Aníbal?

-No, Espartaco.

-¡Oh! -exclamó Zozimos-, nadie lo sabe con seguridad. -Se giró hacia Enomao-. Tú deberías saberlo.

El gladiador, que estaba abstraído en sus propios pensamientos, se sobresaltó.

Tenía una frente amplia y delicada, y una vena azulada se adivinaba bajo su piel.

-No lo sé -dijo.

-Si fuera príncipe, comería tordella con tocino -exclamó Hermios-. Todos los príncipes comen tordella con tocino -añadió y lo repitió varias veces, hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

-Cállate de una vez -le ordenó el anciano, impasible.

El pastor calló.

-Qué glotón -dijo Zozimos incómodo, aunque él siempre se las ingenia para encontrar algo de comer y añadirlo a su ración.

-De todos modos me cae bien -dijo el pastor que ya se había tranquilizado un poco-. Me cae bien porque es el único de nosotros que sabe por qué hace esto.

-¿Y por qué lo hace? -preguntó Zozimos.

El pastor no respondió, pero poco después reanudó la conversación.

-Siempre tiene alguna idea -dijo-, pensad por ejemplo en la última, la de las cuerdas.

-Es una idea descabellada -observó Zozimos-, y estoy seguro de que no servirá de nada.

-Yo también -admitió el pastor-, pero tiene cada idea...

Los cuatro hombres callaron y contemplaron la llanura. De vez en cuando, pequeñas nubes de polvo avanzaban lentamente sobre un camino, indicando que un jinete, o un carro viajaban hacia donde deseaban. Para ellos el mundo era amplio y sin obstáculos.

Alguien trepaba ruidosamente desde el interior del cráter, desprendiendo fragmentos de rocas, y Zozimos se volvió a mirar.

-Es tu joven hijo -le dijo al anciano-. Suda, resopla y da la impresión de que está a punto de estallar con grandes noticias.

Vibio el Joven emergió del agujero del cráter. Jadeaba, sus labios carnosos estaban secos y agrietados y sus ojos parecían más saltones que de costumbre.

-Debéis bajar -dijo-. Todos deben ayudar con las cuerdas, pues la diversión empieza esta noche.

-¿Qué diversión? -preguntó el pastor mientras se incorporaba.

-Debéis bajar de inmediato -insistió Vibio el Joven-. Todos se están rasgando la ropa para hacer cuerdas. Tenéis que venir enseguida.

El pastor se levantó y azotó el aire con su bastón.

-Ya lo ves -le dijo a Zozimos y comenzó a descender con presteza por la cuesta rocosa.

-Es una idea descabellada -afirmó el retórico que sin embargo se apresuró a levantarse-. ¡A quién se le ocurre bajar de una montaña atado a unas cuerdas!

Los guijarros acrecentaban el crujido de sus pisadas. El viejo se levantó, echó un vistazo al campamento del pretor Clodio Glaber, y escupió hacia

allí.

-Que te aproveche la comida -dijo.

-¿Tanto los odias? -preguntó Enomao mientras descendían hacia el fondo del cráter.

-A veces -admitió el anciano-, pero ellos nos odian siempre. Ésa es nuestra desventaja.

La masacre del ejército del pretor Clodio Glaber sucedió durante la noche del décimo día de sitio.

La ladera de la montaña que daba al campamento romano era empinada, pero no del todo intransitable. Aunque se habían visto forzados a rodar sobre las escarpadas rocas, los desertores habían llegado vivos abajo, donde los habían matado los soldados. Consciente de este hecho, el prudente pretor había apostado centinelas en todo el perímetro del valle semicircular.

La otra ladera de la montaña daba al mar y estaba formada por rocas casi verticales, que levantaban un muro abrupto e infranqueable entre el campo de grava de la zona alta y los bosques de abajo. De aquel lado, la propia naturaleza se ocupaba de custodiar a los ladrones, facilitando la tarea de Clodio Glaber. Sin embargo, por allí descendieron los gladiadores, amarrados a cuerdas, dos horas después de la puesta de sol. Luego bordearon la montaña y atacaron al desprevenido pretor por la espalda.

El descenso duró unas tres horas y se llevó a cabo en un silencio casi absoluto.

Arrojaron dos sogas y una escalera de cuerdas, confeccionadas con tiras de lino plegadas, a través de tres grietas verticales en la roca. La escalera, con sus peldaños de gruesas ramas de enredadera -la única vegetación que crecía en el interior del cráter-sirvió para el transporte de armas y para el descenso de los más torpes. El resplandor de la luna, ubicuo y uniforme, colaboró en la proeza.

Los gladiadores bajaron primero, seguidos en riguroso orden por los

criados de Fanio, los mercenarios del capitán Mammius y cualquier hombre capaz de empuñar un arma. Los que llegaban al suelo permanecían agazapados allí, y algunos incluso conversaban en susurros.

A medianoche, una de las cuerdas se cortó, y aunque los dos hombres que cayeron se rompieron todos los huesos, reprimieron los gritos para no perjudicar a los demás. Sus compañeros se vieron obligados a matarlos, pues nadie podía ayudarlos, y ambos murieron sin rechistar.

Cinco horas después de la puesta de sol, doscientos hombres con armas normales y cien con porras, hachas y aparejos de gladiadores, se congregaron a los pies de la montaña. También habían bajado algunas mujeres que no querían perderse la pelea, pero la mayoría habían permanecido en el interior del cráter, junto con los ancianos y los animales.

La horda comenzó su marcha. Tenían que caminar en círculo hacia el sur en dirección a la zona boscosa, al otro lado de la montaña. Caminaron en silencio más de una hora, guiados por los pastores de Campania que estaban más familiarizados con los senderos de montaña.

Por fin los gladiadores llegaron al extremo sur del valle semicircular llamado "la Antesala del Infierno" y mataron al primer centinela romano sin darle tiempo a gritar. Las voces de alarma de los siguientes centinelas se ahogaron entre los gritos de guerra de los gladiadores, que despertaron a todo el campamento y llenaron las tiendas de roncos ecos, distorsionados por la proximidad de las rocas. La masacre comenzó antes de que los masacrados tomaran conciencia de su situación, de modo que sólo se resistieron unos pocos veteranos. Sin embargo, el atípico y antimilitar trazado del campamento, sumado a la terrible confusión, convenció a los soldados más duros de que era inútil resistir y de que escapar era la única salida posible.

Los gladiadores, preparados para luchar, se vieron forzados a actuar como sanguinarios. La falta de resistencia del enemigo despertaba en ellos una furia ciega, pero al mismo tiempo los hacía sentir insatisfechos. Las víctimas yacían en el suelo, suplicando piedad sin obtenerla, y mientras la muerte se apoderaba de sus conciencias, pensaban que aquellos hombres -a quienes no habían visto hasta aquella noche, en que los habían atacado con sus gritos estridentes-no eran humanos, sino demonios desatados.

Así acabó el décimo día, y aunque los festejos sucedieron a la masacre, el punto culminante de la jornada llegó a la hora de dormir sobre las mullidas colchas de los romanos, el descanso sin sueños que sucede al deber cumplido y a la satisfacción de las necesidades.

Advierte que sus zapatos están llenos de guijarros, por lo tanto se sienta sobre una roca para sacudirlos y descubre que aquella molestia era una de las causa de su desazón. Es evidente que comparados con la vergonzosa derrota de su ejército, los pequeños e incisivos guijarros -siete en total- quedan reducidos a una ridícula insignificancia, pero ¿cómo discernir lo importante de lo trivial, cuando ambos hablan a nuestros sentidos con igual vejez? Su lengua y paladar aún retienen el sabor amargo del sueño interrumpido. Descubre unas pocas uvas olvidadas en el viñedo, las arranca y mira a su alrededor, pero sólo las estrellas son testigos de la extraña secuencia de sus actos y ellas no pueden censurarlo.

Se siente avergonzado y sin embargo debe admitir que su actitud no es en absoluto absurda; ninguna teoría filosófica puede alterar el hecho de que las uvas fueron creadas para ser comidas. Además, nunca había disfrutado tanto comiendo uvas.

Sorbe su jugo junto con lágrimas de incomprensible emoción, y luego chasquea los labios con vergüenza y resolución.

Entonces la noche, alumbrada por las indiferentes estrellas, regala un nuevo conocimiento a Clodio Glaber: todos los placeres -no sólo aquellos definidos como tales-, e incluso la propia vida, se basan en una ancestral, secreta desvergüenza.

El calvo pretor Clodio Glaber bajó de la colina a pie, pues los bandidos se habían apoderado de su caballo. Separado de sus soldados, caminó solo durante toda la noche. Se desvió del camino, tropezó con el bordillo irregular y rocoso de un viñedo y miró a su alrededor. Bajo la luz de las estrellas, aquel viñedo cercado con estacas puntiagudas parecía un cementerio. Reinaba un silencio absoluto, y tanto los bandidos como el Vesubio parecían perderse en el brumoso ámbito de lo irreal.

Roma y el Senado estaban olvidados, pero aún le quedaba un pequeño deber que cumplir. Se abrió la capa, buscó el sitio preciso con la mano y diri-

gió hacia allí la punta de la espada.

Tenía que cumplir con su deber, pero sólo ahora comprendía el verdadero significado de esa acción. La punta de la espada debía introducirse poco a poco, rasgar lentamente los tejidos, cortar tendones y músculos, quebrar costillas. Sólo entonces alcanzaría el pulmón -tierno, gelatinoso y lleno de finas venas-que debía partir en dos. Luego encontraría una corteza viscosa y por fin el mismísimo corazón, un bulboso saco de sangre, cuya textura era imposible imaginar. ¿Acaso alguien lo había conseguido alguna vez? Bueno, quizá lo lograra si lo hacia de forma brusca, pero un hombre consciente del proceso, de todas y cada una de sus etapas, sería incapaz de hacerlo.

Hasta entonces, "muerte" era una palabra como otra cualquiera y parecía situada a una distancia inalcanzable. Los términos asociados a "muerte", como "honor", "deshonra" y "deber", existen sólo para aquellos que no alcanzan a entender la realidad. Porque la realidad, gelatinosa, inexplicablemente delicada, con su red de finas venas, no ha sido creada para ser rasgada por un objeto punzante. Y ahora Clodio Glaber comprende que morir es una rematada estupidez, mayor aún que la propia vida.

5 El hombre de la cabeza ovalada

Crixus estaba tendido de lado en la manta, con la pesada cabeza apoyada sobre la mano izquierda. Una multitud de venas rojas y azules atravesaba sus bíceps desnudos. Espartaco, tendido de espaldas con las manos entrelazadas en la nuca, contemplaba un trozo del cráter y unas cuantas estrellas a través de una abertura en el techo de la tienda. Sus lechos estaban situados paralelos, separados por la mesa. En la tienda del pretor Clodio Glaber no había sitio para nada mas.

Crixus seguía comiendo. De vez en cuando, su mano derecha se estiraba hacia el tablero de la mesa, que se alzaba sobre su cabeza, cogía un trozo de carne, se la llevaba a la boca y la empujaba con grandes sorbos de vino. Hilos de grasa chorreaban desde la mesa.

Fuera la multitud se había tranquilizado de forma gradual, hasta callar por completo. Los centinelas exigían las contraseñas a menudo, de hecho más a menudo de lo necesario, señal de que la horda jugaba a soldados.

Crixus prestó atención, aguzó el oído y se volvió, consciente del silencio. Luego se lamió los labios y se limpió despacio los dedos grasientos en la manta. Espartaco se volvió y lo miró fijamente. Crixus entrecerró los ojos y se limpió los dientes con la lengua. La mirada de Espartaco lo incomodaba y desvió la suya, incómodo.

-Hay que quemar los cuerpos -dijo Espartaco-. Aún hay seiscientos u ochocientos tendidos en el suelo y apestan.

Ambos callaron y Crixus bebió un trago de vino.

Espartaco volvió a tenderse boca arriba, con los brazos cruzados en la

nuca. El contorno de la montaña dibujaba una línea negra en la grieta del techo de la tienda.

-Sé en qué piensas -dijo-. En las mujeres de Alejandría.

-Glaber volverá a Roma -observó Crixus-, agitará al Senado y enviarán a las legiones a buscarnos.

El techo abrió una negra brecha sobre la cabeza de Espartaco. Estaba muy cansado y sus ojos habían perdido su expresión habitual, atenta y serena.

-¿Y entonces qué? -preguntó.

-Nos los comeremos -dijo Crixus.

-¿Y luego?

-Más legiones.

-¿Y luego? -preguntó Espartaco mirando fijamente a través de la brecha.

-Luego nos comerán ellos a nosotros.

-¿Y luego?

Crixus bostezó y cerró una mano con el pulgar hacia abajo.

-Luego esto -dijo moviendo el pulgar hacia el suelo-. ¿Quieres esperar hasta entonces?

Allí estaba otra vez, el gesto que decidía las vidas de los gladiadores. No podían escapar de él. Enjoyado, fláccidamente arrugado, el pulgar señalaba hacia abajo, deshonraba la vida y degradaba la muerte a la condición de espectáculo, se colaba incluso en sus sueños.

Crixus volvió a tenderse. La luz de la luna se filtraba a través de la grieta del techo, donde el cráter proyectaba sus afiladas sombras. Las contraseñas se habían espaciado.

-¿Quién ha dicho que me quedaría? -preguntó Espartaco, tan cansado que parecía hablar en sueños-. ¿Quién ha dicho que permanecería con vosotros? Persigue a un hombre y él correrá, pero cuando haya corrido suficiente

se detendrá a tomar aliento y luego, seguirá su camino. Sólo un loco correría para siempre. -Crixus callaba-. Sólo un loco seguiría corriendo hasta que le saliera espuma por la boca, empujado por un espíritu diabólico que le haría derribar todo lo que encuentra a su paso. Allí había un hombre así...

-¿Dónde? -preguntó Crixus.

-En el bosque. Era patizambo como un niño, tenía orejas puntiagudas y ojos de cerdo. Solíamos llamarlo "el Marrano". Lo obligábamos a caminar en cuatro patas y a gruñir como un cerdo. Un día se levantó y huyó. Destruyó todo lo que encontró a su paso y corrió sin parar. Nunca lo pillaron.

-¿Qué le ocurrió?

-Nadie lo sabe. Es probable que aún siga corriendo.

-Murió en el bosque -afirmó Crixus-, eso es lo que le pasó, o tal vez lo cogieron y lo crucificaron.

-Ya te he dicho que nadie lo sabe -repitió Espartaco-, pero quizá llegara a algún lugar. Nunca se sabe. Algún lugar, cualquier lugar.

-Algún lugar como una cruz -dijo Crixus después de una pausa.

-Tal vez -admitió Espartaco-. ¿Por qué no vas a Alejandría? Yo nunca he estado allí, pero estoy seguro de que es un sitio hermoso. Una vez me acosté con una chica y ella cantó. Alejandría debe de ser algo así. Vamos, Crixus, lleva a pasear a tu falo. ¿Quién te ha dicho que yo me quedaría?

-¿Cómo cantaba? -preguntó Crixus-, ¿con vehemencia o con suavidad?

-Con suavidad.

-Tal vez mañana sea demasiado tarde -dijo Crixus después de un breve silencio.

-Mañana, mañana -repitió Espartaco-. Es probable que mañana nos vayamos -bostezó-. Tal vez vayamos a Alejandría.

Guardaron silencio y Crixus se quedó dormido. Su respiración se volvió regular y pronto comenzó a roncar. Una vez más, su cabeza estaba apoyada sobre el desnudo brazo izquierdo, con su bíceps lleno de venas.

Espartaco escudriñó la grieta del techo, cerró los ojos y volvió a abrir-

los. Luego cogió un trozo de carne, lo masticó y bebió vino de la jarra. Los poderosos vapores del falerno habían hecho presa de él y le nublaban la vista. Los centinelas por fin habían callado. Bebió otro sorbo de vino, se levantó y salió de la tienda.

Deabajo, la costa estaba cubierta de una niebla blanquecina. La extraña silueta del cráter se recortaba, dentada y negra, sobre el cielo estrellado, y los endebles olivos tendían sus tullidos brazos sobre el valle.

Pasó junto a los guardias dormidos y se alejó del campamento. Por fin llegó junto a una pequeña cuesta rocosa y subió. La suela de sus sandalias aplastaba la grava con un ruido exagerado. De repente la cuesta acabó en un pequeño prado y allí, entre matas de hierba marchita, raíces y malezas, distinguió un hombre envuelto en una manta. Su cabeza afeitada y ovalada era la única parte visible de su cuerpo y parecía serena. Tenía las cejas altas, como si se asombrara de sus propios sueños.

Sus labios eran finos y ascéticos, y la carnosa nariz, arrugada en sueños, le daba el aspecto de un gracioso fauno.

Espartaco lo contempló durante un rato y por fin le dio un puntapié en la cadera. El hombre abrió los ojos, pero no se sobresaltó en absoluto. Sus ojos eran oscuros y la engañosa luz de la luna los había rodeado de sombras.

-¿Quién eres?

-Un miembro de tu campamento -respondió el hombre mientras se sentaba despacio.

-¿Sabes quién soy yo?

-Zpardokos, príncipe de Tracia, liberador de esclavos, guía de los desheredados. Paz y fortuna, Zpardokos. Ven a sentarte en mi manta.

-Loco -dijo Espartaco y se quedó allí de pie, vacilante, hasta que volvió tocar al hombre con un pie-. Sigue durmiendo. Mañana volverán los romanos y te colgarán de una cruz, junto a todos los demás. ¿Puedes leer las estrellas?

-Las estrellas no -dijo el hombre de cabeza ovalada-, pero puedo leer ojos y libros.

-Si sabes leer, eres un maestro fugitivo -dijo Espartaco- y serás el undécimo.

Ya tenemos once maestros, siete contables, seis médicos y tres poetas. Si el Senado nos perdona la vida, podríamos fundar una universidad en el Vesubio.

-Pero yo no soy maestro, sino masajista.

-¿Masajista? -preguntó Espartaco, sorprendido-. Un hombre que sabe leer se usa para enseñar, no para dar masajes.

-Hasta hace tres días estaba empleado en el cuarto baño público de Estabias.

Cuando me vendieron por primera vez, no les dije que sabia leer.

-¿Porqué?

-Para que no me obligaran a enseñar mentiras -respondió el hombre de cabeza ovalada.

-No me digas -dijo Espartaco, incómodo-. Tenemos otros lunáticos como tú. Por ejemplo, hay un hombre llamado Zozimos, antiguo maestro, que siempre está pronunciando discursos políticos. No sabia que hubiera tanta locura en el mundo.

-Ni tampoco tanta tristeza -dijo el hombre de la cabeza ovalada-. Tampoco lo sabías, ¿verdad?

Espartaco no respondió, pero su sensación de incomodidad creció. Uno no debe hablar de esas cosas. "La tristeza del mundo". En los últimos tiempos, había oído mencionar el tema a menudo, chácharas de poetas o reformistas. Quería largarse de allí, pero no estaba de humor para quedarse solo.

El otro hombre se envolvió con la manta, tembloroso, pues a medida que se acercaba el día, la bruma los envolvía con sus vapores blancos y fríos. Espartaco permaneció junto a él, vacilante, enorme y absurdo con su traje de piel. Se sentía cada vez más incómodo bajo la mirada llena de sombras del culto masajista. Aquellos charlatanes y eruditos eran todos iguales, observaban sus sentimientos al primero que pasaba junto a ellos, permitían que

sus propios corazones salieran de su coraza como viscosos caracoles.

-Ayer no te vi -dijo Espartaco-. ¿Dónde estabas durante la batalla?

-Masajeando a tus héroes -respondió el hombre de cabeza ovalada y nariz arrugada.

-Un cobarde, eso es lo que eres -sonrió Espartaco.

-No creo ser un cobarde -dijo el otro tras reflexionar un momento-, pero cuando alguien me persigue con una lanza, me asusto.

Divertido, Espartaco se sentó junto a él y apoyó los codos sobre las rodillas. El masajista lo cubrió con un extremo de la manta.

-Loco -dijo Espartaco-. ¿Por qué me has llamado de esa forma tan estúpida?

"Liberador de esclavos, guía de los desheredados".

Intentó que la pregunta sonara indiferente, pero sus ojos habían recobrado su acostumbrado interés.

-¿Por qué? -preguntó el de la cabeza ovalada-. Porque así está escrito: "El poder de las cuatro bestias ha concluido, y yo he visto llegar a uno, al Hijo del hombre, envuelto en las nubes del cielo, ante el anciano de los días que le concedió poder, gloria y un reino, un eterno dominio..."

-Eso es pura basura -dijo Espartaco, decepcionado.

-Las cuatro bestias son el Senado, los grandes terratenientes, las legiones y los administradores -dijo el hombre de cabeza ovalada contándolos con los dedos.

-Las bestias están en la arena -observó Espartaco.

-Es una forma de hablar -repuso el otro.

-Lo único que coincide es lo de las nubes del cielo -dijo Espartaco, pues la neblina seguía espesándose alrededor de la montaña-. ¿Y qué hay de ese Anciano que concede poder?

-Se supone que es una imagen poética -dijo el de la cabeza ovalada-. Aunque también podría tratarse de Dios.

-Hay muchos dioses -replicó Espartaco, aburrido.

-También está escrito: "Ostenta su fuerza ante los presuntuosos, arroja a los poderosos de sus sillas y exalta a los pobres y humildes; colma de cosas buenas a los hambrientos y arroja a los ricos con las manos vacías". Y también está escrito:

"El espíritu del Señor está conmigo, pues él me ha ungido para que traiga las buenas nuevas a los pobres, me ha enviado a sanar los corazones rotos, a consolar a los cautivos, a abrir los ojos de los ciegos, a liberar a los oprimidos".

-Eso suena mejor -dijo Espartaco-. ¿Tú crees en las profecías?

-En realidad no -respondió el hombre de cabeza ovalada con la nariz arrugada.

Sin embargo, ninguna mueca o bufonada era capaz de endurecer la dura expresión de sus labios delgados.

-Yo tampoco -dijo Espartaco-. Todos los profetas y adivinos son unos estafadores.

-En este mundo hay de todo. Están aquellos que pronuncian palabras agradables a los oídos de los poderosos y aquellos que gritan su furia y su dolor en la noche.

-Pero su lenguaje es siempre patético y oscuro.

-Es un truco del oficio. Un buen sastre debe confeccionar trajes aptos para muchos hombres.

Espartaco meditó. Deseaba hacerle una pregunta, pero se trataba de algo tan absurdo, que le daba vergüenza formularla. Por fin se decidió:

-Si no crees en las profecías, ¿por qué te has referido a mí como aquel cuya llegada está anunciada, el Hijo del hombre?

-¿Yo? -dijo el hombre de la cabeza ovalada-. Yo no te he llamado así. Dije que estaba escrito que llegaría "Uno...". -Se arropó con la manta, tembloroso-.

Con las profecías pasa lo mismo que con la ropa. Están colgadas en la

tienda del sastre, por donde pasan muchos hombres a quienes les sentarían bien. De repente llega uno y coge una túnica, y entonces parece hecha para él, porque él la ha elegido... Lo que realmente importa es que esté de acuerdo con la moda y la época, pues debe ajustarse a los gustos del momento, a los deseos de muchos hombres, a las necesidades y añoranzas de muchos hombres...

Frunció la nariz y se giró. Espartaco permaneció en silencio, mirando la luna, las estrellas, el cráter, sus uñas, y por fin dijo con súbita e inesperada hostilidad:

-Antes has dicho que no creías en profecías.

-No creo en absoluto en la palabra hablada -asintió el hombre de cabeza ovalada-. Sólo creo en sus efectos. Las palabras son aire, pero el aire se convierte en viento y hace navegar a los barcos.

Espartaco volvió a callar. Sentado a horcajadas sobre la manta, con la cabeza apoyada sobre sus puños, cerró los ojos deslumbrado por la luz de la luna. Era una luz tan potente que podía percibir su resplandor plateado a través de los párpados.

No sabía cuánto tiempo llevaba sentado allí, tal vez se hubiera dormido. Por fin estiró las piernas, bostezó y sintió frío.

-¿Sigues aquí? -preguntó Espartaco-. Dame tu manta.

El hombre de la cabeza ovalada se incorporó, sacudió su manta y se la entregó a Espartaco. De pie, el hombrecillo era una cabeza más bajo que su interlocutor y parecía delgado y frágil.

-Deberías haber sido maestro en lugar de masajista -dijo Espartaco mientras se cubría con la manta todavía caliente. Luego bostezó y se tendió en el suelo-.

Puedes quedarte y hablarme.

Tembloroso, el otro hombre se sentó sobre una piedra, a un par de metros de la cabeza de Espartaco.

-Será mejor que duermas -dijo.

-Ése es el problema -dijo Espartaco-, no puedo dormir. Tengo la impre-

sión de que un montón de moscas zumban en el interior de mi cabeza.

-Estás agotado -dijo el de la cabeza ovalada-. ¿Quieres un masaje?

-Cuéntame algo -pidió Espartaco-. Hablas con un deje palatal, así que debes de ser sirio o judío.

-Soy esenio.

-¿Qué es eso?

-Es una larga historia -respondió el otro.

-Cuéntamela.

-De acuerdo -dijo el esenio-. Está escrito que hay cuatro tipos de hombres.

El primero dice: "Lo mío es mío y lo tuyo es tuyo". Es la tribu de las clases medias, Sodoma, según la llaman algunos. El segundo grupo, formado por la gente vulgar y humilde, dice: "Lo mío es tuyo y lo tuyo es mío". Un tercer grupo, los piadosos, dicen: "Lo mío es tuyo y lo tuyo también es tuyo". Por último, otros dicen: "Lo mío es mío y lo tuyo también es mío"; son los malvados. Así está escrito. Los eruditos dicen que el primer hombre del grupo de lo mío-mío y lo tuyo-tuyo fue Caín, que mató a su hermano Abel y fundó la primera ciudad. Por tanto, aunque esta visión es muy común en nuestros días, se la rechaza y se la considera propia de Sodoma. La tercera opinión, la de los piadosos, también es rechazada, porque aquellos que no poseen bienes terrenales entregan lo poco que tienen para demostrar que sólo persiguen la virtud. Es una singular forma de hipocresía que podríamos denominar "la arrogancia de los débiles" y que, por sobre todas las cosas, es estúpida. La cuarta modalidad, que corresponde a los grandes terratenientes y usureros, es abominable y detestada. Sólo queda la segunda, "lo tuyo es mío y lo mío es tuyo", que es la nuestra.

-¿Entonces vuestras propiedades son comunes?

-Así es.

-¿Y vuestros esclavos también son una propiedad común?

-No tenemos esclavos.

-Ya veo -dijo Espartaco después de meditar un momento-, sois una tribu de cazadores y pastores.

-No, somos granjeros y artesanos. Todos trabajamos y todos compartimos los beneficios.

-Es gracioso -dijo Espartaco-, si a pesar de ser hombres libres trabajáis, sois vuestros propios esclavos. Nunca he oído nada igual.

-Es probable -dijo el esenio con un gesto de asentimiento-. Tal vez tengas razón.

-¿Lo ves? -dijo Espartaco-. Hablas y hablas y luego caes en la trampa de tus propias palabras opulentas. Vuestros propios esclavos... Es como si un hombre fuera su propia esposa. Los cazadores y los pastores no trabajan y por lo tanto no necesitan esclavos, pero aquellos que siembran y siegan, los que hacen cosas y las venden, deben tener esclavos, pues así debe ser. El hombre manda, la mujer da a luz y el esclavo trabaja. Ése es el orden natural de las cosas, y todo lo demás son patéticas tonterías contrarias a la razón y la armonía.

-¿Tú crees? -dijo el esenio mientras sacudía la cabeza-. ¿Entonces no consideras que has traído el desorden a Campania?

-Calla -protestó Espartaco-. Un fugitivo no puede cumplir con la ley y el orden, pero eso no tiene nada que ver con tus parloteos.

-¿Te parece? -dijo el esenio. Luego cogió un guijarro, lo sopesó en la mano y lo arrojó colina abajo. La piedra rodó y pronto desapareció de la vista, devorada por la bruma, pero eso no evitó que la oyieran caer. Entonces, cuando el ruido se apagó, el esenio dijo-: Si le hubieras preguntado a esa piedra por qué rodaba, te habría contestado que la habían empujado. La piedra cree que lo único que importa es el empujón, y sin embargo obedece involuntariamente a la ley común de que todo lo que es arrojado cae hacia abajo.

Espartaco no respondió y siguió tendido boca arriba, con las oscuras montañas a derecha y la empinada cuesta a la izquierda. Estaba demasiado cansado para seguir el hilo de las ideas del esenio, pero sentía que su mente las absorbía como una esponja.

Sin embargo, el hombre de la cabeza ovalada no le prestaba mayor atención, incluso parecía haberse olvidado de él. Estaba sentado encogido sobre una piedra, como un animal alerta y temeroso. Parecía hablar consigo mismo, mientras balanceaba la cabeza hacia delante y hacia atrás, y probablemente tenía la nariz fruncida otra vez, pues su voz sonaba como una risa suave y ahogada:

"Ni su plata ni su oro los salvará en su día de la ira de Yahvé, pues toda la tierra será devorada por el fuego de su celo. Llorad, vosotros que vivís junto a los molinos, pues los mercaderes se han marchado y todos aquellos que acumulaban dinero han sido expulsados. Malditos sean aquellos pastores que se alimentan a sí mismos pero no alimentan a sus rebaños. Malditos aquellos que juntan una casa con otra y un campo con otro hasta que no queda sitio para nada, hasta que se convierten en únicos dueños de las tierras del mundo. Malditos aquellos que decretan falsas leyes y roban los derechos de los pobres para convertirlos en sus presas. Malditos, pues sus mentes se dejan gobernar por las recompensas, sus sacerdotes enseñan a cambio de un sueldo y sus adivinos profetizan por dinero. Malditos, pues cantan al son de las arpas, y se inventan su propia música, beben vinos en cuencos y se ungen a sí mismos, pero no les afecta el dolor del pueblo.

"Pues la justicia de Yahvé caerá sobre todos y cada uno de los presuntuosos y arrogantes, que serán degradados, sobre todos los cedros del Líbano, sobre los robles de Bashan y los mercaderes de los mares, sobre los señores del Senado y los amos de los juegos sanguinarios, sobre todo lujo, pues el Señor desnudará a las hijas de Roma y les arrancará sus joyas. Y habrá grandes llantos ante la puerta del este, gritos de alarma ante las demás puertas y sonoros lamentos desde las siete colinas.

Pues Él vendrá, enviado por Yahvé, con su espada, su red y su tridente, enviado por el Señor para sanar los corazones rotos, llevar luz a los ojos de los ciegos, liberar a los oprimidos.

"Pero eso ya lo has oído antes -concluyó el hombre de cabeza ovalada con un súbito cambio de voz, y dejó de sacudir la cabeza.

Aquellas palabras demostraban que, después de todo, no estaba ha-

blando solo.

-Continúa -dijo Espartaco.

-Tengo frío -dijo el esenio-. Devuélveme la manta.

-Lo haré -dijo Espartaco, pero no se movió y siguió tendido con los ojos abiertos.

El esenio pareció olvidar la manta. Se sentó sobre la roca y contempló en silencio la nube de niebla que ascendía lentamente.

-Nunca había oído hablar de un Dios que maldijera tanto como ese Yahvé tuyo -dijo Espartaco-. Está tan furioso con los ricos, que cualquiera diría que es un dios de esclavos.

-Yahvé está muerto -dijo el hombre de cabeza ovalada-, y no era un dios de esclavos, sino un dios del desierto. Era bueno en cosas del desierto: sabía cómo hacer surgir manantiales de entre las rocas y cómo hacer que llovieran panes del cielo.

Pero no sabia nada de trabajo ni de agricultura. No podía hacer que los viñedos, los olivos o el trigo dieran frutos, no era un dios opulento, sino duro como el propio desierto. Por tanto, condena la vida moderna y se encuentra perdido en ella.

-¿Lo ves? -dijo Espartaco decepcionado-. Si está muerto, sus profecías ya no tienen ningún valor.

-Las profecías nunca tienen ningún valor -dijo el esenio-. Te lo he explicado antes, pero estabas dormido. Las profecías no cuentan, quien cuenta es aquel que las recibe.

Espartaco reflexionó tendido, pero con los ojos abiertos.

-Aquel que las recibe verá días terribles -dijo después de un momento.

-Así es -respondió el esenio-. Lo pasará muy mal.

-Aquel que las recibe -continuó Espartaco-, tendrá que correr y correr sin cesar, hasta que le salga espuma por la boca y hasta que haya destruido todo lo que se interponga en su camino con su enorme ira. Correrá y correrá, y la Señal no le abandonará, y el demonio de la ira desgarrará sus entra-

ñas. -El aterido esenio miró la manta. Después de una pausa, Espartaco añadió:- Y ni siquiera tú puedes decir dónde acabará.

-¿Quién? -preguntó el hombre de cabeza ovalada, pero Espartaco no respondió-. Puedo contestarte incluso eso -dijo el esenio después de un rato-. Porque ha habido muchos que han reconocido la Señal y recibido la palabra.

-¿Y sabes qué les sucedió?

-Lo sé, pues fueron muchos y ninguno fue el primero. Hubo, por ejemplo, un tal Agis, rey de Laconia. Este hombre supo por su tutor que una vez había existido una era de justicia y propiedad común, llamada la edad dorada, e intentó restablecerla. Como es natural, los aristócratas y poderosos pusieron objeciones, pero el rey entregó sus riquezas al pueblo y restituyó las antiguas leyes.

-¿Y qué le ocurrió? -preguntó Espartaco.

-Fue colgado. También hubo un hombre llamado Jambulos que partió en un largo viaje por mar con un amigo. En medio del océano encontraron una isla donde aún se vive la edad dorada. Los nativos de la isla son llamados pancayos y, como consecuencia de su honrado estilo de vida, tienen unos cuerpos realmente hermosos. Comparten propiedades, comida, vivienda, y también sus mujeres, para que ningún hombre sepa cuáles son sus hijos. De ese modo, no sólo evitan el orgullo de la propiedad, sino también la arrogancia del linaje. Sin embargo, Jambulos fue asesinado por sus compatriotas ricos para evitar que nadie conociera ese buen ejemplo, y ahora nadie sabe dónde está la isla de los pancayos. -Tendido con los ojos abiertos, Espartaco contemplaba en silencio las sombras que comenzaban a disiparse. El esenio, encogido cerca de su cabeza, continuó la historia:- Siempre ocurre lo mismo.

Una y otra vez aparece un hombre que reconoce la señal, recibe la palabra y sigue su camino con una gran furia en sus entrañas. Él conoce la añoranza de los hombres por aquellos remotos tiempos olvidados en que reinaban la justicia y la bondad.

Sabe cuán justa era Israel y qué magníficas eran sus tiendas cuando vivía en el desierto, agrupada en ordenadas tribus, en la gracia de Yahvé...

-Deja en paz a tu Yahvé y continúa.

-Siempre es igual. Por ejemplo, no hace mucho tiempo, un esclavo llamado Eunus vivía en Sicilia. Tenía un amigo llamado Kleon, también esclavo, que procedía de Macedonia. Ambos escaparon de su amo, un gran terrateniente y opresor de esclavos. Se unieron a otros esclavos y acamparon en bosques o colinas. Aunque al principio no tenían mayores motivos, lucharon contra los mercenarios y los vencieron. -El hombre de la cabeza ovalada hizo una pausa y sacudió la cabeza, pero Espartaco se había sentado y lo instó a seguir con un gesto impaciente-. Bueno -continuó el esenio-, como te decía, reunieron más y más gente sin un propósito concreto. Pero los propósitos no tienen nada que ver con los hechos. Los números crecían con mayor rapidez de la que habían imaginado, y pronto fueron cien, mil, diez mil, setenta mil. Setenta mil, todos ellos esclavos, un verdadero ejército de esclavos. Todos los esclavos de Sicilia se unieron a ellos.

-¿Y entonces? -preguntó Espartaco.

-El Senado envió una legión tras otra y los esclavos acabaron con una legión tras otra. Durante tres años gobernaron la mayor parte del territorio de Sicilia. En cuanto Roma los dejara en paz, pensaban crear un Estado del Sol, una nación donde reinara la justicia y la buena voluntad.

-¿Y entonces? -preguntó Espartaco.

-Y entonces los derrotaron -dijo el esenio-. Veinte mil hombres fueron crucificados. En Sicilia crecieron más cruces que árboles y en cada una de ellas colgaba un esclavo que antes de morir maldijo a Eunus el sirio y a su amigo Cleón el macedonio, pues los consideraban culpables de sus muertes.

-¿Culpables? -preguntó Espartaco-. ¿Por qué iban a ser culpables?

-Por dejarse vencer -respondió el esenio y sacudió la cabeza.

-Continúa -pidió Espartaco con voz ronca.

-No hay nada más que contar -dijo el hombre de la cabeza ovalada-, pues estos hechos ocurrieron hace apenas unas décadas. Sin embargo, ya ves cómo tenía razón al decir que la añoranza de justicia de la gente vulgar es eterna, y que una y otra vez un hombre se separa de la multitud, recibe la palabra y sigue su camino con una gran ira en las entrañas.

"Aunque el poder de Sodoma lo venza y lo crucifique, otro hombre aparecerá después de un tiempo y tras de él vendrán otro y otro más, y se pasarán la gran ira unos a otros de década en década, como en una gigantesca carrera de relevos que comenzó el día en que el perverso dios de las ciudades y la agricultura asesinó al dios de los desiertos y los pastores.

Poco a poco, el movimiento rítmico de la cabeza del esenio se fue apoderando de su cuerpo, y continuó balanceándose de atrás hacia adelante hasta que el primer resplandor del alba desterró por fin las brumas y Espartaco advirtió que el masajista erudito era un anciano. Las sombras oscuras de sus ojos se habían esfumado y sus cejas se arqueaban sobre las marcadas ojeras con expresión de asombro, mientras la nariz se proyectaba con tristeza sobre los labios finos y severos. Su cuerpo se balanceaba sin cesar, como si no tuviera huesos en las caderas.

Espartaco se levantó, se acomodó la piel sobre la espalda y estiró los brazos hasta que oyó crujir las articulaciones. Luego permaneció de pie unos instantes, con las piernas separadas y los brazos levantados, enorme y atractivo en su holgado ropaje de pieles. Por fin se inclinó para recoger la manta del anciano y se la entregó. Entonces el esenio interrumpió su monótono balanceo y se envolvió con ella.

Espartaco se aproximó a la cuesta, volvió a mirar hacia el resplandeciente este y hacia la montaña, cuya silueta diurna rompía el hechizo de su distorsión nocturna.

No escuchó ni devolvió el saludo del anciano, y descendió hacia el campamento con grandes zancadas que resonaron sobre el suelo pedregoso.

Los ruidos confusos que llegaban de las tiendas indicaban que algunos hombres ya se habían despertado. Al ver los torpes pájaros negros que revoloteaban en círculos en el pálido cielo, recordó que debía hacer quemar de inmediato los cadáveres, aquellos seiscientos u ochocientos miembros del derrotado ejército de Clodio Glaber.

LIBRO SEGUNDO LA LEY DE LOS DESVÍOS

INTERLUDIO

Los delfines

Últimamente, el escriba Quinto Apronius se siente decaído y malhumorado. Su digestión no funciona como es debido y lo atormentan las punzadas en el estómago y el abdomen. Incluso aquella mañana se ha quedado dormido, cosa que no había sucedido nunca en sus dieciocho años de servicio. Agitado, con la túnica levantada y apretada contra la cadera, se precipita por las calles somnolientas de la mañana.

En el tablón situado entre los puestos de perfume y ungüentos y el mercado de pescado, han pintado un nuevo anuncio con letras rojas y azules de dos centímetros de grosor: el empresario Marco Cornelio Rufo se enorgullece en presentar su excelente compañía al estimado público de Capua. La primera función se llevará a cabo mañana, con la obra Buceo el campesino, y se aconseja reservar las entradas con antelación.

Apronius conoce el anuncio de memoria. Se ha parado delante de él todos los días, lo ha estudiado una y otra vez sacudiendo la cabeza. Se ha hablado mucho de esta obra y se rumorea que ha tenido algo que ver con un escándalo teatral sucedido cuando la compañía actuaba en Pompeya, un incidente político con un saldo de dos víctimas. El precio de la entrada es muy, muy exagerado, pero el contratista de juegos Léntulo prometió presentarle al empresario en la Sala de los Delfines para que le regalara una entrada. Habrá que ver si cumple su palabra.

Durante las largas horas del Tribunal del Mercado, mientras Apronius redacta sus interminables actas, vuelven las punzadas en el estómago. Apenas puede esperar a que el juez levante la sesión, y en cuanto lo hace, corre hacia los baños de vapor sin detenerse siquiera en la taberna de Los Lobos

Gemelos.

El paseo cubierto está lleno de la habitual y jovial animación, pero Apronius pierde tiempo en escuchar declamaciones o cuentos obscenos. Mientras se abre paso entre los grupos de cotillas, nota que el escritor Fulvio está rodeado de más gente que de costumbre. Es evidente que el hombrecillo con la calva llena de protuberancias está pronunciando uno de sus discursos sediciosos e incendiarios. ¿Qué había dicho la última vez?: "Vivimos en un siglo de resoluciones abortadas". Hoy debe de estar predicando sobre los ladrones del Vesubio, que amenazan a los pacíficos ciudadanos de Campaña. Quizás esté impaciente por verlos también allí.

Por fin Apronius entra en la Sala de los Delfines, se acomoda en su asiento habitual y deja escapar un gran suspiro, pero pronto su ánimo vuelve a oscurecerse.

Por lo visto, hoy todos sus actos resultan infructuosos. Resignado, está a punto de levantarse para marcharse, cuando ve llegar a Léntulo hablando acaloradamente con un caballero regordete envuelto en una elegante bata de baño: el empresario Marco Cornelio Rufo.

Los dos caballeros se sientan en sendos tronos de delfines, a la derecha de Apromus. El escriba es presentado de forma desdeñosa al distinguido caballero, quien tras una pequeña inclinación de cabeza desde su sillón, reanuda la conversación.

Hablan de viejos tiempos y parece evidente que no se veían desde hace años. Apronius deduce de sus comentarios que la amistad entre ambos se remonta a la época en que Léntulo se dedicaba a la política en Roma y que el elegante empresario ya era entonces un hombre de gran prestigio. Entre divertidas alusiones sólo comprensibles para iniciados, Apronius reconoce con respeto los nombres de grandes políticos: Sila, Chrysogomus, Craso, Pompeyo, Cetego.

Por lo visto, el elegante empresario es de origen griego, tal vez con unas gotas de sangre levantina. Apronius había oído decir que era uno de los diez mil hombres a quienes el dictador Sila había liberado de la esclavitud, otorgándoles derechos con el fin de fortalecer su facción. Su discreta astucia, sumada a sus exquisitos modales, le habían permitido ganar una posi-

ción en el mundo, y tras la muerte de Sila muchos lo habían considerado el futuro líder de la facción demócrata, hasta hace apenas dos años, cuando había desaparecido de forma súbita de la escena política tras un fatídico desliz: un sórdido asunto con un vestal. A partir de entonces, Rufo regresó a la importación de trigo y otras actividades comerciales, y últimamente se dedicaba a recorrer el país con una compañía de actores.

Rufo es un conversador interesante. Sentado entre dos delfines, graciosamente inclinado hacia delante, su mundana locuacidad reduce al director de los juegos al papel de un patán de provincias. Cuenta un divertido relato sobre cómo su compañía ha escandalizado al reaccionario público de Pompeya, pero Léntulo lo interrumpe para preguntarle si la obra dedica alguna mención a los ladrones del monte Vesubio, el principal tema de conversación de toda la ciudad. En el fondo, Léntulo está orgulloso de que aquellos ladrones hubieran sido educados, por así decirlo, en su propia escuela.

No, responde Rufo, la política teatral, que ya ha interferido bastante, sin duda censuraría cualquier referencia a los hombres de Espartaco. Sin embargo, como ambos caballeros podrán comprobar por si mismos, los ladrones son el tema implícito de la obra, que después de todo tipo de aventuras, acaba con la decisión del héroe, el campesino Bucco, de unirse a los bandidos del Vesubio. Entonces, volviéndose por primera vez hacia Apronius, el empresario expresa su esperanza de verlo en el anfiteatro.

Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado, sabe que ha llegado el momento decisivo. Sin embargo, el pasado político de Rufo y, aún más, su elegante atuendo, lo han acobardado. Sentado en el trono junto a aquellos caballeros imponentes, ha estado escuchando respetuosamente la conversación con su aspecto humilde y vulgar, mientras se devanaba los sesos para encontrar una forma de abordar el tema de la anhelada entrada gratuita. Pero ahora, frente a la irrepetible oportunidad, empalidece y sin pensarlo, incluso sin desearlo, sus labios balbucean una disculpa con la excusa de un compromiso previo en el mismo instante en que advierte que su derrota es irrevocable.

Amable y algo sorprendido, el empresario expresa su pesar, se levanta del asiento y se dirige a los baños interiores cogido del brazo de Léntulo. Apronius los sigue a tres pasos de distancia. Contempla de mal humor cómo

disfrutan de la minuciosa ceremonia de los baños: agua templada, agua caliente, vapor, agua fría; observa

como los masajean mientras ambos sudan y jadean, suspirando de placer. Sus espíritus se elevan hasta tales alturas que deciden iniciar un juego con la pelota. Entre pequeños gritos y disputas alborozadas, desnudos, gruesos y aceitosos, los dos distinguidos caballeros corretean como niños inocentes, jugando con todo el corazón, francamente dichosos de que sus ánimos despreocupados y joviales hubieran sabido sobreponerse a las tormentas de la vida.

Pero después, cuando reposan uno junto a otro envueltos en suaves mantas, agradablemente agotados, el escriba Quinto Apronius advierte un cambio en su

propio ánimo. Recuerda que nunca en sus dieciocho años de servicio ha estado tan cerca de hombres de relevante pasado político. De repente lo embarga la emoción y recuerda el gran pesar de su vida, un secreto que aún no ha confiado a ningún ser

humano, ni siquiera a Pomponia. Tendido boca arriba, con los ojos fijos en el techo, siente la imperiosa necesidad de confesarse.

Con palabras vacilantes le cuenta al empresario que en una época había concebido grandes ambiciones, que había albergado la esperanza de retirarse, viajar a tierras lejanas y obtener honrosa fama con la redacción de un tratado filosófico sobre el estreñimiento como causa de todas las revoluciones. Entonces, con el fin de lograr ese objetivo, había invertido todos sus ahorros, fruto de diez fatigosos años, en acciones de una compañía asiática de recaudación de impuestos. Sin embargo, tres meses después, Sila había ordenado disolver la compañía, las acciones se habían convertido en papel mojado de la noche a la mañana y él, Quinto Apronius, se había arruinado para el resto de su vida.

Mientras una asistente femenina cubre el vientre musculoso del empresario con toallas, éste gira la cabeza y observa al escriba con mayor atención. Su vista recorre la figura delgada de Apronius, desde los hombros caídos a las rodillas puntiagudas, las descuidadas uñas y los peludos dedos de los pies. Apronius siente que aquel hombre lo sabe todo sobre él, que cono-

ce su presupuesto mensual, su buhardilla con la salida de incendios, e incluso a la huesuda y vieja Pomponia, siempre con la escoba en la mano. Rufo se vuelve y esboza una sonrisa entre divertida y compasiva.

-Mira, amigo mío -le dice-, tú no has sido el único afectado por ese asunto.

La historia de la compañía asiática de impuestos es un tanto complicada, pero instructiva. ¿Te gustaría oírla? -Apronius traga saliva y asiente en silencio-. Entonces escucha: la compañía en cuestión -comienza sin dejar de sonreír, como si se dirigiera a un niño-, a la cual le confiaste tu dinero, había arrendado al Estado la recolección de impuestos de la provincia asiática, un negocio muy rentable. Sin embargo, los directores eran todos caballeros, o sea miembros de la joven aristocracia financiera, y Sila sentía especial predilección por la sangre noble. Odiaba a la aristocracia económica y aquel que pretendiera asumir un cargo debía probar que descendía de un antiquísimo linaje. Por consiguiente, Sila anunció que la compañía robaba a los contribuyentes, se apresuró a disolverla y decidió que el propio Estado, representado por el gobernador de la provincia asiática, se hiciera cargo de la recaudación de impuestos. Como es natural, esta acción tuvo consecuencias devastadoras para todos los afectados. En primer lugar, los pequeños accionistas perdieron su dinero, y en segundo lugar, la situación de los contribuyentes asiáticos empeoró, porque el gobernador, que, como recordarás, era el joven Lúculo, no tenía la menor idea de cómo manejar con tiento el complicado oficio de la recolección de impuestos, pese a su maravilloso árbol genealógico.

"A propósito, tal vez te consuele saber que las personas más distinguidas de Roma sufrieron igual que tú. ¿Quieres que continúe? En aquella época el joven Cicerón estaba en la cumbre de su carrera. Con veintisiete años, era amante de la dama Cerelia, quien a su vez tenía importantes intereses en la compañía asiática.

Como tú, ella perdió la mitad de su fortuna, y Cicerón se conmovió tanto con este incidente que estuvo a punto de enfrentarse a Sila. "¡Proteged a la pequeña aristócrata! -proclamó en una diatriba pública en el forum-. Proteged a los caballeros que nos trajeron fortuna". También estuvo a punto de perder la cabeza... y en más de un sentido.

Rufo sonríe, abstraído en sus recuerdos, y el escriba Apronius sacude la cabeza en un gesto de perplejidad. Esperaba consuelo, comprensión, palabras compasivas, y en su lugar, el gran hombre habla de asuntos oscuros, incomprensibles para él, para definir lo que hasta entonces le parecía una siniestra conspiración concebida con el único objetivo de robarle a él, Quinto Apronius, todos sus ahorros.

-Pero la historia continúa -añade Rufo con risueña locuacidad-, ¿te gustaría escuchar algo más? El sucesor de Lúculo fue cierto Gneius Cornelio Dolabela. Era un individuo más bien indolente y comenzó a arrendar en secreto la recolección de impuestos a diversos caballeros y compañías. El banquero Marco Craso y un tal Chrysogomus, considerado el favorito de Sila, actuaron de intermediarios. Es triste reconocer que la situación de los contribuyentes asiáticos tampoco mejoró; por el contrario, su tributo se elevó de veinte mil a cuarenta mil talentos para recuperar las pérdidas de la compañía. Los infelices nativos tuvieron que hipotecar los tesoros de su templo, arriesgar las rentas del teatro, vender a sus hijos en el mercado de esclavos de Delos o huir y unirse a los piratas. Dolabela fue acusado de extorsión en cuanto expiró su mandato, pero Craso y sus amigos lograron exculparlo. El encargado de la acusación era un joven aristócrata llamado Cayo Julio César, cuyos amoríos y aventuras en la corte del rey de Bitinia habían hecho reír a toda Roma.

Se había comportado como un tímido colegial en su presencia, los había mirado con respetuoso temor.

Pero en adelante todo cambiará. ¡La próxima vez que se encuentre con uno de ellos le dirá lo que piensa a la cara! Y en la reunión de los "Adoradores de Diana y Antinoo" los pondrá al descubierto con un vehemente discurso: " ¡Ya es hora -dirá- de que estos corruptos truhanes sean arrojados por la alcantarilla por un hombre fuerte, capaz de limpiar sin miramientos el mugriento establo del Estado! "

Si los ladrones vinieran a la ciudad de Capua y lo destruyeran todo -municipio, baños de vapor, delfines- harían un gran servicio, pues acabarían con tanta ansiedad y desvelos.

Cuando el escriba abandona Los Lobos Gemelos en dirección a casa, la

oscuridad se cierne sobre el barrio de Oscia. Esta noche ha traicionado sus costumbres y ha bebido vino con la cena, un fuerte falerno, capaz de ahogar la melancolía y el dolor de estómago. Mientras camina por las calles desiertas, arrastrando por el suelo su túnica de funcionario, entona una canción imprudente y provocativa, una canción canallesca.

Luego, al subir hacia su habitación por la escalera de incendios, tropieza y está a punto de caer, pero sigue cantando sentado en un peldaño entre la segunda y la tercera planta. Aunque no está borracho, canta en la oscuridad su canción canallesca marcando el ritmo con las piernas delgadas y peludas.

Dejad que venga ese jefe bárbaro, ese tal Espartaco, dejad que traiga alboroto y destrucción. Que acabe con todo, casas, delfines, Tribunal del Mercado; dejadlo, dioses, ¿acaso alguien puede compadecerse de este mundo?

Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado, regresa solo. Las punzadas en el estómago y el abdomen se han reiniciado y todo lo que ha escuchado lo ha dejado bastante mareado. En sus dieciocho años de servicio no había oído hablar tanto de la trama oculta de la política romana como en aquella tarde memorable. Sacude la cabeza con asombro y murmura palabras de desprecio. ¡Vaya jungla de decadencia política! ¡Se ha abierto un abismo ante sus propios ojos! Escoria como aquella, advenedizos y estafadores como esos hombres, manejan en secreto los hilos de la república, conspiran y roban al ciudadano honesto y son la causa de todos los infortunios. Y él, Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal.

1 El encuentro

La horda acampaba en un valle semicircular de las tierras altas, en las tiendas que fueran de Clodio Glaber, comiendo sus provisiones y bebiendo vino. Pero en las entrañas de la montaña, en el interior del cráter, cada noche se encendían enormes fuegos, cuya luz alumbraba los campos distantes.

Parecía que el Vesubio escupía llamas, como en tiempos legendarios, y para los habitantes de los valles, el humo rojo que despedía el cráter cada noche era como la insignia de la victoria de un grupo de ladrones, intrépidos y justos, sobre las legiones romanas.

Pues los rumores, que cruzaban las tierras con mayor rapidez que el mensajero más veloz del Senado, se limitaban a mencionar aquello. Cuanto mayor era la distancia del lugar de los hechos, más imaginativas y gozosas se volvían las anécdotas, y así como un remolino en el agua ignora la forma de la piedra que lo creó, la leyenda había olvidado al improvisado ejército del calvo pretor, incapaz de enfrentarse a un grupo de bandidos harapientos y roñosos gladiadores. El rumor sólo contaba que Roma había sido vencida y que los vencedores eran esclavos. Pero aún decía más, hablaba del adversario, nacido en Roma, un héroe alto vestido con una piel, que acogía a pobres y oprimidos en su vengativa horda.

La imponente cima de la montaña proclamaba este mensaje a toda la nación con sus crecientes círculos de luz, un mensaje que llegaba a los estériles valles de Lucania, tierra prometida de pastores y bandidos, y se precipitaba como una tormenta sobre el otrora orgulloso condado de Samnio, ahora jardín de escombros por la gracia de Sila. Pero en la propia Campania, las masas ya estaban en marcha. Antes llegaban de uno o en aislados grupos de dos, ahora venían a centenares. Antes se internaban furtivamente por caminos entre los pantanos, ocultos desde la isla, ahora subían a la montaña en verdaderas tropas, entonando cánticos temerarios.

Doscientos siervos procedentes de la hacienda de un senador, cerca de Cumas, llegaron al campamento en resuelta procesión. Estaban semidesnudos, descalzos, harapientos. Los tres hombres que encabezaban la marcha llevaban un gran mástil, al estilo de las legiones, pero de éste colgaban unos grilletes y un látigo de nueve colas.

Llegó una larga caravana de zapadores, que habían estado empleados en el estanque de peces de Lúculo, donde exhibían ante sus ojos una gigantesca anguila morena con una cabeza humana entre las mandíbulas.

Llegó el gremio de constructores libres de Nuceria, cuyos miembros se habían

quedado sin trabajo cuando el consejo municipal compró un barco lleno de esclavos sirios y los ofreció en lotes baratos a los contratistas de la construcción. Eran gente

respetable y bien vestida y traían consigo los fondos de su sociedad de ahorros, con cuyos intereses solían pagar la fiesta anual de aniversario.

Llegaron los primeros pastores lucanos con enormes y ariscos perros y porras llenas de nudos. A semejanza de los guerreros bárbaros, se cubrían la espalda con pieles de jabalí o de lobo, se dejaban crecer largas barbas y tenían el cuerpo cubierto de enmarañado vello.

Llegaron doscientos criados de un notable de Pompeya, empuñando un falo de madera con la siguiente inscripción: "Contemplad a Cayo, nuestro amo, ninguna otra parte de él merece verse".

Pero la mayoría de los recién llegados traían como emblema el simple patibulum, la cruz de madera de los esclavos.

Cada grupo levantaba su propio campamento en el valle semicircular conocido como "la Antesala del Infierno". Cocinaban su propia comida y cantaban sus propias canciones. Hablaban en celta, tracio, osco, sirio, latín, cimbro, germano. No se preocupaban por los demás y las disputas eran frecuentes. Cambiaban tocino por porras, vino por zapatos, mujeres por armas, armas por dinero.

Los miembros del grupo original caminaban malhumorados por el campamento y observaban a la multitud con silenciosa hostilidad. Los gladiadores se habían vuelto presuntuosos. Se vestían con sus mejores galas, uniformes de oficiales romanos, de modo que cualquiera podía reconocerlos fácilmente y señalarlos a los recién llegados. Aún quedaban cincuenta gladiadores de la escuela de Léntulo de Capua y su grupo, conocido como la horda de los gladiadores, pronto alcanzó los cinco mil miembros.

El campamento podía presumir de albergar a varias celebridades, señaladas y admiradas por la gente. Zozimos, el retórico, se paseaba de grupo en grupo, bromeando y prodigando frases hechas. Obtenía aplausos o burlas, y era el único hombre en todo el campamento que vestía una toga. Hermios, el pastor, se las daba de héroe ante sus compatriotas, los salvajes lucanos, sonreía mostrando los dientes y alardeaba de su servicio en el ejército de Campania, sintiéndose un hombre de mundo. Castus, el pequeño hombrecillo, ignoraba a la multitud y se comportaba con afectación. De vez en cuando se detenía junto a un grupo, jugueteaba con su collar de plata y hablaba de las hazañas de la antigua horda en los pantanos del Canio.

Muchos lo admiraban, pero pocos lo querían. Las mujeres perseguían a Enomao, enamoradas de su rostro de jovencita. Se rumoreaba que aún no se había acostado con una mujer y que, pese a ser gladiador, escribía poesía. Crixus inspiraba desconcierto y respeto. Cuando recorría el campamento - gordo, láguido, con su mirada opaca y cansina - la conversación se volvía artificial y los jóvenes evitaban su mirada. Circulaban varias historias procaces sobre él; se decía que se acostaba hoy con uno y mañana con otro, y aunque eso a nadie le parecía censurable, todos coincidían en que para hacerlo era imprescindible tener otro aspecto.

Y luego estaba Espartaco.

Al principio, muchos recién llegados se preguntaban qué tenía de especial. Era el tema obligado de las conversaciones nocturnas, que, puesto que a todos les sobraba el tiempo, eran muy frecuentes.

Algunos decían que ese algo especial estaba en sus ojos, otros que en su ingenio, y las mujeres votaban por su voz o sus pecas. Sin embargo, había otros entre ellos con ojos similares, tan ingeniosos como él, y abundaban las

voces agradables y las pecas.

Los filósofos y eruditos decían que no se trataba de un solo rasgo, sino del todo, eso que llamaban "personalidad", pero aunque la expresión sonaba erudita y ostentosa, como todas las expresiones cultas, no explicaba nada, pues en definitiva todo el mundo tiene una "personalidad", de una forma u otra.

Zozimos se llevaba un dedo a la nariz y decía cosas como: "Se trata de la voluntad del hombre, ésa es la fuerza que otorga poder", entre otras frases elegantes y rítmicas; pero cuando uno olvidaba el ritmo y se detenía a pensar, ¿qué hombre no tenía voluntad? Y si lo único que contaba era la voluntad, todos los terratenientes de Italia habrían muerto por la peste hacía años y todas las doncellas de Italia lucirían enormes vientres.

Bueno, respondía Zozimos, él no se refería exactamente a eso; no a la voluntad como deseo, sino a la voluntad de acción. ¿Acción? Allí estaban los tres hermanos Eunus de Benevento, que habían matado a su amo y arengando a sus compañeros a que se convirtieran en bandidos libres en lugar de permanecer como siervos. ¿Y qué ocurrió? Que los hermanos Eunus fueron colgados, los tres, junto con su voluntad, sus acciones y su personalidad.

En resumen, si uno observaba con atención, cualquier hombre era igual a sus semejantes. Tal vez había uno un poco más rollizo, otro más listo, un tercero que hablaba como los ángeles o un cuarto con la nariz torcida; pero nada de esto explicaba qué tenía de especial Espartaco. Tras pensarlo, repensarlo y discutir a fondo sobre el asunto, uno llegaba a la conclusión de que no tenía nada especial. Espartaco era Espartaco. Alto, ligeramente encorvado como un leñador, recorría el campamento envuelto en su piel, miraba con ojos ausentes y hablaba poco. Sin embargo, lo que decía era exactamente aquello que uno tenía en la punta de la lengua, y si expresaba lo contrario, de inmediato parecía que era justo eso lo que uno pretendía decir. Rara vez sonreía, aunque cuando lo hacía, era obvio que tenía una buena razón para ello y todos compartían su alborozo. Disponía de poco tiempo, y cuando visitaba a algún grupo -como a los criados de Fanio o a los pastores de Lucania-nadie hacia alharaca, pero todos se alegraban y creían comprender por qué perdían el tiempo en aquella ridícula montaña en lugar de continuar viviendo de acuerdo con la razón y la estación de sus vidas.

Cuando Castus ordenaba hacer algo, uno obedecía porque no era aconsejable discrepar con las Hienas, cuando Crixus daba alguna orden, uno obedecía por temor a su aspecto imponente y tétrico, pero cuando Espartaco decía algo, uno jamás soñaba con contradecirlo sencillamente porque no se le pasaba por la cabeza. ¿Qué, sentido tenía disentir con los deseos de Espartaco? ¿Acaso él no quería lo mismo que los demás?

No debían olvidar, por supuesto, que todos querían algo diferente. Un hombre deseaba quedarse allí para siempre y hartarse de comer hasta el fin de sus días, mientras un segundo pretendía que todos marcharan hacia Pozzuoli para incendiar la casa de su amo, con su amo dentro. Un tercero quería que robaran un barco y zarparan hacia Alejandría, donde abundaban las mujeres, y un cuarto deseaba que fueran a Capua para derribar la ciudad y construir una nueva. Un quinto proponía conquistar Roma, mientras un sexto ansiaba regresar a casa con sus rebaños y se preguntaba por qué diablos se había largado de allí. Un séptimo quería ir a Sicilia, donde los esclavos ya se habían rebelado antes contra Roma. Un octavo deseaba unirse a los piratas de Cilicia, un noveno pretendía que las mujeres fueran propiedad común y un décimo insistía en que se prohibiera el consumo de pescado. Todos querían algo diferente y hablaban, discutían o guardaban silencio sobre sus deseos, pero cada uno de ellos estaba convencido de que el hombre de la piel, aquel que no tenía nada de especial, quería exactamente lo mismo que él, de que Espartaco no era más que el común denominador de todas las esperanzas y deseos contradictorios. Tal vez fuera aquello lo que tenía de especial.

Se acercaban las lluvias. Había transcurrido medio mes desde la derrota de Clodio Glaber y casi tres desde la huida de los setenta gladiadores de Capua.

Las provisiones comenzaban a escasear en el monte Vesubio. Las expediciones hacia los valles circundantes se espaciaban cada vez más, pues toda la región, incluidas Herculano, Nola y Pompeya, había sido devastada. En un radio de diez millas a la redonda, el paraíso de la Llanura de Campania estaba yermo y estéril, como si hubiera sido víctima de una nube de langostas. Las

ciudades habían sido cerradas, sus guarniciones reforzadas y sus murallas reparadas.

Y sin embargo, las multitudes continuaban subiendo a la montaña, barbudas y harapientas, con marcas a hierro candente en los hombros y los pies cansados. Saqueaban las granjas a su paso y evitaban las ciudades. Traían consigo guadañas, palas, hachas y porras. Eran la escoria de una nación gloriosa, los desechos que fertilizaban sus campos. Sus cuerpos apestan y su salud estaba consumida. Propagaban sus enfermedades y malos hábitos por el campamento, traían una dote de hambre y esperanzas inciertas.

No eran recibidos con alegría. Aquellos que llevaban diez días en el campamento miraban con desprecio a los que llevaban tres, y estos últimos se consideraban antiguos residentes y trataban con hostilidad a los recién llegados. La gente comenzaba a aburrirse de esperar sin saber qué. Unos protestaban y otros se marchaban, sin que nadie se lo impidiera. En la montaña vivían cinco mil personas. Hablaban varios idiomas, comían, discutían, conversaban, se disputaban botines y mujeres, hacían amistades, cantaban o se mataban unos a otros. Todos esperaban, pero nadie sabía qué.

Ni siquiera los gladiadores estaban de acuerdo sobre lo que debían hacer. Se reunían en el interior del cráter en asambleas precedidas de misteriosos preparativos, donde no se admitía más que a los cincuenta integrantes originales de la horda. Antes de que dieran comienzo las reuniones, los criados de Fanio traían varias botas de vino, y los gladiadores asistían a ellas con graves aires de importancia, como si fueran senadores. Sin embargo, nunca tomaban decisiones relevantes, pues cada vez que abordaban el tema del plan a seguir, se perdían en discusiones triviales, risas o peleas y olvidaban la imperiosa necesidad de llegar a una conclusión.

Espartaco jamás tomaba partido por ninguno de los proyectos nuevos que se proponían cada día. Escuchaba en silencio a los demás y sólo al final, cuando parecía que la reunión acabaría en una charla trivial, planteaba con brevedad cuestiones secundarias pero impostergables, como la de las provisiones, el reparto de armas o los sitios de acampada para los recién llegados. Nadie lo contradecía, pues sus sugerencias eran simples y sensatas, pero todos se sentían decepcionados, porque aunque él pareciera ignorarlo, esperaban una propuesta decisiva de su parte.

En su lugar, Espartaco se empeñó en la organización gradual de los distintos grupos en cohortes y centurias, con un gladiador al mando de cada columna. Luego les habló de la forma en que los cazadores de las montañas tracias fabricaban sus armas: escudos circulares de mimbre, cubiertos con pellejos frescos de animales y lanzas de madera cuyas puntas se endurecían con el fuego. Por fin los dividió en jerarquías: vanguardia, reservas e infantería regular. Armó a la caballería pesada con las armaduras y lanzas de los romanos derrotados y a la liviana con espadas y hondas.

Todo esto llevó tiempo, y no pasaba un día sin disputas y asesinatos. Mientras tanto, las reservas de comida disminuían y las lluvias estaban cada vez más próximas.

Pero dos meses después de la derrota de Clodio Glaber, Espartaco lo había conseguido: había moldeado un verdadero ejército con la arcilla informe del monte Vesubio.

Un día, dos meses después de la derrota de Clodio Glaber, los criados de Fanio fueron de un grupo a otro con el siguiente mensaje:

-Elegid concejales y un representante por cada diez hombres -dijeron-y enviadlos al cráter. Se celebrará una asamblea.

La confusión se apoderó del campamento. Los grupos se mezclaron, votaron, discutieron, especularon y escucharon rumores con avidez. El campamento despertó de su profundo sueño, sacudido por aquella noticia.

Una interminable procesión ascendió por la cuesta que conducía al cráter. Aunque sólo estaban invitados los concejales y representantes, el campamento entero atestaba el camino y los más intrépidos escalaban las rocas desnudas. Cuando llegaron a la cima, contemplaron por primera vez el interior del cráter con su roca chamuscada y sus erosionados bloques de piedra de curiosas formas. Se deslizaron al interior entre escombros y guijarros y señalaron a los recién llegados las reliquias del sitio: la hondonada tracia, la celta, los esqueletos de las mulas que se habían visto obligados a matar. Potentes rayos de sol se colaban en el interior del cráter y convertían a la creciente multitud del fondo en una gigantesca y sudorosa masa moteada.

Incluso las paredes del cráter estaban salpicadas de personas, sentadas sobre ennegrecidas rocas, aferradas a la gruesa maraña de enredaderas silvestres que crecían sobre los escombros. Algunos se apiñaban alrededor de los márgenes del cráter y miraban hacia abajo. Como una gigantesca concha marina, el cráter elevaba un zumbido sordo en el aire sofocante.

Cuando Espartaco comenzó a hablar, su voz se ahogó en el tumulto. Envuelto en su piel, se alzaba sobre un gran diente de roca que sobresalía en el centro de un muro, acompañado por Crixus, varios gladiadores y los criados de Fanio. El olor de la multitud se convirtió en un solo olor y su expectación en la de un solo hombre.

Espartaco alzó un brazo con torpeza, los gladiadores y los cuellicortos lo imitaron de inmediato, y todos callaron. Entonces Espartaco comenzó a hablar por segunda vez, con la voz amplificada por las paredes del cráter:

-Se acercan las lluvias -dijo-, y la comida escasea. Debemos preparar nuestros cuarteles de invierno.

"Tiene razón -pensó Hermios, el pastor, acurrucado entre los escombros del otro lado del cráter-. Eso era justamente lo que me preocupaba."

Sonrió con beneplácito y contempló la figura de Espartaco sobre la roca, alto y espléndido en sus ropajes de piel. Su voz no era más alta de lo normal y mantenía su habitual serenidad, como si hablara sólo con el pastor.

-Tal vez los romanos envíen otro ejército -dijo Espartaco-. Necesitamos una ciudad para pasar el invierno, una ciudad con murallas, nuestra propia ciudad.

No era eso lo que intentaba decir. Era imposible tomar una ciudad amurallada sin las máquinas de sitio apropiadas. El gordo y lánguido Crixus, que seguía a su lado, se giró para mirarlo con perplejidad. Sabía tan bien como las cinco mil personas reunidas en el cráter que era imposible tomar una ciudad sin las armas adecuadas.

Pero las cinco mil personas permanecieron calladas, escuchando la sibilante respiración de la multitud, o sea la suya propia, y oliendo el olor de la multitud, o sea el suyo propio. Sabían que Espartaco tenía razón y que, si ellos lo deseaban, todo era posible.

-Una ciudad -dijo Espartaco-, una ciudad con casas y firmes murallas, una ciudad propia. Entonces, cuando lleguen los romanos, se romperán las cabezas contra las murallas de nuestra ciudad... Una ciudad de gladiadores, una ciudad de esclavos. -Sólo entonces calló y oyó el eco de su propia voz, reverberando en todos los rincones del cráter. Oyó la respiración de la multitud como un solo aliento y percibió la expectación unánime-. Y esta ciudad se llamará "la Ciudad de los Esclavos" -continuó, oyendo resonar su propia voz como si fuera ajena-. Recordad que conseguiremos todo lo que queramos y que en nuestra ciudad no habrá esclavos. Y tal vez no tengamos una ciudad, sino muchas, una fraternidad de ciudades de esclavos. No creáis que son simples palabras, pues hace mucho, mucho tiempo existió algo similar. Se llamaba "el Estado del Sol"...

Mientras tanto, Espartaco pensaba en las máquinas de sitio que no tenían. En realidad pretendía hablar de eso, pero en su lugar mencionó el Estado del Sol. Distinguió al esenio como si lo viera a través de un velo de vapor, sentado sobre una roca, sacudiendo la cabeza con los labios fruncidos en una mueca de concentración.

También vio a Hermios el pastor, con los labios descubiertos en una amplia sonrisa y la vista fija en él. El olor de la multitud llenaba sus fosas nasales.

y -¿Por qué los fuertes deben servir a los débiles? -rugió y alzó los brazos de forma inesperada, como si una fuerza invisible tirara de ellos-. ¿Por qué los duros deben servir a los blandos, por qué la mayoría debe servir a unos pocos? Custodiamos su ganado y sacamos al ternero sangrante de las entrañas de su madre, aunque no se trate de nuestro rebaño. Construimos estanques donde nunca podremos bañarnos. Nosotros somos la mayoría y estamos obligados a servir a unos pocos.

Explicadme por qué.

Dejó de pensar en la maquinaria de sitios para escuchar las palabras que manaban de sus propios labios desde una fuente desconocida y que pronto se convirtieron en un torrente que se arremolinó sobre los presentes, devorándolos en su torbellino. Las palabras flotaban en los oídos de la multitud, mientras sus ojos bebían la visión del hombre envuelto en pieles,

cuya silueta se recortaba claramente sobre el desnudo muro de roca.

-Somos la mayoría -dijo Espartaco- y si les hemos servido, es porque estábamos ciegos y no buscábamos razones, pero ahora que empezamos a hacernos preguntas, han dejado de tener poder sobre nosotros. Os lo aseguro, en cuanto nosotros comencemos a buscar razones, ellos estarán acabados y se pudrirán como el cuerpo de un hombre a quien han arrancado los brazos y las piernas. Nosotros seguiremos

nuestro camino y nos reiremos de ellos. Si lo deseamos, toda Italia reirá, desde Galia a Tarento y África. ¡Habrá risas, pero también llantos ante la puerta del este, gritos de alarma ante otras puertas y grandes lamentos desde las siete colinas! Porque ya no significarán nada para nosotros y las murallas de sus ciudades se derrumbarán sin necesidad de maquinaria de sitiostos.

Hizo una pausa para escuchar, con asombro, el eco de sus propias palabras. Una vez más, la multitud pareció perderse en la bruma y sólo distinguió la figura del esenio, sentado en su roca con la cabeza inclinada. Entonces recordó las máquinas de sitio.

-Os lo repito, necesitamos una ciudad amurallada, una ciudad propia cuyos muros nos protejan. Sin embargo, no tenemos máquinas de sitio...

Una oleada de inquietud invadió a la multitud. Aquellos que estaban apiñados

en el fondo se movieron y arrastraron los pies, como si despertaran de un encantamiento y quisieran desentumecer sus miembros.

-No tenemos máquinas de sitio y las murallas de las ciudades no caen por si solas. Sin embargo, acamparemos frente a ellas y a través de todas sus puertas o rendijas enviaremos mensajes a los siervos del interior, repitiendo nuestro mensaje una y otra vez hasta que llegue a sus oídos: "Los gladiadores de Léntulo Batuatus de Capua quieren preguntaros por qué los fuertes deben servir a los débiles, por qué la mayoría debe servir a unos pocos". Estas palabras caerán sobre ellos como una lluvia de piedras de las más poderosas catapultas, los siervos de la ciudad las oirán y alzarán sus voces para unir su fuerza a la nuestra. Entonces ya no habrá murallas.

Ahora podía distinguir a varias mujeres, por cuyos ojos, fijos en él, supo que contenían el aliento y que las había conmovido con su voz. Allí estaban también los hombres, que si él quería matarían a Crixus, si él quería se pondrían en marcha.

Habló de los lejanos comienzos de la horda y de cómo habían crecido de cincuenta a cinco mil. Habló de la furia de los cautivos y los oprimidos que se cernía sobre Italia con todo su peso, recordándoles que aquella ira había cavado caminos para luego errar sin rumbo fijo como los arroyuelos que brotan de la presión y el sudor de las montañas. Añadió que los cincuenta gladiadores de Léntulo habían cavado un amplio lecho para todos esos pequeños arroyuelos furiosos, con el fin de que se unieran en el poderoso torrente que había ahogado a Glaber y a su ejército. Sin embargo, les advirtió que era imprescindible contener el caudal y guiarlo para no malgastar su fuerza. Por consiguiente, debían conquistar la primera ciudad fortificada antes de las lluvias. Luego la fraternidad de ciudades de esclavos se extendería por toda Italia hasta formar la gran nación de justicia y buena voluntad que -repitió por segunda vez- se llamaría el Estado del Sol.

Sin embargo, entre la multitud había dos ancianos escribas de la ciudad de Nola, enviados por el consejero general, Aulo Egnacio, con la secreta misión de descubrir las intenciones de los bandidos. Apiñados entre el gentío, escucharon las palabras del hombre de la piel, y comprendieron que no era sólo el destino de su ciudad lo que estaba en juego, sino el destino de Italia, del imperio romano y, por ende, de todo el mundo habitado.

2 La destrucción de Nola

El empresario Marco Cornelio Rufo advirtió con satisfacción que había conseguido convertir la primera actuación de su compañía en un acontecimiento social.

Como hombre versado en los modernos sistemas publicitarios, se había encargado de hacer correr rumores sobre la irreverencia política de la obra.

La ciudad de Nola había permanecido aislada del resto del mundo durante cinco días, pues ante sus puertas se hallaba el flagelo de Campania, el ejército de esclavos.

La actitud de los siervos se volvía cada vez más amenazadora y no pasaba una noche sin saqueos o incendios premeditados. Si Roma no enviaba los refuerzos prometidos, las cosas se pondrían muy difíciles.

A pesar de todo -o quizás a causa de todo esto-, Rufo había logrado convertir el estreno de su obra en el gran acontecimiento de la temporada. El anfiteatro estaba atestado de público y en los asientos privilegiados se sentaban los cónsules con sus esposas, dignas en sus plisadas túnicas blan-

cas. Toda la nobleza de la ciudad estaba allí, con la excepción del consejero principal, el anciano Aulo Egnacio, demasiado conservador para visitar un teatro. Los representantes del condado, regordetes y tímidos, se sentaban entre los caballeros nativos con la intención de confraternizar con ellos. Unas filas más allá, se sentaba la famosa "juventud áurea" de Nola, hijos de buena familia con las mejillas pintadas y el pelo moldeado con aceite. Detrás de los bancos, sobre las graderías escalonadas, se apiñaba el bullicioso y sudoroso pueblo, mascando garbanzos.

El auditorio y el escenario estaban protegidos del sol por un colorido toldo de lona. Un par de macetas llenas de trigo simulaban un campo de cereales ante un negro telón de fondo. La obra se llamaba Buceo, el campesino.

El primero en aparecer fue Bucco con una máscara escarlata de grandes pómulos y brillante pelo amarillo. Sin dejar de parlotear, se movía espasmódicamente por el escenario, como movido por hilos invisibles.

-Soy Bucco, el campesino -dijo-. Acabo de llegar de la guerra de Asia, donde maté a diecisiete hombres y a dos elefantes y fui muy alabado por mi capitán.

"Bucco", me dijo el capitán, "ya has matado suficientes enemigos y cometido suficientes actos heroicos, ahora vuelve a casa a cultivar tus tierras, lleno de gloria y honor". ¿Pero dónde están mi mujer y mi hijo, por no mencionar a mi peón, que deberían haber venido a recibirme con júbilo? ¡Venid aquí, mujer, hijo y peón, que Bucco ha regresado victorioso!

Dio una palmada y giró varias veces sobre sus talones, pero no ocurrió nada.

Tras varias miradas solapadas, súplicas y palmadas, Maccus el glotón subió al escenario con mortal lentitud. Era la viva imagen de la pereza y la fealdad, y un falo hecho con harapos pendía lascivamente sobre sus rodillas. Mordisqueaba un enorme nabo y arrancaba los tallos de cereal que encontraba a su paso.

-Eh, tu, espantapájaros capadocio -gritó Bucco el campesino-. Tú, cebollino, pues los ojos se me llenan de lágrimas sólo de verte, tú, rana lasciva, ¿qué haces en mi campo?

-Estoy recogiendo la cosecha -dijo Maccus, y tras morder un trozo de nabo, siguió arrancando plantas.

-¡Alabados sean los dioses! -exclamó Bucco, el campesino-. De modo que han conseguido nuevos peones durante mi ausencia. No será guapo, pero al menos es un hombre, como todos pueden ver.

-Por lo visto en Asia cogiste una insolación -dijo Maccus con serenidad- y tus sesos se evaporaron por las orejas. ¿Acaso crees que éste es tu campo? Entérate, éste es el campo del eminentе señor Dossena.

Al oír estas palabras, Bucco el campesino prorrumpió en grandes lamentos. Pero eso no era todo. Bucco descubrió que el eminentе señor Dossena no sólo se había apoderado de su campo, sino también de su mujer y de su hijo, y que cada fragmento de la tierra circundante le pertenecía. Maccus, el glotón, también era propiedad del señor Dossena. Bucco, el campesino, recorrió la tierra que ya no le pertenecía entre sollozos. Lanzó atroces maldiciones a los poderosos señores para quienes había peleado en la guerra, matando a dicisiete hombres y a dos elefantes. ¡Así le pagaba la ingrata madre tierra!

Pero, ¿de qué servían las maldiciones? Bucco tenía que ganarse la vida, de modo que decidió incorporarse al servicio de la tierra que un día le había pertenecido.

Bucco, el campesino, presentó su solicitud ante Dossena, el amo jorobado y con nariz ganchuda.

Sin embargo, el señor Dossena, cuyo afectado latín literario contrastaba con la tosca vocalización de la jerga osca de Bucco, se negó. Él sólo empleaba esclavos y no quería trabajadores libres, pues éstos tenían demasiadas pretensiones, exigían jornales altos e incluso un trato decente. No, no, el señor Dossena había dicho que de ningún modo aceptaría aquel acuerdo y se había marchado.

Así que allí quedó Bucco el campesino, paseando por el escenario, solo e impotente. Ya ni siquiera maldecía. Por fortuna, llegó Pappus, el amable sabio, y encontró una solución. Bucco debía ir a Roma, porque en Roma el Estado mantiene a todos aquellos a quienes los malos tiempos han privado de un medio de vida, con una asignación gratuita de grano al mes.

-Ve a la capital, hijo mío -dijo Pappus-, y vive del cereal que recogerás sin necesidad de sembrar.

Bucco se entusiasmó mucho con la idea y partió hacia Roma tarareando una canción.

Alguien se apresuró a quitar las macetas de trigo y cayó otro telón negro, que representaba una calle. Allí ya estaba Bucco, asombrado del tamaño, la animación y el olor de la capital. Pero entonces sintió hambre y preguntó a un transeúnte dónde repartían el cereal gratis a los desempleados.

El transeúnte, un hombre gordo con documentos bajo el brazo, se quedó atónito con la pregunta y le preguntó a Bucco si venía de la luna o de la provincia germana.

¿Acaso no sabía que el glorioso e intrépido dictador Sila -cuyo nombre, según deseaba aclarar, sólo mencionaba con la debida deferencia-había abolido la entrega gratuita de cereales porque el Estado necesitaba todo su dinero para las guerras? Buceo debía desaparecer de inmediato, a no ser que quisiera ser acusado de extrema oposición y alta traición y ver su nombre anunciado en la lista de proscritos.

De este modo se esfumaron todas las esperanzas de Bucco, otra vez pálido y

hambriento. Por fortuna, una bulliciosa multitud pasó a su lado y Bucco preguntó al jefe si debía votar por Gayo o por Gneius en las elecciones. Bucco el campesino dijo que esta decisión lo inquietaba tanto como un pedo a la hora de dormir, de modo que el jefe le contestó que debía votar por Gneius y le puso una moneda en la mano. Encantado, Bucco corrió a la panadería a comprar pan, pero el panadero no quiso aceptar su dinero, pues le aseguró que aquella era una de esas monedas nuevas con que el gobierno engañaba al pueblo, plata por fuera y cobre por dentro. Así que Bucco se sentó en una piedra frente a la panadería y comenzó a llorar.

Luego otro transeúnte preguntó a Bucco por qué lloraba y éste le contestó que a pesar de haber luchado en la guerra y haber matado a diecisiete hombres y a dos elefantes, ahora no podía comprarse ni un trozo de pan. Entonces el hombre dijo que Bucco era un héroe y le preguntó si no sabía

que el dictador Sila -cuyo nombre, según quería aclarar, mencionaba con la debida reverencia-había prometido tierras a los fieles veteranos de su ejército. No, respondió Bucco sin dejar de llorar, no lo sabía, porque a él no sólo no le habían dado tierras, sino que se las habían quitado. Aquel hombre dijo que eso era una lamentable vergüenza y que él mismo se encargaría de que Bucco obtuviera un campo mejor en compensación por el que había perdido.

Después de aquella escena, subieron el telón negro con las calles y volvieron a colocar las macetas con cereal. Bucco volvía a ser un campesino.

Sin embargo, a partir de entonces, las cosas comenzaron a ir realmente mal. El nuevo campo estaba lleno de piedras y por si fuera poco Bucco prácticamente tuvo que regalar su escasa producción de cereal, porque el trigo importado del extranjero había hecho bajar los precios. Además, Bucco debía dinero al jorobado señor Dossena, pues se había visto obligado a pedírselo para comprar las herramientas necesarias. Por fin llegó Dossena con un presumido alguacil, que leyó un documento ininteligible, según el cual volvían a quitarle el campo.

De modo que allí quedó Bucco el campesino, solo en el escenario, con su cara rechoncha y su cabello claro, pronunciando su monólogo:

-Es diabólico -dijo-, cada día es peor. La justicia de nuestro Estado crece hacia atrás, como la cola de una vaca. Que muera ahora mismo si ésta es la ley divina.

¿Qué harás ahora, pobre y viejo Bucco? Lo único que puedes hacer es ir de aquí para allá, especular y desesperarte, como un ratón atrapado en un orinal...

Pero cuando Dossena y el presumido alguacil regresaron para echarlo del campo, Bucco el campesino cogió una gran rama y comenzó a azotarlos con fuerza, mientras gritaba que se uniría a los bandidos del monte Vesubio para ayudar a destrozar aquella maldita nación. Así acabó felizmente la obra, en medio del inevitable bullicio y los frenéticos aplausos de los espectadores.

El viejo Aulo Egnacio, consejero principal de Nola y el mayor coleccionista de arte de la ciudad, esperaba a dos amigos a cenar después de la función: el popular jefe de la facción progresista, Herius Mutilus, y el empresario Marco Cornelio Rufo.

Malhumorado, el viejo caballero caminaba de un extremo a otro del comedor, inspeccionando la disposición de los platos y cambiando la posición de los candelabros de varios brazos, cuya luz caía en un ángulo desfavorable sobre el nuevo jarrón que estaba ansioso por enseñar a sus amigos.

Esperaba con impaciencia a sus invitados, el viejo cínico Rufo y el tribuno del pueblo, que, pese a su simpatía hacia la facción demócrata -detestada por el viejo Egnacio-era juvenil, popular e incluso ingenioso. Sin embargo, lo tristecía la idea de que el menú no fuera apropiado, pues dado que Nola llevaba cinco días aislada del resto del mundo, era imposible conseguir verdura fresca. Además, el viejo caballero se había visto obligado a renunciar a su acostumbrado paseo matinal fuera de las murallas, un placer del que no se había privado en años, ni por los problemas del Consejo ni por el parto de su joven esposa, que le había regalado un heredero cuando él ya tenía más de sesenta años.

Mutilus fue el primero en llegar. El tribuno de la oposición visitaba su casa por primera vez y el senador salió a recibirla al jardín y lo saludó con una cordialidad no exenta de formalismo. Mientras conversaba con él, tal vez con demasiada animación para superar los primeros e incómodos momentos, se sintió ofendido por la espera con que lo castigaba su esposa, presumiblemente entregada a su arreglo personal. Al mismo tiempo, observó divertido que la luz de las velas robaba al agasajado demócrata gran parte de la fascinación que irradiaba en la tribuna. Tenía un aspecto rollizo y un tanto provinciano y hasta era probable que llevara la ropa interior almidonada. Además, sus principios progresistas no parecían contribuir a evitar la timidez que se apoderaba de todo el que entraba por primera vez en la casa de Egnacio en Nola, pues incluso los nobles romanos que pasaban por la ciudad y visitaban al viejo coleccionista se sorprendían al verse incapaces de contar sus habituales historias obscenas, tan de moda en las reuniones sociales.

El senador mostró a su invitado el nuevo jarrón negro, y cuando advir-

tió que éste no entendía del tema, se entristeció al pensar que en la actualidad un hombre podía llegar a ser famoso sin saber nada de jarrones. Intentó explicarle la diferencia entre los antiguos jarrones etruscos o cretas y los modernos productos fabricados en masa en Samos y Arezzo. Describió con lujo de detalles las minuciosas leyes de la forma y la decoración y criticó el empleo criminal de los materiales por parte de los fabricantes de pacotilla. Su mano llena de venas azules dibujó en el aire el contorno del jarrón negro, que, pese a su solidez, parecía negar su propio peso, e instó al tribuno a mirar con atención el único adorno del jarrón: una bailarina pompeyana, cuya frágil figura, desnuda y suspendida entre las alas desplegadas de su velo, resaltaba en un alegre tinte rojo sobre el fondo negro. Cuanto más evidente parecía el desinterés de su invitado, más se entusiasmaba Egnacio con la explicación, y sólo se interrumpió cuando las dos puertas, situadas a ambos extremos del comedor, se abrieron de forma casi simultánea, una de ellas para dejar paso al empresario y la otra a su joven esposa. La anfitriona permaneció inmóvil un instante, enmarcada por el vano de la puerta, y luego saludó a su marido e invitados con un encanto vagamente teatral.

-Veo que nuestro amigo se ha vuelto a enamorar de un trozo de barro y delirará sobre él toda la noche mientras sus invitados se mueren de hambre -dijo Rufo-.

Tú, querido amigo, eres la verdadera octava maravilla del mundo; delgado y juvenil como un hombre de veinte años, mientras los nuevos ricos como yo nos estropeamos a los cuarenta a no ser que nos sometamos a cuatro semanas anuales de tratamiento con barro caliente. ¿De qué sirve la democracia si hay dos tipos de hombre: unos que engordan con la edad y otros que se vuelven delgados y esbeltos?

Sin interrumpir sus locuaces muestras de amabilidad, se aproximó a la anfitriona y alabó su bonito vestido, mezclando con naturalidad palabras griegas en su discurso. Pese a su aparente falta de formalidad, nunca perdía el tono respetuoso, casi distante en su dignidad. Risueño, el viejo Aulo admiró la habilidad de Rufo para dar más de diez pasos sobre el desnudo suelo de mosaico sin dejar de hablar ni, a pesar de la barriga, perder la elegancia de su porte. Por el contrario, cuando procedía a presentar al tribuno Herius Mutilus a su esposa, observó que ella era casi una cabeza más alta que el

hombrecillo de silueta cuadrangular.

Continuaron conversando de pie, mientras un criado anciano les ofrecía un aperitivo y coloridos licores de hierbas. La anfitriona relegó con una sonrisa cualquier responsabilidad por la comida, pues la mitad de sus criados los habían abandonado para unirse a los sitiadores sin que hubieran podido hacer nada para impedirlo.

-¿Por qué no bebes? -dijo cambiando de tema de forma súbita cuando el tribuno se negó a probar la tercera clase de licor ofrecida una y otra vez por el obstinado y ofendido criado.

-Sólo bebo vino -respondió el tribuno-. Anoche, unas doscientas personas traspasaron las murallas. Se dice que los hombres de ese tal Espartaco los reciben con los brazos abiertos. Por favor, tened en cuenta que los desertores no eran sólo siervos, sino en igual medida artesanos, trabajadores y jardineros. También se repitieron los saqueos en los suburbios cercanos a Regio Romana.

-¡Qué tiempos maravillosos para tu obra! -le dijo la anfitriona a Rufo-. He oído que produce un escándalo cada día. No puedo dejar de verla, pero es imposible arrastrar a Aulo hasta el teatro.

Se sentaron a la mesa.

-¿La has visto? -preguntó Rufo al tribuno mientras comenzaba a comer el pescado con corrección-. Es bastante primitiva e improvisada, al estilo de las antiguas obras atelanas, pero aunque parezca extraño, despierta un gran entusiasmo en la gente.

-La he visto -dijo el tribuno-y el propio hecho de que sea primitiva la hace aún más sediosa. Si tuviera alguna influencia con la política de espectáculos -intercambió una rápida mirada con el senador-, la haría prohibir.

El anfitrión miró a Rufo, que se había atragantado con el último morisco de pescado, y sonrió.

-¿Y qué hay de los principios democráticos, amigo? -le preguntó a Mutilus.

-Tienes que ir a verla, Egnacio -respondió el tribuno sin devolver la

sonrisa-.

Intenta demostrar a la gente, digamos que de forma prácticamente matemática, que lo mejor que pueden hacer es unirse a los bandidos.

-En tu último discurso -dijo Rufo, despechado-, dijiste algo similar, aunque mucho más subversivo. Es verdad, que lo hiciste con tanta propiedad como para que una parte se quedara grabada en mi memoria: "Las bestias salvajes de Italia tienen sus cuevas -citó con una sonrisa sarcástica-, pero los hombres que luchan y mueren por ella no tienen morada y se ven obligados a vagar con sus mujeres y sus hijos, sin un techo. Los políticos mienten cuando animan a los pobres a defender su hogar de los enemigos, pues ellos no tienen hogar ni ninguna propiedad digna de defenderse. Los llama los amos del mundo y sin embargo no tienen un simple terrón de suelo". ¿No te parece un discurso sedicioso?

-Por lo visto -rió la anfitriona-, nuestros dos invitados están completamente de acuerdo con los bandidos.

-Yo sólo me refería a la reforma agrícola -dijo el tribuno, cuya cara se había ruborizado-. Además, era sólo una cita de un discurso del mayor de los Gracos.

-Si yo permitiera a mis actores citar a los clásicos -dijo Rufo-, como a Platón o a Faleas de Caledonia, con sus provocativos discursos sobre la igualdad y la propiedad común, hace tiempo que estaría en prisión.

-Si mi esposo te encierra, yo te enviaré un poco de jamón a la prisión todos los días -ofreció la anfitriona.

-Eres muy amable -respondió Rufo-, pero mucho me temo que si Roma sigue preocupándose tan poco como hasta ahora en enviar refuerzos, ninguno de nosotros estará en posición de encerrar al otro ni de portarse amablemente con él...

-¿Realmente crees que este Espartaco es tan peligroso? -preguntó la anfitriona.

Rufo se encogió de hombros.

-No cabe duda de que los saqueos de anoche fueron organizados -res-

pondió el tribuno-. Y esas masas de desertores dan que pensar. Es evidente que los hombres de Espartaco han logrado hacer entrar a un número considerable de emisarios.

-El mejor emisario, amigo mío, es la afinidad de todos los estómagos hambrientos -dijo Rufo-. Cuando un estómago gruñe en Capua, es como si tocara un diapasón, y todos los estómagos hambrientos de Italia elevan sus voces al unísono.

En ese momento, Rufo supo que todas las personas sentadas a la mesa pensaban lo mismo: que el propio Rufo, un siervo hasta hacia diez años, sabría mucho de la acústica de los estómagos hambrientos. Entonces puso un trozo de comida de nuevo en el plato, se secó los dedos y miró fijamente al viejo Egnacio.

-Después de todo, yo debería saberlo -dijo sin especial énfasis y volvió a concentrar su atención en la carne asada.

La esposa del consejero dio rápida cuenta del contenido de su cuarta o quinta y copa y extendió el brazo sobre su hombro para que volvieran a llenarla. El viejo criado situado a su espalda sirvió sólo hasta la mitad, evitando mirar al consejero.

-Me encantaría saber qué tiene de especial ese tal Espartaco -dijo la anfitriona-. Hace tres meses nadie conocía su existencia y hoy es una leyenda ambulante.

No alcanzo a entender cómo un hombre así puede haber ganado semejante poder

sobre las masas.

-Yo tampoco -dijo el viejo Egnacio-, pero tal vez nuestro querido Rufo lo explique diciendo que su estómago ruge más fuerte que cualquier otro de Italia.

-No me parecería una explicación suficiente -dijo Rufo.

El tribuno se aclaró la garganta, obviamente celoso de la reputación del hombre ausente.

-Se supone que es un orador notable -observó-, y considero que ésa es

una explicación suficiente.

-Yo no -dijo la anfitriona mientras extendía otra vez su copa hacia el criado-.

Debe tener algo más. ¿Sabes cómo me lo imagino? -le dijo a Rufo tocándole el hombro-. Con el cuerpo cubierto de vello, el pecho desnudo y una mirada capaz de atravesarte. El año pasado asistí a la ejecución de un hombre que agredía a niños pequeños en las montañas y tenía unos ojos así.

Rió con entusiasmo y Rufo pensó que un hombre de más de sesenta años no debería casarse con una jovencita. Quizás Egnacio leyera sus pensamientos, pues interrumpió con deliberada brusquedad:

-¿Sabes cómo creo yo que es? Calvo, gordo y sudoroso, como los porteadores de Suburra. Sin duda cuando habla pasa de la pasión a la obscenidad. Además, es probable que sea un sentimental y tenga varios amiguitos jóvenes.

-Todos de acuerdo -dijo Rufo con tono jovial-. A propósito, yo lo conocí personalmente.

-¡Oh! -exclamó la anfitriona-. ¿Y por qué no lo has dicho antes?

-Lo vi en la escuela de gladiadores de mi amigo Léntulo, en Capua -dijo Rufo complacido por el efecto de sus palabras-. Léntulo me mostró su escuela mientras los gladiadores hacían sus ejercicios matinales.

-¿Qué aspecto tenía? ¿Te impresionó de inmediato?

-No lo creo, pues sólo recuerdo que llevaba una piel alrededor de los hombros, pero eso no tiene nada de especial entre los bárbaros.

-¿Cómo era su cara? -preguntó la anfitriona.

-Lamento decepcionarte, pero no la recuerdo con exactitud. Como ya he dicho, no causó una profunda impresión en mí. Yo diría que era una cara vulgar, ancha, amable en un cuerpo bien formado y algo huesudo. Lo único especial que recuerdo es que tenía una expresión reflexiva que recordaba a la de un leñador.

-¿Pero no notaste algo misterioso en él, una fuerza mágica?

-Que yo recuerde, no -respondió Rufo complacido, pues un sentimiento de solidaridad hacia Egnacio lo hacia alegrarse de decepcionar a la joven dama-.

¿Sabes? No es lo mismo ver al rey Edipo en un escenario que cepillándose los dientes.

-Pero en primer lugar debe tener algo que lo haga digno de aparecer en el escenario -dijo la anfitriona molesta.

-Estoy de acuerdo -dijo Rufo-. Aunque personalmente creo que las circunstancias producen al héroe y no lo contrario, si bien es cierto que las circunstancias suelen elegir al hombre adecuado. Creedme, la historia tiene un instinto especial para descubrir a esa clase de personas.

La conversación decayó y se concentraron en la comida y en la bebida. Uno de los criados que entraban y salían del comedor se inclinó a decirle algo al oído a su amo.

-¿Saqueos otra vez? -preguntó Rufo, a quien nunca se le escapaba nada.

-Algo sin importancia... en los suburbios -dijo el viejo Aulo mientras miraba con disimulo a su esposa.

La joven no parecía inquieta, pero no dejaba de beber y su ánimo se alegraba cada vez más. Rufo sintió la presión de su muslo en la rodilla.

-En Nola estamos acostumbrados a cosas peores -dijo el viejo caballero-.

Cuando recuerdo la guerra civil... -se interrumpió mirando al tribuno con una expresión desconcertante.

-¿Tienes algún parentesco con Gayo Papio? -le preguntó Rufo al tribuno mientras retiraba la rodilla con una mirada paternal a la anfitriona.

-Era mi tío -respondió el tribuno, seco y ceñudo.

El tribuno Herius Mutilus tenía veinte años cuando las naciones del sur de Italia, los samnitas, marsos y lucanos se rebelaron contra Roma. Su tío,

Gayo Papio Mutilus, había sido uno de los cabecillas de la insurrección. Nola, cuya población era íntegramente samnita, fue la primera ciudad que se unió a los rebeldes, a pesar de la resistencia de la aristocracia pro-romana. Los romanos sitiaron Nola durante siete años y Nola se mantuvo firme. Luego la propia Roma estalló en la revolución democrática de Mario y Cina. Nola se apresuró a abrir sus puertas y a fraternizar con el principal enemigo de Roma, bajo el estandarte de la revolución, pese a la resistencia de la aristocracia, que de repente olvidó sus sentimientos pro-romanos y se proclamó separatista. Tres años más tarde, Sila puso en marcha la restauración de Roma y se produjo un nuevo cambio en Nola: la aristocracia declaró que siempre había pensado que sólo una alianza con Roma podría salvar la ciudad. Sin embargo, la facción populista cerró las puertas y soportó con estoicismo otros dos años de sitio. Al final, los insurgentes se vieron obligados a huir, aunque no sin antes prender fuego a las casas de los aristócratas. El último cabecilla de la rebelión del sur de Italia, Gayo Papio Mutilus, resultó muerto cuando escapaba.

-Yo conocía bien a tu tío -dijo la anfitriona-. En aquella época era pequeño y él me mecía en sus rodillas. Tenía una barba maravillosa, así... -indicó con un gesto el tipo de barba que tenía el héroe de Samnio.

-Era un gran patriota -dijo Egnacio con solemnidad, temiendo que su esposa hubiera herido los sentimientos del tribuno-, aunque también un despiadado fanático y un devorador de romanos -añadió.

y -No digas tonterías, Aulo -replicó el tribuno-. ¿Por qué no haces gala tú de ese célebre fanatismo, tú, un miembro de las familias más antiguas de la ciudad?

Porque tú y los intereses de tu facción estáis indisolublemente ligados a los intereses de la aristocracia romana, que siempre ha evitado la reforma agrícola y protegido a los grandes terratenientes. La rebelión del sur de Italia no fue más que una rebelión de campesinos, pastores y artesanos contra los usureros y grandes propietarios. Su programa no era samnita, lucano o marso, sino un programa de reforma agrícola y derechos civiles. De hecho, es posible resumir los últimos cien años de la política interior de Roma en

una sola frase: la lucha desesperada entre la clase media rural y los grandes terratenientes. El resto no es más que un montón de crónicas oficiosas.

-¿Más pescado? -ofreció la anfitriona.

-No, gracias -respondió el tribuno, furioso de que tocara justo el tema que lo había puesto de mal humor, pues era incapaz de comer el pescado con elegancia.

-Estas teorías modernas son muy ingeniosas -dijo el viejo Egnacio-, pero yo no creo en ellas. En mi opinión, la causa de todos los males reside en la degradación moral de la aristocracia romana, en su lujo y su corrupción. Ahora bien, el viejo Catón...

-Por el bien de la paz, deja al viejo Catón fuera de esto. Esas exaltaciones sentenciosas de las virtudes de los antepasados ya no impresionan a nadie. Sabes tan bien como yo que el viejo Catón fue acusado de soborno exactamente cuarenta y cuatro veces.

-Debo admitir que ambos estáis muy bien informados sobre temas históricos -dijo el viejo Aulo, cuya expresión se había llenado de tedio durante la última parte de la discusión. Se levantó, cruzó despacio la habitación, se detuvo con aire ausente ante el jarrón negro y lo acarició con ternura con un dedo-. ¿Qué opinas de esta pieza, Rufo?

-Es hermosa -respondió Rufo-. La he estado mirando toda la noche.

-No tengo argumentos en contra tuyo -dijo el consejero general-, y aunque creas que soy un ridículo sentimental te diré una cosa: este jarrón es mi argumento, un argumento mucho más fuerte que cualquiera que podáis aportar vosotros.

-¿Quieres decir...? -comenzó Rufo.

-No quiero decir nada -interrumpió el anciano enfadado-. No es necesario discutirlo todo.

-Sólo quería señalar que ese jarrón no es italiano, sino cretense. Corrigeme si me equivoco.

-¡Pero yo lo he comprado! -exclamó el anciano-. Y no importa dónde sean modeladas, pintadas, escritas o inventadas estas cosas, siempre llegan

a nosotros.

Sin nosotros, la vilipendiada aristocracia romana, no se habría fabricado nada de esto.

-Es probable -asintió Rufo e hizo una pequeña inclinación de cabeza para dar por concluida la discusión.

El tribuno esbozó una sonrisa despectiva, aunque ni él mismo sabía si se la dedicaba al viejo aristócrata o al nuevo rico.

-¿Por qué no salimos al jardín? -dijo la anfitriona mirando más allá de Rufo-.

Hace demasiado calor para hablar de política.

Palmeó las manos y enseguida apareció el anciano criado.

-Haz traer antorchas -dijo el consejero-. Vamos a salir al jardín.

-Las traeré de inmediato, Aulo Egnacio -dijo el criado.

- Tú no, he dicho que las hagas traer -dijo el consejero, incapaz de librarse de su enfado.

Estaban todos de pie junto a la puerta que conducía al jardín. Fuera hacia fresco y estaba oscuro, pero en dirección a la ciudad una franja rojiza cruzaba el cielo.

El viejo criado permaneció inmóvil, avergonzado.

-¿No lo entiendes? -cuestionó la anfitriona a su marido con una risita nerviosa-. Se han ido todos los criados. Ahora comienza la diversión...

Durante la noche, una pandilla de saqueadores permitió la entrada del ejército de esclavos y entre todos asaltaron la ciudad. Los comandantes del ejército, Espartaco, Crixus y el joven Enomao, no pudieron evitar la masacre de la población, cuyas víctimas ascendieron a más de la mitad de los ciudadanos libres. Entre los muertos estaban el consejero principal Aulo Egnacio, su esposa y el tribuno demócrata Henus Mutilus.

El empresario Marco Cornelio Rufo logró escapar gracias a una feliz

coincidencia. Sin embargo, perdió a sus actores, su equipaje y su dinero. Lo único que consiguió salvar, además de su vida, fue una vasija de cerámica que rescató de la casa en llamas de Egnacio, un jarrón con una bailarina pompeyana, cuya frágil figura desnuda, suspendida entre las alas desplegadas de su velo, resaltaba en alegre tinte rojo sobre el fondo negro.

3 Ruta directa

Los diez mil hombres, a caballo y a pie, se dirigen al norte por el camino principal.

Tras ellos, la lluvia extingue los últimos fuegos de las casas de Nola. La lluvia se ha teñido de negro al rozar las vigas chamuscadas y cae en sucios riachuelos borbotantes sobre las piedras de las casas desmoronadas.

Numerosos cadáveres yacen entre las furtivas callejuelas del interior de la ciudad. La lluvia los ha lavado, empapado, y parecen los cuerpos de hombres ahogados. Yacen desparramados entre las ruinas de las casas saqueadas, entre muebles y utensilios del hogar, espejos y armarios, camas y ollas, sillas y ropa. Mujeres acuclilladas sobre los escombros, con los brazos enterrados hasta los codos en el barro, buscan sus pertenencias, mientras los hombres lloran en silencio sentados a su lado.

Sobre el barro tiznado reposan copas de oro y candelabros de plata de un templo, pero nadie los toca. Nola está en silencio.

Nola está en silencio. La noche anterior se había estremecido con una tormenta de locura, un coro de asesinatos e incendios, el estrépito de casas desmoronándose, el rugido del ganado y los angustiados gritos de los niños; pero ahora Nola está en silencio y sólo se oye el murmullo gutural de los riachuelos de lluvia sobre las calles.

Ya se han ido. ¿Se han ido realmente? ¿No volverán? El ejército de los menesterosos camina pesadamente hacia la zona alta de la ciudad, construida de piedra y ladrillo. Llevan carretillas y carros tirados por mulas repletos

de mesas rotas con patas elegantes, ruedas con bobinas empapadas por la lluvia, guitarras, sartenes, ataúdes de niños entreabiertos, una ternera muerta, ídolos de madera con ojos ciegos. Se encuentran con los primeros voluntarios, hombres jóvenes en filas militares, que están evacuando los barrios bajos.

¿Se han ido? ¿Realmente se han ido? Al retirar los escombros, se encuentran cuerpos y miembros humanos apilados en el anfiteatro. La parte alta de la ciudad, por extraño que parezca, ha sufrido pocos daños. Aunque han saqueado y demolido numerosas mansiones, los bandidos concentraron su ira en el interior de la ciudad.

Intimidados por las tranquilas avenidas con sus oscuros y cuidados jardines, se sintieron más en su elemento entre las tabernas, las tiendas de comida y los burdeles de los barrios bajos, donde, además, las calles de madera ardían con la misma facilidad que las antorchas.

¿Se han ido? ¿De verdad se han ido? La lluvia cae sin cesar. Aquellos que se han quedado sin hogar son provisionalmente alojados en mercados y edificios públicos y al mediodía los consejeros supervivientes se reúnen en el municipio. La sesión comienza entre los escombros, en medio del desánimo general y el asistente del consejero principal pronuncia el afligido discurso. Una terrible fatalidad, dice, se ha llevado a un tercio de sus colegas, entre ellos el venerado Aulo Egnacio, en cuyo sitio se ve obligado a presentarse ante la asamblea. Sin embargo, continúa el orador -cuya ponzoñosa rivalidad con el viejo Egnacio era bien conocida por todos-, las cosas podrían haber salido peor. Por fortuna, los depravados habían descargado su furia sobre todo en los barrios bajos, encarnizándose contra sus iguales, y prácticamente habían evitado los barrios residenciales de las clases altas. Ahora llegaba el momento de tomar las medidas necesarias, y, sobre todo, de exigir compensaciones.

El patetismo de la desesperación deja paso de forma gradual a consideraciones materiales. Es necesario tomar medidas y negociar un préstamo. La ciudad debe hacer uso de sus derechos en caso de sitio no reclamado. Es de esperar una súbita caída del precio del suelo, por lo cual habrá de tomar precauciones contra la especulación.

Entre las filas de bancos pronto se observan ausencias: en los pasillos, los consejeros cierran en secreto los primeros negocios de tierras.

¿Se han ido? ¿De verdad se han ido?

Cae la noche, la lluvia no cesa y la brigada voluntaria de auxilio, integrada por jóvenes distinguidos, abandona el interior de la ciudad en formación militar. Se encuentran con una pandilla de saqueadores encadenados, que quedaron rezagados por emborracharse en los sótanos de una hacienda. Los criminales son separados con violencia de la milicia y apaleados allí mismo. Antiguos criados y porteadores de literas que esperan la salida de sus amos del municipio son considerados sospechosos y asesinados, y comienza la persecución de los siervos que habían permanecido en la ciudad. Fieles a sus amos, no habían participado en el desorden y la rebelión, y ahora pagarían por ello. Al igual que la lluvia, la masacre de esclavos se prolonga durante toda la noche. Por la mañana, la brigada de auxilio, formada por jóvenes distinguidos, ha superado con la cifra de esclavos muertos el número de víctimas del levantamiento.

Pocos esclavos de Nola sobrevivieron a aquella noche, pero los que lo lograron pensaron que los muertos merecían su destino y maldijeron a ese tal Espartaco, a quien consideraban responsable de su situación.

Quince mil hombres, a caballo o a pie, avanzaban hacia el norte por el camino principal.

Tras ellos quedaban las ruinas de Sessola, la mitad de las casas incendiadas y tres mil muertos; el resultado de una sola noche de trabajo. Al mediodía, cuando marchaban hacia la puerta del norte a través de la estremecida ciudad, la contemplaron una vez más bajo la brillante luz del sol. Los negros restos de la ciudad aún humeaban y el aire seguía impregnado del olor a carne quemada. En su camino, las calles estaban flanqueadas de cadáveres, apilados a ambos lados por manos desconocidas.

El hombre de la piel los contempló desde el frente de sus filas: algunos cerraban sus manos al aire, otros mostraban los dientes; algunos estaban negros, calcinados, las mujeres yacían boca arriba con los muslos desvergon-

zadamente abiertos y niños en sus regazos con los miembros dislocados. Era el Estado del sol.

No sabía cómo había ocurrido ni si hubiera podido evitarse, sólo sabía que era culpa de Crixus. Con todo el peso apoyado sobre la silla, el gordo cabalgaba como si su caballo fuera una muía, dormitando con expresión inescrutable. Las cosas habían ido así a partir de la batalla del Vesubio. Él, Espartaco, había dividido a la horda en grupos y regimientos, les había enseñado a fabricar armas, había moldeado un ejército de un montón de barro. Mientras tanto, Crixus había permanecido a un lado, sombrío y ausente, sin interferir ni colaborar, acostándose con mujeres y hombres, dormitando como un lóbrego espectro. Sin embargo, la noche en que las puertas de La ciudad se abrieron ante ellos, Crixus se despertó; había llegado su hora. de Nola sería el cuartel de invierno de todos, pero la primera noche que pasaran entre sus paredes sería la noche de Crixus, la noche del pequeño Castus y sus Hienas.

La horda parecía bajo los efectos de un veneno o del alcohol y las palabras no significaban nada para ella. La cháchara del esenio de cabeza bamboleante, toda aquella plática sobre la justicia y la buena voluntad, había volado como paja empujada por el viento, se había esfumado con la brisa caliente que traía consigo el olor de las ciudades quemadas, bajo cuyas ruinas yacía el Estado del Sol.

¿Qué había hecho mal, qué había omitido, para permitir que la horda escapara a su control, que sus palabras no significaran nada para ellos? Había intentado caminar por la ruta directa, el cruel pasado a la espalda y el objetivo al frente, sin girar a la derecha o a la izquierda. ¿O acaso aquél habría sido el error, caminar en una ruta recta y directa? ¿Era necesario tomar desvíos, transitar por caminos torcidos?

Tiró de las riendas con violencia y dio la vuelta entre la silenciosa columna de la horda. Crixus giró la cabeza, lo miró con expresión indolente y siguió cabalgando con todo el peso de sus nalgas inmóviles sobre el caballo que montaba como si fuera una mula. Es probable que soñara con Alejandría.

Pero la horda que marchaba por el camino con serenidad, vio pasar a Espartaco, erguido y rígido en su caballo, con la cara muy delgada y los ojos

hundidos e indiferentes. Sus labios se habían vuelto severos, finos, y sus ojos habían empequeñecido; la expresión amable había desaparecido de su rostro. Los hombres se volvían al verlo pasar entre el polvo y se hacían señas entre si. Suspiraban en parte arrepentidos y en parte apenados de que Espartaco se mostrara tan poco razonable. ¿Qué esperaba de ellos? ¿Lo habían ofendido por ajustar cuentas con los amos y capataces de esclavos? Si ellos no los mataban, los matarían a ellos.

¿Acaso no habían perdonado a todos los esclavos que se habían puesto de su lado? ¿No los habían llevado con ellos?

¿Qué pretendía Espartaco?, ¿por qué estaba enfadado con ellos? ¡Por los ceñudos dioses!, ¿qué eran ellos, después de todo? ¿Un grupo de bandidos o una banda de peregrinos piadosos, una secta de estúpidos viajeros?

Veinte mil hombres, a caballo o a pie, avanzaban hacia el norte por el camino principal.

La tercera ciudad, ahora convertida en un montón de ruinas humeantes, se llamaba Calatia y no había ofrecido la menor resistencia. Sus puertas se habían abierto como por arte de magia, y la ciudad se había entregado, temblorosa y sollozante, como la vida se entrega a la muerte. Aquellos que vivían detrás de sus murallas aguardaban la llegada de tropas romanas, pero las tropas no habían venido. Algunos suplicaron piedad, pero no la obtuvieron, pues la muerte no conoce piedad, clemencia ni justicia; es la Muerte, y sólo logran escapar de sus garras aquellos que confraternizan con ella, convirtiéndose a su vez en asesinos.

La lluvia inundaba la tierra de Campania, haciendo manar turbios arroyuelos sobre la vía Apia. Brotaba de las nubes para regar cultivos, lavar techos y ventanas, y moría con un siseo sobre los escombros negros y la sangre pegajosa. Era el fin de Campania, asolada por una horda de varios miles de demonios que pisoteaba su esencia y se precipitaba de pueblo en pueblo, como una mortífera maldición.

La lluvia inundaba la vía Apia. Sobre sus grandes, brillantes bloques de piedra y entre sus flancos en declive, la horda marchaba hacia el norte en una caravana de varias millas de largo. La vanguardia al frente, con sus grandes escudos, jabalinas y espadas; cada grupo a las órdenes de un capitán gla-

diador. Los flanqueaba la caballería, formada por los sirios y los pastores lucanos. Tras ellos, los guardias con pesadas armaduras, brazos y piernas cubiertas de acero: los criados de Fanio. Por fin la interminable, salvaje, lenta masa de gente sin armas apropiadas, que empuñaba porras, hachas, guadañas, estacas y avanzaba, descalza y harapienta, cojeando, maldiciendo o cantando. Tras ellos venía el séquito del campamento: mulas y carros de bueyes, botín y equipaje, mujeres, niños, lisiados, mendigos y putas.

Los ferores perros peludos de los pastores lucanos, medio lobos, habían engordado con la carne de los muertos y corrían aullando junto a la caravana de esclavos.

Habían descendido del monte Vesubio en busca del Estado del Sol, pero habían sembrado fuegos y cosechado cenizas.

Ahora marchaban hacia la ciudad de Capua.

4 Las mareas de Capua

Capua resistía.

Nola, Sessola, Calatia se habían rendido. El mensaje de Espartaco había traspasado sus trincheras, los siervos habían abierto las puertas y las murallas se habían desmoronado sin necesidad de lucha o máquinas de sitio, pero Capua resistía.

Curiosos sucesos habían acontecido en la ciudad de Capua.

Las primeras noticias de la caída de Nola llegaron a Capua por boca del empresario Rufo, que había entrado a la ciudad montado sobre un caballo empapado de sudor, sin sirvientes ni equipaje, y con un aspecto tan patético que los guardias habían estado a punto de negarle el paso. Fue directamente a casa de su amigo Léntulo, tomó un baño y conversó con él durante un rato. Había ganado varias horas de ventaja a los mensajeros del Senado y a los de las grandes compañías mercantiles.

La noticia de la caída de Nola era más importante que una docena de informes sobre el frente asiático, pues presagiaba una guerra civil. En realidad, el destino de la república romana estaba en juego. El aliento de la historia soplabía a través del espacioso baño de Léntulo; los dos hombres, envueltos en sus batas, lo sintieron despeinar sus cejas y decidieron comprar cereal sin dilaciones y a cualquier precio.

Juntos tomaron las medidas necesarias en unas cuantas horas, tras las cuales fueron a visitar al principal consejero municipal para informarle de lo sucedido.

Mientras tanto, los primeros rumores sobre la destrucción de Nola habían llegado a la ciudad. El populacho abarrotaba los mercados de pescado y de ungüentos, y en los paseos cubiertos, salones públicos y baños no se hablaba de otra cosa. Se reunían en grupos, discutían y gesticulaban; y mientras algunos demostraban abiertamente su alegría, otros sacudían las cabezas sin lograr disimular cierta satisfacción secreta. Aquel sentimiento de contento general pronto estalló en exclamaciones de ostensible triunfo y, aunque los motivos variaban de unos a otros, se fundieron en una emoción común a medida que más y más gente se agrupaba en las calles. La multitud atestaba las calles de Capua cuando el ejército de esclavos aún estaba a varias millas de allí.

El orador y picapleitos Fulvio, famoso por los sediciosos discursos que pronunciaba a diario en el vestíbulo de los baños de vapor, más tarde escribiría un tratado que resumía las razones de aquella turbulenta inquietud. La obra nunca llegó a ser publicada, pero su título rezaba:

DE LAS CAUSAS DE LA ALEGRIA DE LOS SIERVOS Y LA GENTE COMÚN ANTE LAS NOTICIAS DE LA CONQUISTA DE LA CIUDAD DE NOLA POR EL GLADIADOR Y JEFE DE BANDIDOS ESPARTACO

Según decía el tratado, aquellos bendecidos con el don de comprender la mentalidad de la gente pudieron distinguir las siguientes causas en los disturbios de Capua: primero, júbilo malicioso, pues las ciudades de Nola y Capua nunca se habían llevado demasiado bien. Segundo, orgullo local, pues en cierto modo el tal Espartaco había comenzado su carrera en la ciudad de Capua. Tercero, cuarto y quinto, los siervos y ciudadanos comunes habían vivido en semejante miseria en la bendita ciudad de Capua, como consecuencia del ascenso de los precios, grave desempleo y arrogancia de la nobleza, que recibían con alegría y entusiasmo cualquier acontecimiento que prometiera un cambio, sin importarles su naturaleza, pues lo único que podían perder era sus cadenas. Por qué entonces -concluía el inédito tratado, cuyo autor acabaría uniéndose a los bandidos, discutiendo con un esenio versado en temas divinos y muriendo junto a él en una cruz, antes de concluir la

disputa-, ¿por qué los ciudadanos comunes de Capua iban a privarse de expresar de forma audible su alegre entusiasmo, o por así decirlo, su violento triunfo?

Cuando Rufo y el administrador de juegos fueron a hablar con él, el primer consejero ya estaba al tanto de las noticias. Escuchó con fría cortesía al empresario que había insistido en entrar a su casa a horas intempestivas sin cita previa y a quien aborrecía a causa de una de sus obras, llamada Bucco el Campesino.

Sin embargo, cuando Rufo afirmó que la propia ciudad de Capua se hallaba en peligro, el consejero no pudo evitar una condescendiente sonrisa patricia ante las exageraciones de aquel advenedizo y apaciguó su entrometido celo con la sugerencia de que el magistrado sabía cuándo tomar las medidas necesarias. Así concluyó la audiencia, pero cuando el consejero se aprestaba a despedir al indiferente empresario con escuetas palabras de agradecimiento -Léntulo se había limitado a escuchar, pues aún se sentía torpe y tímido en presencia de aristócratas-, un confuso bullicio procedente de la calle llenó la habitación.

Al principio fueron sólo gritos aislados y distantes, luego se oyeron las pisadas de una tumultuosa multitud y poco después la calle se abarrotó de gente, cuyos murmullos de rabia contenida atravesaban las ventanas.

El consejero palideció, interrumpió los saludos, y los tres hombres se dirigieron a la ventana. Debajo, en la calle, un individuo gordo y sudoroso con aspecto de jornalero del barrio de Oscia trepaba a uno de esos barriles de vino de madera, ineludibles en cualquier tumulto. El hombre dirigió un discurso al consejero municipal interrumpido por frecuentes aplausos. Dijo que la política y la miseria de Capua despedían un olor tan maligno que el hedor de la legión de esclavos no podía ser peor.

En otras palabras, instaba al consejero municipal a abrirle las puertas a Espartaco.

La multitud se unió en una ovación de apoyo y el consejero se apartó de la ventana. A esa misma hora, se producían saqueos en los suburbios del

oeste.

Una semana más tarde, cuando el ejército de esclavos llegó a Capua, encontró las puertas cerradas y a todos los habitantes de la ciudad, libres y esclavos, unidos contra él con fervoroso entusiasmo.

Algo extraño había sucedido en la ciudad de Capua. ¿Cómo se había producido aquel cambio radical en las ideas de la gente, cuando apenas unos días antes exigían que se abrieran las puertas y esperaban con impaciencia a Espartaco, el liberador?

¿Cómo era posible que bloquearan las puertas y marcharan a custodiar las murallas con fervoroso entusiasmo, los siervos a defender su cautiverio, los desgraciados a vigilar su miseria, los hambrientos a arriesgar su vida y sus extremidades por el rugido de sus tripas?

Cierto picapleitos y retórico que había estado a punto de morir por permanecer al margen del grandioso levantamiento patriótico -su nombre era Fulvio y su destino la cruz-volvió a casa aquel día y cogió una pluma con la intención de volcar por escrito los sucesos acontecidos en la ciudad de Capua y los motivos que los suscitaron. Era abogado, además de escritor, y por tanto conocía las tramas y complicaciones del alma humana, conocía su codicia y su serena necesidad de prudencia. Escribió su tratado en una miserable habitación de la buhardilla situada en la quinta

planta de un edificio de alquiler, junto al mercado de pescado. Sobre su tambaleante escritorio, se cernía la cruz de vigas de madera que sostenía el techo, por lo cual se veía forzado a escribir siempre inclinado. Siempre que lo asaltaba una idea afortunada, daba un respingo y se golpeaba la cabeza contra la enorme viga, de modo que Fulvio estaba destinado a pagar cada pensamiento lúcido con un chichón en el cráneo. El aire de la buhardilla, impregnado del hedor a pescado podrido, resultaba sofocante, y por la ventana penetraba el rumor de la belicosa multitud congregada en las murallas y en las calles.

Ya había concluido la primera parte del tratado, dedicada al entusiasmo que Espartaco y su causa habían despertado en un principio, y se hallaba

a punto de iniciar la segunda y más difícil, referida a la súbita hostilidad con que los esclavos de Capua habían reaccionado contra el ejército de esclavos. Comenzó por el titulo:

DE LAS CAUSAS QUE INDUCEN AL HOMBRE A ACTUAR EN CONTRA DE SUS PROPIOS INTERESES

Pero tan pronto como hubo escrito estas palabras, advirtió que eran incorrectas.

Recordó los numerosos casos que había atendido en su condición de abogado y la tenacidad y astucia con que sus clientes defendían sus intereses, siempre dispuestos a enviar a sus vecinos a las mazmorras o al patíbulo por el simple robo de una cabra.

Desde abajo llegaba el bullicio de una brigada. No eran soldados, sino esclavos armados por sus amos, y se dirigían a las murallas a enfrentarse con Espartaco, a luchar con claro entusiasmo contra sus iguales, por el bien de sus opresores. Fulvio tachó el título y escribió debajo:

DE LAS CAUSAS QUE INDUCEN AL HOMBRE A ACTUAR EN CONTRA DE LOS INTERESES DE OTROS, CUANDO SE HALLAN AISLADOS. Y A ACTUAR EN CONTRA DE SUS PROPIOS INTERESES CUANDO SE ASOCIAN EN GRUPOS O MULTITUDES

Meditó largamente sobre la primera frase, pero no se le ocurrió nada nuevo. A menudo había pensado que los hombres actuaban en contra de sus propios intereses cuando se trataba de asuntos importantes, mientras que en los asuntos triviales, defendían sus beneficios con astucia y obstinación. Sin embargo, los sonidos de guerra procedentes de la calle lo entristecían y el entusiasmo, el enorme fervor de aquellos pobres tontos, preparados para recibir a sus salvadores con jabalinas y alquitrán hirviente nublaban sus pensamientos. Por fin abandonó la obra -que no volvería a reanudar en

varios meses prolíficos en acontecimientos y jamás acabaría-y bajó a la calle.

Había oradores por todas partes; aquellos que no hablaban escuchaban y aplaudían. Reinaba un sentimiento generalizado de camaradería y júbilo, y Fulvio tomó nota mentalmente de que en tiempos como aquellos el hombre siente una imperiosa necesidad de pronunciar y escuchar los mismos discursos una y otra vez, demostrando que no confía en sus propias intuiciones, que teme que no prosperen y duren, si no las riega con permanentes reiteraciones.

Había oradores en cada esquina, amigos del pueblo, todos hombres progresistas.

Describían atrocidades supuestamente cometidas bajo las órdenes de Espartaco o narraban cómo un tal Castus y sus infames Hienas asesinaban y saqueaban... y decían la verdad. Elogiaban la paz y el orden, y casi todos eran honestos al hacerlo.

Hablaban de la cercana reforma agrícola y casi llegaban a creer sus propias palabras.

Recordaban las casas incendiadas de Nola, Sessola y Calatia, y su indignación era sincera. Mencionaban la resistencia que reunía a toda Capua, pobres y ricos, amos y esclavos, en un mismo redil, y se sentían moralmente superiores. No eran miembros de la nobleza ni de la facción de Sila; eran demócratas, opositores, amigos del pueblo, y no mentían. Todas y cada una de sus palabras eran sencillas, sensatas, bienintencionadas. Regalaban sus argumentos, sus pequeñas, rotundas, agradables verdades como si fueran insignificantes monedas. El pueblo los creía, sin advertir que ocultaban una terrible verdad: que la humanidad seguía dividida entre amos y esclavos. Sólo el escritor Fulvio lo sabía. Su cabeza se llenaba de chichones, el sol lo deslumbraba, la insensatez de la naturaleza humana lo atormentaba. Poseía la gran verdad y la llevaba consigo a todas partes, pero nadie quería compartirla con él.

Los ánimos de las clases bajas y de los esclavos estaban exaltados. Los sentimientos abyectos del día anterior, los instintos básicos del hambre y el rencor habían quedado olvidados. Agitaban banderas y blandían lanzas. Los esclavos, en especial, estaban rebosantes de alegría, pues el Consejo les

había repartido armas y de ese modo los había elevado, aunque sólo de forma temporal y revocable, a la condición de soldados y ciudadanos libres de Roma.

El pequeño abogado con la calva llena de protuberancias, que mero-deaba por las calles solo con su tristeza y su verdad, más tarde observaría en su diario: "Desarman a los esclavos entregándoles espadas. Así de ciegos son aquellos condenados a ver la luz sólo desde la oscuridad".

Pero el presente no necesitaba de esa clase de aforismos ni de los rumores que pretendían que la pasión de la facción demócrata había sido fraguada por sus enemigos mortales, los aristócratas y miembros del Consejo municipal, por mediación de un tal Léntulo Batuatus, un contratista de gladiadores y antiguo cerdo electoralista de Roma. Aquellos que divulgaban esos rumores eran considerados viles agitadores y aguafiestas, y varios de ellos, desenmascarados como agentes de Espartaco fueron arrojados de las tribunas y asesinados a golpes.

La marea había cambiado en Capua. Los amigos del pueblo hablaban al mismo tiempo en cada calle, en cada edificio público, en cada mercado. El Senado no los había enviado y ninguna facción política les pagaba, sin embargo allí estaban, cumpliendo con su deber. Eran patriotas. Advirtieron a los siervos y a la plebe que la rebelión o la guerra civil eran acciones tontas y equivocadas. Les devolvieron la fe en la república y en la grandiosa comunidad de ciudadanos romanos. Se ganaron el corazón de los siervos prometiéndoles que el Consejo municipal los armaría en señal de confianza; de modo que los esclavos tendrían oportunidad de defender a sus amos y demostrar que merecían ser miembros de la gran familia de Roma. Pues, ya vivieran alojados en palacios o en chozas, ataviados con togas blancas o con las valiosas cadenas del trabajo honesto, todos eran hijos de la loba romana y todos mamaban de ella la leche de la ley humana, del orden y la razón cívica.

5 Los desvíos

Nola, Sessola y Calatia se habían rendido ante Espartaco, pero Capua resistía.

Las tiendas de los bandidos formaban un amplio círculo alrededor de la ciudad atrincherada. Como una calamitosa nube de langostas se alzaban sobre los húmedos campos de trigo del sur, entre el bendito cereal de Campania. Las grises tiendas empapadas crecían sobre los inclinados viñedos del monte Tifata en grupos irregulares, superpuestos de forma escalonada, dispersos entre fincas desiertas y erosionadas galenas de mármol. Desde ambos lados, ascendían hacia las orillas del Volturno, que había rebasado los diques y arrastraba barro sucio hacia el mar. Las murallas de Capua se alzaban grises y altivas tras el velo de la lluvia.

En la cima del monte Tifata, rodeado de melindrosas arcadas y glorietas, se hallaba el templo de Diana, morada de cincuenta sacerdotisas vírgenes. Ellas habían pisado las uvas sin ayuda del exterior y habían vigilado la fermentación del vino en las oscuras bodegas. Se emborrachaban a menudo y se amaban pecaminosamente entre sí; pues ningún hombre podía aproximarse a sus tierras sagradas. Ahora los gladiadores Espartaco, Crixus y los demás comandantes de la legión de esclavos estaban sentados en el convento de Diana, donde conferenciaban y discutían sin llegar a un acuerdo.

No tenían máquinas de sitio. Al igual que en anteriores ocasiones, habían enviado emisarios secretos a la ciudad para invitar a los esclavos a formar parte de la gran confraternidad del Estado del Sol. Sin embargo, el Estado del Sol yacía bajo las negras ruinas de Nola y Calatia, y sus portavoces habían sido asesinados tras las murallas sin ceremonia ni trascendencia.

Mientras tanto los esclavos de Capua, apostados en los bastiones, empuñaban contra los de fuera las armas que habían recibido de los de dentro. Sacudían sus lanzas y no querían saber nada del Estado del Sol.

En el elegante templo de Diana, todavía impregnado de la fragancia de los bálsamos y perfumes de las sacerdotisas, los gladiadores seguían discutiendo. Sólo Espartaco y Crixus guardaban silencio. Poco a poco, el campamento se había dividido en dos grupos, el que apoyaba a Crixus y al hombrecillo y el que respaldaba a Espartaco, formado por la mayoría. Habían recuperado la sensatez de forma gradual, y afirmaban que la loca violencia de las Hienas contra los pueblos conquistados era la razón por la cual los esclavos de Capua se negaban a aliarse a ellos. Un enorme desánimo se apoderó de la horda: allí tenían lluvia, tiendas empapadas, enojo y decepción, mientras al otro lado estaba la ciudad más opulenta después de Roma, seca y cálida, llena de olores procedentes de las tiendas de comidas preparadas y de las especias de los mercados. Y el odioso hombrecillo con sus Hienas lo había estropeado todo.

Durante el duodécimo día del sitio de Capua, cuando la lluvia amainó, un delegado de la ciudad se dirigió al campamento de esclavos. Escoltado por dos de los criados de Fanio y firmemente apoyado sobre su bastón -pues era un anciano-caminó entre las tiendas sin desviarse hacia la derecha o a la izquierda y ascendió la cuesta del monte Tifata. A su paso, provocaba curiosidad, asombro y risas. Allí estaba el delegado de la ciudad de Capua, dispuesto a negociar, igual que en una guerra normal. Los silenciosos y cuellí-cortos sirvientes de Fanio caminaban a su lado.

Cuando el anciano se detenía a recuperar el aliento, ellos también lo hacían, con la vista fija en el camino, y luego continuaban subiendo la colina en silencio, indiferentes a las risas y silbidos del resto del campamento.

Espartaco aguardaba al delegado sentado en un sofá del santuario de Diana. Los criados de Fanio lo hicieron pasar y se retiraron. Espartaco se incorporó. Reconoció al anciano de inmediato y sonrió por primera vez desde el incendio de Nola.

-Nicos -saludó con suavidad y cortesía-, ¿cómo está el amo?

El viejo criado guardó silencio. Luego se aclaró la garganta y retrocedió

de forma casi imperceptible.

-Estoy aquí en nombre del Consejo municipal de Capua.

-Vaya -dijo Espartaco con un deje irónico en la voz-, eres un personaje oficial, padre mío. Ninguno de los dos lo habría imaginado, ¿verdad?

Se interrumpió porque el anciano no respondió y permaneció inmóvil en el umbral de la puerta, pero no pudo evitar los recuerdos: el amplio patio cuadrangular de la escuela de gladiadores, los dormitorios con el aire templado propio de un estado e incluso la fraternal proximidad de la muerte habían cobrado la íntima calidez de las cosas pasadas.

-¿Eres un empleado del Estado? -preguntó Espartaco-. ¿Un esclavo municipal? ¿Te ha vendido el amo?

-He sido liberado -respondió Nicos con frialdad-. Soy oficial del Consejo de Capua con todos los derechos cívicos, elegido para negociar con los rebeldes y su jefe Espartaco el levantamiento del sitio.

"Balbucea como un hombre en su segunda infancia -piensa Espartaco-, se ha aprendido el discurso de memoria. Nicos, aquel buen hombre a quien yo solía llamar padre, ahora parlotea ante mí sin el menor vestigio de afecto. No se puede esperar nada de nadie." -Antes solías hablarme de otra forma -dijo mientras volvía a sentarse en el sofá.

-Antes -respondió Nicos-, ambos hablábamos de otra forma. Tu cara ha cambiado tanto que no te habría reconocido. La senda del mal te ha vuelto los rasgos duros y crueles y tus ojos también han cambiado. Estoy aquí para negociar el levantamiento del sitio.

-Entonces negocia -dijo Espartaco con una sonrisa. El hombre guardó silencio-. ¡La senda del mal! -continuó Espartaco-, ¿qué sabes tú de sendas?

-Has elegido la senda del mal -dijo Nicos-, la senda del desorden. Mira -continuó mientras se sentaba en el sofá junto a Espartaco-, yo soy viejo, honesto y yermo. Durante cuarenta años he servido a mi amo esperando la libertad, y ahora que soy viejo la libertad también es yerma. Sin embargo, cuando tú dices: "¿qué sabes tú de eso?", puedo asegurarte que mucho más que tú. Quizás algún día hablemos de ello, pero aún no ha llegado la hora.

-No sabia que fueras un filósofo, Nicos -dijo Espartaco-. La última vez que te vi, en aquella taberna junto a la vía Apia, no hacías más que repetir que nos colgaran a todos. Y estuviste a punto de venir con nosotros.

-Dudé, aunque sólo por un instante -respondió el anciano-, y no fui con vosotros porque sabía que cogeríais la senda del mal y el desorden. ¿Qué hicieron tus amigos con Nola, Sessola y Calatia? Habéis derramado sangre sobre nuestra ordenada nación. Sembrasteis fuego y ahora cosecháis cenizas.

-Los esclavos estaban de nuestra parte -dijo Espartaco-. Nos abrieron las puertas de Nola, Sessola y Calatia.

-En Capua nadie está de vuestra parte -dijo el anciano-. La gente os abrió las puertas de sus ciudades y vosotros las destruisteis, así que ahora nadie volverá a hacerlo. Todos saben que sois unos alborotadores y se han vuelto contra vosotros.

Espartaco guardó silencio.

-Nicos -dijo después de una pausa-, las órdenes eran buenas, pero hay hombres que se niegan a obedecer. Hay algunos así entre nosotros. ¿Cómo podemos apartarlos de los demás? ¿Cómo se separa la paja del grano? Eso es lo que deberías decirme.

-No lo sé -dijo el anciano, y luego añadió con senil obstinación-: Es la senda del mal.

Espartaco se levantó; ya no sonreía. La cámara sagrada estaba fría y lúgubre.

-Calla -dijo-. Sé más que tú sobre la senda correcta, Nicos. La descubrí en el Vesubio, entre las nubes que me envolvían. Allí encontré a un hombre viejo, más sabio que tú. Yo solía llamarte padre, pero él me llamó el Hijo del hombre. Aquel anciano conocía la senda y me enseñó su nombre.

-¿Qué clase de nombre? -preguntó Nicos.

-El Estado del Sol -respondió Espartaco después de una pausa-. Ése es el nombre de la senda.

-Yo no sé nada de eso -dijo Nicos-. Sólo sé lo que ocurrió en Nola, Ses-

sola y Calatia.

-Es verdad -dijo Espartaco-, pero esas son pequeñas verdades y, como acabas de enseñarme, aquellos que sólo reconocen las pequeñas verdades son muy tontos.

El anciano no pudo encontrar una respuesta. Estaba cansado y no comprendía las palabras de Espartaco, que se había convertido en un extraño para él. Los criados de Fanio trajeron antorchas y la sala se volvió súbitamente alta, clara, y las paredes parecieron alejarse.

El viejo Nicos estiró sus piernas gotosas, frágiles y rígidas, irguiéndose ante el hombre al que había tratado como a un hijo y ahora era un bandido.

-El Consejo de Capua -dijo el viejo Nicos- te exige que levantes el sitio y te advierte que la ciudad tiene suficiente cereal en sus graneros y vino en sus bodegas como para esperar a que la lluvia ablande vuestros huesos y os arrastre hasta el infierno. La moral de nuestros soldados es excelente y vosotros no tenéis máquinas de sitio. Al Consejo no le importa que acampéis ante nuestras maravillosas murallas y piséis nuestros campos de trigo, porque Roma está abarrotada de cereales traídos del otro lado del mar y no tememos que escaseen. Sin embargo, el Consejo tiene razones para desear que acampéis en otro sitio, tal vez en Samnio o en Lucania. El Consejo opina que ese deseo sin duda coincidirá con vuestros intereses.

-Cháchara y más cháchara -dijo Espartaco-. Es obvio que eres viejo y no te avergüenzas de ello. Si te he pedido que me dijeras cómo separar la paja del grano, es porque necesitamos ese consejo de forma imperiosa. Nos acompañan dos tipos de personas y deberíamos poder separarlas. Unos llevan una ira enorme y justa en sus corazones, los otros sólo tienen los estómagos llenos de mezquina voracidad.

Ellos son los responsables de lo ocurrido en Nola, Sessola y Calada. Tenemos que separarnos de ellos, pero será difícil, y debemos encontrar formas ingeniosas, caminos indirectos para librarnos de ellos. Antes, no estaba seguro, pero ahora tú me lo has hecho ver claro con tu cháchara y tus tonterías. ¿Tienes algo más que decir?

-Sí -respondió Nicos-. De hecho, aún falta lo más importante. El Consejo municipal te advierte que el Senado de Roma ha enviado al pretor Cayo

Varinio con dos poderosas legiones para restituir el orden en Campania. Dentro de pocos días llegarán tropas militares y os destruirán.

La voz regañona y quejumbrosa calló y el anciano aguardó con impaciencia el efecto de su anuncio. Vio cómo el hombre de la piel alzaba la cabeza y cómo aquella cara amada, que se había relajado con la conversación, se tensaba otra vez, volviéndose dura y severa.

"Después de todo, tiene algo -pensó el viejo, y por primera vez su misión le pareció desagradable y el hombre que tenía ante si, un enemigo-. Es un tirano y yo negocio con él en nombre de la ciudad. "

El anciano tensó su cuerpo inútil.

-Repite eso, pero con más detalles -dijo Espartaco.

Las antorchas proyectaban densas sombras sobre su cara, que parecía tallada sobre un material inanimado, y sus ojos no albergaban el menor atisbo de amistad. El anciano parpadeó y desvió la vista primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda para evitar mirarlo.

"Estoy viejo -pensó Nicos-, ¿qué sé yo de él? Son gente dura y furiosa." Sólo deseaba acabar con su misión.

-Vendrán dos legiones regulares bajo el mando del pretor Varinio -repitió-, unos doce mil hombres. Sus lugartenientes son Cosinio y Cayo Furio. Su ejército está formado por veteranos de la campaña de Lúculo y nuevos reclutas. Avanzan con lentitud, pero estarán aquí dentro de una semana, o incluso antes. ¿No me crees?

"Si al menos comenzara a hablar otra vez... -pensó Nicos-, nunca lo había visto así. Después de todo, tiene algo."

Espartaco contestó con los ojos fijos en la cara de Nicos:

-Si eso es verdad, ¿por qué ibais a decírmelo? Si se acerca un ejército con el fin de aniquilarnos, ¿por qué nos avisáis? Explícamelo.

-Puedo explicarlo -respondió el anciano con firmeza y confianza-. Ya te he dicho que el Consejo tiene sus razones. El Consejo de Capua no está interesado en que vuelva a salvarlo un ejército enviado por el Senado de Roma. Cada vez que Roma salvó a Capua, ésta tuvo que pagar la factura. Así

fue con Aníbal y las guerras confederadas, por lo tanto el Consejo no quiere ser rescatado por Roma.

El anciano calló, aliviado. Había dicho la verdad y notó que el hombre de la piel le creía.

-Vuestros consejeros son muy listos -dijo Espartaco tras meditar unos minutos- y conocen bien los caminos indirectos. Piden soldados a Roma para combatirnos y al mismo tiempo nos advierten sobre su llegada. Deberíamos aprender de vosotros. -Nicos aguardó en silencio. El hombre de la piel le parecía más extraño que nunca-. Se hace tarde -observó Espartaco-. ¿Quieres pasar la noche con nosotros o prefieres regresar?

-Prefiero regresar -respondió el anciano.

Ya en el umbral, flanqueado por los silenciosos cuellicortos con sus antorchas, el anciano oyó la voz del hombre de la piel. Sabía que tal vez la oía por última vez.

-Ven con nosotros, Nicos -dijo la voz-. Estás cansado, padre mío, y en Lucania hay bosques.

El viejo, pequeño y frágil Nicos vaciló y se detuvo un instante entre los dos criados cuellicortos, pero no se volvió.

-No -respondió y siguió andando, flanqueado por los sirvientes con las antorchas sobre su cabeza.

Entonces la voz resonó una vez más y Nicos percibió la ironía de su tono.

-¿Acaso es la senda del mal, padre mío? -El anciano no se volvió ni respondió. Siguió andando en la oscuridad, viejo e insignificante, bajo las altas antorchas de los criados-. Adiós, padre -dijo la voz desde el templo por última vez, aunque Nicos ya no podía oírla.

Una vez más, la asamblea no había llegado a ninguna conclusión. Una vez más se habían sentado en torno a la enorme mesa de piedra y habían hablado durante horas, odiándose en secreto unos a otros. Crixus había mirado a todos con expresión sombría y luego había vuelto a sumirse en su le-

targo; el pequeño hombrecillo, sin dejar de juguetear con su collar, había dicho que lo del ejército de Varinio era un cuento y que debían atacar Roma. El portavoz de los cuellicortos criados de Fanio había puesto nervioso a todo el mundo con su acostumbrada rectitud. El sabio de cabeza ovalada había citado confusos pasajes que nadie había comprendido. Enomao se había limitado a mirar en silencio al hombre de la piel. La vena azul de su frente se hinchaba con mudo entusiasmo y su tímida discreción también había puesto nervioso a todo el mundo. Siguieron hablando; todos volvieron a repetir sus archiconocidos argumentos, conscientes de que los demás no los escuchaban. La rancia solemnidad de la asamblea se cernía pesadamente sobre ellos. Se conocían muy bien unos a otros, y sabían más de lo que querían decir u oír allí. En los diálogos informales, llamaban al pan, pan y al vino, vino, y todo quedaba claro, pero aunque aquellas asambleas no eran más que la materialización de la suma de esos diálogos, el debate no era en absoluto la suma de sus conversaciones, sino de sus aspectos formales y superficiales. Ellos lo sabían, y también eran conscientes del mudo desdén del hombre de la piel, cuyos ojos pasaban de un orador a otro, pero habían perdido su habitual benevolencia. Sabían que se había distanciado de ellos y que al hacerlo los había superado; sin embargo, no pronunciaba la palabra redentora ni asestaba el golpe redentor. Por el contrario, los dejaba seguir tirando de los arreos, con otros diez mil hombres a rastras -¿o eran veinte mil?-, atascados entre el barro, los rastrojos y las tiendas empapadas. Y aquellos que debían guiarlos, tiraban en distintas direcciones, conscientes de la impotencia de su propio odio, pero atrapados por ella, incapaces de dar un solo paso.

Muy cerca se alzaban las murallas de Capua, como una burla petrificada, y sobre ellas se apostaban los esclavos con sus armas dirigidas hacia ellos, pues sus esperanzas yacían quemadas, sofocadas y enterradas en Nola, Sessola y Calatia. Conscientes de todo esto, miraban con furiosa impotencia a Castus y sus Hienas, pero Castus seguía jugueteando sonriente con su collar, pues en el campamento aún había más de mil hombres que lo escuchaban. Vivían apartados de los demás, se vestían con harapos y eran sanguinarios y lujuriosos.

Sentados en torno a la larga mesa de piedra, los gladiadores hablaron, discutieron y se emborracharon. Más tarde se levantaron y volvieron a cru-

zar los húmedos campos de rastrojos sin haber tomado ninguna decisión.

Cuando los demás se marcharon, Espartaco detuvo al hombre de la cabeza ovalada.

-Siéntate y escucha -le dijo de malhumor.

El esenio sacudió la cabeza y lo miró.

-Necesitarás otros asesores para lo que viene ahora -dijo alzando los hombros como si tuviera frío.

Espartaco continuó sin prestarle atención:

-Roma envía a Varinio con doce mil soldados. Debemos marcharnos a Lucania, la tierra de montañas y pastores, para vivir en paz de acuerdo con nuestras ideas.

Sin embargo, hay algunos entre nosotros que no aceptan órdenes. Han echado a perder el proyecto del Estado del Sol y tampoco quieren venir a Lucania. Pretenden enfrentarse con Varinio, que los destruirá... si les permitimos ir.

El esenio se encogió de hombros y agachó la cabeza, como una tortuga. El sol caía sobre la cara de Espartaco, obligándolo a entrecerrar los ojos, lo cual le daba un aspecto aún más severo y hostil.

-Si los dejamos ir... -repitió Espartaco-. Todo depende de nosotros. Son estúpidos. Si se lo permitimos, se buscarán su propia ruina, pues Varinio los masacrará como si fueran corderos. Entonces nos libraremos de ellos y podremos construir nuestro Estado del Sol sin que nos estorben. No dices nada. -El esenio guardó silencio. Ya ni siquiera sacudía la cabeza y permanecía inmóvil-. Ahora no dice nada -repitió Espartaco-, pero hace un tiempo, entre las nubes de las montañas tenías mucho que decir. Entonces brotaron de tus labios un montón de palabras bellas y contundentes. Sin embargo, la senda que me señalaste no conducía al Estad del Sol, sino a Nola, Sessola y Calatia. Tú ya no tienes nada que decir, pero yo debo seguir el camino. Hay muchos entre nosotros que se niegan a obedecer órdenes, ahora debemos enviarlos al encuentro de Vario para que los mate como si fuera corderos sa-

crificados en aras de tu Estado del Sol. Porque si no los destruimos, ello nos destruirán a nosotros. Es cierto que ellos son la paja y nosotros el trigo, pero todos nacimos del mismo tallo y lo que ahora debemos hacer va contra las leyes de naturaleza.

El esenio seguía inmóvil, sentado frente a Espartaco, pequeño y ajado. Al igual que el viejo Nicos, se maravillaba del cambio que había experimentado Espartaco, también como el viejo Nicos, pensaba:

"Son gladiadores, hombres duros y feroces." ¿Qué sé yo de ellos?"

Continuó sacudiendo la cabeza y después de unos instantes dijo:

-Dios creó el mundo en cinco días, pues tenía mucha prisa. Como consecuencia de esa prisa, muchas cosas salieron mal, y al sexto día, cuando tuvo que crear al hombre, estaba enfadado, tal vez cansado, y lo llenó de maldiciones. Sin embargo la peor maldición es que el hombre debe andar por la senda del mal para alcanzar el bien y la justicia, que debe tomar desvíos y caminar por rutas torcidas para alcanzar un objetivo justo. Sin embargo, te repito que para lo que ha de venir necesitas otros consejeros.

El esenio se dirigió a la puerta, pero Espartaco no levantó la vista. Permaneció echado junto a la mesa, bebiendo grandes sorbos de vino. Entonces el esenio se giro una vez más y contempló la cara ancha y huesuda de su interlocutor como si la viera por primera vez.

Espartaco siguió bebiendo hasta que cayó la noche. Luego vino Crixus y hablaron. La conversación no duró mucho, porque ambos conocían las ideas del otro. Lo que estaba a punto de suceder había madurado despacio en el interior de los dos hombres, así como la savia de un árbol asciende lentamente desde las raíces, debajo de la corteza, y cuando por fin las palabras salieron de sus bocas, cayeron como frutas demasiado maduras. Ya estaba todo dicho y decidido. Había oscurecido, y después de comer, cuando se echaron satisfechos sobre sus mantas, separados por la mesa, ambos recordaron la noche de la victoria del Vesubio, cuando habían compartido la tienda del pretor Clodius Glaber. Aquella noche también Crixus había extendido el brazo para coger un trozo de carne de encima de la mesa, se lo había llevado a la boca, se había lamido los labios y luego se había limpiado los dedos sobre manta. Ambos sabían que pensaban en lo mismo, pero callaron. Es-

partaco estaba tendido boca arriba, con las manos en la nuca. Crixus se lamió los labios, bebió un trago de la jarra y se limpió los dientes con la punta de la lengua. Sin embargo, no se miraron.

Más tarde, Castus, el hombrecillo, entró al santuario y anunció que los hombres estaban inquietos, pues por el campamento corría el rumor de que los gladiadores habían discutido y de que la horda iba a dividirse. Se detuvo junto a la puerta, entrecerró los ojos para acostumbrarse a la penumbra y esbozó una sonrisa tensa. Sin embargo, no recibió respuesta, de modo que permaneció donde estaba jugueteando con su fino collar.

Crixus sorbió un trago de vino y lo escupió.

-¿Por qué vienes aquí con cotilleos? -le preguntó al hombrecillo.

-Pensé que os interesarían -respondió Castus.

-Pues no es así -dijo Crixus y se volvió hacia Espartaco-: ¿Nos interesan?

-No -respondió Espartaco-. Se ha decidido que algunos de nosotros saldrán al encuentro de Varinio -le dijo al hombrecillo con fingida indiferencia.

-¿De veras? -preguntó Castus-. ¿Algunos de nosotros?

-Sí -respondió Espartaco-. Aquellos que lo deseen.

Los tres callaron. Castus, que seguía en el umbral de la puerta, no hizo ademán de acercarse.

-¿Y los demás? -preguntó.

-Nos iremos a Lucania -respondió Espartaco-. A las montañas, con los pastores.

Hubo otra pausa, esta vez mas larga. Se oyó el bramido de una mula desde algún lugar indeterminado y tardó unos instantes en apagarse. Después, reinó un silencio absoluto.

Por fin el pequeño hombrecillo interrogó a la oscuridad, en la dirección donde estaba Crixus.

-¿Tú también vas a Lucania?

Crixus no respondió, pero Espartaco lo hizo en su lugar:

-No, él va con vosotros.

El hombrecillo sonrió aliviado y comenzó a juguetear otra vez con el collar.

-¿A Roma, eh? -dijo-. ¿Nos vamos a Roma, Mirmillo?

Crixus bebió otro sorbo de vino de la jarra.

-A Roma -respondió-, o a cualquier otro sitio.

Castus no podía verlo, pero sabía que los ojos de pez de Crixus lo miraban turbiamente desde su pesada cabeza de foca.

El hombrecillo pensó en la noche siguiente, cuando tuviera que volver a compartir su colchón con Crixus, y sintió un pequeño escalofrío.

6 Las aventuras de Fulvio, el abogado

Durante la noche, el picapleitos y escritor Fulvio había conseguido escalar las murallas, escapando así de los estúpidos patriotas de la ciudad de Capua. Había sido todo un acto de destreza acrobática, y ni el propio hombrecillo, con su dentada cabeza calva y sus ojos miopes, podía creer que lo hubiera conseguido. Una vez del otro lado de la muralla, se dejó caer sobre el húmedo suelo arcilloso y permaneció allí sentado durante un tiempo. Ante él se extendían los uniformes campos de rastrojos, la ancha y desierta franja de tierra de nadie, al otro lado de la cual debía estar el campamento de los sitiadores. Sin embargo, no se veían señales de él y sólo se oía el constante susurro de la lluvia. Después de todo, era probable que no existieran ni los bandidos, ni su campamento ni el gran Espartaco, guía de los oprimidos y liberador de los desposeídos. Siguió allí sentado sobre la arcilla mojada, con la ropa empapada y el frío húmedo de la muralla en la espalda. La muralla era muy alta, y cuando alzó la cabeza para mirar hacia arriba, pareció inclinarse sobre él. En lo alto, un centinela, un esclavo parto con el torso desnudo, caminaba de un extremo al otro armado con una lanza. Fulvio llegó a la conclusión de que no podía seguir sentado allí para siempre y sólo entonces advirtió que estaba empapado. Cuando se había alejado apenas unos pasos, lo detuvo el grito ronco y gutural del parto. Fulvio miró hacia arriba y vio al centinela inclinado hacia adelante, con la rodilla ligeramente flexionada, preparado para arrojar la lanza.

-¿Adónde vas? -gritó el parto con su voz ronca y gutural.

-Hacia allí -respondió el abogado con toda la despreocupación que fue capaz de fingir.

Sin embargo, era consciente de que su respuesta no contentaría al bético guardia y comenzó a correr bajo la lluvia, pero en cuanto lo hizo sintió pánico. El parto profirió un chillido agudo y su lanza pasó zumbando junto a

Fulvio hasta clavarse en el barro, no muy lejos de su objetivo.

"Bien, nadie te la devolverá -pensó el abogado, jadeante y aterrorizado-. ¡Qué oficio tan absurdo!"

Es probable que luego le arrojaran flechas, pero después de unos veinte pasos, la lluvia y la oscuridad lo devoraron. Descendió precipitadamente una pequeña cuesta, tras la cual los olivos extendían sus ramas retorcidas. Allí se detuvo, sin aliento, y se aferró a un árbol.

"¿Por el bien de quién me arroja flechas ese extranjero? -pensó-. ¿Por el bien de quién se comporta como un héroe?"

Decidió profundizar más en el tema cuando escribiera su gran crónica de la campaña de los esclavos. Por lo visto, el heroísmo era el resultado de la incapacidad física del hombre para imponer la Idea sobre las amenazas y fuerzas hostiles de la Naturaleza. Sin embargo, el hecho de que un esclavo pusiera su heroísmo a disposición de su amo, sin que mediaran amenazas o ideales, seguía pareciéndole extraño.

Intentó orientarse y continuó chapoteando en el barro bajo la lluvia. Era una noche horriblemente oscura, sin luna ni estrellas, y la lluvia impedía distinguir cualquier cosa a más de veinte pasos de distancia. Aquellos merodeos en la oscuridad infinita, y sin embargo sofocante, constituirían el punto de partida de su crónica.

De repente, oyó una voz de alto. Se detuvo y escrutó la oscuridad con sus ojos miopes. Debía de tratarse de un centinela del ejército de esclavos, aunque en aquel momento le parecía increíble que realmente existieran. La voz volvió a resonar bajo la lluvia incesante. Debía contestar, o de lo contrario aquellos a cuyas tropas pretendía unirse podrían matarlo por error. Quizá tuvieran una contraseña. La estúpida ciudad de Capua reverberaba con los ecos de innumerables contraseñas.

-¡Espartaco! -gritó el abogado con voz ronca bajo el susurrante goteo de la lluvia.

Parecía la palabra más apropiada. Luego le dio un incontenible ataque de tos.

El centinela surgió de la oscuridad con paso vacilante. Llevaba la cabe-

za cubierta con una capucha empapada.

-¿Por qué gritas "Espartaco"? -preguntó con tosco acento lucano y mostró los dientes en una mueca de sorpresa.

El abogado, que sin duda había pillado un resfriado, seguía tosiendo.

-Soy el abogado y escritor Fulvio de Capua -dijo por fin-. ¿Dónde está tu ejército?

-¿Dónde? -preguntó el centinela aún más sorprendido-. Pues por todas partes. ¿Qué quieres?

Sólo entonces, el abogado reparó en las siluetas brumosas de unas tiendas, apenas a treinta pasos de distancia. Por lo visto habían estado allí todo el tiempo, aunque parecían absolutamente desiertas. Era cierto, ¿qué quería él de todas aquellas tiendas abandonadas?

-Soy escritor -dijo y comenzó a toser otra vez-. Quiero ir a ver a Espartaco para escribir una crónica de vuestra campaña.

-¿Escribir nuestra crónica? -Los prominentes dientes equinos del centinela de los bandidos brillaban, amarillos, en la oscuridad. Parecía mucho más pacífico que el parto que le arrojaba lanzas desde la muralla-. ¿Para qué?

-Estas cosas se escriben para que en el futuro la gente sepa lo que ha sucedido.

-¿Y eso a quién le interesa? -preguntó el guardia, que por lo visto se sentía bastante cómodo en la penumbra, bajo la lluvia, y parecía dispuesto a embarcarse en una larga conversación.

-A todos nos interesa saber qué ocurrió antes de que naciéramos -dijo el abogado.

-Es verdad -respondió Hermios, el pastor-. A veces, yo mismo me lo pregunto. ¿Pero cómo puedes descubrirlo?

-Está escrito en los libros -respondió el abogado.

-¿Tú escribes libros?

-Voy a escribir la historia de vuestra campaña -respondió el abogado y

volvió a toser.

-Pero eso no es interesante -dijo el centinela-. Simplemente vamos de ciudad en ciudad y de pelea en pelea.

-Dentro de cien años -recitó el abogado, preparado desde hacia tiempo para una conversación de este tipo-, qué digo, dentro de mil años, el mundo hablará aún de Espartaco, liberador de los esclavos de Roma.

Se interrumpió, presa de otro ataque de tos. Sus ropas chorreaban agua.

-¡Vaya cosas que piensas! -dijo el centinela con admiración-. Aunque estás mojado y tal vez te apetezca un poco de vino caliente.

-Oh, sí -respondió el abogado mirando con ansiedad las tiendas abandonadas-. Me sentaría muy bien.

-Entonces ven -dijo el centinela y caminó bajo la lluvia, seguido por el presuroso abogado.

-¿Quién hará guardia mientras tanto? -preguntó Fulvio cuando se acercaban a la ciudad de Iona.

-Quizás algún otro -respondió el pastor-. Aunque cuando llueve no suele salir nadie, ¿sabes?

La noticia de la división del ejército en dos grupos había causado conmoción en el campamento, aunque no fuera totalmente inesperada, pues la situación era crítica y todos aguardaban un desenlace. ¿Acaso no habían discutido, maldecido y repetido cada día que "las cosas no podían seguir así?". Sin embargo, ahora, cuando por fin se producía un cambio, cuando la ruptura era definitiva e irremediable, el campamento se debatía, confuso, entre el asombro y la incredulidad.

Los criados de Fanio habían llevado el mensaje a todos los rincones del campamento, anunciando públicamente la decisión con sus voces altas, resonantes, y su semblante impasible. El ejército de esclavos -habían declarado con palabras aprendidas de memoria- se dividiría en dos grupos, según las opiniones opuestas del campamento y la decisión del Consejo de gladiadores. El grupo que deseara enfrentarse a las legiones, marcharía hacia el

norte, en dirección a Roma, a las órdenes de los gladiadores Crixus y Castus, de la escuela de Léntulo Batuatus de Capua. Todo aquel que comulgara con sus ideas debía unirse a ellos.

Sin embargo, aquellos que pensaran de otro modo y estuvieran dispuestos a seguir a Espartaco, se dirigirían bajo su mando a Lucania, la tierra de las montañas y los pastores, pues era el deseo y la opinión del gladiador que debían evitarse luchas, saqueos y robos. En su lugar, deberían convocar a todos los siervos y pastores pobres del sur de Italia, en ciudades, campos y montañas, para formar la gran fraternidad de justicia y buena voluntad, prometida desde el comienzo de los tiempos, que se llamaría "Estado del Sol". Sin embargo, aclararon que Espartaco exigiría obediencia y sumisión total a todos aquellos que lo siguieran en su marcha hacia el sur.

Después de oír aquel mensaje, divulgado por los criados de Fanio una hora después de la puesta del sol, la multitud se congregó en pequeños grupos donde reinaba el bullicio y la indecisión. Pero en medio de la confusión y las diferencias de pareceres, comenzaba a cumplirse la seria y secreta intención de Espartaco: la paja estaba a punto de separarse del grano.

Cuando el abogado y escritor Fulvio y su guía, el pastor Hermios, entraron al campamento, empapados por la lluvia, se cruzaron con numerosos grupos de gente que discutía, pero nadie les prestó la menor atención.

-¿Estáis así? -preguntó Fulvio.

-No -respondió el pastor-, es por lo de la separación. -Suspiró con aire afligido-. Vamos por mal camino, hermano. Somos tan insensatos como ovejas o corderos: algunos corren hacia aquí, otros hacia allí y no conseguimos mantenernos unidos.

-¿Cuál es el motivo de la disputa? -preguntó el abogado.

-No sabría decírtelo, hermano -suspiró el pastor-. Siempre ha sido así, incluso dentro del Vesubio, cuando no teníamos nada que comer, nos pasábamos todo el tiempo alborotando. Hay hombres malos entre nosotros, que respaldan a Castus y a sus Hienas, aunque es probable que ahora los romanos los aniquilen y nos libremos de ellos. Entonces tendremos paz.

En ese momento, Zozimos, el retórico, salió de entre las tiendas justo a tiempo para oír las palabras del pastor. Aún llevaba su sucia toga harapienta y agitó sus mangas en un gesto furioso.

-¿Qué dices? -le gritó a Hermios cogiéndolo del brazo para no quedar atrás-.

Dices que tendremos paz, mientras enviamos a nuestros hermanos, inconscientes del peligro que les aguarda, a una muerte segura. Es una maniobra taimada, sin escrúpulos, sectaria... ¿Y quién es éste? -preguntó de repente, interrumpiéndose para mirar con desconfianza al tembloroso abogado.

-Ha cogido frío y necesita un poco de vino caliente -explicó Hermios-. Es un desertor de Capua. Escribe libros -añadió en un susurro lleno de misterio.

-El filósofo Zozimos te saluda, colega -dijo el retórico, alegre e irónico, con una amplia reverencia que hizo que su toga mojada se zafara del cinturón.

Pero Fulvio no pudo presentarse, pues volvía a sufrir otro acceso de tos. Aquel hombre pomposo le inspiraba una mezcla de repugnancia y pena. A pesar de sus elegantes bufonadas, tenía un aspecto triste y demacrado, como alguien que ha sido maltratado por la vida.

-Entra -le dijo Hermios a su protegido-. Aquí vive un amigo mío, un anciano. Debes pasar por debajo de la lona, pero ten cuidado de no mancharte las rodillas.

Vibio el Viejo estaba sentado contra la pared de lona, inmóvil bajo la luz de una lámpara de aceite, y era imposible adivinar si dormía o meditaba. En el interior de la tienda había una agradable penumbra y olía a moho. La lluvia azotaba el techo de lona, pero ahora era una lluvia benigna, pues ya no los mojaba.

-Aquí tienes un invitado -dijo Hermios en voz muy alta, ya que en los últimos tiempos el viejo se había vuelto duro de oído-. Viene de Capua.

-Yo te saludo -dijo el anciano y Zozimos se agitó, incómodo, en un rincón de la tienda-. Y a ti también, Zozimos -añadió el anciano.

El abogado se inclinó ante el señor de la tienda y todos se sentaron sobre la manta que cubría el suelo.

-Tenga un poco de vino caliente -dijo el pastor-. Ha pillado un resfriado.

El viejo Vibio cogió una jarra envuelta en tela y se la entregó al abogado que bebió un gran sorbo, tosió y luego bebió otro. El sabroso falerno, condimentado con canela y clavo, pareció envolverlo en una colorida bruma. En aquella tienda se sentía feliz; por fin había llegado.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, pasándose la jarra unos a otros. Luego el anciano preguntó:

-¿Qué dice el pueblo de Capua?

-El pueblo de Capua es muy estúpido, padre -dijo el abogado mientras se acariciaba las protuberancias de la calva-. Actúan en contra de sus propios intereses, alaban a sus opresores y persiguen a sus salvadores con odio y lanzas partas.

Sin embargo, por extraño que parezca, su estupidez es sincera. Ansían la humillación y desprecian, de forma honesta y digna, todo lo nuevo, lo extraño, lo elevado.

¿Podéis explicarme por qué? Yo solía conocer la respuesta, pero la he olvidado.

Bebió un sorbo de vino y al echar la cabeza hacia atrás, como hacía siempre que buscaba una idea, lo sorprendió la ausencia de vigas en el techo. Se acarició la calva, pero allí no había ningún nuevo chichón. Entonces se sintió turbado sin comprender el motivo. Echaba algo en falta y eso lo confundía. Bebió otro trago de vino. Incluso su pena por la estupidez de la humanidad se había transfigurado en aquella mohosa oscuridad, como el aire del interior de la tienda.

-Esa pregunta es tan vieja como el mundo -dijo Vibio el Mejo.

-La explicación se halla en la falta de razón -dijo el retórico Zozimos-, así como en la incapacidad para dejarse inspirar por las cuestiones sublimes de la vida.

-Ésas son palabras vacías -replicó el anciano-. Ningún hombre puede

vivir sin inspiración, de lo contrario su savia se seca y su alma se marchita.

-Es muy cierto -dijo el abogado-. Si vais a Capua y echáis un vistazo a los que agitan banderas y lanzas, comprobaréis que os resulta difícil no contagiaros de su inspirado entusiasmo.

-Eso es lo que he dicho -respondió Zozimos-. Siempre se inspiran en cosas erróneas.

-Tal vez para ellos no lo sean -dijo Hermios y luego mostró sus dientes armados en una sonrisa avergonzada, sorprendido de su propia audacia.

-No -dijo el anciano-. Es una inspiración perversa la que hace confraternizar al ternero con el carnicero y al esclavo con su amo.

Se interrumpió y bebió varios sorbos pequeños y temblorosos de la jarra. Los demás también guardaron silencio. La lluvia repicaba sobre el techo de la tienda, una lluvia benigna que se quedaba fuera y no los mojaba. Una multitud de ideas dispares tamborileaban en la mente del abogado, encendida por el rojo falerno especiado con clavos y canela. Hermios se había dormido sentado, cabeceando, como suelen hacer los pastores. Vibio el Viejo también había cerrado los ojos y meditaba, acartonado como una momia egipcia. Sólo el andrajoso retórico seguía agitando los extremos de su toga y por fin repitió las últimas palabras de Vibio el Viejo, como si quisiera atar los cabos sueltos de la conversación:

-Sí, es malo que el ternero y el carnicero confraternicen -dijo-, pero aún es peor que los terneros se envíen unos a otros al matadero. Y eso es lo que va a hacer nuestro amado Espartaco.

El pastor abrió los ojos al escuchar aquel nombre.

-¿Ya lo estás calumniando otra vez, Zozimos? -farfulló, borracho de vino y sueño.

-Este Espartaco se ha vuelto muy listo -insistió el retórico-, demasiado para mi gusto. Alguien que anhela el Estado del Sol y el reino de la buena voluntad no debería usar artimañas políticas ni siniestros trucos sectanos.

El abogado recordó la crónica que deseaba escribir y recuperó la sobriedad de forma súbita.

-La ley de los desvíos -dijo-. Nadie puede actuar al margen de ella. Todo aquel que tiene un objetivo se ve forzado a tomar senderos funestos.

-¿Desvíos, dices? Los envía hacia la muerte por la ruta más corta, sin que ellos lo sepan -insistió Zozimos-. Es verdad que Castus y sus hombres cometieron excesos, pero, ¿acaso es culpa suya? Ningún hombre es culpable de que el destino lo convierta en pecador, cuando una larga vida de privaciones ha sembrado la codicia en sus entrañas. Siguen siendo nuestros hermanos. ¿Estás dormido, Vibio?

Pero el anciano estaba completamente despierto, y sólo meditaba.

-Escucho tus palabras y no las apruebo -dijo mientras bebía las últimas gotas de vino de la jarra-. Aquel que quiera sembrar un jardín, debe empezar por quitar la maleza.

-De acuerdo -dijo Zozimos, que parecía sinceramente afectado por la noticia de la separación-, pero no puedes tratar a los hombres como si fueran coles. Tal vez la idea no te parecería tan sabia si enviaran a tu hijo a la muerte sólo porque su estómago ruge demasiado fuerte.

-Pero los criados de Fanio recalcaron que todos tienen derecho a elegir -observó el pastor.

-De acuerdo -dijo Zozimos-, ¿pero alguien les ha advertido de la fuerza del ejército de Varinio, contra el cual deberán pelear? Nadie mencionó a las dos poderosas legiones, a los doce mil soldados, ¿verdad? Esos pobres cabezas huecas sólo han oído rumores y no se preocupan por ellos. Están convencidos de que aniquilarán a Varinio con la misma facilidad que a Clodius Glaber. Sin embargo, los codiciosos e insensatos que marcharán hacia el norte son sólo tres mil hombres mal armados e indisciplinados. Todos morirán y ese Espartaco astutamente los deja correr al encuentro de su muerte para librarse de ellos. "Todos tienen derecho a elegir", ¡claro que sí!

-Sin embargo sus jefes, ese tal Crixus o Castus o como se llamen, estarán informados de todo, ¿verdad? -preguntó el abogado.

-Castus es un hombrecillo insolente, pero ni él ni sus compañeros saben nada de combates. Sin embargo, Crixus es distinto -añadió Zozimos con el tono confidencial propio de los cotilleos del campamento-. Nadie

puede engañarlo. Él conoce la fuerza del ejército romano tan bien como Espartaco, sabe lo que le espera...

Aunque por otra parte no lo sabe. No sirve para calcular y ni él mismo está seguro de lo que quiere, o tal vez se resigne a lo que va a ocurrir. Odia a Espartaco y al mismo tiempo lo ama como a un hermano. Dicen que el día que escaparon de Léntulo, en Capua, debían enfrentarse en la arena, por tanto, uno tendría que haber matado al otro. Siempre lo supieron, ¿comprendéis? Y todavía lo saben. Es difícil de explicar.

Sin duda, en aquellos días, tuvieron que acostumbrarse a la idea de que uno debía morir para que el otro siguiera vivo, y quizás ahora no alcancen a entender por qué los dos siguen vivos. Tal vez cuando Crixus se marche y se separe de Espartaco, se resigne a su futuro. Es probable que ambos crean que las cosas deben seguir este curso, aunque ni siquiera comprendan por qué. Es difícil de explicar.

-¡Vaya cosas que piensas! -exclamó el pastor, perplejo.

Fulvio también miró sorprendido al pomposo retórico. ¿Habría subestimado a aquel hombre de la extravagante toga? Una vez más, se sintió conmovido por la expresión abatida de su rostro delgado, aquella peculiaridad que despertaba compasión. El abogado reflexionó sobre la tremenda dificultad de comprender a las personas. Él había visto épocas mejores, y a pesar de todos sus esfuerzos, nunca había logrado imaginar cómo sería la mentalidad de un hombre que nunca las había visto.

...Y sin embargo sigue siendo una acción miserable -continuó Zozimos con su tono jactancioso y pendenciero-. Vuestro Espartaco actúa de forma vil. ¿Hablas de desvíos que conducen hacia el objetivo? Pues os advierto que son desvíos sucios y peligrosos, ya que nunca sabréis a dónde os llevarán al final. Muchos hombres han transitado el camino de la tiranía. Al principio lo han hecho con el único propósito de servir a ideales sublimes, pero al final ha sido el propio camino el que les ha marcado el rumbo. Recordad al dictadura de Mario, el amigo del pueblo, y lo que ocurrió con ella. Pensad...

-¿Por qué hablas ahora de dictadura y tiranía? -interrumpió Fulvio al

orador, que gesticulaba con vehemencia.

-Habló de la ley de los desvíos -gritó Zozimos con desprecio y su voz se quebró-. Esos desvíos, como sabéis, tienen perversas reglas propias. ¿He mencionado la dictadura y la tiranía? Vosotros comenzasteis con el tema de los desvíos y éste nos condujo a la dictadura y la tiranía.

-Ja, ja -rió el pastor mostrando los dientes-, ¿crees que Espartaco se convertirá en un tirano?

-Sin duda hablo de Espartaco, oh guía de ovejas y corderos.

-Tú mismo balas como un cordero -respondió el pastor con una sonrisa amistosa y decidió seguir durmiendo, pero esta vez se acurrucó en el suelo, con las rodillas apretadas contra el vientre.

Fulvio estaba cansado de discutir. Ya había reunido suficiente material para comenzar su crónica de la campaña de los esclavos. Desde la distancia, había imaginado la revolución como algo más directo y menos intrincado, pero debería haber supuesto que de cerca las cosas tendrían otro aspecto. Necesitaba meditar sobre aquellas cuestiones confusas, complejas y, hasta el momento, incomprensibles.

Dio las buenas noches a los demás y se tendió en el suelo, paralelo a la pared de la tienda, con la cabeza junto a las toscas botas del pastor, que despedían un olor fuerte, pero no repulsivo. La lluvia repicaba sobre la lona con un ritmo monótono y arrullador. ¿Era aún la misma noche, la noche en que había corrido bajo la lluvia y una lanza se había clavado en el barro detrás de él? Eso demostraba cómo algunas horas de la vida se llenan hasta rebosar mientras otras, huecas e insignificantes cuentas del collar del Tiempo, resultan insustanciales y se limitan a desvanecerse en el pasado.

7 Las crónicas de Fulvio, el abogado

Las crónicas del abogado Fulvio, de Capua, tendrían un curioso destino. Nunca llegaron a concluirse, al igual que la historia que relataban; pero aquellos rollos de

pergamino donde quedaron impresas, se conservaron un tiempo, despertando un

sentimiento de extraño respeto basado en el odio, la perplejidad y el horror. Las crónicas pasaron de unos a otros con numerosas mutilaciones y adiciones, fueron olvidadas y volvieron a salir a la luz cada vez que la propia historia hacia un nuevo esfuerzo por completar la tarea que había quedado inconclusa.

En cierto modo se confirmaría lo que el abogado Fulvio, empapado y castañeteando los dientes, le había dicho al pastor una lejana noche; que todo el mundo sentía interés por lo ocurrido en el mundo antes de su nacimiento. En realidad, él mismo no acababa de creer en sus propias palabras, así como los hombres nunca acaban de creer que en el mundo puede suceder algo real antes de su nacimiento o después de su muerte, lo cual viene a ser lo mismo. Los futuros lectores de su libro eran para él una realidad brumosa e imprecisa, igual que él para ellos, y sólo una exhaustiva reflexión abstracta podría convencerlos de su mutua existencia. Sin embargo, como luego demostraría una reflexión más profunda, la cadena que une al narrador con el oyente en el vacío del tiempo está formada por apenas sesenta y siete generaciones; lo que significa que los padres ceden el paso a sus hijos y se desvanecen ante ellos sólo sesenta y siete veces, para contribuir así, con su parte, a la gran realidad descolorida del Pasado.

Pese a todo, Fulvio desde el principio sucumbió a la tentación de hacer unas cuantas correcciones en su crónica. En modo alguno pretendía embellecer o adornar la historia con sus modificaciones -en parte intencionales y en parte involuntarias-, ya que, de haber sido un esteta, nunca habría tras-

pasado la muralla de Capua. Más bien intentaba ordenar la historia como si se tratara de un brillante manuscrito, alisando los confusos pliegues y arrugas que el azar o el destino habían plasmado en sus páginas. En ese sentido, se tomaba su trabajo muy en serio y cuidaba los detalles con el celo y la minuciosidad de un artesano, aunque abordaba la tarea concreta de escribir con el mismo escepticismo con que escuchaba la exaltada verborrea de Zozimos; pues las invocaciones del retórico a siglos anteriores, realizadas entre vehementes sacudidas de la toga, le parecían un pobre consuelo para lo único real de la historia: aquello que uno mismo debe soportar.

El extraño destino de aquel libro de pergamino, escrito entre numerosos suspiros reflexivos y frecuentes caricias a la calva, parecía confirmar su lúcida concepción; pues, como ya se ha dicho, cada vez que la realidad hacia un nuevo intento por concluir la historia incompleta, las crónicas eran rescatadas de la palidez del Pasado, deliberadamente corregidas y reinterpretadas. Aquellos pergaminos del abogado Fulvio de Capua no eran una novedad, pues su contenido había estado latente en las inmemoriales ansias de la plebe por recuperar la justicia perdida; pero aun así, pasaron de mano en mano como testigos de una furiosa carrera de relevos iniciada en la oscuridad primigenia, cuando el opulento dios de la agricultura y las ciudades asesinó al dios de los desiertos y los pastores.

DE LA CRÓNICA DE FULVIO, ABOGADO DE CAPUA

1. Y cuando la ciudad de Capua se resistió, negándose a abrir sus puertas a Espartaco, en el campamento de los rebeldes se desató la discordia. Espartaco, convencido de que la audacia de unos inexpertos no podría competir con las estrategias de un ejército entrenado, intentó evitar a las fuerzas de Varinio, retirándose de los campos abiertos de Campania en dirección a Lucania, donde las montañas les ofrecerían cobijo y la actitud fraternal de los pastores les permitiría llevar a cabo sus gloriosos planes en un clima de seguridad. Los galos, por su parte, y todos aquellos que deseaban matar, saquear y obtener beneficios viles, marcharon a encontrarse con los romanos bajo el mando de Castus y Crixus. Muchos considerarán esta última opción

más valerosa y correcta, pero sólo caerán en este error quienes ignoren que la mezquindad va tan unida al coraje como a la cobardía. Estos apostatas, cuyo número ascendía a unos tres mil, abandonaron el campamento común en el curso de una noche lluviosa, una hora después de la puesta de sol. Aquellos que guardaban fidelidad a Espartaco contemplaron junto a sus tiendas a la multitud que abandonaba desordenadamente el campamento en medio de un gran bullicio y numerosos gestos de burla. Los que observaban junto a sus tiendas, recibieron también incontables insultos y gritos de desprecio, pero pese a no haber llegado a ningún acuerdo previo al respecto, los soportaron en silencio. Todo el que tenía ojos para ver, comprendía que aquellos villanos se dirigían a un cruel final, pues sus armas eran deficientes y en ningún modo aptas para combatir con mercenarios romanos, en otras palabras, guerreros profesionales. Estos hombres iban vestidos con harapos hediondos y pieles de lobo sin curtir, como si quisieran proclamar su discrepancia con los otros insurgentes incluso a través de la apariencia, pues semejante negligencia hacia sus propios cuerpos sólo podía responder a una actitud indigna.

Sin embargo, durante los preparativos de la partida los desertores rezumaban confianza en sí mismos, y una vez reunidos en los extremos del campamento, se pusieron en marcha al son de la música estridente de sus flauúnes, que recordaban los silbatos de los pastores etruscos. También tenían un timbal, cuyo tamborileo estruendoso, y para algunos funesto, seguía siendo audible cuando los ojos ya no podían divisar la caravana en los extensos lodazales que rodeaban al río Volturno en aquella época del año.

Cuando después de un tiempo la distancia ahogó incluso aquel poderoso repique del timbal, una gran aflicción se apoderó de los que quedaron atrás.

2. Espartaco también tenía la intención de abandonar el campamento y dirigirse hacia Lucania con sus fieles camaradas, cuyo número se estimaba en unos dieciocho mil, inmediatamente después de la retirada de sus antiguos compañeros, cuyo destino sin duda imaginaba. Sin embargo, la partida se postergó unos cuantos días, pues la migración ordenada de semejante multitud exigía una serie de planes sensatos y medidas apropiadas. Además, los rebeldes estaban ansiosos por conocer la suerte de sus antiguos compa-

ñeros antes de dirigirse hacia el sur.

Las noticias llegaron por la mañana del tercer día. Entonces, dos desdichados fugitivos arribaron al campamento desde distintas direcciones, aunque su mensaje era el mismo. Pronto se divulgó la noticia de que Castus y sus compañeros habían sido atacados y vencidos por los romanos al norte del Volturino. Dos mil hombres perecieron allí mismo, pero Castus fue asesinado por sus propios

soldados cuando todos huían a través de los pantanos. Los legionarios romanos no consideraron la

pelea como una batalla y por consiguiente persiguieron a sus dispersos y desesperados adversarios individualmente por los pantanos, del mismo modo que se provoca a las bestias en la arena, azuzándolos con los jocosos gritos de aliento habituales en el circo. Esto enfureció hasta tal punto a los hombres, que acabaron asesinando a sus comandantes, a quienes consideraban responsables de su desgracia, tras lo cual arremetieron con uñas y dientes contra los perseguidores cubiertos de armaduras, confirmando la convicción de éstos de que se enfrentaban con bestias salvajes. Según relataron los fugitivos, unos quinientos supervivientes fueron capturados y clavados a los árboles de la vía Apia, condenados a una muerte despiadada, pues a esa altura del año las lluvias les calmarían la sed, prolongando su agonía.

La noticia del terrible final de los desertores, que habían partido apenas tres días antes al son de sus estridentes flautas, se extendió rápidamente por el campamento, donde aún quedaban varios hombres inseguros y vacilantes. Pero a partir de ese momento callaron incluso aquellos que habían acusado a Espartaco de no poder o no querer evitar la destrucción de sus antiguos compañeros. Todos obedecieron a sus comandantes y se retiraron hacia los Apeninos.

3. Espartaco tenía la intención de acabar con las luchas y alentar la unión de todos los pastores, campesinos y esclavos del sur con el fin de formar una confederación de ciudades, regidas por los

ideales de justicia y buena voluntad. Este ambicioso plan llegó a hacerse realidad, al menos en parte, en la ciudad de Tuno, pero sólo después de

que venciera primero a los jefes menores del ejército romano y luego al propio Varmnio. Los romanos eran conscientes de que una comunidad como la proyectada por Espartaco, aun sin intenciones belicosas, amenazaría con su sola existencia la estabilidad de su propia república, cimentada sobre la usura y la injusticia, así como la salud y la enfermedad no pueden coexistir en un mismo cuerpo, y una u otra acaban convirtiéndose en soberana, pues la enfermedad despierta una gran añoranza por la salud, y la salud es el estado correcto del cuerpo. Por consiguiente, la enfermedad nunca se contentará con la posesión del órgano afectado y enviará sus fluidos nocivos a los demás.

Por tanto, el pretor Varmnio no demoró un instante la persecución de los rebeldes y los implicó en una campaña que duraría meses, obligando a Espartaco a tomar desvíos poco favorables para su objetivo.

4. En el curso de esa campaña, el azar y las circunstancias produjeron numerosos incidentes. Es bien sabido que el azar interviene con frecuencia allí donde la sensatez del proyecto ha dejado un hueco, y el hecho de que todas las guerras estén basadas en la fuerza más que en la sensatez de un proyecto explica por qué el azar desempeña un papel preponderante en este ámbito en particular. Por consiguiente sería inútil describir todos los pequeños incidentes acaecidos en esta larga campaña, aunque la victoria final del ejército de esclavos debería ser prueba suficiente de la habilidad estratégica de Espartaco.

En efecto, Espartaco tuvo oportunidad de ofrecer un excelente ejemplo de ese talento innato, cuando poco después del comienzo de la campaña los insurgentes se encontraron en una posición extremadamente difícil, en que la derrota parecía inevitable. Varmio había logrado atraparlos en una región estéril, situada entre las montañas y la estrecha bahía de Tarento. Lucania tiene varias regiones semejantes, con montañas de escarpada roca y suelo de greda blanca, por lo cual los dorios y griegos que ocupaban dicho territorio en el pasado le adjudicaron el nombre de "Lucania", que en su lengua significa "tierra blanca".

En la citada ocasión, los insurgentes estaban rodeados por todas partes y habían consumido sus provisiones. Su destino parecía irremediable, de modo que el temor y el desánimo se apoderaron de ellos. Muchos recordá-

ban los días de miseria vividos en el monte Vesubio y se maravillaron por la conocida tendencia del destino a repetir las condiciones y reconstruir las circunstancias, como si la primera vez hubiera olvidado conducir las cosas a una conclusión y luego deseara reparar su negligencia. Sin embargo, Espartaco volvió a encontrar la solución apropiada y logró que todos los hombres escaparan del campamento durante la segunda noche de sitio. Dejaron atrás a un trompetero para que tocara los habituales sones intermitentes de aviso y amarraron cadáveres a estacas que levantaban alrededor del campamento a intervalos determinados, creando la ilusión de que había centinelas de guardia. Encendieron grandes fogatas a lo largo de todo el campamento para iluminar a los supuestos centinelas, y de vez en cuando la trompeta dirigía toques de aviso a las tiendas desiertas. De ese modo engañaron al enemigo, y Espartaco, asistido por la oscuridad de la noche, condujo a su horda a través de un estrecho pasaje, donde habrían podido morir en caso de que el enemigo los hubiera descubierto.

5. Sin embargo, sería absurdo atribuir a un solo hombre la grandiosa y memorable victoria de una multitud inexperta sobre las legiones romanas, pues los rebeldes debieron su éxito en igual medida al apoyo de los campesinos y pastores del sur de Italia, que tomaron su causa como propia.

El mismo orden ilícito e injusto que había contribuido a la rebelión en Campania, también reinaba en Brucio y en Lucania. Los notables romanos se repartieron entre sí la propiedad de montañas y valles, y cada uno de ellos tomó a su servicio a varios miles de esclavos para que custodiaran los inmensos rebaños. Estas infelizadas criaturas, marcadas a hierro candente, tenían permiso para vagar por campos y montañas. Allí intentaban compensar con actos de pillaje la carencia de ropa y comida apropiada, cosa que, por desgracia, sus tacaños amos no sólo toleraban sino también alentaban con el fin de ahorrarse los gastos de manutención. En aquellas regiones de Italia, por consiguiente, no había ningún tipo de seguridad, pues por las noches esclavos marcados a hierro candente saqueaban con furiosa violencia las casas de los campesinos, donde comían, bebían y hacían lo que les apetecía. Eran hombres fuertes y corpulentos, acostumbrados a pasar sus días y noches al aire libre por crudo que fuera el tiempo. Sus armas se reducían a ramas nudosas con forma de cuña o porras con tachuelas y su atuendo consistía en pieles de lobo o jabalí, que les conferían aspecto de bárbaros. Ade-

más, siempre iban acompañados por enormes y feroces perros pastores.

Ya hacía tiempo que aquellos pastores semisalvajes se habían apoderado de las montañas. Nadie se atrevía a denunciarlos por sus crímenes, pues la mayoría de sus amos romanos eran los encargados de administrar la justicia. Tal era el estado de los distritos del sur de Italia en aquella época, de modo que cuando Espartaco apareció por allí con su legión de esclavos e instó a la plebe a unirse a la fraternidad lucana, a través de sus emisarios y mensajeros, la región entera se alzó contra los romanos.

6. El contenido de la proclama de aquellos mensajeros y emisarios se podría resumir del siguiente

modo: en primer lugar, denunciaban el afeminamiento y tiranía de aquellos que engordaban a costa de unos pobres desgraciados y al mismo tiempo los trataban con brutal severidad. "¿Qué sería

más fácil -exclamaban- que aplastar a esos afeminados, cuya fuerza se ha debilitado a causa de sus injustificables lujos, a aquellos que ostentan en sus banquetes vajillas de oro y plata, que sólo deberían usarse en servicios divinos? ¿Qué podrían hacer contra nosotros y sin nosotros si hiciéramos uso de nuestra superioridad física, pues quién tiene más derecho a gobernar que nosotros, fieles camaradas, que los superamos en fuerza y en número? La naturaleza no ha otorgado riqueza a unos y pobreza a otros, sino fuerza y talento; la aborrecible diferencia entre amo y esclavo no fue instituida por ella, ni ha sido ella quien ha determinado que los fuertes sirvan a los débiles, que unos pocos gobiernen a muchos. Obedezcamos entonces su ley, la única justa, la única válida para todos los tiempos y todas las tierras. Dejad que la humanidad recuerde vuestros nombres para siempre, devolviendo su derecho natural a los desposeídos que sufren bajo el mismo yugo que vosotros. No vaciléis, hermanos, pues el coraje merma con largas reflexiones. ¡Quienes tomen la decisión correcta pueden ganar un mundo entero!

7. El pretor Varmio ya había sufrido la pérdida de sus lugartenientes Furio y Cosinius. Sus fuerzas se habían debilitado seriamente con aquellas bajas y el comandante en jefe había perdido la confianza de sus hombres, que lo consideraban responsable de la situación. Una parte del ejército sufría la habitual enfermedad del otoño y el resto ocultaba su cobardía tras

una actitud rebelde.

Espartaco se consideraba preparado para enfrentarse a los romanos en una batalla abierta.

Hasta entonces, habían participado en pequeñas peleas y ocasionales escaramuzas, pero esta vez los rebeldes marchaban a encontrarse con Varmio como un verdadero ejército, en su mayor parte, bien equipado. De hecho, las armas que habían comprado, fabricado u obtenido en pillajes sólo alcanzaban para una parte de la horda. El resto empuñaba hoces, horcas, rastrillos, mayales, hachas y otras herramientas agrícolas, o, cuando carecían incluso de éstas, estacas puntiagudas, largos palos, cuñas y otros instrumentos de madera que, tras ser endurecidos con fuego, se limaban y afilaban según fuera necesario, y resultaban tan útiles como armas de hierro. El odio hacia sus opresores volvía ingeniosos a los rebeldes, y muchos utilizaban sus propios grilletes para fraguar espadas o puntas de flecha.

El ánimo de los soldados de Varmio también había mejorado, pues el Senado les había prometido refuerzos. Estas nuevas tropas, que menospreciaban a las tropas de esclavos tanto como la gente de la capital, hablaban de Espartaco y de sus hombres con el más absoluto desprecio, los consideraban simple gentuza a la que había que volver a encadenar y creían que nada sería tan sencillo como acabar con ellos. Su pedantería al menos tuvo el efecto de avergonzar a los cobardes de las viejas tropas e inspirarles valor, pero esta impetuosidad comenzó a disminuir a medida que conocían a sus adversarios. El propio pretor se mostró más prudente que intrépido, y no los condujo a la batalla hasta que tuvieron tiempo de acostumbrarse a la visión de sus terribles enemigos.

8. Poco antes de entablar la batalla, las fuerzas de Espartaco también recibieron un gran incentivo, pues el gladiador galo Crixus, a quien consideraban muerto en los pantanos junto a los demás desertores, regresó al campamento de forma inesperada. Aquella milagrosa fuga del poderoso jefe, que despertaba en los insurgentes una deferencia sólo superada por el propio Espartaco, los llenó de entusiasmo, sobre todo porque la negativa de aquel hombre sombrío a responder preguntas sobre lo ocurrido indujo a muchos a considerar su salvación como un milagro y un buen augurio.

La batalla se libró en el extremo sur de la península italiana, en las cercanías de la ciudad de Turio, a orillas del río Sibaris.

9. Antes de trabarse en combate, Espartaco, deseoso de actuar como un verdadero comandante, se dirigió a sus camaradas y les rogó que se comportaran como auténticos guerreros. Dijo que estaba a punto de comenzar la verdadera guerra, cuyo destino se decidiría en aquella primera batalla, tras la cual serían derrotados o forzados a defender el poder conquistado con sucesivas victorias, pues no había otra alternativa posible que escoger entre aquello o una muerte vergonzosa. Sus hombres respondieron con grandes ovaciones.

En cuanto los romanos divisaron al enemigo que se aproximaba desde la otra orilla, un extraño cambio tuvo lugar entre sus filas. Al oír los terribles gritos de guerra de los gladiadores, se mostraron sorprendidos y comenzaron a marchar más despacio. Luego se volvieron aún más vacilantes y silenciosos, y comenzaron la batalla sin rastros de la actitud altiva con que habían exhortado a la lucha.

Incidentes sucedidos en el sitio de Capua y la experiencia ganada en la larga campaña contra Varmio, durante la cual asumió la responsabilidad de numerosas vidas, habían cambiado su natural carácter afable y lo habían inducido a tomar medidas que parecían severas y altivas a ojos de sus hombres.

Pero aquel que guía al ciego no debe temer que lo consideren altivo; debe endurecerse contra sus sufrimientos y hacer oídos sordos a sus llantos, pues está obligado a defender sus intereses en contra de su propio deseo de razón, aunque esta actitud lo obligue a tomar medidas que parezcan tan arbitrarias como incomprensibles. Deberá tomar desvíos cuyo destino los demás no comprenden, pues ellos están ciegos y él es el único que tiene la facultad de ver.

12. Así acabó la primera campaña y en su transcurso los romanos tuvieron oportunidad de comprobar la inexactitud de su juicio al considerar la rebelión como un disturbio momentáneo, instigado por un pequeño grupo de bandidos.

La fraternidad de insurgentes dominaba el sur de Italia y todo estaba

listo para la realización de sus planes y la construcción de una confederación basada en la justicia y la buena voluntad, que llamarían "el Estado del Sol".

En ese momento, cuando la primera línea de romanos se trababa en combate, Crixus, que sin que los enemigos lo advirtieran había cruzado el río por el norte y se había escondido en el profundo lecho de un arroyuelo, arremetió de forma inesperada sobre la segunda línea. Los romanos huyeron en medio de semejante confusión que dejaron atrás a su propio comandante, que estuvo a punto de caer prisionero cuando su caballo lo arrojó al suelo. Su corcel blanco, su túnica púrpura, sus fasces -en otras palabras, todas las insignias de su oficio-acabaron en manos del victorioso enemigo, que las entregó triunfalmente a su jefe.

Desde aquel momento, el propio Espartaco se engalanaba con la ropa e insignias de emperador romano, y cuando las exhibía, con las fasces delante, los habitantes de las provincias lo contemplaban con veneración.

10. En este punto sería conveniente dedicar unas pocas palabras al origen y carácter de este hombre singular, cuyo destino parecía ofrecer las claves del futuro. Espartaco procedía de una tribu de pastores nómadas y había nacido en una pequeña aldea de Tracia, de la cual derivaba su nombre.

Pese a carecer de educación formal, un talento particular le permitía absorber y transformar en acciones las ideas y doctrinas con que se topaba en su singular destino. Rayos de luz procedentes de distintas direcciones se unen en un trozo de cristal convexo y parten de él en forma de un haz único y muy caliente. De un modo similar, los anhelos e ideas de la gente se concentraban en Espartaco, cuyo talento también le permitía cumplir con las duras tareas que le imponía el destino, pues el poder de su personalidad aumentaba en proporción a la creciente magnitud e importancia de sus hazañas.

11. La evolución de Espartaco, por consiguiente, pronto lo hizo elevarse por encima del nivel de sus compañeros, y le ayudó a comprender que estos últimos actuaban como hombres ciegos o bestias ignorantes, que debían ser vigilados o guiados por la fuerza hacia el buen camino.

LIBRO TERCERO EL ESTADO DEL SOL

1 Hegio, un ciudadano de Tuno

Hegio, un ciudadano de Tuno, se despertó antes del amanecer consciente de que iniciaba un día festivo y de que debía decorar la casa con ramos y guirnaldas para celebrar la entrada del príncipe de Tracia, el nuevo Aníbal. Resolvió ir a la viña en busca de sarmientos y ramas de muérdago. Echó un vistazo a su esposa dormida, se calzó las sandalias y subió a la azotea de su casa.

Aún era temprano y hacia fresco, pero el mar, que formaba una encumbrada cúpula sobre el horizonte, ya empezaba a cambiar de color. Hegio adoraba aquella hora, amaba su resplandor y su fragancia. El aliento del mar bajo el estallido de luz del mediodía era diferente de su aroma nocturno. Por las noches, olía a frescor cristalino, sal y estrellas, mientras la mañana lo impregnaba con la fragancia de las algas y el mediodía con el hedor de los peces y los vahos de los desechos putrefactos. Inspiró el aire de mar y miró hacia las montañas, primero hacia el norte, donde, si no se equivocaba, rastros de nieve blanqueaban las cumbres de los Apeninos lucanos, aunque también podría tratarse de la bruma matinal. Luego giró la vista hacia el sur, en dirección a la distante, violácea extensión de Sila, cuna de la Compañía de Producción de Alquitrán y Resina, de la cual era accionista. Las montañas rodeaban el valle del Crathis, pero el este estaba resguardado por la cúpula del mar, cuyo borde superior comenzaba por fin a arder, hasta estallar en llamas al contacto con el todavía invisible disco de fuego.

Cantó un gallo, luego otro y por fin todos los gallos de Turio compitieron fervorosamente con sus solícitas y alarmistas ovaciones al sol naciente. Hegio llegó a la conclusión de que sólo los gallos romanos podían cacarear de forma tan discordante y ostentosa; en Ática, su tierra natal, hasta las voces de los gallos eran más armoniosas.

Ingrato suena al oído de un griego el cacareo de gallos latinos

-improvisó.

No le gustaban los romanos. No es que los odiara, pero su burda presunción y su tediosa confianza en si mismos lo hacían sonreír con desdén. La eficiencia rezumaba por cada uno de sus poros. A pesar de todo, Hegio, un hombre que contaba con guerreros troyanos entre sus ancestros, se había casado con una romana. Ella estaba acostada abajo, en la amplia cama de matrimonio, empapada en el sudor de una matrona satisfecha. Su satisfacción no se debía a la llegada de Espartaco, príncipe tracio, segundo Aníbal, sino a que la noche anterior él, Hegio, descendiente de héroes troyanos, había cumplido con sus deberes conyugales después de una larga temporada.

El mar, ahora completamente encendido, le llenaba con su aroma las fosas nasales. Su vehemencia lo hacía sentir infantil y viejo al mismo tiempo. Prefería la suave fragancia de una noche de luna al fuego del sol, y el fresco encanto de jóvenes griegos le ofrecía más dicha que el placer impuesto de la procreación con su matrona.

¿Qué sentido tenía? Todo el árbol genealógico de la familia ática no valía cinco plantas de vid ni una sola acción de la Compañía de Producción de Alquitrán y Resina. Al pie de la pálida montaña yacían las ruinas de la legendaria Sibaris, la mágica ciudad construida por sus ancestros en tiempos remotos. Cuando los latinos, vestidos con pieles de oso, todavía se trepaban a los árboles, colonos griegos de refinadas costumbres, con monedas de plata, arpas y conocimientos de geometría, habitaban toda la costa sur de Italia.

Los gallos cantaron por segunda vez y alguien subió las escaleras resoplando.

Era la matrona.

-¿Qué haces en la azotea tan temprano? -preguntó con esa amable severidad tan apropiada para el tratamiento de los niños o de los ancianos.

-Estoy mirando, cariño, sólo eso.

No le importaba que lo trataran como a un niño o como a un anciano.

Las arrugas que surcaban su cara, sobre la delgadez de su cuerpo, reflejaban una astucia pueril.

-¿Y qué hay que ver aquí? -dijo la matrona con tono de desaprobación.

Bostezó y se aproximó al borde de la azotea, con una mano apoyada sobre el hombro de Hegio, un hombro infantil y huesudo. Recordó los acontecimientos de la noche anterior y se estremeció agradablemente en el aire gélido del alba.

Miraron hacia la ciudad todavía dormida, una gran aldea de piedra blanca, repleta de columnas, hermosa y triste en la quietud de la mañana. Sus calles serpenteaban entre los muros como arroyuelos secos. Las casas de techos planos se apiñaban confiadamente contra la ladera de la colina. Pero en lo alto, la aldea se convertía en una auténtica ciudad, con anchas avenidas cuadrangulares y un mercado con una fuente en el centro. Tras la destrucción de Sibaris, Hippodamus, famoso arquitecto, había diseñado el centro de la ciudad en planos minuciosamente trazados y coloreados. Blancas casas de creta se erigían entre las montañas azules y el mar azul. Así había nacido Turio, la nueva ciudad de los sibaritas, ahora también muy vieja. Las familias originarias eran muy antiguas, tenían muchos ancestros y pocos hijos. Hablaban un griego más puro que el de los propios griegos, ya extinto en todas partes a excepción de Alejandría, y descendían de nobles troyanos, o al menos de ese tal Esmindirides, que abandonó su lecho porque había una hoja ajada de rosal debajo de la sábana.

De vez en cuando se casaban con las hijas de colonos romanos, obligados por el Senado que los castigaba de ese modo por haber respaldado a Aníbal en las guerras púnicas contra Roma. Aquellos colonos tenían su propio barrio al noreste de la ciudad, se multiplicaban con rapidez, trabajaban duro y con eficacia y eran odiados de corazón por los demás, que los acusaban de limpiarse la nariz en los codos. Habían tenido la osadía de cambiar el nombre de la ciudad y llamarla "Copia" como su bano. Se suponía que ahora toda la ciudad de Tuno se llamaba así y los papeles oficiales lo confirmaban. Como es natural, las familias antiguas continuaban llamándola por su nombre original: Ática seguía siendo Ática y Turio, Turio. Por supuesto, ahora apoyarían a Espartaco, sin preocuparse de si era cartaginés o tracio; lo principal era que rompiera unos cuantos dientes de aquellos eficientes romanos

que se limpiaban las narices en los codos. La ciudad entera aguardaba su entrada con un alborozo más propio de niños o de ancianos.

La ciudad se despertaba por etapas. Los primeros pastores, desaseados madrugadores, guiaban a sus somnolientes cabras a través de estrechas callejuelas. Las esquilas de las cabras dispersas repicaban distraídas y los pastores tocaban notas estridentes en sus flautines. El mar exhalaba sus vahos matinales de algas y arena sobre las azoteas. A lo lejos, en los campos de las colinas, pastaban las manadas de búfalos blancos; se fundían en la bruma blanquecina que rodeaba el río, mientras los novillos, blancos como la propia Lucania cretácea, miraban hacia los Apeninos con sus rígidas cabezas alzadas.

-Ven a desayunar -dijo la matrona.

-Voy al río a coger ramos y hojas para la entrada.

-Pero no antes de desayunar, ¿verdad? -preguntó la matrona.

-Llevaré a los niños conmigo -dijo Hegio-, y luego podrán ayudarnos a decorar.

-Los niños se quedan aquí -replicó la matrona.

Era hija de un colono y los colonos estaban en contra del príncipe tracio. Iban por ahí con muecas taciturnas en sus hostiles semblantes patrióticos. Tal vez tuvieran miedo.

-Entonces tendré que ir solo -dijo Hegio.

-¿En camisón? -preguntó la matrona.

-Me pondré algo encima. Verás cuántos ramos traigo a casa.

Bajó las escaleras, seguido por los suaves resoplidos de enojo de la matrona. Debajo, Publibor, el único esclavo de la casa, servía el desayuno al perro.

-Vendrás conmigo al río -ordenó Hegio-. Vamos a traer ramos y hojas. Tú también vienes -le dijo al perro, una bestia del tamaño de un ternero que tiraba de la correa, ladrandó y gruñendo.

Se marcharon; Hegio en primer lugar y el esclavo unos pasos detrás. El perro retozaba delante y luego los dejaba pasar sólo para volver a alcanzarlos a paso furioso. En las afueras de la ciudad, donde los muros de los jardines ya no eran de piedra sino de arcilla y estiércol secados al sol, se encontraron con Tíndaro, el verdulero, que empujaba un carro lleno de hierbas y lechugas frescas en dirección a la ciudad.

-¿Adónde vais tan temprano? -preguntó el verdulero.

-Yo, mi esclavo y mi perro vamos a juntar hojas y ramos para la entrada del príncipe tracio -dijo Hegio.

-Entre nosotros -dijo Tíndaro mientras dejaba el carro junto a un muro-, he oído que no tiene derecho a ese título. La gente dice que solía ser gladiador y bandido, si no algo peor.

-Tonterías -respondió Hegio-. Siempre hay cotilleos sobre los poderosos. Sea como fuere, le dio una buena tunda a Roma. Un segundo Aníbal, eso es lo que es.

De cualquier modo, será un cambio agradable.

-Es cierto -dijo el verdulero, a quien le gustaba quedar bien con todo el mundo-, pero dicen que otorgará derechos cívicos a los esclavos, que robará las casas y el dinero de la gente y que pondrá todo patas arriba.

-Tonterías -dijo Hegio y se volvió a su joven esclavo-. ¿Te gustaría dejar de servir y comenzar una nueva vida?

-Sí -respondió Publibor.

-Ya ves -dijo el verdulero y volvió a recoger su carro-, ya te he dicho que es un asunto peligroso.

Hegio parecía divertido.

-¡Qué caradura! -exclamó-. ¿Sólo porque la matrona es un poco estricta y malhumorada? Yo tampoco lo tengo fácil con ella. ¿Acaso no te trato bien?

-Sí.

El joven lo miraba con gravedad. Parecía tomarse las cosas muy a

pecho y la expresión de su cara era absolutamente seria. Antes, Hegio ni siquiera había reparado en que tuviera expresión. Eso lo hizo reflexionar.

-¿No te he permitido que te unieras a una cofradía funeraria?

-Sí.

-Está en la misma sociedad que yo -dijo el verdulero-. Anteayer tuvimos una asamblea general.

-Ahí lo tienes -dijo Hegio, sorprendido-, como un hombre libre.

-Es mi único privilegio -dijo Publibor.

-¿El único? -preguntó Hegio aún más sorprendido-. Bueno, tal vez lo sea desde un punto de vista legal, pero algo es algo. Además, te dejaré la libertad en mi testamento. ¿Acaso mi vida se prolonga demasiado para tu gusto?

-Sí, amo.

Hegio sonrió y el verdulero suspiro.

-¿Qué te he dicho? Te he dicho que era peligroso. Yo lo haría azotar.

-¿Tanto te importa la libertad? -preguntó Hegio-. Si me lo preguntas a mí, te diré que es sólo una ilusión. ¿No acabas de admitir que estás bien conmigo?

-Sí.

-Has ahorrado dinero.

-Así es.

-Eso es lo peor -dijo el verdulero-. En los viejos tiempos, eso habría sido imposible. La propiedad privada crea el ansia de tener cada vez más. Yo le quitaría los ahorros y lo haría azotar.

-Podría ser una buena idea -dijo Hegio mientras se alejaba-. Mientras tanto, iremos a coger algunos ramos y hojas para la entrada del príncipe tracio.

Cuando hubieron reunido suficientes enredaderas y tupidas ramas se sentaron junto a los rebaños que pastaban a orillas del río Crathis. El perro estaba cansado y se tendió sobre su estómago, con las patas delanteras graciosamente abiertas, como la esfinge de Tebas.

-Mira -le dijo Hegio a su esclavo-. Aquí estamos sentados, dos personas junto al río, no muy lejos de las imponentes montañas. ¿De verdad aguardas mi muerte con impaciencia?

El joven lo miró y respondió:

-¿De verdad eres mi señor y de verdad soy de tu propiedad?

-Eso me temo -respondió Hegio-. Es un hecho, lo mires por donde lo mires.

Incluso ahora, mientras estamos los dos solos, sentados junto al río ante las imponentes montañas, incluso ahora eres consciente de que tus palabras son descaradas y presuntuosas, mientras yo considero que las mías están llenas de piadosa condescendencia. Dime la verdad, ¿no es así?

-Así es -respondió el joven después de una pausa.

-Entonces continuemos -dijo Hegio-. Todo lo que existe es real, no hay forma de evitarlo. Aquí estoy sentado bajo el sol, quemándome la espalda, mientras tú te mueres de frío a la sombra. Es cierto que es una división injusta, pero es así, y sin duda los dioses tendrán alguna razón para hacer las cosas de este modo. Si hubiesen querido lo contrario, todo sería al revés. La realidad es un argumento irrefutable, ¡¿no crees?

-Si -dijo el esclavo-, pero si ahora te diera un pequeño empujón, yo estaría sentado al sol y tú en el río, oh amo.

-¿Y por qué no lo haces? -sonrió Hegio-. Inténtalo. ¿O acaso temes el látigo? -Por primera vez el joven desvió la vista y guardó silencio-. ¿Y bien? ¿Por qué no lo haces? Aquí estamos sentados los dos solos junto al río y tú eres el más fuerte. Si me matas y corres al encuentro del tracio, ni siquiera debes temer un castigo. ¿Por qué no lo haces? -El joven arrancaba matojos de hierba en silencio, con la mirada fija en el suelo-. Aquí mismo el gran Pitágoras nos enseñó que los gobernantes merecen adoración divina y los esclavos el mismo tratamiento que el ganado.

¿No estás de acuerdo?

-No -respondió Publibor.

-En tal caso, ¿por qué no me arrojas al río sabiendo que no te ocurrirá nada si lo haces? ¿Por qué no te aprovechas de tu fuerza? ¿Por qué tu alma está llena de vergüenza y la mía de jubilosa emoción y condescendencia? ¿O acaso no es así?

-Así es -respondió el esclavo, y después de una pausa añadió-: Es sólo un hábito.

-¿Eso crees? ¿Piensas que el tracio traerá nuevos hábitos? Si lo hiciera, sería más grande que Aníbal. No hay nada tan grande como cambiar los hábitos de pensamiento.

-Sí -asintió el esclavo.

-A propósito, ¿de dónde has sacado todas esas ideas? -preguntó Hegio-.

Siempre habías sido silencioso y trabajador. Nunca había notado que tuvieras expresión, que fueras capaz de sonreír. Reír, si, tal vez..., pero sonreír. Contéstame, ¿cómo has aprendido a hacerlo? -El esclavo no respondió y Hegio lo miró atentamente, con una sonrisa propia de un niño o de un anciano-. Dime, ¿estás deseando mi muerte? -preguntó-. Aquel que espera no puede sonreír. Mira esos guijarros en el fondo del río. El agua es bastante transparente, e incluso puedes distinguir las hierbas allí abajo. Cuando el agua acaricia los guijarros y la hierba produce un levísimo murmullo, ¿puedes ver y oír esas cosas?

-No, amo. Nunca he tenido tiempo para tenderme sobre la hierba.

-Vas por este mundo nuestro, ciego, sordo y taciturno, y aguardas mi muerte a pesar de que yo tengo ojos para ver y conozco las diversas fragancias del mar. Ése es el motivo de tu vergüenza y de mi risueña condescendencia. Un hombre desgraciado no es digno de amor.

El esclavo siguió arrancando matas de hierba y después de un momento dijo:

-Tú mismo has dicho que soy más fuerte.

-Sí, pero, ¿desde cuándo lo sabes? No es tan obvio como parece. La matrona te ha azotado en varias ocasiones, no muy duramente, es cierto, pero aun así lo ha hecho, y nunca se te ocurrió pensar que eras más fuerte que ella.

-No -respondió el esclavo, y después de una pausa añadió:- Es el hábito.

-¿Y ahora? ¿Acaso de repente el tracio te ha hecho reparar en tu fuerza? La gente dice que tiene mensajeros y emisarios por todas partes, incitando a los siervos a la rebelión. ¿Es verdad?

-Sí.

-¿Y tú crees en sus enseñanzas?

-Así es.

-¿Y todos los de tu clase creen en él?

-Muchos.

-¿Por qué no todos?

-Los viejos hábitos son demasiado poderosos.

-¿Qué aspecto tiene ese Aníbal esclavo vuestro?

-Se viste con la piel de una bestia, monta un caballo blanco y una guardia de hombres fuertes lleva las fasces delante de él.

-Igual que un emperador romano, ¿verdad?

-No, pues sus insignias no son águilas de plata, sino cadenas rotas.

-Una idea original -admitió Hegio-. Estoy convencido de que ambos podemos esperar una diversión placentera. ¿No lo crees?

-Sí, amo -respondió el esclavo mirándolo con seriedad.

-Es extraño pensar que el tracio va a llegar hoy mismo y que, aunque es probable que lo cambie todo, ni tú ni yo acabamos de creerlo. Ocurre lo mismo que con la guerra, todo el mundo habla sobre ella, unos a favor, otros en contra, pero nadie cree sinceramente en ella hasta que se convierte en una realidad; y cuando se nos ha echado encima, nos maravillamos de

haber estado en lo cierto. Nadie se sorprende tanto como el profeta cuyas profecías se cumplen, pues hay una gran molicie de hábitos en los pensamientos del hombre y una voz risueña, profundamente arraigada en su interior, le susurra que el mañana será exactamente igual que el hoy y el ayer.

Y a pesar de su inteligencia, el hombre lo cree, lo cual es una verdadera bendición, pues sería imposible vivir con la conciencia permanente de una muerte segura.

"Y ahora vayamos a decorar la casa con estos ramos y hojas, para recibir al príncipe de Tracia como se merece.

Permanecieron en silencio unos instantes, tendidos sobre la hierba, mirando a las montañas que se habían despojado de sus velos matinales y encerraban al horizonte entre sus siluetas de un azul desnudo e intenso. El sol se había separado del mar y se elevaba, calentando el aire y sorbiendo el aroma de la mañana en los campos. En los huertos de olivos y limoneros, la gente se inclinaba para hacer su trabajo, como cualquier otro día.

Antes de iniciar el camino de regreso a casa.

2 La entrada

El sol ascendió a lo más alto y la ciudad se llenó de jubilosa actividad, mientras los ciudadanos de Tuno adornaban sus casas con enredaderas y guirnaldas de hojas. Las casas tenían techos planos y eran blancas, como la propia tierra cretácea de Lucania. Los descendientes de guerreros troyanos esperaban con impaciencia a aquel príncipe tracio de la piel, que marcaría un agradable cambio en sus vidas monótonas. Se empujaban y se abrían paso a empellones entre las calles estrechas y tortuosas como lechos de grava de arroyuelos secos. Los colonos romanos se mantenían apartados, con sus patrióticas expresiones ceñudas. Tal vez tuvieran miedo.

El Consejo de Tuno tampoco compartía el júbilo general. Si bien era cierto que aquel extraño emperador había merecido su aprobación por dar una buena tunda a Roma, no estaban tan contentos con otros aspectos suyos. Se hacia llamar "liberador de esclavos", "guía de los oprimidos". Por supuesto, cabía la posibilidad de interpretar aquellas expresiones de forma simbólica, sobre todo como referencias a una alianza con las ciudades griegas del sur, que sufrían el yugo romano.

¿Acaso en su momento Tuno y las demás ciudades del sur de Italia no habían respaldado a Aníbal? Sin embargo, Aníbal había sido un gran general y un príncipe en su tierra natal, mientras los antecedentes de ese tal Espartaco no eran dignos de mención. Si a pesar de todo se los mencionaba, había que comenzar por admitir que debía su condición de príncipe a la gracia del Consejo de Turio y a razones de respeto cívico, pues los descendientes de guerreros troyanos no podían hacer una alianza con un gladiador vagabundo, y aquella alianza era imprescindible para evitar la aniquilación de la ciudad. En honor a la verdad, el Consejo de Turio se había mostrado dichoso y

sorprendido ante la oferta de negociaciones del gladiador, y aunque luego esas negociaciones seguirían extraños derroteros, como se verá más adelante, acabaron con la firma de un tratado con los siguientes puntos principales.

El ejército de esclavos levantaría su campamento y más tarde construiría una ciudad, denominada "Ciudad del Sol", en las afueras de Tuno, sobre la llanura que se extendía entre los ríos Sibaris y Crathis, protegida por las montañas por un lado y el mar por el otro. La corporación de Tuno cedería al príncipe tracio todos los campos y tierras de pastoreo de dicha zona, y asimismo se haría cargo de la manutención del ejército de esclavos hasta tanto éste pudiera sustentarse con los frutos de su propio suelo. Los soldados de Espartaco, por su parte, después de la ceremonia de entrada -que tendría un significado puramente simbólico-no se acercarían a la ciudad. Además, Espartaco dejaría de instigar a la rebelión a los esclavos de Turio en cuanto esta alianza se hiciera efectiva.

Los delegados de Espartaco se habían opuesto con fervor a esa última exigencia, pero habían acabado por aceptarla.

-Entrarán en cualquier momento -dijo el verdulero Tíndaro a Hegio, su vecino en la hilera.

Hacía más de una hora que esperaban entre la jubilosa multitud, abarrotada en la amplia avenida que conducía al ágora para presenciar la entrada del príncipe tracio. Sobre sus cabezas, guirnaldas y tupidos ramos colgaban de los blancos frontispicios de las casas, y por encima de esas casas, el sol se alzaba gordo y radiante en el cielo, mientras el mar exhalaba sobre los techos su hediondo aliento del mediodía, con olor a peces y a podrido. Los ciudadanos de Tuno aguardaban apiñados y sudorosos.

El gran momento llegó, por fin, cuando el sol se alzó verticalmente sobre ellos.

-¡Se acercan! -gritó el pequeño hijo de Hegio-. ¡Se acercan!

Realmente se acercaban desde el otro extremo de la avenida, envueltos en una nube de polvo. Los apretujados ciudadanos rieron, rugieron, se empujaron unos a otros, se precipitaron hacia adelante. Furiosos oficiales los empujaron hacia atrás, con la intención de ordenar las filas. Se aproxima-

ban.

-¿Cuántos son? -preguntó Tíndaro, el verdulero, mientras estiraba el cuello.

-Cien mil -gritó el pequeño, que estaba muy bien informado-. Cien mil ladrones. Pondrán todo patas arriba.

-Tantos no podrán pasar por aquí -dijo Tíndaro-. Ocuparían toda la ciudad.

-Sólo las tropas de exhibición participarán en la ceremonia de entrada -dijo el vecino de la izquierda-. Los demás tendrán que aguardar fuera, tal como ha sido acordado.

La nube de polvo se acercaba. Los ciudadanos de Tuno estiraban el cuello entre las filas. Casi todos vestían de blanco y las jóvenes lucían túnicas finas y frescas. Los presuntuosos oficiales corrían de un sitio a otro.

Poco a poco comenzaron a distinguir las primeras filas del ejército de esclavos, dos hileras de diez hombres corpulentos y cuellicortos arrastrando sus pesadas botas sobre el suelo. No miraban ni a un lado ni al otro y era evidente que no sentían el menor interés por la ciudad de Tuno. Se limitaban a exhibir las fasces y, en lugar de hachas, rotas cadenas de hierro.

Algunos ciudadanos alzaron tímidos gritos de aliento, pero la multitud no los imitó. La gravedad y humildad de la procesión los había decepcionado, y estaban desfavorablemente sorprendidos.

Por fin, detrás de los hombres que marchaban con paso marcial, apareció el príncipe tracio, vestido con pieles y montado sobre un corcel blanco. A su lado, un gordo con cara taciturna y bigotes caídos montaba su caballo como si fuera una mula.

La enseña púrpura ondeaba frente a ellos.

Los ciudadanos sabían qué se esperaba de ellos, de modo que gritaron, agitaron las manos y sacudieron las mangas de sus túnicas. El emperador respondió a sus ovaciones con el brazo alzado en señal de saludo y disminuyó la marcha de su caballo. Sin embargo, no sonreía y sus ojos no reflejaban una actitud amistosa. Pese a todo, causó una buena impresión en los

presentes; no una impresión arrolladora, pero si buena. El gordo de los bigotes no les gustó tanto. Miraba al frente con ojos ausentes, sin dignarse a responder a sus gritos de aliento. La gente que quedaba a su lado retrocedía un tanto a su paso. Aquella cara quedaría grabada en su memoria con más claridad que la del propio emperador y años más tarde aún la recordarían.

Se referían a Espartaco como "el príncipe", "el emperador" o "el segundo Aníbal"; pero su imagen permanecería brumosa e imprecisa en su memoria. Más tarde, muchos de ellos dudarían de haberlo visto pasar en su corcel blanco, precedido por la enseña púrpura.

La procesión apresuró su marcha hacia el mercado, como si los extraños quisieran acabar de una vez por todas con la ceremonia. El bullicioso entusiasmo colectivo se había sofocado antes de llegar a su esplendor.

Detrás de los jefes, avanzaba la infantería, levantando el polvo con los pies y mirando a la multitud con sus inexpresivas caras mugrientas. ¡Extraños soldados aquellos nuevos aliados, que habían conseguido tan sonada victoria sobre los romanos!

¡Qué curiosas insignias llevaban, qué solemnes, siniestras, toscas cruces de madera!

Los portadores se tambaleaban bajo su peso y tenían que apretarlas contra el pecho para mantener el equilibrio. ¡Y qué solemnes y siniestros también los grilletes y cadenas rotas! El jefe de una tropa de personajes especialmente rufianescos, un patán con cicatrices de viruela, llevaba una gigantesca anguila morena que tenía una cabeza fabricada de harapos dentro de la boca. El hijo pequeño de Hegio se puso de puntillas y preguntó con su vocecilla aguda:

-¿Qué es eso, padre? ¿Hay peces que comen hombres?

Hegio esbozó una sonrisa propia de un niño o de un anciano, pero el verdulero cubrió la boca del pequeño con la mano.

-Chist, chist, pequeño -dijo-. No debes hacer preguntas, pues los soldados podrían enfadarse.

Las voces de la multitud se iban apagando de forma gradual. Las burlas y ovaciones de los ciudadanos habían cesado y las sonrisas se habían borra-

do de sus rostros. Asustado, el niño calló. En la avenida sólo se oía el estrépido de la marcha, las pisadas que arremolinaban el polvo y envolvían a los hombres en una vaporosa nube.

Era el turno de la caballería: hombres montados sobre pequeños caballos lucanos. El hijo de Hegio, que gracias a sus soldados de juguete era capaz de reconocer la imagen apropiada de un guerrero profesional, no sería el único en asombrarse del aspecto poco marcial de los nuevos aliados, pero la sorpresa de los ciudadanos rayaba en el horror. La casi totalidad de la caballería carecía de armaduras para hombres y animales -como mucho uno de cada tantos estaba protegido por rechinantes trozos de latas atados a piernas o brazos con cuerdas de cáñamo-, la mayoría de las lanzas eran de madera y los escudos de mimbre o cuero, muchos de ellos empuñaban guadañas, horquillas y hachas en lugar de espadas, y por si todo eso fuera poco, ni siquiera tenían uniformes o cascós brillantes. Algunos iban con la cabeza descubierta y agitaban tiragomas en las manos, otros llevaban gorros de felpa negros descoloridos y tan gastados que los bordes caían como flecos sobre sus rostros barbudos. Sus camisas y blusas de algodón también estaban hechas jirones; pero la mitad de ellos no llevaba ropa por encima de la cintura, y exhibían el torso bronceado y peludo, desvergonzadamente desnudo entre el cinturón y la barba enmarañada.

Un gemido pasó de boca en boca entre la multitud, y muchos hombres de Turio giraron la cabeza avergonzados; pero las mujeres suspiraban con los ojos brillantes.

Una matrona se desmayó y tuvo que ser trasladada.

Así desfilaban los nuevos aliados. La infantería hizo su entrada una vez más, levantando nubes de polvo y mirando a la concurrencia con inexpresivas caras mugrientas. En esta ocasión estaban organizados por nacionalidades: toscos galos y germanos con bigotes, altos tracios con ojos luminosos y extraño andar elástico, bárbaros de Numida y Asia de piel oscura y seca, negros con pendientes y gruesos labios casi siempre entreabiertos, mostrando los dientes.

-¡Vaya mezcolanza! -le susurró el verdulero a Hegio.

-A mí me parece un cambio agradable -dijo Hegio mientras se inclinaba hacia el niño-. ¿Te gusta? ¿No es un espectáculo alegre y colorido?

-Sí -asintió el pequeño-. Como un circo.

-¡Chist! -dijo el verdulero-, eso es justo lo que no debes decir.

Una nueva nube de polvo precedió a los carros de bueyes, cargados con los enfermos y heridos. Recostados sobre mantas mugrientas, algunos miraban en silencio al cielo, otros se retorcían de dolor, y otros más sacaban la lengua y hacían muecas.

Tenían las caras cubiertas de moscas que se metían en las cuencas de sus ojos o se adherían a sus harapos. El hijo de Hegio se echó a llorar.

-¿Para qué nos enseñan esto? -preguntó el verdulero-. ¿Forman parte de las tropas de exhibición?

-No -sonrió Hegio-, sin embargo no deja de ser una entrada original.

Pasaron tres carros más, en mejores condiciones que los anteriores. En cada uno de ellos había un cadáver con la insignia de las cadenas rotas en la cabeza, cubierto por una nube de moscas. Los cuerpos despedían un olor fétido.

Y así acabó la procesión.

Las hileras de espectadores se habían aclarado, pero la mayoría de los ciudadanos no se atrevía a marcharse. El temor los mantenía paralizados en sus sitios, de modo que permanecieron en las calles, desconcertados, aun después de acabado el espectáculo.

3 La Nueva Ley

Los ánimos de los ciudadanos de Tuno acabaron por calmarse, pues ningún soldado del ejército de esclavos se aproximó a las murallas de Turio. Al otro lado, en la llanura comprendida entre los ríos Crathis y Sibaris, construían su campamento, la Ciudad del Sol.

La primavera se acercaba y vahos aromáticos se desprendían del suelo, mientras las brisas tormentosas de marzo soplaban desde el mar. Esclavos con hachas trepaban a las montañas cubiertas de árboles, traían troncos arrastrados por búfalos blancos y serraban placas y vigas para los graneros y comedores de su nueva ciudad. Los celtas, sin embargo, querían vivir en casas de ladrillo, de modo que sacaban arcilla firme y dura de las márgenes del río Crathis, moldeaban bloques y los secaban al sol. Los tracios cosían tiendas de pieles de cabra atezadas, arqueaban ramas flexibles para hacer los marcos de los techos y cubrían los suelos con mullidas alfombras capaces de ahogar las conversaciones cuando tuvieran visitas. Los lucanos y samnitas formaban una pasta con turba, excrementos y grava y moldeaban con ella sus diminutas casitas cónicas. Luego salpicaban el suelo con paja y forraje, dando a sus hogares un agradable olor a establo. Los negros de los pendientes entrelazaban cañas en una ingeniosa trama y ataban las trenzas a estacas. Sus chozas parecían frágiles construcciones de juguete, pero se mantenían firmes y secas bajo la lluvia o las tormentas.

El sol brillaba, la tierra emanaba vapor, los cultivos brotaban de la gleba. La ciudad crecía rápidamente, como si el sol la hubiera hecho nacer del suelo, fértil de podredumbre, pletórica de jugos vitales, largamente reprimidos. Eran setenta mil, marcados a hierro candente, abandonados por la fortuna y dispersos a lo largo y ancho de la tierra; pero ahora construían su propia ciudad. Arrastraban troncos, transportaban bloques de piedra, martillaban, encolaban, serraban. Sería una ciudad maravillosa, propiedad de los desposeídos, hogar de los sin hogar, refugio de los desgraciados. Cada uno construía su propia casa y la casa que construía era suya.

La ciudad crecía. Se había asignado una extensión de tierra a cada tribu: tracios, sirios y africanos, y todos podían construir sus viviendas a gusto; pero el plano general era uniforme, diseñado de acuerdo con las rigurosas reglas romanas, con muros verticales y calles rectas y paralelas. La muralla y el foso exteriores formaban un estricto cuadrado en la llanura comprendida entre el Crathis y el Sibaris, al pie de las indómitas, serradas montañas azules. Austera y desafiante, la ciudad de los esclavos estaba incrustada en la llanura, con sus cuatro entradas vigiladas por ominosos centinelas, silenciosos y cuellicortos. Desde la distancia se distinguían las cadenas rotas, la insignia de la ciudad, que coronaban cada puerta. Sobre una colina situada en el centro de la aldea se erigía la grandiosa tienda con la enseña púrpura, el hogar del emperador, donde se gestaban las nuevas leyes que gobernaban la ciudad. La colina estaba rodeada por las moradas de sus capitanes, los gladiadores. Los edificios comunes formaban un segundo círculo, más amplio, en torno a la colina: depósitos de herramientas y fraguas de espadas, graneros, corrales, comedores colectivos; porque, aunque cada uno podía construir su casa a su gusto en el terreno asignado, los cereales, el ganado, las armas, las herramientas y el beneficio del trabajo eran propiedades comunes. Así rezaban las nuevas leyes promulgadas por el emperador sobre los principios básicos de la ciudad y redactadas por el abogado de Capua:

1. De ahora en adelante ningún hombre acosará u oprimirá a su vecino guiado por la codicia y la ambición en lucha por las necesidades vitales, pues la fraternidad velará por los intereses de todos.

2. En adelante, nadie estará al servicio de nadie. Los fuertes no someterán a los débiles ni aquel que gane un saco de harina esclavizará a aquel que no lo haya hecho, pues todos servirán a la comunidad.

3. Por consiguiente, ningún hombre guardará víveres durante más de medio día, ni acumulará en su casa ningún otro bien o mercancía, pues todos serán alimentados con las provisiones de todos en los grandes comedores colectivos, como corresponde a una fraternidad.

4. Del mismo modo, se proveerán armas, materiales de construcción y todo lo necesario para el bienestar propio y de los vástagos, en retribución por la tarea realizada por cada uno según sus habilidades y en aras del inte-

rés común, ya sea la construcción de casas, la fragua de espadas, el cultivo del suelo o la atención de los rebaños. Cada uno realizará el trabajo apropiado a su fuerza y capacidad, sin que se produzcan diferencias en el reparto de los bienes terrenos, pues todo se compartirá entre todos.

Se apiñaban ante sus puertas para espiar -pues no estaba permitido el paso a ningún extraño-, recordaban las historias de una época remota y se sentían curiosamente

afectados por ellas: historias de un buen rey llamado Agis, de la isla Pancaya, de las fantasías no terrenales del viejo Platón sobre una república de la sabiduría, que uno leía en la escuela, ligeramente aburrido, conmovido o risueño, como uno se digna a leer a los clásicos, con la condescendencia del tiempo presente hacia un pasado sumergido. Aquellas leyendas tradicionales eran sublimes y arcaicas, pero los ciudadanos de Turio estaban convencidos de que no tenían relación alguna con la realidad y los tiempos presentes. Sin embargo, el hecho de que un príncipe tracio -si es que realmente era eso y no, como decían algunos, un gladiador del circo-, el hecho de que un hombre semejante apareciera súbitamente de la nada, derrotara a los romanos y construyera una ciudad en donde todos los sueños paradisíacos se volvían realidad como por decreto, era sin duda un espectáculo inusitado.

Pero la ciudad crecía.

Entre las murallas firmes y cuadradas, se extendían las calles rectas, los almacenes y los comedores. Sus leyes eran nuevas, justas e inexorables. Sobre una colina, en el centro de la ciudad, custodiada por una doble hilera de centinelas, se erigía la tienda del emperador donde se promulgaban las leyes, y en un sitio apartado en una esquina de la muralla de la puerta norte, se alzaban las cruces de aquellos que no obedecían la ley.

Allí, con el fin de preservar el bienestar general, cada día morían hombres con las extremidades fracturadas y las lenguas negras, hombres que con su último aliento maldecían la tienda de la enseña púrpura y el Estado del Sol.

5. Por todo lo dicho, se abolirá la posibilidad de obtener beneficios a través de la venta y la compra o la de ganar propiedades adicionales mediante vales o moneda. Por consiguiente, la fraternidad lucana abolirá el uso

de monedas de oro, plata o metales inferiores, y cualquiera que se hallase en posesión de dichas monedas merecerá la pena de expulsión o muerte.

Tales eran las leyes decretadas por Espartaco para gobernar la vida de la floreciente Ciudad del Sol. Eran leyes nuevas, y sin embargo tan antiguas como las colinas. Al comenzar a construir el campamento y a cavar la tierra, habían encontrado las ruinas de la mítica Sibaris, cuyos muros erosionados por el tiempo, utensilios de arcilla y vasijas rotas habían sido testigos de la era de Saturno, recordada con añoranza por el pueblo a causa de sus leyes justas y benévolas. Habían hallado inscripciones relativas al héroe Licurgo y al régimen espartano de almacenes y comedores colectivos. ¿No era como si la propia tierra corroída, cincelada por manos muertas hacía tiempo, guiadas por almas extinguidas tiempo atrás, decretara allí y entonces las nuevas leyes de Espartaco? Era el alma, el espíritu de todo un país, lo que había animado a los ancestros de los ciudadanos, y ahora esos mismos ciudadanos contemplaban con gestos de desaprobación el nacimiento de una nueva ciudad.

4 La red

Las negociaciones previas a la firma de la alianza entre el emperador y la ciudad de Turio se habían desarrollado en un clima algo extraño y los miembros del Consejo municipal se habían llevado varias sorpresas.

Los delegados enviados por el emperador a la opulenta sala de audiencias de la corporación de Tuno eran personas peculiares: un ajado abogado con la calva llena de chichones y un alto joven tímido que se ruborizaba y bajaba la mirada con frecuencia, en cuya amplia frente se trascendía una gruesa vena azul. Ambos tenían un aspecto insignificante y atuendos increíbles e ignoraban por completo las reglas de la ceremonia diplomática. Los dos consejeros principales de Turio, penosamente desconcertados, no sabían cómo comportarse. Cuando uno de ellos, un anciano con ojos saltones, se dirigió a los contertulios con su acostumbrada pomosidad y habló de "vuestro señor, el glorioso conquistador de Roma y principesco emperador", fue interrumpido por el hombrecillo calvo:

-¿Te refieres a Espartaco? Pensábamos que ya sabrás quién es.

El digno anciano se quedó completamente perplejo y su colega, un comerciante corpulento, propietario de la mayor refinería de alquitrán de Sila, tuvo que acudir en su ayuda.

-Nos han informado que vuestro jefe monta un corcel blanco, exhibe la insignia del pretor Varinio y va precedido de hombres que portan fasces y hachas. Ésos son los emblemas de un emperador, aunque, de cualquier modo, las formalidades carecen de importancia.

-Permitidme decir -respondió el abogado de Capua-, aunque sólo sea

para aclarar las cosas, que las fasces y las hachas son sólo emblemas simbólicos. Sin embargo, como habéis dicho, las formalidades carecen de importancia -añadió con un deje irónico en la voz.

-¿Qué tipo de emblemas? -preguntó el anciano caballero, que era inquisitivo por naturaleza y amante de la precisión.

-Como acabamos de oír, sólo tienen un significado simbólico -respondió el hombre de negocios con soltura.

El anciano sacudió la cabeza, pero no insistió. ¿Qué habría querido decir aquel hombre con lo de "emblemas simbólicos"? Allí había algo raro. Aquella alianza ocultaba algo extraño.

Ambos bandos dejaron el tema y se concentraron en la cuestión principal. Entre frecuentes accesos de tos y ocasionales caricias a su calva, el abogado hizo las siguientes sugerencias en nombre del emperador:

La ciudad de Tuno se aliaría al ejército de Espartaco, y por consiguiente dejaría de estar bajo la soberanía de la república romana. Cesarían los pagos de impuestos de capitación, diezmos y contribuciones urbanas al erario romano. Todos los campos de cereales, tierras de pastoreo y demás territorios fértils en las cercanías de la ciudad, hasta entonces propiedad de Roma, se convertirían en patrimonio municipal.

-¿Qué hay de las refinerías de resina y alquitrán? -preguntó el hombre de negocios.

-Aquellas que son propiedad del Estado pasarán a manos del municipio. En el caso de compañías arrendadas por particulares no domiciliados en la ciudad, la licencia será cancelada.

-Excelente -dijo el corpulento senador-. Hasta ahora, todo parece razonable y merece nuestra aprobación.

-¿Vuestro príncipe está autorizado a cancelar contratos? -preguntó el viejo consejero.

Sin embargo, nadie le prestó atención y el abogado Fulvio continuó:

-Además, sugerimos que la ciudad de Turio sea declarada puerto libre. Se suspenderán los derechos de aduana romanos y otras tasas sobre la im-

portación o exportación de productos. Esta medida afectará al comercio con puertos extranjeros, así como al de otros puertos romanos.

-¿Qué significa eso? -preguntó el anciano-. ¿También es simbólico? Ignoro las leyes del comercio y siempre pensé que una alianza se basaría sobre todo en cuestiones militares.

-Significa -respondió con entusiasmo el hombre de negocios-, que Turio tendría preferencia sobre los puertos de Brindis, Tarento, Metaponto, etcétera, etcétera, y se convertiría en el puerto más importante del sur. Eso implica riqueza y prosperidad para esta ciudad, tal vez también el fin del comercio internacional romano y del monopolio de flotas.

-El mar está lleno de piratas -dijo el anciano-, y no es seguro.

-Haremos un pacto con ellos -repuso el abogado Fulvio con calma.

-¿Con los piratas? -preguntó el anciano horrorizado-. Si son una banda de asesinos, bandidos, gentuza indecente.

Se hizo un silencio incómodo. Esta vez, también el hombre de negocios se había quedado atónito y tenía una expresión confusa y atontada.

Puesto que la contribución de Enomao se redujo a una sonrisa tímida y amable, tuvieron que aguardar a que el abogado parara de toser para oír una explicación.

-¿Por qué no? -dijo-. La piratería es consecuencia del monopolio del comercio marítimo romano, así como los robos en tierra son consecuencia de la existencia de monopolios terrestres y grandes terratenientes. Sin embargo, como ya sabréis, los piratas están mucho mejor organizados de lo que solían estarlo los bandidos miserables antes de la llegada de Espartaco. Poseen una especie de Estado flotante bien reglamentado, con almirantes y leyes estrictas. Tanto el rey Mitrídates como los emigrantes romanos, bajo las órdenes de Sertorio, hicieron una alianza con ellos. Roma habla de piratería, pero en realidad se trata de la guerra bendita de los oprimidos de los mares. Por consiguiente, nosotros también haremos una alianza con los piratas y los incluiremos en la fraternidad lucana.

-¿No os gustaría hacer también una alianza con Mitrídates? -preguntó el negociante con sarcasmo.

-Tal vez lo hagamos -respondió el abogado-. Las negociaciones están pendientes.

-¿Y también negociaréis con los emigrantes de España?

-También -respondió el abogado mirándolo fijamente con sus ojos miopes.

El anciano consejero sacudió la cabeza y dejó de hacer esfuerzos para comprenderlo. El hombre de negocios inspeccionó en silencio a aquellos delegados de atuendo increíble, ignorantes de todas las formalidades diplomáticas. No sabía si considerar aquella reunión como un acontecimiento en la historia mundial o como una farsa burlesca, e intentó imaginar lo que pensaría Craso, Pompeyo o algún otro gran estadista romano si hubieran podido ser testigos invisibles de ella.

Sin duda habrían sonreído divertidos al ver a aquellos embajadores de un oscuro gladiador negociando el destino del mundo con un griego senil y un industrial insignificante. Por supuesto, el mero hecho de que aquella gente consintiera en negociar, en lugar de entrar a la ciudad y coger lo que querían, era un gesto pueril y propio de aficionados. ¿Pues quién se hubiera atrevido a impedírselo después de la derrota de Vannio? Turio no tenía auténticas murallas ni una guarnición digna de mencionarse, y ese tal Espartaco lo sabía tan bien como ellos. El digno anciano era el único que no había reparado en ello y tomaba con absoluta seriedad aquella reunión farsesca. Sin embargo, debían aprovechar al máximo la oportunidad que les brindaba aquella gente al aceptar negociar. Era la única postura sensata que podían tomar en ese descabellado asunto.

-¿Son esas las ideas de tu señor, el príncipe tracio? -preguntó por fin.

-Estas ideas han estado flotando en el aire durante mucho tiempo -respondió el abogado-. Sólo era preciso que alguien las adoptara.

-De acuerdo -dijo el negociante-. Eso es asunto vuestro y escapa a los motivos de esta reunión, así que permitidme volver al tema que nos interesa. Me refiero a cuáles serían nuestras obligaciones si acordáramos hacer una alianza con vosotros.

En concreto: ¿qué pretendéis de nosotros?

-Eso es muy sencillo -respondió el abogado con tono amistoso-. Queremos que nos deis por propia voluntad todo lo que podríamos coger por la fuerza.

El consejero estuvo a punto de desmayarse.

-Eso es muy general -balbuceó-, no podéis considerar las cosas de una forma tan parcial.

Pero Fulvio ignoró sus protestas con indiferente grosería y pasó a enumerar sus exigencias: La corporación debía ceder al ejército de esclavos la zona comprendida entre los ríos Crathis y Sibaris como sede para la nueva ciudad y además se comprometería a suministrarles materiales de construcción y alimentos hasta tanto pudieran obtener beneficios de sus tierras.

-¿Cuántos sois? -preguntó el negociante con tono pragmático.

-Setenta mil -respondió Fulvio-, pero pronto seremos cien mil o más.

-Imposible -respondió el consejero con resolución-. Tenemos cincuenta mil habitantes, no podemos mantener además al doble de personas.

-Tenemos buenos rebaños -dijo Fulvio-, de modo que podemos cubrir el tercio de nuestro consumo de carne y leche. Además, el puerto de Turio importará alimentos, metales y otros materiales necesarios para la fabricación de armamentos.

-¿Y quién pagará por ello? -preguntó el negociante.

-Nosotros -respondió Fulvio y el negociante perdió la compostura por segunda vez en el curso de la conversación, para recuperarla sólo cuando el abogado añadió-. Para evitar dificultades, estableceremos precios fijos... de acuerdo con la corporación, por supuesto.

-No podemos decirle a cada comerciante cuánto debe cobrar a uno de tus soldados cuando le pida un pepino o un arenque en vinagre.

-En realidad, no será necesario -respondió Fulvio-, porque compraremos todo en grandes cantidades para cubrir las necesidades de toda la ciudad, ya que nuestra sociedad será una cooperativa. A propósito, vamos a abolir el dinero.

Después de una larga pausa, durante la cual el negociante hizo visibles

esfuerzos por tragarse las numerosas respuestas que le venían a la mente, respiró ruidosamente y dijo:

-Lo que queráis hacer en vuestro campamento es asunto vuestro.

-Así es -asintió Fulvio-, aunque sería más apropiado hablar de ciudad en lugar de campamento, pues pronto comenzaremos a construir. Se llamará la Ciudad del Sol.

-¡Qué poético! -observó el negociante e hizo otra pausa.

Mientras tanto, pensaba que convenía dejar que aquellos locos hicieran lo que quisieran. Al fin y al cabo, él había temido un destino peor para la ciudad de Turio.

El territorio destinado al campamento era, en su mayor parte, propiedad del Estado romano. Espartaco lo había tomado de los romanos para regalárselo a la corporación, que, a su vez, se lo había regalado a Espartaco. Todo podría haberse hecho de una forma más sencilla y sin complicaciones legales, pero no sería él quien privara a aquella gente de los símbolos que tanto parecía gustarles. Si luego cumplían o no con el trato era otro asunto, pero Tuno estaba en su poder y una alianza, por cuestionable que fuera, era mejor que nada. En general, el hombre de negocios estaba bastante satisfecho, y se volvió a su anciano colega:

-Me parecen unas exigencias bastante duras, pero podríamos considerarlas.

¿Tú qué opinas?

-Apenas si entiendo una parte insignificante de todo esto -respondió el anciano mirándolo con sus ojos ligeramente saltones-. ¿Me permitirías una pregunta, embajador del príncipe tracio? He oído que tenéis intenciones de quedarnos con nuestro dinero, nuestras casas, nuestras mujeres, hijas y sirvientes y de poner todo patas arriba. ¿Es verdad?

-Estoy seguro de que son sólo cotilleos -se apresuró a decir el negociante-.

Son cosas que se dicen, pero no hay que tomarlas al pie de la letra.

Miró a los dos delegados con una expresión risueña que pretendía ma-

nifestar su comprensión y obtener apoyo.

Enomao se ruborizó y bajó la vista. No quería complicidad con aquel hombre, sólo deseaba estar muy lejos. Recordó el cráter del Vesubio y la sencillez con que Vivian entonces.

El anciano no parecía haber oído los comentarios de su colega y miró primero a Enomao y luego al abogado, aguardando una contestación.

Fulvio esperaba una pregunta como aquella y había preparado una respuesta precisa y directa, pero llegado el momento de usarla, descubrió afligido que la había olvidado. Sintió la mirada insistente del anciano, que estaba sentado frente a él, inclinado en actitud expectante. Tenía rugosas bolsas debajo de los ojos claros y ligeramente saltones. Inesperadamente, el abogado y escritor Fulvio se sorprendió pensando en su padre, algo que no había hecho en años. Su malestar creció. De repente se sentía culpable y eso le molestaba.

-Queremos ley y orden -dijo por fin-, pero una ley y un orden nuevos y justos.

Se interrumpió con un acceso de tos.

-Palabras -dijo el anciano-, eso son sólo palabras, embajador del principio tracio. Estáis evitando la cuestión fundamental. Habláis de derechos de aduana, importación, exportación y símbolos; pero yo os estoy preguntando si me vais a quitar la casa o no.

El negociante se aclaró la garganta.

-esa no es la cuestión -insistió con una nueva mirada suplicante a Enomao, pero el gladiador no alzó la vista.

-Tonterías -dijo el anciano con furiosa obstinación-, ésa es la única cuestión importante. Si un hombre tiene una casa y otro hombre quiere quitársela, una alianza entre los dos sería pura hipocresía.

Fulvio permaneció en silencio. Por alguna misteriosa razón, el anciano le recordaba al padre que había olvidado hacia tiempo. El mismo sentimiento que inducía a Enomao a bajar la vista lo había hecho olvidar sus argumentos y les daba la apariencia de dos hombres esquivos e insensatos. Sólo el

camino de la fuerza era claro y directo como la sublime estupidez en los ojos del anciano, pues lo que tanto desconcertó al abogado Fulvio, paralizando su elocuencia, fue justamente el descubrimiento de que existía una estupidez tan sublime y venerable que era capaz de confundir a un hombre inteligente. Existía una injusticia tan arraigada y confiada que inducía al justo a dudar de si mismo, una opulencia vivida con semejante dignidad y naturalidad que hacia que el deseo de los desposeídos por obtener la misma fortuna pareciese descabellado.

El abogado Fulvio tomó una decisión y se incorporó con un gesto brusco. De inmediato, se llevó la mano a la cabeza, pero no encontró la viga de madera que le hacia pagar con un chichón en la cabeza cada pensamiento audaz. La echaba de menos. Era difícil acostumbrarse a esa nueva forma de vida.

-Tienes derecho a hacer esta pregunta -le dijo al anciano. Hizo una pausa, durante la cual casi pudo oír el suspiro de alivio del negociante, sintió la mirada inquisitiva de Enomao y reparó en la confianza pueril de los ojos del anciano. Tosió continuó:- Nuestro movimiento y el... -tosió otra vez-.., príncipe Tracio, por supuesto, aspiran a un cambio completo del sistema y de la situación de este país. Pero todavía estamos muy lejos de conseguir ese objetivo. Por el momento necesitamos seguridad para la nueva ciudad que vamos a construir, la seguridad garantizada por las alianzas. Nuestros aliados no tendrán nada que temer de nosotros.

-¿No habrá desórdenes? -preguntó el anciano-. ¿Significa eso que no os apoderaréis de nuestras casas ni enviaréis más emisarios a la ciudad para incitar a nuestros esclavos a la rebelión?

El abogado volvió a erguirse y una vez más echó de menos la viga. De hecho, en esta ocasión aquella ausencia le preocupó. ¿Acaso su cerebro funcionaba mejor cuando la viga era una amenaza constante? ¿Era posible que la liberación de aquellas advertencias brutales y tangibles tuviera un efecto negativo en sus ideas? La horda nunca comprendería por qué debían renunciar a ganar para la causa a los esclavos de la ciudad vecina, y sin embargo deberían aceptar esa condición con el fin de gozar de la paz durante el gran experimento, la construcción de la Ciudad del Sol. Fulvio permaneció en silencio y recordó una conversación acaecida durante su primera noche en el

campamento de Espartaco. Allí estaba otra vez la ley de los desvíos, confusa e inescrutable, entorpeciendo cada paso con nuevas exigencias.

El abogado Fulvio hubiera preferido romper las negociaciones. Todo parecía confirmar aquello que siempre se había negado a creer: que sólo la ruta directa era limpia. ¿Pero acaso había sido más limpio el camino a Nola, Sessola y Calatina?

¿Era más limpio atravesar con una espada las entrañas de los viejos y dignos consejeros en lugar de...? Bueno, sí en lugar de hacer abominables tratos, de aceptar condiciones que la horda nunca comprendería.

-No nos apoderaremos de vuestras casas ni enviaremos más emisarios -se limitó a responder-. ¿Estás más tranquilo?

-Acepto tu palabra -dijo el anciano con voz clara y ligeramente trémula.

El trato se redactó con rapidez mientras los contertulios tomaban un tentempié y se firmó de inmediato. Ambos bandos tenían prisa y evitaron discutir detalles. El documento adornaba el nombre de Espartaco con todas las expresiones reverenciales dignas de un príncipe extranjero, sin que los delegados pusieran nuevas objeciones.

de cruces junto a la puerta norte, donde se sacrificaban, en aras de los intereses comunitarios, las vidas de aquellos hombres incapaces de someterse a las estrictas leyes de la libertad.

A aquellas negociaciones, previas a la fundación de la ciudad, les sucedieron otras. La vida en el interior de las murallas de la Ciudad del Sol se regiría con independencia de lo que ocurriera fuera y sus ciudadanos no se verían afectados por la ley y el orden del mundo exterior. Sin embargo, desde el momento mismo de su fundación, la ciudad se vio atada al sistema imperante por miles de hilos, atrapada en su red de forma invisible pero inexorable.

En ese momento era casi primavera, y desde entonces en adelante, la ciudad creció rápidamente sobre el suelo yermo. Había sido planeada para albergar a setenta mil personas, pero en su interior ya vivían unas cien mil. Se extendieron los graneros, las fraguas de espadas y los comedores colecti-

VOS.

5 El recién llegado

Un joven llamado Publibor había entrado en la ciudad, un recién llegado entre tantos. Se había escapado de Hegio, su amo, y ahora estaba allí. No es que su amo le hubiera dado una mala vida. La matrona lo golpeaba sólo de vez en cuando, cuando estaba de mal humor, y muchos otros esclavos lo pasaban peor. Sin embargo, había oído el mensaje del Estado del Sol antes de que la alianza prohibiera a los emisarios de Espartaco arengar a los esclavos de Turio, y aquel mensaje había sembrado en su corazón la semilla de la esperanza, que había brotado y florecido hasta convertirse en una necesidad imperiosa de vivir allí.

Y allí estaba ahora, aunque su humilde presencia pasara totalmente inadvertida entre los cien mil habitantes del campamento. Había llegado con una esperanza en el corazón y la imagen de una nueva vida en la mente, la imagen pintada por los mensajeros y emisarios de Espartaco antes de que les prohibieran arengar a los esclavos de Turio. Caminaba por las flamantes y limpias calles de la ciudad campamento, asombrado e intimidado, sin que nadie se preocupara por él. La gente rezumaba actividad y estaba muy ocupada en construir, martillar y fabricar cosas. No tenía a nadie con quién compartir la intensa alegría de haber llegado al Estado del Sol.

Entrar no había sido sencillo. Los guardias apostados en la puerta tenían un aspecto ceremonioso, amenazante y el aire desdeñoso propio de los hombres uniformados. Le habían preguntado con desprecio adónde creía que iba y él había respondido, risueño y confiado, que deseaba vivir con ellos bajo las nuevas leyes de la fraternidad lucana, que había sido un esclavo hasta aquel día, en que había escapado de su amo de Turio.

Pero sus explicaciones no volvieron más amistosos a los hombres uniformados, que siguieron mirándolo con expresión desalentadora y hostil. ¿Era posible que no hubieran comprendido sus palabras? Pero sí, por lo visto lo habían entendido. Le dijeron con indiferencia que no podía entrar y que tenía que volver con su amo, pues tal como se había acordado en la alianza con el consejo, ningún esclavo de Turío estaba autorizado a entrar en la ciudad, por tanto debía largarse.

Pero él no se había ido. Les gritó que no lo comprendían, que había un terrible malentendido, pues como esclavo deseaba vivir en la ciudad de los esclavos, regida por las leyes de la justicia y la buena voluntad. Los soldados rieron, pero pronto se cansaron de sus gritos e intentaron echarlo a golpes y empujones. Entonces él se aferró al poste de la puerta, fuera de si, y gritó con lágrimas en los ojos que no podían hacerle eso, que quería ver a Espartaco porque estaba convencido de que él lo aceptaría en su ciudad. No era más que un joven tímido y humilde, que jamás en su vida había hecho semejante alboroto y que se avergonzaba de sus propios gritos, pero como cada vez se reunía más gente junto a la puerta para ver qué ocurría, el guardia tuvo que llevarlo dentro y conducirlo ante su capitán.

Entonces el joven Publibor pensó que todo iría bien, se secó las lágrimas y recuperó su aspecto tímido y sereno. No tuvieron que ir muy lejos, pues la cabaña del capitán estaba a unos pasos de distancia de la muralla interior. Era una choza de madera, cubierta con tela alquitranada, abrasada por el sol. Alrededor de la casa, se apiñaba una multitud de gente, sentada y apretujada a pesar del calor, con aspecto desvalido y cansado, como si hubieran hecho una larga caminata. Aunque entre ellos había niños y madres amamantando, estaban vigilados por soldados. El centinela que había acompañado a Publibor habló con uno de los soldados y volvió a su sitio. Al joven se le ordenó esperar con los demás y se sentó en el suelo, satisfecho de haber podido, al menos, entrar en la ciudad.

Pasaba el tiempo, el sol era abrasador, la gente sentada alrededor de Publibor hablaba con ansiedad y comía con aflicción la comida que había traído consigo, mientras algunas madres daban de mamar a sus llorosos bebés. Había centenares de personas frente a la choza custodiada por guardias y de tanto en tanto hacían entrar a un grupo. Entonces las personas

convocadas se precipitaban hacia la choza, con prisa y nerviosismo, ante las miradas curiosas de los demás. Nunca se veía salir a nadie, por lo que resultaba evidente que había otra salida.

-¿Son todos recién llegados? -le preguntó Publibor a un hombre que estaba sentado junto a él, sin duda un vagabundo, que tenía una cara macilenta, similar a la de un pájaro, con una nariz puntiaguda sobre la cual se agazapaban los ojos muy juntos. El hombre ignoró su pregunta y siguió masticando un trozo de pan con cebolla. En su lugar, una mujer giró la cara delgada y amarillenta hacia Publibor.

-¿Eres uno de esos de las minas? -preguntó mientas acunaba a un feo bebé con la punta de un flácido pecho en la boca.

-No -respondió Publibor-, soy de Tuno.

Le habría gustado decirle algo más, pero la mujer se volvió de espaldas y siguió acunando al niño. Era probable que ni siquiera hubiera oído su respuesta.

-Si eres de Tuno te enviarán de vuelta -dijo el vagabundo, dejando de comer-. No quieren tener problemas con el magistrado. Espartaco se ha convertido en un verdadero caballero.

-Sé que me dejarán quedar -afirmó Publibor-. Espartaco no envía de vuelta a nadie que quiera unirse a él.

-Espartaco tiene cosas más importantes en la cabeza -dijo el vagabundo mirando con ojos furtivos en todas las direcciones-. Ayer estuvo con él el embajador de Mitrídates y hoy está conferenciando con los agentes de Sertorio. Tiene unas ideas muy absurdas. A ésa también la enviarán de vuelta -concluyó en un murmullo, señalando con el pulgar a la mujer de piel amarillenta.

-No parloteéis tanto -dijo uno de los guardias con tono amistoso mientras se secaba el sudor debajo del casco-, ya os llegará el turno a todos.

Un nuevo grupo era conducido a la choza.

-Seguro que permiten quedarse a todos los de las minas -dijo la mujer, volviéndose hacia Publibor.

Hablabía con extraña prisa y se volvía de inmediato, sin esperar respuesta. Sin dejar de mecer al bebé, lo apartó de un pecho y le puso el otro en la boca. El niño parecía dormido y las moscas se paseaban por su cara.

-Yo diría que permitirán quedarse a los de las minas -asintió el vagabundo señalando a un grupo de hombres corpulentos con brillantes torsos desnudos-, pues son hombres hechos y derechos y sin duda les servirán de mucho. Sin embargo, mi aspecto no es lo bastante bueno para el Estado del Sol. ¿Y qué harán con esa vieja bruja? Tiene los pezones como las ubres secas de una cabra y hace años que no dan leche.

Publibor sintió la misma ansiedad que lo había embargado en la puerta.

-¿Entonces viene mucha gente? -preguntó.

El vagabundo abarcó con un gesto al país entero con sus campos, montañas y mares.

-Tres de cada cuatro son enviados de vuelta -dijo.

-Yo creía que todos los pobres y humildes tendrían un lugar en el Estado del Sol.

El vagabundo lo miró brevemente e hizo una mueca.

-Estés de broma, ¿verdad? -dijo y comenzó a comer otra vez su trozo de pan.

Pero al final, todo salió bien. Al caer la tarde, Publibor entró a la cabaña con varias personas más. Los soldados habían olvidado decir que venía de Turio, y como era joven y fuerte, se le permitió quedarse como miembro de la fraternidad lucana.

Al día siguiente comenzaría su entrenamiento militar y trabajaría con una brigada de carpinteros que construían corrales, pero hasta entonces tenía el día libre para recorrer las calles y admirar el Estado del Sol.

Aunque allí todos eran sus hermanos, estaban demasiado ocupados y no tenían tiempo para él. Era demasiado tímido para iniciar una conversación, pero si alguien lo hubiera alentado a hablar, hubiese disfrutado de un poco de conversación. Sin embargo, nadie lo alentó. Se detuvo frente a una

herrería y contempló a dos sucios jóvenes de su edad trabajar con los fue- lles. Un tercero, algo mayor, sostenía el metal candente sobre el yunque y un cuarto levantó el pesado martillo sobre su cabeza y lo dejó caer. El ruido retumbó en sus oídos y volaron un montón de chispas rojas. Publibor siguió mirando. Aquellos eran sus hermanos y examinó sus rostros con atención. ¿No deberían reflejar la dicha de ser libres y vivir bajo la nueva ley? Todos miraban al metal con expresión taciturna y no hablaban entre ellos. El que sujetaba las pinzas escupió y maldijo con furia al metal. ¿Acaso no eran conscientes del fabuloso cambio que habían experimentado sus vidas?, ¿ya habían olvidado cómo eran antes? Publibor los saludó con timidez, pero sólo uno de ellos se giró y escupió saliva negra, de modo que el joven siguió su camino.

Las chozas y tiendas estaban casi desiertas, pues era horario de trabajo. Los almacenes, puntiagudas pirámides blancas y grises bajo el sol ardiente, se alineaban en rigurosas hileras geométricas. Los cobertizos, talleres y comedores estaban construidos con la madera que los búfalos blancos habían arrastrado desde las montañas.

Los edificios olían a la serenidad del bosque, y la resina rezumbaba de sus junturas.

Publibor giró por una calle ancha y ligeramente ascendente, desde donde divisó varias tiendas del piel sobre una colina. Ante la tienda del centro, la más grande de todas, ondeaba una enseña púrpura sobre un alto mástil. Al verlo, Publibor se detuvo. Una oleada de calor envolvió su corazón y sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Pero en lo alto de la colina había guardias cuellicortos, ceñudos y con expresiones hostiles, de modo que dio media vuelta y se alejó de allí.

Una vez más erró por las calles, entre talleres y casas de barro, escrutando las caras, buscando en ellas alguna señal de jubiloso entusiasmo. Llegó al barrio africano, habitado por gigantescos negros de gruesos labios, cabellos ensortijados y ojos redondos, firmes. amistosos. Le sonreían, pero él era incapaz de comprender los sonidos graves, roncos aunque melodiosos, que surgían de sus gargantas. ¡Cuánta variedad de hombres! ¿Aquellos también serían sus hermanos? ¿También ellos creían en el Estado del Sol? Tenían diferentes dioses, diferentes cuerpos, diferentes ideas en la cabeza.

Se dirigió a uno de ellos, que llevaba sobre el hombro un tronco tan pesado que Publibor no podría haberlo levantado. El hombretón se detuvo y con una expresión entre afable y temerosa miró a Publibor, que se interponía en su paso en la calle vacía, bajo el sol abrasador.

-Pesado -dijo Publibor-, pesado, pesado.

El gigantón señaló gravemente hacia las montañas, creyendo, tal vez, que el joven le preguntaba dónde crecían aquellos árboles.

-Pesado, pesado -repitió Publibor, algo avergonzado e hizo un gesto que quiso reflejar esfuerzo.

El gigante sacudió la cabeza asustado. No le entregaría el árbol. Articuló sonidos animales y gritó con voz suplicante, al borde de las lágrimas. "¿Tiene miedo de que le quite el tronco? -pensó Publibor perplejo-. ¿Tan mal lo han tratado en el pasado que ahora me teme a mí?"

-Espartaco -gritó, sonrió y señaló con el dedo en dirección de la tienda de la enseña-. Estoy seguro de que comprenderá eso -añadió Publibor para si.

Pero de repente el negro le dio un empujón en el pecho y comenzó a correr.

Mientras corría, se volvió a mirarlo por última vez con una expresión demente y temerosa en los ojos desorbitados. Luego desapareció.

El sentimiento de júbilo que se había apoderado de él al huir de la casa de Hegio se iba desvaneciendo de forma gradual. Estaba cansado de vagar sin rumbo por las calles, y no podía librarse de aquella sensación de ensueño e irrealdad. No había sido fácil escapar de la red de los hábitos, de la cotidianidad, y una hora antes de escapar aún tenía la impresión de que no podría reunir el valor necesario para hacerlo.

Pero luego, a partir de los horribles momentos transcurridos junto a la puerta, había tenido la sensación de que estaba soñando, de modo que había visto aquella espantosa discusión y sus propios gritos como algo distante. Y ahora la marca de su propio júbilo se retiraba, pero la perplejidad

permanecía, junto a la expectación derivada de la idea de que debería sucederle algo extraño y singular. Continuaba errando por las calles, sereno y cansado, cuando una voz de mujer lo llamó.

Estaba sentada en el portal de una gran casa de madera y desgranaba una espiga de trigo con dedos rápidos y finos. Dentro, en una sala amplia y sofocante, otras mujeres trabajaban con igual rapidez y afán. Era una de las enormes cocinas comunales, donde se preparaba la comida para los comedores.

Publibor no había comprendido las palabras de la mujer, pero su voz seguía resonando en sus oídos. Tenía un timbre ronco, aunque tintineante, como la textura de un material precioso y dúctil con una superficie ligeramente áspera. Publibor se detuvo, ruborizado, y dijo con tono de disculpa:

-Soy un recién llegado.

-Ya lo he notado -respondió la joven con una sonrisa rápida, sin alzar la vista del trigo.

Como estaba sentada, él no alcanzaba a verle los ojos; sólo las pestañas, el óvalo del rostro y la maraña del pelo. Hablaba griego.

-¿Cómo lo has notado? -preguntó él.

Ella no respondió y se limitó a sonreír. Los granos de trigo caían en la vasija como cuentas rápidamente deshiladas. La mujer arrojó la espiga desgranada en un cubo y cogió otra nueva. Parecía haberse olvidado de Publibor, hasta que él le hizo otra pregunta.

-¿Llevas mucho tiempo en la fraternidad?

-¿Qué?

-Si llevas mucho tiempo en la fraternidad.

Ella dejó escapar una risa musical y echó la cabeza hacia atrás, de modo que por un instante pudo ver sus ojos.

-He estado en la... fraternidad desde Nola.

El no veía la gracia del asunto e hizo con seriedad la pregunta que obviamente debía seguir a la primera.

-¿Eres feliz?

Esta vez ella se limitó a sonreír y dijo:

-Alcánzame otra espiga -y continuo desgranando rápidamente el trigo con expresión seria.

Publibor sabía que se estaba comportando como un tonto y que debería haber continuado su camino, pero en su lugar, dijo:

-Lo mataron -respondió ella sin interrumpir su tarea.

-Supongo que habrás huido de tu amo en Nola.

¿Te alegraste cuando lo hicieron?

-¿Alegrarme? ¿Por qué?

-Porque ahora eres libre -dijo Publibor-. Antes, tu amo podía hacer contigo lo que quisiera.

Por un momento, pareció que la mujer iba a reír otra vez, pero se limitó a mirarlo con aire divertido.

-Eso es cierto -respondió con una sonrisa.

-Podía hacerte azotar -añadió Publibor.

-¿Azotar?, ¿para qué?

-Si quería, podía hacerlo -respondió Publibor con obstinación.

-Bueno, ¿y eso te parece tan terrible?

El joven reflexionó un momento. Ya no sabía adónde quería llegar.

-¿No es maravilloso ser libre? -preguntó por fin.

-¿Cuál es la diferencia? -preguntó ella con indiferencia-. ¿Acaso no tengo que seguir trabajando? Sólo es libre aquel que no necesita trabajar.

-Antes trabajábamos para un amo, mientras ahora trabajamos para nosotros mismos. ¿No ves la diferencia?

-Oh, sí -respondió, obviamente aburrida, tras coger otra espiga.

Permaneció un rato más en la calle, frente a ella, pero no se le ocurrió nada más que añadir. Por fin murmuró unas palabras de despedida y se alejó despacio. Ella no lo miró ni le devolvió el saludo. Los granos de trigo siguieron cayendo en la vasija con asombrosa rapidez.

Se sentía cada vez más cansado. Por fin sintió hambre, pero aunque podría haberle pedido a la joven que le indicara el camino hacia el comedor de los carpinteros, no se atrevía a preguntar nada a nadie. Había llegado al barrio de los celtas, con sus pequeñas casas fabricadas con ladrillos de arcilla que no parecían muy limpios.

Pensó en las galerías de Turio, los jardines de las azoteas y las sombras negras de las columnas, y tuvo la impresión de que esos recuerdos se remontaban a años atrás. A esa hora, Hegio, su antiguo amo, ya debía haber regresado de su paseo matinal. Estaría jugando con el perro mientras contestaba, con infantil tono burlón, los reproches de la matrona por la desaparición del esclavo. Allí, en las afueras, las calles estaban casi desiertas. Todo el mundo parecía estar trabajando o comiendo, y los pocos hombres que encontraba a su paso eran gordos individuos sudorosos con gruesas batas, bigotes empenachados y miradas hostiles, todos bárbaros de Galia.

Por fin llegó a una amplia plaza, contigua a la muralla, cerca de la puerta norte. La plaza estaba completamente desierta y Publibor empezó a cruzarla para preguntarle al guardia de la puerta norte dónde estaba el comedor, pero de pronto su corazón dio un vuelco.

En el extremo izquierdo de la plaza, cerca del foso, vio tres postes de madera cruzados por troncos transversales, de los que colgaban varios hombres con la cabeza inclinada sobre el pecho y las costillas prominentes. Con las extremidades extrañamente retorcidas y las muñecas atadas con sogas a los maderos, parecían pájaros suspendidos de las alas. Publibor nunca había visto un hombre crucificado y todos solían reírse de él porque nunca asistía a las ejecuciones. En esta ocasión tuvo que apoyarse en la pared, sintió náuseas y vomitó. Cuando volvió a mirar, una de aquellas figuras retorcidas alzó la vista hacia él. El hombre sacó la lengua oscura e informe y la restregó sobre los dientes, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, sin

dejar de mirar a Publibor. El joven araño la muralla que se alzaba a su espalda. Tenía un nudo en la garganta y ni él mismo sabía a ciencia cierta si lloraba o tosía. Entonces la piel de la cara del hombre colgado comenzó a crisparse lentamente y se formaron arrugas alrededor de su boca y ojos, como si intentara sonreír.

Tragó saliva varias veces con visibles espasmos de la garganta, cerró los ojos e intentó apoyar la barbilla contra un hombro, pero ésta volvió a caer sobre su pecho. En ese momento, una mano tocó el brazo de Publibor. Era el guardia que estaba a la sombra de la muralla.

-¿Qué haces aquí? -le preguntó, pero Publibor fue incapaz de articular una respuesta y se limitó a mirar fijamente al centinela con uniforme romano y un casco sobre el cuello enrojecido-. Supongo que eres nuevo -dijo el centinela-. Vete, no tienes nada que hacer aquí.

-¿Por qué les hacen eso a aquellos hombres? -balbuceó Publibor señalando las cruces con un tembloroso movimiento de barbilla.

El centinela se encogió de hombros y no respondió. También miró hacia los hombres crucificados, pero después de un momento desvió la vista y se secó el sudor de la cara.

-Es para mantener la disciplina y para que sirva de advertencia a los demás -dijo-. Si les das algo de beber, se hace aún más largo. Adelante, fuera de aquí.

Una vez más, Publibor vagó por las calles de la ciudad. No sabía cuánto tiempo llevaba así, pero tenía la impresión de que habían pasado varias horas. Los ojos del hombre crucificado no lo abandonaban y una y otra vez creía ver su lengua restregando los dientes, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Cuando por fin sus cansados pies se negaron a seguir adelante y el hambre comenzó a arderle en el estómago, la escena empalideció. "Es para mantener la disciplina y para que sirva de advertencia a otros", había dicho el centinela. Si él lo decía, debía de ser así, pues sin duda era la

persona más indicada para saberlo. Y si Espartaco mandaba gente a crucificar, tendría sus motivos. Poco a poco se fue tranquilizando e incluso reunió el valor suficiente para preguntar por el camino que conducía al comedor.

El comedor era un largo edificio de madera recién construido. Las flamantes planchas de madera exudaban resina por las junturas, como todas las demás de la ciudad. Cuando Publibor se sentó en su banco ante una mesa extremadamente larga, elegida al azar, entre una hilera también extremadamente larga de hombres, y rozó con los codos a sus dos vecinos, sintió que todo estaba bien y volvió a embargarlo el humor festivo con que había venido a la ciudad. La comida consistía en una suculenta sopa de trigo y cebolla. Cada cazuela se repartía entre seis hombres, que se inclinaban sobre ella y la comían con cucharones de madera.

La sala era lo bastante grande para albergar a casi cien de estos grupos a la vez.

El sudor de un día de trabajo se secaba lentamente en las frentes de los hombres, que, pese a comer sin hablar demasiado, llenaban el comedor de un constante y uniforme murmullo. Los cinco hombres que compartían la cazuela con Publibor, cuyas cucharas se cruzaban con frecuencia y golpeaban a menudo la suya, todavía no habían hecho ningún comentario. Tampoco Publibor, que ya los amaba como a hermanos, se atrevía a hablarles, pues temía decir algo equivocado, como parecía haber estado haciendo durante todo el día. Sin embargo, notó que el hombre sentado frente a él llevaba una atuendo muy distinto a los guardapolvos de los demás. Estaba cubierto con una tela harapienta, que en el pasado podría haber sido una toga, cuyas mangas ondulantes amenazaban constantemente con sumergirse en la sopa. El hombre tenía una macilenta cara de pájaro que guardaba una vaga semejanza con la del vagabundo, pero la expresión de dolor grabada en la piel que rodeaba sus ojos producía un extraño contraste con sus gestos exagerados y nerviosos. Aquel hombre fue el primero en dirigirse al recién llegado.

-¿Qué tal sabe el pan de la libertad? -le preguntó golpeando con la cuchara el borde de la cazuela.

-Bien -se apresuró a responder Publibor.

Al principio, imaginaba que todas las conversaciones en la fraternidad serían de ese estilo, pero ahora se sentía ligeramente amilanado por el tono pomposo de ese extraño.

-Lo veo en tus ojos -dijo Zozimos-. Pronto estarás ahíto.

-Ya lo estoy -respondió Publibor con una sonrisa y se recostó en el respaldo del banco.

-De momento, sólo lo está tu estómago -dijo Zozimos-, pero tu mente sigue hinchada de emociones sublimes y grandes expectativas. Tienes que esperar a que se esfumen.

Era el único que seguía comiendo, y mientras hablaba, hundía una y otra vez la cuchara en la sopa con una especie de pesarosa gula. Los demás lo escuchaban con expresión indiferente.

-El alma olvida antes que el cuerpo -dijo y agitó la cuchara en un ilustrativo gesto-. Observa a tu alrededor y mira cómo todos se sientan en tomo a sus cazuelas con estúpida y yana satisfacción por el trabajo realizado. ¿A quién le importan los hermanos hambrientos del resto de Italia? Su sed quedó saciada en cuanto bebieron un sorbo de la copa de la libertad y ya han olvidado lo que soñaban cuando tenían las bocas secas en el monte Vesubio. Mientras tanto, Espartaco se hace llamar "emperador", tiene tratos con los poderosos y firma alianzas con ellos. Espera, sólo espera a que se abran tus ojos, recién llegado, pues ahora están pringados con el untuoso fluido de la emoción.

Publibor no sabía qué decir. Acababa de llegar, por supuesto, pero le sorprendía mucho que los demás permanecieran en silencio y no demostraran el menor interés por la conversación. El hombre sentado a su lado, un hombretón pelirrojo con los ojos eternamente nostálgicos de los habitantes de las montañas tracias, se incorporó con torpeza, saludó con un gesto absurdo y amistoso y se alejó dando grandes zancadas. La sala se vaciaba de forma gradual, pero Zozimos seguía hablando:

-Llevamos casi dos meses aquí, construyendo nuestras pequeñas casas, como si todos los problemas de la humanidad se hubieran resuelto. ¿Dónde quedó el proyecto de una hermandad italiana? Cada noche, antes de irse a dormir, todos se cuentan historias fantásticas sobre Espartaco y se

sienten orgullosos de que haya una ciudad de esclavos en Italia. Y cuando sus amos les dan un puntapié en el trasero, les gritan: "¡Ya verás cuando te coja Espartaco!" Eso los consuela y las cosas no pasan de ahí. Por consiguiente, nuestra causa no avanza y la humanidad sigue mostrándose sorda y obtusa. Mientras tanto, nosotros construimos nuestras casitas, comemos nuestra sopa y olvidamos la miseria de los demás.

Hasta ese momento, Zozimos había recalcado sus palabras con gestos contundentes, pero ahora dejó caer las manos con pesar. Al ver que nadie le contestaba, suspiró y rebanó los restos de la sopa de las paredes de la cazuela. Aunque la glotonería del retórico resultaba extrañamente cómica, el joven Publibor tenía la impresión de que su discurso estaba inspirado en un auténtico sentimiento de pesar.

La sala había quedado casi vacía y sólo permanecía allí un pequeño grupo de hombres que jugaban una partida de dados con un vaso de cuero. Publibor se sentía cansado y somnoliento, pues las experiencias del día habían sido demasiado intensas para él, y cuando el retórico comenzó a pronunciar otro discurso sobre el Estado del Sol, no se preocupó en escucharlo, igual que la joven del trigo no lo había escuchado a él. Sus ojos, que según el retórico estaban pringados con el fluido de la emoción, se cerraban inducidos por una voluntad propia, y el joven se quedó dormido sentado.

6 Política mundial

Los esclavos de Italia no habían respondido a la llamada. En los territorios del norte, Etruria y Umbría, se había encontrado la insignia de las cadenas rotas junto a los cadáveres de varios terratenientes asesinados, pero las cosas no habían pasado de allí. En algunas ciudades, como Capua y Metaponto, se habían organizado occasionales revueltas en los mercados, pero habían sido reprimidas y todo había seguido igual. No había señales del gran levantamiento que el esenio había predicho en el monte Vesubio ni de la insurrección de los esclavos italianos, vaticinada por el abogado Fulvio en los baños de vapor. Es verdad que la gente seguía llegando de muy lejos para unirse a la ciudad de los esclavos -que, aunque construida para setenta mil hombres ya albergaba a cien mil-, pero la Ciudad del Sol seguía siendo única en su género. Severa y solitaria, se alzaba en la llanura entre Crathis y Sibaris, al pie de las montañas. En el interior de sus murallas la gente vivía de acuerdo con sus propias leyes, como si no perteneciera al imperio romano sino a un planeta extraño.

El cronista Fulvio caminaba por las calles de la ciudad con los rollos de pergamino bajo el brazo, acariciándose la calva llena de protuberancias y devanándose los sesos para descubrir dónde estaba el fallo. En sus discursos había repetido una y otra vez que el imperio romano estaba acabado. Los campesinos habían sido desangrados y los trabajadores libres suplantados por esclavos, de modo que todos aquellos que en una época tenían medios para ganarse la vida, ahora debían dedicarse al robo o a la mendicidad. Roma estaba llena de una mano de obra que nadie quería y atestada de trigo barato, que se pudría en los graneros mientras los pobres no tenían pan. No transcurrían diez años seguidos sin revoluciones o guerra civil; y

hasta un niño podía ver que un nuevo mundo y un nuevo orden golpeaban a todas las puertas. Entonces dónde estaba el fallo, se preguntaba el abogado Fulvio, echando en falta la viga sobre su escritorio. Por qué, entonces, el Estado del Sol permanecía aislado, sin que el mundo respondiera, como si sus murallas se alzaran sobre un planeta extraño.

Sila había hecho el último intento por salvar aquel orden corrupto. Había visto el abismo al que se acercaba el Estado, había oído los gritos de los hambrientos y los oprimidos y había comprendido que una nueva era estaba a punto de despuntar.

Entonces había intentado girar hacia atrás la rueda de la historia, resucitando el legendario orden del pasado, la era de los patriarcas, una época que no sabía de comercio ni de derechos humanos, con una visión estrecha y piadosamente limitada, una era en que crueles dioses, sedientos de sangre, regían la razón de la humanidad.

Sólo podían ser amos y señores de ese Estado quienes fueran capaces de probar que la sangre que corría por sus venas pertenecía al linaje de la loba; los demás no valían nada para él. Sin embargo, cuando Sila intentó revivir aquel pasado heroico, su suplicante invocación en el tiempo y el espacio fue respondida por las miles de lenguas de delatores, chantajistas, aventureros y espías, que retozaron como tiburones felices en el mar de sangre derramada y engordaron con los cadáveres de sus víctimas, aferrados a la cumbre del favoritismo, mientras los mejores hombres partían al exilio.

Es verdad que el dictador recorría la tierra como si estuviera en estado de trance, conversaba en sueños con los dioses, se hacía llamar "Sila el Afortunado" y se rodeaba de una guardia de diez mil hombres sedientos de sangre, los cancerberos de su quimérico remo.

Pero los piojos se apoderaron del gran Sila y lo devoraron. Eso que llaman ptinasis.

Su sueño no había sido más que el interludio de una pesadilla, el último intento por retrasar el fin del maldito imperio mediante trucos de magia. Había que reconocer que su constitución había sobrevivido y que los demócratas desterrados seguían en el exilio, pero sólo faltaban unos años, o incluso meses, para que las riendas se escaparan de las manos apáticas y seniles

de la aristocracia romana.

¿Pero quién sería el heredero? ¿Quién poseía el pulso firme y la fuerza de convicción necesarios para iniciar la nueva era? Los esclavos de Italia estaban sordos y no habían respondido a la llamada. En Italia había dos veces más esclavos que ciudadanos libres, y sin embargo sólo se había erigido una Ciudad del Sol. Turio albergaba a sus únicos aliados, pues los miembros de la corporación habían comprendido la posición con mayor rapidez que aquellos por cuyo bien había comenzado todo.

¿Dónde estaba el error? ¿Deberían buscar más aliados?

El abogado Fulvio recordó el tratado que había comenzado a escribir cuando los esclavos de Capua se organizaron para custodiar la ciudad en lugar de unirse a Espartaco, titulado "De las Causas que Inducen al Hombre a Actuar en Contra de sus Propios Intereses". Una súbita sensación de ansiedad le cerró la garganta; tal vez fuera un presentimiento, aunque él no creía en ellos. ¿Qué destino le aguardaba?

Una noche lluviosa había saltado las murallas para unirse a la revolución, y ahora era cronista y consejero del emperador del Estado del Sol, aunque la revolución no hubiera comenzado. ¿Qué destino les aguardaba a todos? ¿Quizás aquella ciudad que había brotado del suelo con impetuosa rapidez fuera también un interludio y estuviera destinada a una extinción igualmente precipitada? Un interludio similar a la inquietante pesadilla de la dictadura de Sila, pero en dirección opuesta. Nada impedía que de tanto en tanto la historia tuviera sueños diferentes, más agradables, y luego despertara para seguir su camino.

¿Pero qué clase de camino? ¿Acaso todos esos sufrimientos, esos turbios desvíos que uno debía seguir para alcanzar la meta, no eran simples medios para llegar a un fin, sino leyes inherentes a la historia? ¿Era posible que la meta fuera un producto.

de la fantasía humana, sin ninguna base real?

El abogado Fulvio se detuvo en medio de la calle, presa de un súbito terror que hizo que los pergaminos se escabulleran de sus manos. ¿Qué pasaba con sus pensamientos? Eran confusos, perniciosos, casi suicidas. Un consejero político capaz de semejantes divagaciones merecía ser crucificado

junto a la puerta norte con el fin de erradicar el mal y velar por los intereses comunes.

Fulvio llegó a la conclusión de que la gente con responsabilidades no debía pensar demasiado o de que, si lo hacían, necesitaban una viga de madera sobre la cabeza que les advirtiera, con sus benéficos golpes, que sus ideas no debían perderse en la inmensidad del infinito.

El abogado Fulvio suspiró y recogió los rollos de pergamino. Oh, si, no cabía duda de que debían hallar nuevos aliados; eso era lo fundamental en aquel momento. Debían negociar con todo tipo de gente, tomar todo tipo de desvíos, sin preocuparse de dónde conducían. El abogado apretó los pergaminos bajo el brazo y continuó subiendo la cuesta, en dirección a la tienda de la enseña púrpura.

La tienda con la enseña púrpura comenzaba a cobrar importancia en la política mundial.

El campamento rara vez veía al emperador y los guardias de cascós brillantes y ojos severos eran los encargados de comunicar sus órdenes. En el interior de la tienda, el murmullo de la afanosa actividad del exterior se oía vago y distante, como el lejano aliento de las montañas. La enseña púrpura colgaba de un mástil frente a la tienda y ondeaba temblorosa en el aire cuando la acariciaba el siroco o azotaba el mástil, pesada y empapada, cuando llovía. Los centinelas no dejaban pasar a nadie sin permiso y tenían rostros hostiles, amenazadores.

Sin embargo, numerosos visitantes de extrañas y diversas características entraban y salían constantemente de la tienda. Eran consejeros de Turio, que iban a discutir cuestiones relacionadas con las provisiones, los metales y el material de construcción; delegados, casi siempre enviados por los eternamente disconformes galos, que iban a presentar quejas o solicitar intervención y veredicto en las disputas; gladiadores y lugartenientes, que asistían a la asamblea diaria, ahora breve y formal, pues el tiempo de las discusiones eternas habían quedado atrás y las palabras concisas del emperador abrían y cerraban las reuniones.

Espartaco también recibía visitas regulares de los embajadores del Estado pirata, caballeros de imponente apariencia u ostentosa elegancia, es-

coltados por una guardia de honor concedida por el Consejero municipal. Sus magníficos buques se mecían en las aguas del puerto, admirados por los incrédulos ciudadanos de Tuno.

Esta flota suministraba armas y metales al ejército de esclavos y contribuía al floreciente comercio del flamante puerto libre de Turio con sus cargamentos de cereales y otras mercancías. Los piratas eran caballeros elegantes y altivos, aunque casi todos habían sufrido alguna mutilación. El almirante tenía un parche negro sobre el ojo izquierdo, su ayudante padecía una ligera cojera y todos los demás miembros del séquito habían perdido alguna parte insignificante de su cuerpo -desde un trozo de oreja a un par de dedos de las manos o de los pies- a consecuencia de los peligros de la vida naval, aunque sus suntuosos atavíos cubrían cualquier otra amputación.

En suelo romano, los esperaba la horca, de acuerdo con las leyes imperantes, pero el consejo de Turio los recibía con una guardia de honor.

También llegaban viajeros desde España. Llegaban vestidos como mercaderes, sin alharaca y acompañados de una pequeña comitiva. Eran los embajadores del ejército de esclavos.

Y finalmente, entre gran pompa y esplendor, acudían los embajadores del gran rey Mitrídates, anunciados por heraldos, aclamados por el pueblo, luciendo llamativos atuendos bárbaros e incommovibles expresiones de ídolo.

Todos desaparecían en el interior de la tienda de la enseña púrpura y se sentaban a parlamentar con el nuevo emperador, el regidor del sur de Italia, que, a pesar de sus oscuros orígenes, había vencido a las legiones del Senado romano y comandaba un ejército de cien mil hombres. Espartaco se sentaba frente a ellos en un rincón sombrío de la tienda, con la cara en penumbra, y hablaba parcamente con ronco acento tracio.

Al atardecer acudía a visitarlo el abogado Fulvio. Cuando el bullicio de campamento comenzaba a apagarse y las montañas negras que rodeaban la ciudad parecían acercarse unas a otras, el abogado se sentaba frente al emperador durante varias horas. Interrumpido por frecuentes accesos de tos

seca y monótona, hablaba de la política romana, de su larga participación en la rama radical de la facción demócrata, hasta que la dictadura lo había obligado a ocultarse en Capua como escritor, retórico y picapleitos. Hablaba de los enemigos del imperio romano, del rey ponto Mitridates, del armenio rey Tigranes, del Estado pirata, del ejército de emigrantes en España y de la red de tratados que conectaba a todos estos poderes desde Asia a la costa atlántica y de los Pirineos a Sicilia. También hablaba de la inestabilidad y de la ineptitud de los estadistas romanos. Era evidente que se acercaba el fin de la supremacía romana y que el poder temblaba en manos seniles; el único problema era saber quién iba a arrebatarlo de aquellas manos. El emperador escuchaba inmóvil.

-Tomemos por ejemplo a los refugiados de España -dijo Fulvio-, casi todos eran miembros de la facción demócrata. Algunos de sus miembros murieron en la guerra civil, otros en el patíbulo y el resto huyó al exterior.

"Eran varios miles y formaban la élite intelectual de Roma. Al principio las cosas no les fueron bien y se vieron obligados a viajar de un sitio a otro en busca de un lugar donde exiliarse. Se dirigieron al sur del Mediterráneo en viejas barcazas, piadosamente cedidas por los piratas, y pidieron refugio en todos los puertos de Sicilia y el norte de África, pero todos los rechazaron.

"Así llegaron hasta Numidia, cuya costa desierta y dunas arenosas se convirtieron en su refugio de invierno. Sin embargo, pronto descubrieron que el rey de Numidia se había mostrado amistoso y les había hecho todo tipo de promesas con la intención de hacerlos sentir seguros para luego devolverlos al dictador. El poder de Sila llegaba lejos, su sed de venganza era insaciable, y sus agentes y espías habían presionado a Hiempasal -tal era el nombre del rey de Numidia-con tantas promesas y amenazas, que al final había aceptado prestarse a aquella pérvida violación de las reglas de hospitalidad. Los refugiados se escaparon por los pelos de la extradición y encontraron un nuevo escondite en una pequeña isla lejos de la costa de Túnez. Allí llevaron vidas miserables y arriesgadas, y fueron compadecidos y condenados por todos, pues la piedad y la condena son hermanas gemelas.

"Así vivieron hasta el día en que Sertorio, el mayor revolucionario de todos los tiempos y antiguo gobernador de España, depuesto por Sila, se

convirtió en su jefe.

A partir de entonces, aquella miserable pandilla de emigrantes pasó a ser el enemigo más poderoso de Roma.

"El pueblo de España se rebeló contra los nuevos gobernadores enviados por el dictador y recibió a los refugiados. Entonces Sertorio reclutó a los españoles en su ejército, que cobró notable importancia. Aunque no podía pagarles más que con su fervorosa elocuencia y la fuerza de sus argumentos, miles de nobles españoles juraron fidelidad eterna a Sertorio y sus camaradas que habían sido depuestos por Roma fueron enrolados como oficiales, y tanto el rey Mitrídates como el Estado pirata, que al principio no habían querido saber nada de ellos, se convirtieron en sus aliados. Así comenzó la guerra de los emigrantes, primero contra Sila y luego contra los herederos de su ideología, una guerra que ya lleva ocho años.

El abogado hizo una pausa, pero Espartaco permaneció en silencio, sin que nada delatara sus pensamientos. Los mensajeros habían anunciado la visita de los embajadores de Sertorio, que debían llegar tres días después. Fulvio sabía que las negociaciones serían muy difíciles. Recordaba las primeras conversaciones con el consejo de Turio y sentía una molesta inquietud ante la inminencia de éstas. Deseaba conocer la opinión del emperador, pero el emperador guardaba silencio.

Fulvio se aclaró la garganta. Hubiera deseado estar en su propia tienda o, mejor aún, escribiendo su crónica en el escritorio de la buhardilla, de modo que la distancia filtrara los hechos, purificándolos antes de que llegaran a él. Esperó una respuesta del emperador, pero como ésta no llegó, continuó su relato:

-El poder de Sertorio es enorme. Ha formado un Senado de emigrantes en España, que promulga leyes y se considera a sí mismo el gobierno constitucional de Roma. Su tratado con Mitrídates establece la concesión al rey de cuatro Estados asiáticos dependientes del protectorado romano, a cambio de tres mil talentos de oro y cuarenta buques de guerra. Dicen que esta flota, tripulada por los refugiados más competentes y comandada por Mario el Joven, pronto atracará en la costa italiana.

"Es probable que los delegados de España nos interroguen antes de

establecer una alianza, y podrían hacer preguntas difíciles.

-Dime cuáles -dijo por fin el emperador desde su rincón.

-Son fáciles de predecir -respondió Fulvio-. Preguntarán exactamente lo mismo que los habitantes de Turio. ¿Es verdad que pretendes robar las casas a los ciudadanos y los esclavos a los amos? ¿Es verdad que quieres volver todo patas arriba?

¿Es cierto que no sólo piensas ceder tierras a los granjeros sino también a los esclavos? Y lo peor es que harán esas preguntas en parte por egoísmo y preocupación por su mezquino bienestar y en parte por una sincera convicción y absoluta ceguera.

Y si nosotros les respondemos con nuestra propia y sincera convicción, no nos comprenderán.

-¿Entonces cuál debe ser la respuesta? -preguntó Espartaco.

El abogado no respondió enseguida, pues tenía un nudo en la garganta.

-Hemos vencido a Varinio y Roma enviará nuevas legiones. El ejército de Sertorio dobla varias veces al nuestro en número de soldados, armas y mercenarios. Sin embargo, hace varios años que intenta infructuosamente eliminar a las legiones romanas. El Estado está debilitado, casi acabado, pero las legiones son tan fuertes como siempre. Los enemigos de Roma pueden vencer sólo si se mantienen unidos, su lucha es nuestra lucha.

-¿Y su victoria la nuestra?

-No, pero toda alianza tiene una base falsa.

-¿Y qué dirá la horda de semejante alianza?

-No la comprenderán -respondió Fulvio-, pero actuamos en su nombre e interés.

Espartaco calló. La lámpara de aceite parpadeó, a punto de extinguirse, y el abogado se levantó torpemente a cambiar la mecha.

-Déjala -dijo Espartaco con brusquedad desde su rincón.

-No puedo hablar en la oscuridad -respondió el abogado.

-No necesitas luz para hablar -dijo Espartaco-. El viejo que solía venir a hablarme antes de que tú llegaras encontraba mejor las palabras en la oscuridad.

-Hay asuntos que se hablan mejor en la penumbra y otros que es preciso hablar a la luz -observó Fulvio.

-¿Cuál es la diferencia?

-Los primeros atañen al sentimiento, que tiene sus raíces en la oscuridad, y los segundos a la razón, que para imponerse necesita todos los sentidos alerta.

Ambos guardaron silencio. Fulvio estaba agotado y no podía mantener los ojos abiertos. Tenía la impresión de que las palabras que pronunciaba no eran suyas, sino que se limitaba a expresar aquello que el otro quería oír. ¿Quién era el líder?, ¿quién guiaba a quién? Aquel insondable hijo de las montañas -inmóvil en su rincón, sentado como un leñador con los codos sobre las rodillas y la expresión indescifrable-comenzaba a hacerlo sentir incómodo. ¿Era astuto o simplón, lúcido o maleable? ¿O esas disyuntivas no existían en el terreno de la acción? Irradiaba un enorme poder que inducía a los demás a ofrecerle su saber más profundo; sus ojos se adherían a uno hasta agotar los insondables pozos de su ser, aunque él no demostrara demasiado interés por nadie. ¿Aquellas largas conversaciones lo ayudaban a resolver las cosas, o sólo pretendía que confirmaran las inquebrantables decisiones que ya había tomado?

Durante el largo silencio, las paredes de la tienda comenzaron a henchirse, empujadas por una ráfaga de viento marino. La enseña púrpura azotó el mástil con estruendosos golpes y luego calló, pero la brisa marina regresó periódicamente para aclarar la oscuridad entre las estrellas y limpiar el aire sofocante de la tienda. Un gallo se desgañitó con su canto y otros lo siguieron en un discordante coro. Despuntaba el alba.

Fulvio se sobresaltó. Su interlocutor se había levantado y se estiraba, llenando toda la tienda. El abogado parpadeó y contempló la cara ancha y severa, cuya superficie ya estaba teñida por la luz amarilla del amanecer.

-¿Firmarás la alianza? -preguntó Fulvio haciendo un esfuerzo por controlarse y refrenar su lengua pastosa.

Entonces se sorprendió con la voz grave y resonante del emperador, que ya había abierto la puerta de la tienda y le contestó desde afuera, extraño y distante, que él, Fulvio, debía anunciar que los esclavos se aliarían a todos los enemigos de Roma, los piratas, los emigrantes y el gran rey Mitrídates, y que unirían sus esfuerzos contra el Senado romano, los amos de la tierra.

Luego vio al emperador descendiendo la colina con su ancha espalda toscamente cubierta por la piel moteada, hasta desaparecer entre dos hileras de guardias, que, aun aturdidos por el sueño, lo saludaban con los brazos en alto.

7 La añoranza

Habían acabado de construir la ciudad en primavera, cuando marzo soplaba impetuosas brisas y los cultivos brotaban de la tierra. Ahora era verano y el calor ya había llegado.

El suelo estaba agrietado, su savia consumida. El mar, como una gran lámina de acero, reflejaba el estallido del cielo con un deslumbrante resplandor. La turba se había convertido en polvo y el polvo cubría todo lo que antes había sido verde y húmedo con un manto harinoso. Los arroyuelos se estrechaban, se rezagaban, morían una muerte seca.

El ganado se volvía indolente, los búfalos blancos se tendían, jadeantes, a la sombra, y la apatía también se apoderaba de hombres y mujeres; primero de sus cuerpos, después de sus mentes.

Eran cien mil. Al comenzar la temporada de las lluvias, habían soñado con una ciudad fuerte, una ciudad sólida donde invernar, una ciudad propia rodeada de murallas.

Ahora tenían su propia ciudad rodeada de firmes murallas.

¿Por qué debían servir los fuertes a los débiles? -se preguntaban entonces-.

¿Por qué la mayoría debía servir a una minoría? Ahora eran fuertes, muchos, y se servían a sí mismos.

Atendemos su ganado -habían protestado-, y sacamos al ternero sanguinario de la vaca, pero no para aumentar nuestros rebaños. Les construimos casas, pero no podemos vivir en ellas. Estamos obligados a pelear en batallas por los intereses ajenos. Ahora lo hacían todo para sí.

Ansiaban recuperar la justicia perdida, la era de Saturno, una era que no conoció amos y esclavos, sino igualdad de derechos y buena voluntad. Ahora eran libres y tenían sus propias leyes.

Cien mil personas vivían en la nueva ciudad del presente, visible desde lejos entre el mar y la montaña. Ya no se trataba de un espejismo del futuro ni de un pasado que se volvía cuestionable a la distancia; allí y entonces estaban las montañas, la ciudad, la victoria...

¿Era una victoria?

Aquella apatía que se había apoderado de ellos en el aire caliente y siseante, ¿era la apatía de la saciedad y la satisfacción? ¿Ya no quedaba ninguna meta, ningún anhelo, ningún deseo?

La vida en la ciudad seguía su curso. Los pastores conducían el ganado hacia los prados, los labradores, desmalezadores y segadores se ocupaban de sus respectivas faenas, las mujeres cocinaban, los niños jugaban en el suelo, los infractores morían crucificados junto a la puerta norte y los dioses revoloteaban por las calles calurosas.

Parecía que todo hubiera sido así hacia tiempo. Por las tardes, la gente se contaba anécdotas sobre los miserables años de esclavitud, que a la distancia, sólo parecían verdades a medias. Y en el interior de la gente crecía una primitiva y malsana esperanza, que ni ellos mismos conocían.

Cuando la ciudad de los esclavos había cumplido cinco meses, la comida comenzó a escasear, los graneros se vaciaron y las raciones de los comedores se volvieron más exigüas. El ánimo general decayó rápidamente.

El joven Publibor lo notaba cada vez que entraba en el comedor. Las cazuelas de sopa seguían repartiéndose entre seis personas, pero ahora estaban casi vacías y los cucharones de madera se movían con mayor rapidez y chocaban más a menudo. El retórico Zozimos hacia gala de la máxima destreza, pues su cucharón recorría el camino de la cazuela a la boca en la mitad de tiempo, sin que ello le impidiera seguir agitando las mangas y hablando sin cesar. Su tema preferido eran las cruces de la puerta norte, cuyo número se había incrementado de forma notable en los últimos tiempos.

-Vaya forma de disciplina y advertencia -se mofaba Zozimos-. ¿Acaso peleamos y soportamos las más increíbles penurias para cambiar el viejo yugo por uno nuevo? En los viejos tiempos, vuestras entrañas rugían con ira, ahora rugen con disciplina. La vida en la Ciudad del Sol se ha vuelto tediosa y llena de restricciones.

¿Qué a sucedido con el entusiasmo y el espíritu fraternal de antaño? El viejo abismo entre los jefes y la gente común se ha abierto otra vez, pues el emperador se reúne sólo con consejeros y diplomáticos, y debería añadir que los festines celebrados en su honor no parecen afectados por la escasez de provisiones. Pero eso no tiene importancia, pues sabemos que se hace en aras de intereses nobles y por nuestro propio bienestar... cosas de las que, por desgracia, no sabemos nada. De modo que nos dejamos conducir como ovejas incapaces de encontrar por si solas las tierras de pastoreo y suponemos que eso es lo justo y adecuado. Sin embargo, el prado está yermo y, como era de esperar, las ovejas comienzan a balar. Y ahora escúchame bien, chico, escucha bien lo que sucede, pues esto es lo único importante. De repente, el pastor comienza a hablar a las ovejas como si fueran criaturas racionales. Les habla de paciencia, disciplina y razones elevadas, y luego anuncia que aquellos que no lo comprenden y sigan balando serán ajusticiados en aras de una causa más noble.

"Esto es lo que los filósofos llaman paradoxon. ¿Puedes responder a esto, chico?

No, Publibor no podía. Lo había estado escuchando en un estado de contradictoria confusión, y pese a su repulsión por los frenéticos movimientos de las mangas de su interlocutor, sabía que su pesar era sincero. Si, era difícil orientarse en aquella ciudad, cuya vida era muy distinta a lo que había imaginado. Recordó el día de su llegada, su horror ante la visión de las cruces de madera, junto a la puerta norte, y luego, como si intentara redimirse por aquel pensamiento pecaminoso, se apresuró a murmurar:

-Sin embargo, haga lo que haga el emperador, no hay duda de que sus intenciones son buenas.

Por lo visto aquéllas eran las palabras exactas que el otro hombre esperaba, pues llegó incluso a dejar la cuchara y arremetió contra el pobre Pu-

plibor, gesticulando de forma frenética:

-¿Dices que sus intenciones son buenas? Por supuesto que si, eso es lo peor. No hay tirano más peligroso que el que está convencido de ser un abnegado guardián del pueblo, pues el daño hecho por el tirano intrínsecamente perverso se reduce al ámbito de sus intereses personales y su crudidad particular, mientras que el tirano con buenas intenciones, aquel que tiene una razón noble para todo, es capaz de producir un daño ilimitado. Piensa, por ejemplo en el dios Jehová, chico. Desde que los hebreos tuvieron la desafortunada idea de seguirlo, han sufrido una calamidad tras otra, siempre por razones nobles, porque sus intenciones son buenas. Prefiero mil veces a nuestros dioses sanguinarios, pues basta con que les ofrezcas un sacrificio de vez en cuando, para que te dejen en paz.

Por supuesto, Publibor tampoco tenía nada que decir al respecto, aunque de todos modos hubiera sido innecesario, pues la verborrea de Zozimos era incontrolable. Publibor notó que los demás comensales, que no acostumbraban escuchar al retórico y solían levantarse en cuanto acababan de comer, ahora se quedaban a escucharlo atentamente.

-Pero -continuó Zozimos-, no hablamos de dioses sino de seres humanos. Y os advierto que es peligroso reunir tanto poder en el puño de una sola persona y tantas razones nobles en una sola cabeza. Al principio la cabeza ordenará golpear al puño por razones nobles, pero con el tiempo el puño golpeará por propia voluntad y la cabeza ofrecerá las razones nobles más tarde, sin que la persona note la diferencia. Así es la naturaleza humana, chico. Muchos amigos del pueblo han acabado convirtiéndose en tiranos; pero la historia no nos brinda un solo ejemplo de alguien que haya comenzado como tirano para luego convertirse en amigo del pueblo. Por tanto, os repito que no hay nada tan peligroso como un dictador con buenas intenciones.

Todo el mundo guardó silencio y Zozimos intentó agarrar las últimas gotas de sopa de la cazuela. Pero el hombretón pelirrojo con la mirada eternamente nostálgica de los pastores tracios, sentado junto a Publibor, suspiró de repente y dijo:

-Dices un montón de tonterías. Deberíamos volver a las montañas de

donde vinimos.

-¿Lo has oído? -exclamó Zozimos-. Todos los días dicen lo mismo. En lugar de pensar en el futuro, piensan en el pasado y de repente todos quieren volver a casa.

-Todos los dicen -asintió el gigantón-. ¿Qué ganamos peleando siempre con los romanos? Matas a uno y detrás viene otro. Deberíamos volver a las montañas ahora que nadie puede impedírnoslo...

Zozimos agitó los brazos en el aire, enfurecido. Con las mangas revoloteando, se preparó para un gran discurso de protesta, pero esta vez Publibor se le anticipó, ruborizándose por su propia audacia:

-¿No lamentarías dejar la ciudad y no volver a vivir nunca de este modo? -le preguntó al gigante.

Pero el gigante ignoró la pregunta, tal vez porque no conocía la respuesta.

-En las montañas también éramos libres antes de que los romanos nos persiguieran -se limitó a responder-. Y allí también había mucho sol. Ahora deberíamos volver. Espartaco tendría que conducirnos allí.

-Pero no lo hará -exclamó Zozimos-, tiene otras cosas en la cabeza.

-Bien, bien -dijo el hombre incorporándose con torpeza-. ¿Cómo puedes saber tú lo que tiene Espartaco en la cabeza? Tendremos que esperar, eso es todo.

Luego nos llevará de vuelta a casa.

Suspiró una vez más y abandonó el comedor sin despedirse, igual que todos los demás.

Publibor oía conversaciones similares todos los días. Cada vez eran más los que hablaban de regresar a casa. Por las noches, los tracios y los celtas entonaban canciones de sus tierras natales, rescatándolas de largos años

de olvido. Algunos ni siquiera habían conocido aquellas tierras legendarias, pues sus padres y abuelos ya habían vivido en cautiverio, y otros sólo conservaban recuerdos muy vagos. Sin embargo, ahora todos hablaban de sus países. La nostalgia los acosaba como en la isla de los pantanos del Clanio los habían acosado las fiebres, pero no había medicinas capaces de combatir esta infección.

Un difuso, expectante, malsano sentimiento de añoranza afectaba a hombres y mujeres. Desde la tienda de la enseña púrpura llegó la noticia de que la escasez se debía a una paralización temporal del suministro de alimentos. Debían tener paciencia, pues todo se solucionaría pronto. Además, la flota aliada de los emigrantes, comandada por Mario el Joven, estaba en camino.

Pero esa noticia no llenaba las cazuelas y los guardias de cascós brillantes que comunicaban el mensaje del emperador se enfrentaban con caras y oídos cada vez menos receptivos. Muchos decían que ya habían salido suficientes palabras y decretos de la tienda de la enseña púrpura, y que no habían luchado, derramado su sangre y vencido a los romanos para volver a inclinarse bajo el yugo del trabajo y beberse su propio sudor. Los más locuaces y bulliciosos eran justamente aquellos que no habían luchado ni derramado su sangre, sino que habían llegado poco tiempo antes, implorando que les dejaran pasar, entre ellos un vagabundo con cabeza de pájaro y ojos juntos que se movían sin cesar dentro de sus órbitas.

Sin embargo, encontraban muchos adeptos entre la gente que ya no quería escuchar las palabras procedentes de la tienda de la enseña púrpura. Mientras tanto, las comidas del comedor se volvían cada vez más escasas. No es que estuvieran muriéndose de hambre, pero faltaba poco para que lo hicieran. Muchos de ellos, en efecto la mayoría de los cien mil, habían tenido un contacto mucho más íntimo con el hambre en el pasado y en esa época lo consideraban un compañero natural de su existencia. Pero la experiencia pasada se desvanece rápidamente en la memoria del hombre, y cuanto más trágica es esta experiencia, más rápido se devora a sí misma sin dejar rastro. Por lo tanto, cuando el olvidado y aun así familiar ardor surgió una vez más en las entrañas de la gente, todos estallaron en protestas frente a la tienda de la enseña púrpura, contra los falsos consejeros y la altiva ce-

guera de Espartaco, que parlamentaba con embajadores y diplomáticos en lugar de apoderarse, para él y sus camaradas, de aquello que sus estómagos exigían con sus rugidos. ¿Acaso la vecina y bonita ciudad de Turio no tenía los almacenes repletos de comida? ¿No había muchas ciudades hermosas en Lucania? ¿Qué les impedía apoderarse de su justo botín de vencedores? ¿Qué tipo de descabellada ley era aquella que los sometía a una creciente privación y dificultaba la satisfacción de sus necesidades apremiantes? ¿No había salido todo bien al comienzo de la rebelión, cuando habían entrado triunfalmente a Nola, Sessola y Calatia?

Una vaga, malsana añoranza se apoderaba de hombres y mujeres, y como eran cien mil personas conviviendo en estrecho contacto, encontraba cien mil ecos diferentes.

Por las noches los tracios y celtas entonaban las canciones tradicionales que creían olvidadas y un nombre, igualmente olvidado, volvía a estar en boca de todos:

el nombre de Crixus.

Desde su regreso, Crixus se había retirado de los asuntos públicos. Los renegados lo habían elegido como jefe durante el sitio de Capua. Él no había hecho nada para promover la separación, ni nada para evitarla; lo habían elegido sin tener en cuenta sus acciones. Los insurgentes habían sido asesinados por los romanos, pero él se había salvado por milagro y había regresado al campamento. A partir de entonces, se había mostrado tan taciturno como siempre y había luchado con la brutalidad y melancolía acostumbradas. Una vez construida la ciudad entre el mar y las montañas, Crixus se había hecho a un lado, dejando el mando a Espartaco. No dijo nada cuando firmaron la alianza con Turio, ni cuando Espartaco promulgó las nuevas leyes ni cuando Sertorio y el rey asiático comenzaron las negociaciones. Se movía pesadamente por el campamento, mirando con sus tristes ojos de pez cómo los demás construían y martillaban. Por las noches se emborrachaba y se acostaba con mujeres u hombres jóvenes por igual, aunque permanecía melancólico y taciturno, sin que nadie lo hubiera visto sonreír nunca por los placeres de la carne.

Casi nadie lo quería, pero los galos y los germanos seguían considerándolo en secreto su auténtico jefe, porque hablaba su lengua, usaba bigote como ellos y, también como ellos, llevaba un collar de plata al cuello.

El número de galos y germanos ascendía a unos treinta mil, un tercio de los habitantes de la ciudad, pero pronto todos los que albergaban en sus corazones la malsana añoranza por Nola, Sessola y Calatia, alzaron sus ojos hacia el taciturno Crixus. Él no promulgaba leyes, no daba órdenes ni negociaba con embajadores extranjeros, pero para muchos era más poderoso que el propio emperador. Se sentían atraídos hacia él de una forma distinta, oscura, indefinible, y lo veían como la lúgubre encarnación de su destino.

Él no hacia nada para precipitar los acontecimientos y nada para evitarlos, pero las raciones de comida eran cada vez más escasas y los recuerdos de Nola, Sessola y Calatia seguían vivos en muchas mentes. Las descontentas víctimas de la inquietud y la oscura añoranza sabían que aquel personaje melancólico era el hombre que necesitaban.

8 El hombre de las venillas rojas

El responsable directo del desabastecimiento de los almacenes y de la escasez de las raciones de comida era el Consejo de Turio, que en los últimos tiempos parecía cada vez más dispuesto a causar problemas.

Cuando los caballeros del Consejo comprobaron con gran sorpresa que aquel extraordinario príncipe o jefe de bandidos respetaba estrictamente el tratado y obligaba con severidad a sus hombres a respetar la inmunidad de los ciudadanos de Turio, recuperaron la confianza, y ya se sabe que un sentimiento de seguridad despeja la mente y deja sitio para todo tipo de ideas y razonamientos.

Ante todo, había que tener en cuenta que la rebelión no daba señales de extenderse por ninguna otra región de Italia. Los emissarios de la fraternidad hacían infructuosos viajes a lo largo y ancho del país, desde el golfo de Tarento a la Galia cisalpina, desde el Adriático al mar Tirreno. Los esclavos no se rebelaban, demostraban su aprobación a los emissarios, pero no una disposición a actuar. Tal vez la enorme miseria hubiera consumido su valor, o la reacción a cien años de guerra civil se volviera evidente ahora, con los síntomas de un agotamiento paralizador, o simplemente vivieran una época de revoluciones abortadas. Como quiera que fuese, los tracios seguirían esperando eternamente la revolución de Italia.

Pero, ¿qué decir de los poderosos aliados del jefe de los bandidos? En los últimos tiempos, una serie de rumores y noticias habían llegado a Turio. Se decía que en España había estallado la discordia entre los refugiados, que se enfrentaban entre si y que el propio Senado se había dividido en dos facciones opuestas. Además, se hablaba de una grave derrota sufrida por el

ejército de emigrantes a manos de Pompeyo. Mientras tanto, el destino tampoco parecía sonreírle a Mitrídates, pues su yerno, el gran rey Tigranes, lo había decepcionado, y él, que había depositado su confianza en aquellos nobles, todavía viviría para sufrir todo tipo de desengaños.

Parecía que los romanos habían recuperado la suerte en la batalla, una suerte que siempre parecía resurgir cuanto todo parecía perdido.

Los dioses eran testigos de los sentimientos encontrados de los caballeros del Consejo de Turio ante aquellas noticias, pero había que actuar con realismo.

Aún quedaba la flota de emigrantes, al mando de Mario el Joven, que supuestamente no bajaba de cincuenta galeras y fragatas, tripuladas por diez mil guerreros selectos. Eran la élite de los refugiados romanos comandados por el propio Mario el Joven en persona, hijo del intrépido paladín de la libertad. Si atracaban en suelo italiano, la revolución tendría grandes posibilidades de éxito, en cuyo caso los más distinguidos ciudadanos de tendencias demócratas se unirían a ellos, así como las ciudades atrincheradas que ahora esperaban al gladiador con las puertas cerradas y guerreros armados con lanzas en las murallas.

Hasta aquí, todo estaba bien. Con los pechos hinchidos por la ansiedad, los consejeros de Turio analizaron sin prejuicios la situación mundial, sopesaron los pros y los contras y llegaron a la conclusión de que hasta el momento ambos bandos tenían las mismas posibilidades de éxito.

Pero todo cambió el día en que uno de los imponentes capitanes piratas -que ahora se sentían muy cómodos en el puerto, entraban y salían de él como las palomas de sus nidos y compartían la mesa con los ciudadanos más notables, como era tradicional entre distinguidos comerciantes- entró a toda prisa en la sede del Consejo de Tuno sin la habitual guardia de honor y acompañado sólo por un ayudante.

Aquel capitán, llamado Atenedoro, acababa de regresar de un largo viaje y su dorada galera, cargada con hierro y cobre para la ciudad de los esclavos, se mecía sobre las olas azules de la bahía de Tuno, ante la admiración y la aclamación popular. El capitán fue recibido de inmediato por los caballeros del Consejo, que expresaron su pesar por no haber tenido tiempo de

procurarle una guardia de honor. El capitán restó importancia a este hecho y les rogó que olvidaran las formalidades, pues traía noticias mucho más importantes.

Por lo visto, en las aguas de Asia Menor se había librado una gran batalla. Las señales de fuego habían transmitido la noticia de isla en isla, y los mensajeros de las compañías comerciales romanas la habían llevado al territorio griego, mientras los barcos piratas la proclamaban a través del Adriático. Ahora el capitán Atenodoro, el primero en pisar territorio italiano, la traía consigo: la flota de los emigrantes había sido aniquilada.

Por el momento, nadie conocía los detalles, y sólo se sabía que el general romano Lúculo, al mando de parte de su flota, había hundido quince galeras enemigas entre la costa de Troya y la isla de Ténedos. La parte principal de la flota de los emigrantes estaba estacionada junto a la pequeña isla de Nea, cerca de Lemos. Parecía que, en una criminal imprudencia, los refugiados habían anclados sus naves junto a la costa y se habían desperdigado por toda la isla, para disfrutar de sus nativas. Según comentó con desdén el capitán, ni siquiera se habían preocupado por enviar explorares, de modo que Lúculo los había pillado por sorpresa. Había capturado a los desprotegidos guerreros y perseguido a la desperdigada tripulación como si fueran libres. El propio Mario el Joven había muerto en la lucha junto con lo más selecto de la colonia de emigrantes. Los demás habían sido reunidos y confinados en sus propias naves. Era el fin de la flota de emigrantes y también de las fuerzas navales de Mitrídates, que los financiaba.

Bueno, eso si que era una noticia. Tenían que sopesarla y analizarla con renovada lucidez. La báscula, que hasta entonces mantenía en equilibrio las fuerzas y tensiones del mundo, ahora se inclinaba de forma notable. Pobre príncipe-gladiador y bandido, fiel cumplidor de tratos, te pesamos y eras demasiado ligero. Sigue preocupándote de la paz y el orden en esa ciudad tuya, sigue esperando a tus poderosos aliados. Ellos no vendrán, pues los acontecimientos han tomado un nuevo giro...

¿Acaso el respetable capitán tenía intenciones de comunicar esa inestimable información al emperador tracio?

El respetable y solemne capitán no veía motivos para hacerlo, pues de

todos modos se enteraría tarde o temprano. Además, teniendo en cuenta las inminentes fluctuaciones del precio del trigo, aquella información era inestimable, como tan apropiadamente la habían definido los propios consejeros.

-Así es -asintieron los caballeros del Consejo municipal apresurándose a llegar a un acuerdo sobre dicho precio.

A continuación, el capitán les notificó que aunque hasta el momento daban crédito al Consejo de Turio por las provisiones de Espartaco, en el futuro sólo suministrarían el cereal procedente de Sicilia a la ciudad de los esclavos cuando éste se pagara de inmediato.

Varias horas después, el Consejo se reunió en una asamblea secreta. Los temas de la agenda incluían el cambio de política en vista de la nueva situación y la toma de medidas concernientes al mantenimiento de la Ciudad del Sol, medidas que pronto tendrían un desastroso efecto en los comedores colectivos.

Asistieron a la reunión el primer y el segundo consejero -un digno anciano de ojos ligeramente saltones y un corpulento negociante-, el filósofo retirado llamado Hegio, el verdulero Tíndaro y demás miembros del Consejo.

La mayoría de los presentes aprobaron las medidas propuestas, pero unos pocos manifestaron su temor ante la posibilidad de que éstas hicieran peligrar la seguridad de Turio en caso de que los bandidos, afectados por dichas medidas, decidieran romper el tratado y sucumbir a sus brutales instintos. El verdulero Tíndaro, en particular, recurrió a los trillados ejemplos de la inconveniencia de estirar demasiado un arco o molestar a un león feroz, entre otras expresiones figurativas inspiradas en parte por el miedo y en parte por su deseo de impresionar a sus colegas con su educación. En el curso de esta reunión, se pronunció por primera vez, y de forma casual, el nombre de la ciudad Metaponzo.

El digno consejero anciano fue el primero en mencionarla.

-¿Por qué debemos ser nosotros quienes suframos todo el tiempo? -gritó y su voz tembló, llena de virtuosa indignación-. ¿Por qué siempre nosotros y nunca Metaponto? -Sus ojos saltones se posaron por turno en cada

uno de los contertulios, que guardaban silencio. La renovada lucidez de los miembros del Consejo les había permitido comprender con rapidez el significado y las consecuencias de aquella exclamación. Metaponto, la segunda ciudad del golfo de Tarento, también era una colonia griega, y sólo sesenta millas romanas y un feudo comercial de un siglo de antigüedad separaban las dos ciudades-. ¿Por qué siempre nosotros? -repitió el anciano sacudiendo ligeramente su venerable cabeza-. Después de todo, hemos firmado una alianza con el príncipe tracio y si él desea un botín o hazañas bélicas debería procurárselos a costa de aquellos que no lo han hecho.

Los consejeros permanecieron en silencio. No habían imaginado que el anciano caballero tuviera tanto sentido práctico, y hasta el verdulero Tíndaro reprimió sus deseos de presentar una pintoresca comparación que acababa de ocurrírsele. Sólo Hegio, con sus censurables modales propios de un niño o de un viejo, emitió un ligero silbido mientras recordaba que el gran Pitágoras había enseñado en Metaponto, convirtiéndola en la cuna de la denominada corriente filosófica italiana. Pensó que si el digno anciano tenía razón, Metaponto sería puesta en su sitio, y evocó las palabras de su esclavo Publibor al confesarle con su habitual timidez y serenidad que esperaba con impaciencia su muerte. Los dioses sabían que en ese momento no podía culparlo por ello, pero Hegio permaneció en silencio y se limitó a emitir un suave silbido, pues el tercer recuerdo que acudió a su mente, después de los de Pitágoras y el joven Publibor, fue el de sus acciones en las refinerías de brea de Sila. Simultáneamente pensó en su esposa, la matrona romana, y en el temor que le infundaba, debido a su incapacidad para cumplir con los deberes conyugales más que en contadas ocasiones.

Semejante laberinto de ideas fue provocado por la palabra "Metaponto", pronunciada por primera vez por las encías desdentadas de un anciano.

A partir de aquel día, el suministro de alimentos a la ciudad de esclavos comenzó a escasear aún más, con paralizaciones e irregularidades. Además, un alto porcentaje de los víveres llegaban podridos e incomestibles. Los esclavos se vieron obligados a abrir los almacenes de reserva y pronto acabaron con su contenido.

Los miembros de la corporación de Turio respondían con evasivas a las exigencias de explicaciones, y siempre que era posible, obligaban a dar la cara al viejo consejero. Con su voz temblorosa, cargada de inocente equidad, el anciano aducía razones de naturaleza técnica o económica que él era incapaz de comprender. Era un espectáculo conmovedor: el viejo deploraba la informalidad de los piratas, recordaba que en sus épocas todo era muy distinto y declaraba que todo eso sucedía por tratar con esa gentuza sin escrúpulos.

Al oír estas palabras, Enomao bajó instintivamente los ojos y el pica-pleitos Fulvio carraspeó amilanado. Pensaba que tal vez su teoría de que toda alianza tenía una base falsa fuera cierta y que por eso se sentía tan desconcertado. Al mirar aquellos ojos saltones, atravesados por una red de pequeñas venillas rojas, no pudo evitar sentirse insignificante. Entonces acarició su calva llena de protuberancias, añoró con todas sus fuerzas la viga de madera de su buhardilla de Capua y preguntó con deliberada sequedad por un cargamento de nabos podridos. ¿Qué podía saber un patrício de bigote blanco de nabos podridos? Pero el anciano perdonó la ofensa con gran dignidad e indulgencia, sin que nadie reparara en el levísimo tono rozado de sus mejillas, la única señal de su irritación. Se prestó incluso a discutir el tema de los nabos, aunque nada sabía de ellos, y ofreció explicaciones completamente absurdas, haciendo que sus esfuerzos resultaran aún más conmovedores. Después de media hora de disquisiciones semejantes, el exhausto FuMo solía darse por vencido. Las venillas rojas eran un argumento tan poderoso, que se sentía incapaz de enfrentarse a ellas, y Enomao no servía de gran ayuda, pues desde hacía tiempo no era más que un espectro con la vista siempre baja.

Las semanas pasaban sin que llegaran a ninguna conclusión. Los habitantes de la ciudad aguardaban cada reunión con la ilusión de que se rectificara el error y se aclarara el misterio, aunque en el fondo sabían que se engañaban a sí mismos. Los capitanes exigían medidas coercitivas y represalias contra Tuno, pero Fulvio dudaba y Espartaco se resistía a adoptarlas. Hasta entonces recibían provisiones a crédito e invertían el botín de las batallas en la fragua de espadas. El hierro y el cobre tenían absoluta prioridad, y puesto que pagaban por ellos al contado, seguían recibiéndolos puntualmente.

Cuando la escasez empeoró hasta un punto que los acercaba penosamente al hambre, los capitanes se reunieron y exigieron represalias contra Turio, aunque no fueron más explícitos. Crixus asistió a esa reunión por primera vez desde los días del sitio de Capua, y aunque no dijo nada, su mera presencia causó una profunda impresión en los contertulios y afectó al ánimo general de los ciudadanos. Espartaco no transigía y pedía más tiempo. ¿Acaso no estaba en camino la flota de Mario?

¿No esperaban que atracara en la costa de un momento a otro?

-No debéis estropearlo todo por simple codicia o por unos estómagos impacientes. ¡Recordad lo sucedido en Nola, Sessola y Calatia! Entonces derramamos sangre sobre el territorio de Calatia, y todo el mundo, incluyendo nuestros propios hermanos, se volvieron en contra nuestra. Recordad cómo acampamos frente a Capua, entre la bruma y la lluvia, y manchamos el nombre del Estado del Sol, mientras la oscuridad y el horror nublaban nuestro camino...

El hombre de la piel les hablaba con vehemencia y convicción, respondía a sus triviales argumentos con grandes razones y a sus obtusas exigencias con la ley de los desvíos. Su voz era la misma de los días en los pantanos del Clanio o del cráter del Vesubio, y en los momentos críticos siempre había tenido razón. Sólo les pedía tiempo y fundamentaba su petición con vehemencia y sensatez.

Los capitanes cedieron de mala gana, Fulvio vaciló y Crixus no dijo nada.

Sin embargo, en aquellos días toda la ciudad parecía obsesionada por un nombre, un nombre que circulaba de boca en boca y se erigía en la meta que prometía satisfacer la codicia y la malsana añoranza: Metaponto.

9 La destrucción de Metaponto

DE LA CRÓNICA DEL ABOGADO FULVIO

En vista de que los siervos de Italia no se rebelaban y de que los aliados de Espartaco, desfavorecidos por la suerte en las batallas, no habían llegado a tierras italianas, los habitantes de la ciudad de los esclavos se quedaron solos frente a un mundo hostil. La era de la justicia aparentemente anunciada por todo tipo de señales y en la cual habían depositado todas sus esperanzas, no había llegado a Italia. Por el contrario, todo permanecía igual, y el mundo habitado continuaba regido por el orden y las leyes tradicionales. En tales circunstancias, la Ciudad del Sol, construida por Espartaco y gobernada por la ley esclava, no parecía una realidad concreta del presente, sino un producto de otra época, de un continente exótico o incluso de un planeta extraño.

Pero al hombre no le está permitido modelar la forma de su existencia al margen del sistema, las circunstancias y las leyes de su época.

Y así sucedió con la ciudad de los esclavos. El destino y un orden injusto habían condenado a aquella gente al duro castigo de la esclavitud, habían sembrado el hambre y la gula en sus entrañas, convirtiéndolos en seres semejantes a los lobos. Y así, como una jauría de lobos, se habían arrojado sobre Nola, Sessola y Calatia para saciar su gula. Luego habían mudado su piel hirsuta y se habían vuelto mansos. Habían construido una ciudad, soñando con crear un mundo de justicia y buena voluntad entre sus murallas. Pero la época que les había tocado vivir a estos infortunados nunca aceptaría algo así y se ocuparía de recordarles que al otro lado de las murallas no

regían las leyes del Estado del Sol, sino la ley del más fuerte, que no dejaba a los esclavos otra alternativa que la servidumbre o el uso de la fuerza bruta. Aquellos que habían decidido vivir como humanos fueron obligados a volver a convertirse en lobos.

Despertaron de su sueño y descubrieron que habían vuelto a crecerles garras. De sus gargantas brotaban rugidos y, una vez más, desearon desgarrar a sus opresores miembro a miembro. Su objetivo era Metaponto, y la destruyeron; pero al recuperar la ferocidad y el semblante lobuno de antaño, destruyeron también los cimientos de su propia ciudad, pues a partir de ese momento, nadie fue capaz de evitar su decadencia.

Unos pocos hombres habían sugerido la idea, pero el nombre de Metaponto pronto se grabó en numerosas mentes. Era una ciudad maravillosa, con los almacenes repletos de fruta y tocino y los templos llenos de pesados lingotes de oro y plata.

Cuando se levantaban de las mesas vacías en los comedores, se codeaban unos a otros furtivamente, como si se pasaran una contraseña secreta: "¿Qué comeremos en Metaponto?" "Tordella con tocino, eso es lo que comeremos." "¿Y qué beberemos en Metaponto?" "Vino del Carmelo, vino del Vesubio, eso es lo que beberemos." "¿Cómo serán las mujeres en Metaponto?" "Como naranjas abiertas, así serán." "¿Qué distancia hay hasta Metaponto?" "Sesenta millas desde aquí, una noche y un día."

La idea había surgido de unos pocos, aquellos que iban a Turio con frecuencia por negocios, a supervisar el desembarco de la carga y a hablar con los notables del Consejo municipal.

Cada vez que regresaban, traían nueva información sobre Metaponto. Aquellos hombres ya no tenían la expresión hambrienta de los demás, pues disfrutaban por adelantado de los tesoros de Metaponto.

La reunión de los capitanes, durante la cual Espartaco pidió paciencia, Fulvio vaciló y Crixus calló, se había desarrollado al mediodía. Ahora atarde-

ce; será una noche oscura, sin luna.

La luna se ha ido de viaje y tardará un tiempo en regresar.

Ya está bastante oscuro, ni siquiera puede verse el perfil de las montañas, pero puede oírse el ruido del mar. El campamento resuma una actividad secreta, llena de susurros. Se oyen pisadas en las calles oscuras, y de pronto el silencio se vuelve más sofocante que antes. En cuanto los pasos de los centinelas se apagan, todos los rincones vuelven a llenarse de murmullos, siseos y el sonido de presurosas sandalias.

Los ruidos ahogados proceden sobre todo del sector celta, poblado por galos y germanos. Los que ignoran lo que ocurre escuchan con cautela, silenciosos, desde el interior de sus tiendas.

Pero entre los que están informados de la situación, una contraseña secreta va de boca en boca: "¿A qué distancia está Metaponto?" "A sesenta millas, una noche oscura y un corto día." Y los susurros extienden un rumor: "Crixus está con nosotros".

La noche es muy oscura, ni siquiera se distinguen las siluetas de las montañas. El siroco carga de calor la oscuridad, hombres y mujeres gemen en sueños, afligidos por pesadillas. En la tienda de la enseña púrpura el emperador está sentado en un rincón, frente al abogado Fulvio, leyendo con voz ronca el informe del Consejo de Turio sobre las causas de las irregularidades en el transporte de nabos.

Pero a esa hora los tres mil conspiradores ya han abandonado el campamento y cabalgan a todo galope por el camino que sigue el curso del mar resplandeciente en dirección a Metaponto.

La fundación de Metaponto también se remonta a la época de las guerras de Troya. La descolorida crónica de los archivos del magistrado local afirmaba que Néstor, rey de Pilos, la había construido cuando sus guerreros conquistaron aquella tierra pródiga en vino y ganado vacuno, llevando el esplendor asiático, el arte y las ciencias a los bárbaros italianos. En la biblioteca del magistrado, detrás de un colorido jarrón fenicio, se ocultaba una maravillosa colección de monedas muy diferentes a las toscas y gruesas piezas

de plata romanas, grabadas en una sola cara, que el propio Estado podía falsificar fácilmente en metales de menor calidad. No; éstos eran finos discos de plata, de voluptuosa suavidad, con inscripciones claras y elegantes, en cuya creación los filólogos habían demostrado su sagacidad. La ciudad tenía ocho siglos, había sobrevivido docenas de invasiones, siempre risueñamente dócil al vencedor, seduciéndolo con su graciosa sumisión. Había abierto sus puertas tanto a Aníbal como a Pitágoras, perseguido por los crotoniatas; se había inclinado ante numerosos amos y deidades, aunque con especial celo ante Anadiomena; sus bodegas estaban repletas de sabroso vino dulce y las vacas blancas giraban sobre los espetones de sus fogones. Ninguno de sus profetas, agoreros o astrónomos eruditos había presagiado su horrible final.

Ocurrió al atardecer, después de un día como cualquier otro. Aún no se habían cerrado las puertas y los granjeros seguían inclinados sobre sus campos. Ya habían desaparejado a los búfalos de los arados, conducido a los sedientos animales a sus bebederos y cargado las herramientas al hombro para volver tranquilamente a casa, cuando una nube de polvo se alzó al sur del camino. Se preguntaron con curiosidad quién se dirigía hacia sus murallas, gritando y galopando con semejante estrépito, pero antes de que pudieran encontrar una respuesta, el ganado rugía y se desbocaba por el campo en estampida. Los desolados granjeros corrieron tras los animales, perseguidos, a su vez, por los jinetes montados en exhaustos caballos, y las armas de hierro se hundieron en sus cráneos antes de que comprendieran lo que ocurría. La masacre comenzó fuera de las murallas, pero se extendió de inmediato al interior de la ciudad, a través de todas las puertas, ahogándola en un diluvio de fuego y sangre que se prolongó a lo largo de toda la noche. Sin embargo, la noche estaba oscura porque la luna se había marchado de viaje, y una hora siguió a otra sin que los alaridos de la ciudad masacrada disminuyeran o se acallaran; pues los gritos de ira, muerte y lujuria se fundían en un grotesco coro que ahogaba el estrépito del oleaje.

Cuando los gallos cantaron por segunda vez, la ciudad entera ardía, desde el puerto a la Puerta Latina, y cuando el sol despuntó por fin detrás de las olas, parecía pálido, cansado, y ocultaba su rostro tras el negro velo quebradizo de las columnas de humo. Todas las ciudades devastadas por los esclavos en el transcurso de la campaña habían sufrido la ira de los oprimidos; pero Metaponto sólo sufrió una noche, pues por la mañana ya no existía.

La habían fundado guerreros troyanos, durante ocho siglos se había sometido dócilmente a todos los conquistadores y los espetones nunca habían cesado de girar en sus fogones. Sin embargo, ahora había sido borrada de la superficie de la tierra habitada. La mañana encontró una cosecha de paredes chamuscadas, abandonadas a la voracidad de la intemperie, cenizas dispersas por el viento, opacos fragmentos tornasolados de monedas de plata y colorido vidrio fenicio.

10 Las razones nobles

Cuando le dieron la noticia al emperador, cerca de la mañana, él supo de inmediato que aquello significaba el final de la Ciudad del Sol.

Los dos guardias enviados como mensajeros, con los brillantes cascós sobre sus cuellos enrojecidos, temían la furia de Espartaco. Desde su ingreso en la horda, en la posada junto a la vía Apia, le habían servido con lealtad. Valientes, desgarbados y parcós de palabra, procedieron a comunicar su informe: un grupo de la fraternidad, integrado por unos tres mil hombres, había abandonado la ciudad la noche anterior.

Llevaban caballos y había razones para creer que planeaban saquear la ciudad de Metaponto.

Hablaban con sencillez y concisión, como si se tratara de un informe más, erguidos, cuellicortos, con las antorchas en las manos. Pero esta vez estaban asustados.

Sin embargo, el emperador no se enfadó, permaneció inmóvil y no dijo nada.

Los criados de Fanio estaban sorprendidos. Durante un rato largo siguió sentado en la postura habitual, muy quieto, mientras la luz de las antorchas encendía destellos en su ropaje de piel. Luego pidió detalles con su acostumbrado, ronco acento tracio.

Los sirvientes, erguidos y atónitos, repararon en los atisbos de tristeza

animal en los ojos del emperador. Permanecieron frente a él con las antorchas en la mano, hasta que comenzó a despuntar el día. Entonces les dio las órdenes.

Como siempre, eran órdenes concisas y resueltas. Los sirvientes intercambiaron una mirada; no cabía duda de que era un verdadero emperador. El número de conspiradores ascendía a tres mil y él envió tras ellos a los seis mil hombres más leales de la horda, todos tracios y lucanos. Debían traer de vuelta a los fugitivos, si era necesario por la fuerza. estos tenían apenas doce horas de ventaja, pues los encontrarían en Metaponto, debilitados por el saqueo y el libertinaje. Perseguidores y perseguidos estarían de regreso en un plazo máximo de dos días.

Mientras tanto, Espartaco envió un mensaje a Timo, anunciando que, si no se

reiniciaba de inmediato el suministro de víveres, consideraría a los miembros del Consejo responsables personales de la situación y los castigaría a modo de ejemplo.

Los notables se inquietaron -después de todo, era un jefe de bandidos y nunca deberían haber tenido tratos con él-, y prometieron hacer todo lo posible.

Después, todos se limitaron a aguardar el regreso de los que se habían largado a Metaponto. Una tensa expectación se cernía sobre el barrio celta. El pulso de la ciudad se detuvo; nadie trabajaba, sólo esperaban. Todos sabían que se acercaba el momento decisivo y las paredes de los comedores fueron testigos de las primeras disputas.

Perseguidores y perseguidos regresaron durante el atardecer del día siguiente; pero de los nueve mil hombres sólo quedaban seis mil. Los celtas y los germanos habían ofrecido resistencia, los perseguidores se habían visto forzados a sitiálos entre las ruinas de Metaponto y se habían librado duros combates, durante los cuales había muerto uno de cada tres hombres de cada bando. Al final, los insurgentes se habían rendido y habían regresado, desarmados. Sin embargo, Crixus no estaba entre ellos. Los tracios y lucanos

guiaron a los prisioneros, con las manos atadas y amarrados entre si con largas cuerdas, a través de la puerta este.

Inmediatamente después de su llegada, la ciudad se dividió en dos grupos. Ambos lloraban a sus muertos y acusaban al bando contrario de fraticidio; ambos tenían numerosos argumentos y parte de razón. Aquella noche pasó entre disputas y alboroto.

Mientras tanto, el emperador pronunciaba un discurso ante los capitanes reunidos, anunciando que, si querían salvar la Ciudad del Sol, no debían escatimar recursos. Luego ordenó, con tono casual, la inmediata crucifixión de veinticuatro cabecillas insurgentes y afirmó que los había hecho regresar para eso. Si querían evitar que el ejército se dividiera en bandas de saqueadores, no tenían otra opción.

Los capitanes pusieron objeciones por primera vez desde el sitio de Capua. Discutieron durante un tiempo, mientras ruidos y gritos ahogados llegaban a la tienda desde la ciudad. Se libraban peleas callejeras y los celtas habían comenzado a saquear los almacenes. Espartaco dejó hablar a los capitanes durante un tiempo prudencial, y luego repitió que si querían evitar el desmembramiento del ejército, no tenían otra opción que obedecer sus órdenes. Añadió que no podían perder tiempo y preguntó con serenidad quién de ellos pensaba incumplirlas. Cinco capitanes celtas, todos gladiadores de la vieja horda, respondieron afirmativamente, y antes de que tuvieran tiempo de empuñar sus armas, fueron reprimidos por los guardias que esperaban fuera. Los demás capitanes advirtieron que habían caído en una trampa y guardaron silencio. Cuando el emperador, con el mismo tono de serenidad, anunció que aquellos cinco hombres seguirían el destino de los cabecillas, sólo el tímido Enomao se atrevió a protestar, aunque hasta entonces no había hecho ninguna objeción. Cuando los guardias se lo llevaron, Espartaco desvió la vista por primera vez.

Los seis fueron arrastrados con las manos y los pies atados. Maldijeron, patalearon, lucharon y uno de ellos lloró de ira y vergüenza, pero Enomao se limitó a agachar la cabeza, con la vena azul hinchada bajo su frente amoratada. Los seis eran gladiadores, camaradas del emperador, y los seis procedían de la escuela de Léntulo Batuatus de Capua.

La reunión concluyó de este modo y los capitanes volvieron a sus puestos. Crixus aún no había aparecido.

No había suficientes cruces junto a la puerta norte y fue necesario construir otras a toda prisa. Cuando los dos pelotones tracios arrastraron a los treinta condenados a la plaza, entre ellos al joven Enomao, se desataron más peleas y hubo varios heridos. Sin embargo, la multitud fue obligada a retroceder y los cuellicortos continuaron amarrando a los reos a sus cruces.

Las treinta cruces yacían una junto a otra sobre el suelo. Los guardias arrastraban a los culpables a la cruz, los arrojaban al suelo, presionaban sus espaldas sobre el madero, los forzaban a abrir las manos y amarraban sus muñecas a la cruz. Luego les desataban los pies, tiraban de ellos para que después colgaran en la posición correcta y ataban sus tobillos al madero vertical. Una vez concluida la tarea, dejaban al condenado tendido en el suelo y comenzaban con otro. Los demás miraban y aguardaban su turno. Los que seguían en pie estaban más serenos, y sólo cuando los arrojaban al suelo y comenzaban a atarlos, maldecían, sacudían la cabeza de un lado a otro, gemían y escupían a las caras de los cuellicortos. Pero los criados de Fanio se limitaban a secarse la cara y continuaban con el siguiente.

Por fin los treinta estuvieron atados a sus cruces, uno al lado de otro. Sus conductas variaban. Algunos seguían maldiciendo, otros cantaban en voz alta, permanecían en silencio o hacían bromas entre sí. Un hombre gordo yacía inmóvil, con la cara llena de lágrimas, mientras su brazo atado se crispaba una y otra vez movido por el deseo de secárselas. El joven Enomao giraba la cabeza de derecha a izquierda con los ojos cerrados. Entonces alzaron las cruces. El capitán dio la orden al pelotón, para que lo hicieran todos al mismo tiempo y la ejecución no se prolongara.

Una treintena de soldados cogieron las respectivas cruces desde atrás, resollaron y profirieron gritos de aliento. Las cruces se alzaron despacio, y en cuanto estuvieron en pie, fueron clavadas en la tierra a toda prisa. Los brazos de los condenados se estiraron y se contorsionaron, sus articulaciones crujieron y sus cuerpos se elevaron entre convulsiones. Una de las improvisadas cruces se partió por la mitad con el hombre que sostenía y todo el

proceso debió comenzar de nuevo. Se trataba del gordo lloroso, que, en cuanto lo desataron, se secó las lágrimas con ambas manos.

Después volvieron a amarrarlo a la cruz.

La ciudad callaba, como si de repente se hubiera quedado paralizada. La gente regresaba a sus casas, las antorchas se extinguían, y sobre la llanura, debajo de las estrellas, reinaba el más absoluto silencio.

Pero después de un tiempo los treinta hombres crucificados comenzaron a gritar.

Primero eran gritos aislados y angustiosamente confusos, pero luego se unieron para estallar al unísono a intervalos regulares. El clamor resonaba en todos los rincones de la silenciosa ciudad, penetraba en las casas oscuras, reverberaba en los comedores desiertos y se abría paso, a intervalos regulares, en la tienda de la enseña púrpura.

En ella estaba Espartaco, solo en la oscuridad, con las manos entrelazadas en la nuca y la frente perlada de sudor. Ahora que nadie lo veía, podía cerrar los ojos cada vez que oyera los gritos. Podía incluso hablar solo y discutir consigo mismo, como se acostumbra en las montañas. No necesitaba comportarse como un emperador. Aquel que guía a los ciegos no debe temer por su orgullo, ya que los hace sufrir por su propio bien; pues él puede ver y los demás no. Sólo puede haber una voluntad, la voluntad del que sabe; pues él es el único capaz de distinguir la meta, el final de los pérvidos desvíos, el progreso en el aparente retroceso. Debe forzarlos a seguir el camino, para que no se dispersen por el mundo, insensibles a sus propios sufrimientos, sordos a sus propios gritos. Debe defender sus intereses en contra de su propia irracionalidad, con toda su fuerza y por cualquier medio, por cruel o incomprensible que parezca.

Los interminables gritos de los crucificados penetraron una vez más en la tienda.

Los treinta hombres seguían gritando a coro, pero las pausas se volvían más largas.

Al principio pronunciaban palabras coherentes, clamaban compasión, exigían la ayuda de sus hermanos. Ahora se limitaban a articular sonidos in-

conexos, pero continuaban gritando a coro.

Espartaco seguía tendido sobre una manta en la oscuridad, solo, con la frente perlada de sudor. Nadie podía verlo, y sus labios se movían sin cesar. Después de un rato, llamó a sus criados y mandó a buscar la gran cuerna de vino del monte Vesubio. Luego se quedó solo y se negó a recibir visitas, incluyendo la del abogado Fulvio o la de los notables del Consejo de Turio, que habían acudido a parlamentar sobre el tema de los nabos.

-¿Qué hace el emperador? -preguntó el abogado.

-Quiere emborracharse -respondió uno de los criados de Fanio con voz grave y solemne.

El hombre de la piel seguía en la tienda, con la cuerna de vino frente a él y la puerta de lona bien cerrada, pues deseaba emborracharse en la más absoluta oscuridad. Hacía mucho tiempo que no se emborrachaba -desde la noche de la victoria del Vesubio-, pero sabía que le sentaría bien. La borrachera aliviaba las presiones y volvía risueños los pensamientos más serios.

Se tendió boca arriba, con la cuerna de vino delante y las manos entrelazadas en la nuca. Esperó.

Pero la borrachera no llegaba. Sólo unas imágenes nebulosas surgieron desde el fondo de un pozo insondable y se acercaron a mirar en sus ojos cerrados.

¿Quién echaba la suerte, quién decidía la vida de un hombre antes de su nacimiento? Quienquiera que fuese, les daba narices a todos, les insertaba ojos en las cuencas y les concedía entrañas y sexo sin hacer mayores diferencias. Sin embargo, cuando aún se encontraban en el vientre de sus madres, decidía que algunos nunca sonreirían ni despertarían sonrisas, mientras otros saldrían a la luz del día y para ellos siempre brillaría el sol. Aquella siniestra multitud había emprendido su camino, había derribado las paredes del sótano y roto las cadenas de hierro con la intención de broncear sus pieles al sol. Entonces había pensado que todo cambiaría, que el moho se evaporaría de sus cuerpos, que dejarían de exudarlo; pero no estaban acostumbrados a la luz deslumbrante y nunca disfrutarían de un mundo sin muros.

Pataleaban y luchaban como ciegos, destruyendo todo lo que encontraban a su paso. Había que vigilarlos, había que guiarlos como si fueran bestias salvajes.

A patalear y a luchar como hombres ciegos. El hedor de la ignominia nunca los había abandonado y volvieron a crecerles garras de lobo.

Lo embargó un abrumador sentimiento de ira y pesar. Cogió la cuerna de vino, se recostó y cerró los ojos, agotado. Entonces vio a Crixus tendido al otro lado de la mesa, con la cabeza apoyada sobre un brazo desnudo, mientras extendía el otro para coger un trozo de carne.

-Hay que quemar los cadáveres -dijo Espartaco-. Apestan.

Crixus se lamió los labios y se limpió los dedos grasientos sobre la manta.

-Come o déjate comer -dijo con tristeza-, ¿se te ocurre algo mejor?

Se inclinó hacia adelante, y en los opacos ojos de pez de Crixus descubrió la nostalgia de Alejandría y la enorme tristeza que se extendía en sus pupilas como un lago.

Pero Crixus había desaparecido, y en su lugar estaba el anciano esenio, sacudiendo la cabeza.

-¿Se te ocurre algo mejor? -le preguntó Espartaco.

-Tal vez -respondió el anciano-, pues está escrito que el poder de las cuatro bestias ha llegado a su fin y que el Hijo del hombre ha subido a la montaña.

Pero unos gritos lejanos ahogaron sus palabras: eran los gritos de los treinta hombres crucificados junto a la puerta norte. Ahora, en el lugar del sabio estaba sentado el abogado, tosiendo y acariciándose la calva. A Espartaco no le caía muy

bien, pero de todos modos se inclinó y le apoyó una mano en el hombro.

-Ya has oído las palabras de Crixus -le dijo-. No me gustan. ¿Se te ocurre algo mejor?

-Las cosas no son nunca blancas o negras -respondió el abogado-, y sólo hay desvíos.

Una vez más los treinta crucificados clamaron en la noche. Uno de ellos era el joven Enomao. El sudor se deslizaba por la frente de Espartaco.

-Escucha, escucha adónde nos han llevado tus desvíos -gimió.

-No lo sabrás hasta que llegues... y mientras tanto podría pasar mucho tiempo -respondió el abogado, aunque sin excesiva convicción.

-Pero no podemos esperar tanto -gritó Espartaco y se enfureció de tal modo que despertó.

Ante él estaban los dos cuellicortos, pero no portaban antorchas porque ya casi era de día.

Primero los había guiado por la ruta directa, salvaje, y ellos habían sembrado fuego, sólo para recoger odio y cenizas. Sin duda era el camino equivocado. Luego los había conducido por suaves senderos secundarios, siniuosos e indirectos, difíciles de seguir con los ojos. Pero entonces habían perdido de vista el objetivo y volvieron.

11 El momento crítico

Al alba, más y más gente acudió a reunirse junto a la puerta norte. Dos pelotones de tracios y lucanos formaron un semicírculo de lanzas en el extremo descubierto de la plaza.

Los treinta hombres crucificados seguían gritando. Habían gritado durante toda la noche, a intervalos cada vez más largos. Cuando uno de ellos se desmayaba de dolor y agotamiento, los gritos de los demás le devolvían la conciencia. Los gritos prolongaban la lenta agonía de sus vidas.

Un grupo de celtas y germanos había pasado toda la noche en la plaza, hora tras hora en absoluto silencio. Al amanecer, más y más hombres se unieron a ellos, y aunque seguían callados, un nuevo pelotón formó filas ante las cruces. Cuando salió el sol, la plaza estaba atestada de gente, pero la multitud ya no callaba. Sus ovaciones a los crucificados y sus clamores por Crixus eran respondidos, a intervalos regulares, por los gritos de los condenados. Se desplegaron dos nuevos pelotones.

El sol se liberó de las brumas matinales y los crucificados quedaron suspendidos bajo la luz deslumbrante. Cuando estaban en silencio, sus cabezas pendían como las de pájaros muertos; pero cuando chillaban, alzaban la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la madera y mostrando el blanco de los ojos. Si ellos gritaban, la multitud callaba, pero en cuanto sus gritos se apagaban, la gente volvía a clamar con mayor fuerza y tono más amenazador. Los soldados comenzaban a sentirse incómodos. El capitán, un gladiador tracio, envió un mensaje a la tienda de la enseña púrpura: las cosas no

podían seguir así y él declinaba responsabilidades en nombre de sus hombres y en el suyo propio. El capitán era amigo del joven Enomao, el único de los treinta crucificados que no había vuelto a alzar la cabeza.

Antes de que el mensajero regresara, un hombre se abrió paso entre la multitud empujando a los demás con los codos hasta llegar a la primera fila. Era Zozimos, el retórico, vestido con su habitual toga mugrienta. Sin dejar de declamar y agitar las mangas con frenesí, dio un paso al frente de la fila.

Hermios, el pastor, apostado con su lanza en el semicírculo de guardias, fue el primero en verlo. Sonrió con aflicción, mostrando sus amarillos dientes de caballo.

-Debes volver atrás, Zozimos -le dijo.

Zozimos se detuvo y la multitud congregada a su espalda hizo silencio. Su puntiaguda cara de pájaro estaba más demacrada que de costumbre, asombrosamente macilenta y tan gris como el lino de su toga. Miró al pastor como si no lo conociera.

-Debes volver atrás, querido Zozimos -repitió el pastor, casi llorando de angustia-. Debe quedar un espacio libre entre nosotros y vosotros.

Pero Zozimos, el retórico, dio otro paso al frente y comenzó a gritar:

-¡Hermanos!, ¡hermanos! -les gritó a los crucificados-. ¿Podéis oírme? - Los condenados alzaron la cabeza y respondieron con gemidos-. ¿Los oís, hermanos, podéis oírlos? -chilló Zozimos agitando las mangas como si fueran banderas-.

¿Disfrutáis de vuestra crucifixión, hermanos? ¿No es maravilloso sentir la libertad desgarrando vuestros miembros y sus espinas lacerando vuestra carne? Ese líquido rojo que mana de vuestras bocas es el Estado del Sol. Os han clavado como si fuerais gusanos para que todo el mundo pueda ver que ya ha llegado la era de la justicia y la buena voluntad.

Varias personas rieron, pero la mayoría permanecieron en silencio. De repente, una voz gritó.

-¡Buscad a Crixus! ¡Él acabará con todo esto!

Entonces otras voces se unieron a la primera y la plaza entera se alzó

en un enorme clamor. Hermios, al borde de las lágrimas, alzaba la lanza con desesperación a medida que Zozimos se acercaba. Intentaba enganchar su ropa con la punta de la lanza para obligarlo a retroceder con suavidad. Pero el propio Zozimos había rasgado la tela de su toga y mostraba el torso desnudo.

-¡Clávala, siervo de tiranos! -gritó.

Hermios retrocedió, con los ojos desorbitados. Sus vecinos a derecha e izquierda se apresuraron a cruzar sus lanzas para impedirle el paso a Zozimos. Reinó un silencio absoluto y entonces Zozimos reparó en que estaba solo entre los soldados y la multitud. Sus rodillas cedieron y se tambaleó. Varios hombres corrieron, creyendo que lo habían matado, y lo sostuvieron entre sus brazos. Entonces, viendo que los guardias no hacían nada para detenerlos, los demás también se precipitaron hacia adelante y pronto los soldados se hallaron rodeados por la multitud. Los guardias bajaron las lanzas, pues no querían enfrentarse a la gente. Estaban cansados, agotados del calor, del hambre, de los gritos de los crucificados, de toda aquella situación absurda.

El capitán dio órdenes de atacar, pero nadie le prestó atención, y en el fondo se alegró de ello. Entonces, sin que nadie se lo impidiera, se abrió paso entre el gentío y se dirigió a la tienda de la enseña púrpura, donde estaban reunidos los capitanes.

La plaza cuadrangular de la puerta norte estaba cada vez más abarrotada de gente. Puesto que ninguno de los soldados deseaba un enfrentamiento, los cuatro pelotones se habían mezclado con la multitud. Todo el mundo hablaba a la vez, sin ton ni son y en voz baja, pero el persistente murmullo de tantos miles llegó hasta la tienda del emperador. Los hombres crucificados volvieron a gritar, esta vez con esperanza, pero el joven Enomao no volvió a levantar la cabeza. Las mujeres cruzaron la plaza corriendo y acercaron jarras de agua a los labios negros de los condenados.

Varios hombres cogieron cuchillos y hachas, cortaron las cuerdas que amarraban a los hombres a las cruces y se los llevaron. Con la única excepción del joven Enomao, todos estaban vivos. Luego cortaron las cruces en trozos, mientras Hermios y otros soldados se preguntaban en voz alta cuál

sería la reacción de Espartaco, pero los demás los apartaban con indiferencia, sin hostilidad. Una voz volvió a gritar el nombre de Crixus y esta vez todo el mundo se unió a su clamor. Crixus debía volver para acabar con aquello y conducirlos de regreso a casa. La plaza entera llamaba a Crixus; pero sus voces no abrigaban ira, sino un gran cansancio y la esperanza de que los condujeran a otro sitio, a cualquier sitio donde pudieran sentirse en casa.

Zozimos había reaparecido. Había trepado a una de las cruces demolidas, dejando ondear al viento las mangas de la toga.

-Hermanos -gritó por encima del mar de cabezas-, ¿creéis que ya habéis hecho bastante? ¿No veis que habéis sido traicionados? ¡Ay de nosotros, pues un nuevo tirano ha nacido de las sangrantes entrañas de la revolución! ¡Desdichados seamos aquellos que hemos contribuido a su nacimiento! Nosotros mismos hemos fraguado nuevas cadenas con las viejas cadenas rotas y las cruces quemadas se han vuelto a erigir. ¿Qué ha sido del mundo nuevo que íbamos a construir? Espartaco negocia con los señores y cuanto más se compromete con ellos, más sangre derrama entre sus propias filas. En su infinito orgullo, cree que por nuestro propio bien debemos ver el premio a la sangre derramada y a los sacrificios cada vez más lejos de nuestra legítima ambición, y que también por nuestro propio bien debemos caminar por sendas sinuosas hasta perder de vista la meta. ¡Ay de nosotros, desgraciadas criaturas, que somos la semilla de Tántalo! ¿Qué tipo de libertad es ésta, que no nos libera del yugo del trabajo? ¿Qué tipo de justicia es, si tenemos que seguir tragando nuestra propia saliva, bebiendo nuestro propio sudor, siempre mirando al futuro en lugar de abrazar el presente? ¿Qué clase de fraternidad es ésta, donde un hombre manda y el resto obedece? Realmente, su truculento orgullo no tiene límites, ya que justifica cada hazaña ante su propia conciencia con la idea de que actúa por el bien común. ¡Matadlo, matadlo, hermanos, pues un tirano con buenas intenciones es peor que una bestia que devora hombres...!

Su voz se quebró en un falsete mientras sus mangas se agitaban sobre la cruz astillada, pero esta vez sus palabras no encontraron aprobación. La multitud permaneció en silencio, hasta que de repente una voz volvió a llamar a Crixus y otras la imitaron. "Crixus acabará con todo esto y nos llevará de regreso a casa". La plaza estaba abarrotada de celtas y germanos. Eran

varios miles, pero sus voces no abrigaban ira, sino un enorme cansancio y la esperanza de huir de aquella extraña ciudad, de aquella loca campaña, de la Italia infernal, para no volver a oír discursos, ni leyes incomprensibles ni diatribas... sólo huir, volver a casa. Crixus era uno de ellos, llevaba un collar de plata, podían confiar en él. El los llevaría a casa, y en el camino serían tan felices como en Metaponto.

Crixus era el hombre adecuado para ellos. Hablaba poco y no promulgaba leyes; era el hombre idóneo para dirigirlos.

Espartaco había hecho rodear el barrio celta. La ciudad tenía cien mil habitantes, y entre ellos había unos treinta mil celtas y germanos. Podía confiar en los tracios y lucanos, en los dacios, los negros, los getas. Había estacionado tropas armadas en cada calle que conducía al barrio celta, y también en las afueras de la puerta norte. Tres horas después del amanecer, se dirigió a la gran plaza, donde la multitud que rodeaba las demolidas cruces clamaba el nombre de Crixus con creciente fervor.

Crixus lo acompañaba, lúgubre y silencioso como siempre. Tras ellos marchaba la pequeña tropilla de criados de Fanio.

La multitud les cedió el paso en silencio y Espartaco se subió al reborde de un muro, alzando la mano para indicar que deseaba hablar. Las voces se acallaron, pero el silencio no fue total.

Espartaco miró a la multitud. La gente estaba desperdigada a lo largo de la enorme plaza, pero su mirada los fundió en un solo ser con miles de extremidades.

Percibió la contenida, distante hostilidad, la maligna estupidez de la susurrante masa humana. Sus ojos distinguieron cabezas, se sumergieron inquisitivos en otros ojos, y no encontraron más que necedad, torpeza animal y dura hostilidad defensiva. Su boca se llenó de la saliva amarga del disgusto y de un nauseabundo desprecio.

Comenzó a hablar. Hasta su voz había cambiado: ahora cortaba el aire y caía sobre la masa con la dureza de un látigo. Primero se refirió a los rumores sobre la proximidad de un nuevo ejército romano, cuya vanguardia ha-

bría entrado a Apulia aquel día, mientras ellos estaban ocupados peleándose entre sí. Habló de aquel siglo de revoluciones truncadas, en que todas las rebeliones de las masas oprimidas habían fracasado a causa de su propia desunión. La saliva amarga se espesó en su boca, provocándole náuseas, al mencionar el risueño triunfo de los amos y señores, que presenciaban la autodestrucción de sus enemigos como si estuvieran en el circo.

Les advirtió que si no cambiaban de opinión tendrían que pagar mil veces, un millón de veces, por la liberación de los cabecillas insurgentes. Les recordó los veinte mil crucificados de la rebelión de Sicilia, los diez mil cadáveres de la contrarrevolución en tiempos de Sila, la masacre de esclavos romanos tras el frustrado alzamiento de Cinna. Les preguntó -y la soleada plaza se oscureció ante sus ojos- cómo después de tantas horribles derrotas aún no habían aprendido la lección y si el destino de las plañideras ovejas les parecía más deseable que el de los soldados disciplinados de una revolución. Quiso saber si deseaban confirmar con su conducta la despreciable idea del enemigo de que la humanidad no estaba madura para un sistema mejor, que ni siquiera deseaba justicia y prefería seguir como hasta entonces. Desde el principio de su discurso, se había sentido incapaz de conmover a aquella multitud inerte, de penetrar con sus gritos la coraza de su maligna inercia. Sus palabras eran duras como latigazos, pero se trataba del esfuerzo inútil de alguien que cree poder mover el mar azotándolo con una vara. Sus ojos distinguieron otra vez algunas cabezas de entre la multitud; sus miradas albergaban la misma necia indiferencia que antes, algunos le sonreían con la superioridad del estúpido y uno de ellos gritó que querían comida decente en lugar de interminables discursos. Otro gritó que aquello no era ni la revolución ni la libertad, pues no habían abolido el yugo del trabajo, y todo el mundo sabía que sólo era libre aquel que no tenía que trabajar. En ese momento, se oyó una nueva ovación a Crixus y todo el mundo se unió a ella: él, Crixus, acabaría con aquella situación y los llevaría de regreso a casa. Y cuando otra voz se alzó con estruendo sobre las demás, afirmando que sólo en Galia y en Germania había libertad, la plaza entera se fundió por primera vez en un entusiasta clamor.

Espartaco miró a Crixus que estaba detrás de él. Triste y silencioso como de costumbre, el hombre melancólico le devolvió la mirada y fue como en los días de la tienda de Clodio Glaber, o más tarde, antes de sepa-

rarse en Capua: ambos sabían que pensaban lo mismo. Hubiese sido mejor que aquel duelo se produjera antes de abandonar la escuela de Léntulo Batuatus. Uno de ellos habría muerto -quizás él, Espartaco-, y el otro, Crixus, hubiera sido el único jefe de la horda, hubiera ahogado en sangre a Italia entera, atacándolo todo, destruyéndolo todo. Tal vez hubiera sido lo adecuado.

La gente congregada en la plaza clamaba a Crixus con creciente fervor, aunque el resto de la ciudad permanecía fiel a Espartaco. El jefe de los criados de Fanio dio un paso al frente, esperando órdenes. La multitud de la plaza no estaba armada, el barrio celta había sido rodeado y las armas descansaban en un arsenal, junto a la puerta sur. Leal, silencioso, con el rígido cuello enrojecido, el portavoz de los criados de Fanio aguardaba órdenes detrás de Espartaco.

Pero Espartaco callaba.

Vaciló sólo durante una fracción de segundo, pese a ser consciente de que el futuro se decidiría allí y entonces, en aquel preciso momento. Si daba las órdenes que esperaba el silencioso cuellicorto, el campamento sería testigo de una nueva y sanguinaria masacre, y él, Espartaco, seguramente vencería, convirtiéndose en el odiado y temido jefe absoluto de la revolución. Sería el único desvió sangriento e injusto que los conduciría a la salvación. La otra senda, bondadosa, amistosa, humana, los llevaría inevitablemente a la ruptura, y por ende, a la perdición.

Era capaz de ver todo esto con absoluta claridad, la situación se desplegaba en su mente como una cadena de imágenes, pero ya no tenía poder sobre sus acciones, pues aquella tortuosa lucidez pertenecía a un ámbito distinto al de los sentimientos y, en su mente, los gritos de los crucificados resonaban con más fuerza que la voz ronca del abogado Fulvio. La sabiduría y el conocimiento ya no bastaban para inducirlo a dar la orden. ¿Dónde estaba el enorme y furioso orgullo de unos minutos atrás? Vacío y hueco, contempló a la clamorosa masa de mil cabezas. La ley de los desvíos aconsejaba matarlos por su propio bien, pero en su interior, otra ley, nutrita en otra fuente, le exigía silencio y lo instaba a llamar a Crixus para que trepara al muro con él. Oyó el ronco clamor del monstruo de mil cabezas y mil extremidades como si procediera de muy lejos y desde esa misma, enorme distancia

contempló a Crixus, sombrío, tan triste como siempre, de pie en el reborde del muro junto a él.

Entonces supo con serena lucidez que ya había sucedido lo irrevocable, que se había producido la división del ejército y la suerte de la revolución estaba echada; pues por prodigioso que sea el don del conocimiento, tiene poco poder real sobre los hechos.

Desde la enorme distancia vio alzarse la mano al sombrío personaje, hasta hacer callar a la multitud. ¿Realmente estaba sucediendo aquello? Tenía la impresión de estar reviviendo una escena del pasado, una escena tan familiar que resultaba inevitable. ¡Con qué sencillez y franqueza hablaba el hombre sombrío a la multitud!

-El emperador desea que se cumpla vuestro deseo.

Júbilo, entusiasmo general. ¿No era todo mucho más simple y claro en la ruta directa? Ellos lo deseaban, y su deseo se cumpliría. ¿Acaso actuaban en contra de sus propios intereses, sepultando a la revolución bajo aquella enorme dicha? Lo hacían, pero, ¿de qué servía saberlo? La lucidez asistía impotente a los hechos, y el sabor de la sabiduría era rancio y agrio cuando la savia negra del entusiasmo corría por las venas del monstruo de mil cabezas.

No, uno no podía guiarlo desde fuera ni desde arriba, ni con el orgullo del clarividente solitario, ni con la astucia de los desvíos, ni con la cruel bondad del profeta.

El siglo de revoluciones truncadas se había completado. Ya vendrían otros, recibirían la palabra y la pasarían en la enorme y furiosa carrera de relevos. A través de los años, entre las sangrientas punzadas de dolor de la revolución, nacería un tirano una y otra vez, hasta que por fin la clamorosa masa humana comenzara a pensar con sus mil cabezas, hasta que el conocimiento no debiera ser impuesto desde fuera, sino que naciera en fatigoso tormento de su propio cuerpo, ganando desde dentro el poder sobre los hechos.

12 El fin de la Ciudad del Sol

La reunión de los capitanes acabó pronto. Estaban muy cansados, sobre todo de palabras. Todo el mundo se alegraba de que la separación se produjera con tranquilidad. Mientras discutían los detalles de la partida de la Ciudad del Sol, todo el mundo intentaba adoptar un tono sencillo y amistoso, preocupándose hasta por el más mínimo detalle, como la construcción de una nueva barraca o el cambio de

guardia. Evitaban alzar la voz, y siempre que era posible, intercambiar miradas. Las palabras de Espartaco también fueron claras y sencillas, como en los viejos tiempos.

Dijo que la gente había anunciado su deseo y que, por consiguiente, los dirigentes habían sido relegados de sus responsabilidades. Anunció que los celtas y germanos, unos treinta mil hombres, habían elegido a Crixus como jefe, y que éste los conduciría a Galia a través de los Alpes y del río Po. Él, el propio Espartaco, pensaba permanecer en el campamento unos días más con los tracios, los lucanos y todos los hombres leales a él, hasta tanto recibieran información fiable de los aliados. Añadió que entonces se reservaba el derecho a actuar de acuerdo con la naturaleza de esa información.

La partida de los celtas y germanos se desarrolló con tranquilidad y sin incidentes. Los hombres que se marchaban estaban de excelente humor, y propusieron vivas a Crixus y al propio Espartaco. Los dos jefes se despidieron con un abrazo junto a la puerta norte. Entonces Espartaco dijo en voz baja:

-¿No habría sido mejor que uno de los dos matara al otro, Mirmillo?

Crixus lo miró con petulancia y dijo:

-No habría habido ninguna diferencia.

Luego se marcharon arremolinando el polvo y desaparecieron al norte del camino. Eran treinta mil hombres, cinco mil mujeres y niños, de modo que la partida se prolongó varias horas. Los que se quedaban permanecieron en silencio hasta que se hubo asentado la última nube de polvo, y entonces los embargó una enorme tristeza. Después continuaron con su trabajo. La tercera parte de la ciudad estaba desierta, y a las dos terceras partes restantes sólo les quedaban unos días.

El período estipulado por Espartaco pasó antes de lo esperado. Un día después

de la partida de los celtas, los notables del consejo de Turio decidieron hablar claro.

En Roma, Lucio Gelio y Gneius Lentulo, miembros de la reaccionaria facción aristócrata, habían sido elegidos cónsules por aquel año, el número 683 desde la fundación de la ciudad. Ambos cónsules estaban firmemente decididos a poner fin al problema de los esclavos en el sur de Italia y el Senado se había apresurado a concederles atribuciones extraordinarias. Los recientes y muy favorables informes de los frentes asiático y español resultaban ventajosos: tanto los nuevos soldados reclutados como los flamantes mercenarios podrían ser usados en la campaña contra los esclavos. Dos ejércitos entrenados, integrados por un total de doce legiones completas, ya habían salido de Roma. Los dos nuevos cónsules tomaron el mando en persona, algo que sólo había sucedido en contadas situaciones de emergencia en toda la historia de la República.

Estas noticias, sumadas a la de la destrucción de la flota de emigrantes, habían contribuido a afianzar la seguridad de los consejeros de Tuno que ya no vacilaron en hacer saber al príncipe tracio, con suma cortesía, que el consejo lamentaba no poder garantizar el suministro de pan y trigo al ejército de esclavos. Adujeron que en los últimos meses la situación mundial había cambiado por completo, Roma había recuperado su tradicional aunque inmerecida suerte en las batallas, y Tuno se veía forzada a tener en cuenta las nuevas circunstancias, ya que sus propios almacenes estaban completamente vacíos.

Casualmente, esto era cierto, ya que el trigo que recibía Turio procedía de Sicilia y el comercio procedente de allí sufría las consecuencias de los cambios políticos.

Hasta el momento, el gobernador romano de Sicilia, un astuto notable llamado Verres, convencido de las posibilidades de éxito de la revolución en Roma, había estado proporcionando trigo a crédito a los romanos, sabiendo que éstos lo llevarían a Tuno y de ahí iría a parar a manos de Espartaco. Sin embargo, el señor Verres -inmortalizado por Cicerón como un insigne bri-bón, asesino y paradigma de la maldad-, en cuyas manos estaba el destino de la Ciudad del Sol, se había convertido súbitamente en un adepto al Senado. Como consecuencia, los graneros de Turio estaban tan vacíos como los de la Ciudad del Sol y el anciano y digno consejero de ojos saltones, a quien habían vuelto a enviar al frente, dio fe de ello. Luego preguntó por Enomao, cuya presencia echaba en falta, y a quien describió como un hombre educado, mientras miraba a Fulvio con sus ojos llenos de venillas rojas. Tras superar un nuevo acceso de tos, Fulvio murmuró una evasiva. Entonces el anciano consejero le rogó que presentara sus respetos al príncipe tracio, agradeció su asistencia y se marchó con pasos algo vacilantes.

Al día siguiente, llegó por fin el rezagado mensajero del ejército español de emigrantes. En primer lugar, entregó una carta del jefe de los emigrantes, Sertorio, en la cual aceptaba las condiciones para una alianza contra Roma; pero en segundo lugar, comunicó la noticia de la muerte de Sertorio, acaecida la noche después de que éste escribiera la carta. Desde el comienzo, la discordia había reinado en el campamento de refugiados. Se habían escindido en grupos, constituyéndose en una copia fiel del Senado romano, sin olvidar ni aprender nada. Un tiempo antes, un oscuro individuo llamado Perpina había aparecido entre ellos, criticando la forma moderada en que Sertorio conducía la guerra, pues ninguna de las medidas del general satisfacía su fervor revolucionario. Por fin su voz había sembrado la semilla de la desconfianza.

Decía que el jefe se pasaba la vida en banquetes y que dilapidaba tiempo y dinero por igual. Curiosamente, el propio Perpina disfrutaba de amplios medios económicos de origen desconocido, que derrochaba generosamente en su búsqueda de adeptos. Cuando por fin Sertorio lo acusó per-

sonalmente de ser un provocador pagado por el Senado romano, Perpena y sus amigos decidieron actuar. Organizaron un banquete en honor al general, y cuando los invitados estaban mareados por el vino, iniciaron una disputa planeada de antemano. Sertorio se recostó en su sofá, disgustado, y cerró los ojos. Ya no los abriría jamás, pues más de cien dagas laceraron su carne, mientras Marco Antonio, su vecino en la mesa, le sostenía los brazos y las piernas. Ahora la caída del ejército de los emigrantes y el triunfo de Pompeyo eran inminentes.

La oposición demócrata a Roma había sido vencida por la incapacidad de sus dirigentes, y los refugiados se habían destruido entre si con sus disputas internas.

Una vez más, como tantas otras en el pasado, el decrepito régimen, que había sobrevivido más allá de su tiempo, no debía su triunfo a su propia fuerza, sino a la debilidad de su adversario. ¿Y cuántas veces más en el curso de los siglos se repetiría aquella penosa situación?

Fue Fulvio, el cronista y abogado, quien planteó esta última pregunta, aunque más para si que para Espartaco, que, sentado frente a él en la tienda de la enseña púrpura, no parecía impresionado por aquellas noticias devastadoras. Incluso lucía su amable sonrisa, como en los primeros días de la horda, aunque tal vez aquella hilaridad procediera de fuentes más lejanas, como esos arroyuelos asombrosamente claros que brotaban de la presión y el sudor de la piedra en las montañas.

Esta vez la conversación se desarrollaba a la luz del sol, que resplandecía fuera de la tienda. Fulvio se sentía acongojado, su tos seca lo irritaba tanto como el reumatismo que había pillado aquella lluviosa noche ante la ciudad de Capua. Volvió a preguntarse cuántas veces más se repetiría aquella penosa situación a lo largo de los siglos.

Pero el hombre de la piel seguía sentado ante él, con las piernas abiertas, como los leñadores de las montañas y sonreía. ¿Qué razón había para sonreír, cuando todo había acabado y los fantasmas del pasado celebraban su regreso al alma de los débiles y desesperados?

-¿Y qué piensas hacer ahora? -le preguntó al emperador en tono seco y hostil.

Entonces el emperador sonrió con expresión amistosa, distraída, aliviada.

-Volveremos a casa -dijo con el tono ligeramente perplejo con que uno comunica aquello que ha sabido y decidido tiempo atrás.

Una furiosa actividad volvió a apoderarse de la ciudad de los esclavos. Fue como si después de una larga y mortecina calma, una brisa empujara la vela de un barco, haciendo crujir los mástiles y surcando una vez más la espuma con la quilla. Rebosantes de alegría y entusiasmo, habían arrastrado los maderos desde las montañas, habían construido cobertizos y barracas, habían fundado una ciudad; y ahora, con el mismo entusiasmo, atacaban los edificios con hachas y sierras, derribaban los muros que habían erigido con tanto afán, devastaban su propio hogar. Las calles rectas y uniformes se cubrieron de escombros y basura, mientras los hombres cargaban todos los objetos aprovechables en carros, vaciaban los graneros y arrancaban los postes de las tiendas del resistente suelo. El barrio celta, que llevaba varios días desierto, había dejado de ser un recuerdo doloroso para convertirse en un instructivo ejemplo. Destruyeron la ciudad con el mismo alboroto de martillos, con la misma energía jubilosa con que la habían construido.

Espartaco se paseó por el campamento, contempló las ruinas, rió, alentó a los tracios en su alegre tarea e incluso contribuyó personalmente en la destrucción de los comedores colectivos. Otra vez lo amaban entrañablemente. Volvía a ser el risueño camarada, el compañero de los viejos tiempos, el elegido hombre de la piel.

El brillo hostil de sus ojos había desaparecido, por las noches bebía alegremente de la cuerna de vino y volvía a dormir con su mujer, la delgada joven morena a quien tenía abandonada desde hacia tiempo. Se había librado de un duro peso; ya no necesitaba guiar a los ciegos, ni tomar oscuros desvíos. Incluso el recuerdo del joven Enomao, víctima de su tímida rectitud, se había desvanecido, y el alma del emperador estaba llena de un dulce y dichoso vacío.

Todo el mundo esperaba con impaciencia el viaje a casa. En las montañas reinaría el verdadero Estado del Sol. En las montañas había sitio para los lucanos, para los negros, para todo el que quisiera unirse a ellos. Aquella ciu-

dad, con sus rectas calles entrecruzadas y sus leyes severas e inflexibles, había sido pálida y débil. Los aliados no habían llegado, los hermanos italianos no habían respondido a su llamada, la era de Saturno no había despuntado. Tal vez aquella época fuera demasiado vieja o demasiado joven, sus frutos demasiado maduros o demasiado verdes... ¿A quién le importaba, y quién quería llenarse la cabeza con eso?

Estaban muy contentos. La víspera de la partida, en el campamento reinaba el mismo humor festivo del día en que habían llegado. Los talleres, los graneros, los comedores ardían en colosales y resplandecientes llamas en la llanura, como antorchas de despedida.

La víspera de la partida, el hombre de la cabeza ovalada estaba sentado en un rincón de la tienda, leyendo una página de pergamo que sostenía sobre la rodilla, bajo una lámpara de aceite. Sus labios se movían con fervor, mientras murmuraba algunos pasajes en un furioso cántico acompañado de frenéticos movimientos de torso y otros con sacudidas de cabeza y palmas reprobadoramente vueltas hacia arriba. Leía con el cuerpo entero. Así lo encontró Hermios, el pastor, cuando acudió a hacerle una visita.

-¿Qué diablos haces? -le preguntó atónito.

-Estoy discutiendo con Dios -respondió el anciano.

-¿Pero eso está permitido?

-Depende -dijo el anciano-. Mi Dios exige que discutamos con él, lo necesita. De lo contrario se siente incómodo consigo mismo y con la humanidad. Por tanto, nos provoca con todo tipo de picardías.

-¿Qué picardías? -preguntó Hermios con interés.

El pastor había ido allí en busca de consuelo, pues le entristecía mucho tener que dejar la Ciudad del Sol. Sin embargo, ahora había olvidado su pesar y quería saber con qué tipo de picardías provocaba a los mortales el Dios polemista del hombre de la cabeza ovalada.

-Está escrito -comenzó el anciano- que en una ocasión, muchos hombres llegaron desde el este hasta un valle entre dos ríos y se quedaron allí con la intención de construir una ciudad.

-¿Dónde estaba ese valle? -preguntó Hermios, que se había sentado en el suelo y lo escuchaba respetuosamente.

-Bastante lejos de aquí -respondió el anciano-, entre el mar y las altas montañas; pero no debes sorprenderte, porque hay valles por todas partes, entre el mar y las montañas. Sin embargo, la gente se decía: construyamos una ciudad distinta a cualquiera que haya existido, para no andar miserablemente diseminados por el mundo. Entonces derribaron árboles, y los hicieron arrastrar al valle por los búfalos, usaron piedras como ladrillos y barro como argamasa, y su ciudad creció. Pero la gente no estaba satisfecha y decía: construyamos una torre distinta a cualquiera que haya existido, para que todos podamos contemplarla en lugar de andar miserablemente diseminados por el mundo.

-¿Una torre? -preguntó Hermios, decepcionado-. Yo no sé nada de una torre.

-Eso tampoco debería sorprenderte -dijo el anciano-, pues los mortales construimos muchas clases de torres, unas de ladrillo y otras no. Pero arriba de todo está sentado Dios, y ve elevarse esas torres hasta su propio reino celestial, que él desea mantener apartado del hombre, igual que cierto árbol en cierto jardín. Sin embargo, los humanos construyen sus torres para demostrar su superioridad frente a las demás criaturas vivientes, en honor a su creador, y también para molestarlo. Y Dios los mira construir, furioso y halagado a la vez, y se pregunta con qué clase de picardía provocarlos. Entonces repara en que todos hablan la misma lengua y se entienden entre si, como es natural entre criaturas con el mismo propósito y de la misma condición, y se pregunta: "¿Adónde los conducirá todo esto? Estos hombres se entienden entre si demasiado bien y construyen su torre demasiado alta. Si esto es sólo el principio... ¿cuál será el fin? Tal vez logren alcanzar su objetivo y permanezcan en paz, lo que violaría groseramente las leyes de mi juego con los humanos. De modo que bajaré entre ellos para provocarlos con una picardía, confundiré su lengua para que sólo puedan pronunciar tartamudeos, balbuceos furiosos o gritos y no puedan entenderse unos a otros. Así abandonarán la torre y vivirán diseminados por todo el mundo".

-Es un relato horrible -dijo Hermios mostrando sus dientes amarillos con una sonrisa.

-Todos los relatos son horribles -asintió el hombre de la cabeza ovalada con aire ausente-. Los relatos comienzan, pero nunca terminan. Hay uno sobre una manzana que sólo se comió a medias, otro sobre una escalera a lo alto de la cual sólo un hombre estuvo a punto de llegar, pero se dislocó el hueso de la cadera y cojeó toda su vida; también está el de la torre construida sólo a medias, erosionada por el viento y la lluvia.

Hermios seguía sentado y triste.

-¿Por eso estabas discutiendo con Dios cuando he llegado? -le preguntó al anciano después de un momento.

-Lo has adivinado -respondió el anciano-. ¿A quién más podría reprocharle el fracaso de la hermosa torre? ¿Quizás a la lluvia, o a la noche, o al siroco que mece una enseña púrpura a un lado y otro del mástil?

El campamento estaba del mismo humor festivo del primer día. Los talleres, los graneros y los comedores ardían en colosales, resplandecientes llamaradas, como antorchas de despedida. Hasta el propio Consejo de Turio contribuyó amablemente con la celebración, enviándoles veinte barriles de añafo falerno como regalo de despedida. De modo que varios centenares de hombres acudieron a la magnánima ciudad a media noche en una visita de agradecimiento. Sin excesivo sigilo saquearon, robaron y violaron con moderación. Los ciudadanos de Timo debían estar agradecidos de haber salido tan bien librados. Espartaco fingió no saber, ver ni oír nada.

A la mañana siguiente partieron.

Aún eran cuarenta mil. Treinta mil se habían marchado con Crixus y el resto se diseminaría por el mundo.

Tras ellos aún brillaban las brasas de la Ciudad del Sol.

13 El deseo de permanecer

La mañana después de la partida del ejército de esclavos, Hegio, un ciudadano de Tuno, salió a la azotea de su casa. La resplandeciente corona del disco solar acababa de elevarse sobre el mar y las aguas continuaban exhalando los aromas frescos y cristalinos de algas y estrellas. Sin embargo, sería un día caluroso, un día como otro cualquiera.

Los gallos comenzaban a entonar sus discordantes cantos y la gran ciudad de blancas columnas despertaba de su serena quietud matinal. Los primeros pastores conducían a sus cabras a través de las sinuosas callejuelas, entre los muros de piedra, mientras tocaban sus agudas flautas. A lo lejos, los blancos rebaños de búfalos pastaban en los campos al pie de la montaña, y olfateaban, con las cabezas tiesas y erguidas, el olor a quemado procedente de la desierta ciudad de los esclavos. Desde la azotea de Hegio se divisaba toda la zona amurallada, las rectas calles muertas y los restos humeantes de los talleres y comedores de la ciudad que había albergado a cien mil habitantes. "Pronto las murallas comenzarán a desmoronarse, poco a poco las cubrirá el polvo seco y caliente. Entonces los hijos de los ciudadanos de Turio se acercarán a aquel reducto encantado con corazones palpitantes, cruzarán desvergonzadamente sus murallas y jugarán a ladrones y soldados en las calles desiertas.

El polvo se asentará sobre las ruinas, la lluvia lo regará, convirtiéndolo en arcilla, y los hombres del futuro labrarán la tierra con arados y búfalos, igual que lo hacen ahora sobre el suelo que sepulta a Sibaris. Y tal vez algún día, hombres eruditos e historiadores recordarán la leyenda de la extraña Ciudad del Sol, cuyos cimientos reposan sobre las más antiguas leyendas, cavarán un túnel en el reino del pasado y encontrarán una cadena rota, la in-

signia del ejército de esclavos, o el plato de barro de mi sirviente Publibor".

Hegio esbozó una sonrisa propia de un niño o un anciano, suspiró y echó un último vistazo a la ciudad muerta. Tenía hambre y lo acosaba un sentimiento de culpabilidad por no haber cumplido con su deber conyugal desde la noche anterior a la llegada del príncipe tracio. Por fin se decidió a bajar la escaleras de hierro, despertar a la matrona y exigir su desayuno, pero de repente su vista se detuvo sobre un joven inmóvil y de aspecto desdichado, que lo miraba desde la sombra todavía pálida del muro de enfrente: era Publibor, su esclavo. Hegio se sintió complacido más que asombrado, aunque también algo inquieto por la reacción que tendría la matrona al enterarse del regreso del esclavo. Como buena romana se tomaba las cosas muy en serio y no tenía el menor sentido del humor. Sería mejor que hablara con ella a solas, durante el desayuno.

Le hizo señas al muchacho de que aguardara fuera con el aire furtivo de un conspirador. El joven no respondió, se limitó a asentir tímidamente con la cabeza y permaneció inmóvil a la sombra del muro.

Aún seguía allí cuando Hegio salió media hora después y le pidió alegramente que lo acompañara en su acostumbrado paseo matinal al río Crathis. Luego soltó al perro de su correa, y el animal saltó y ladró alrededor del joven, que parecía igualmente feliz de verlo y le acarició la cabeza con expresión grave. Hegio les dedicó una mirada divertida, resignada y ligeramente disgustada:

-¿Y bien? -le dijo al esclavo-, ¿sigues deseando mi muerte? -El joven le devolvió la mirada con seriedad, meditó y negó con la cabeza muy despacio-. Veo que no has aprendido nada -dijo Hegio-. Hubiera sido más conveniente que dijeras que sí.

Casi parecía enfadado porque Publibor hubiera dejado de desearle la muerte. Se alejaron de la ciudad en silencio, Hegio al frente, el esclavo unos pasos atrás y el perro corriendo de un sitio a otro.

-Por cierto -dijo Hegio después de un momento y giró la cabeza sin reducir la marcha-, la matrona insiste en castigarte antes de perdonarte. Su-

pongo que el procedimiento será más simbólico que doloroso. Como comprenderás, tiene derecho a hacerlo.

Publibor no respondió ni tampoco redujo la marcha. Mantuvo la mirada fija en los guijarros del camino, mientras un suave rubor encendía sus mejillas. Continuaron andando en silencio.

Cuando llegaron junto al río Crathis, Hegio se tendió sobre la hierba y comenzó a hablar otra vez:

-Tal vez haya cometido una injusticia contigo. Yo también habría actuado de forma más conveniente si te hubiera concedido la libertad ahora que vuelves decepcionado porque han traicionado tus esperanzas. En realidad habría sido una solución maravillosa, un gesto filosófico de moral piadosa. Ah, bueno, uno siempre espera que los demás actúen de la forma más conveniente.

Contemplaron en silencio a las cabras pastando junto a las murallas de la ciudad desierta y oyeron el distante tintineo de sus esquilas. Las siluetas de las montañas, imponentes y ligeramente serradas, cercaban el horizonte.

-En lo que respecta a tu regreso -continuó Hegio-, comprendo bien tus razones. Yo también albergo en mi interior esas dos energías opuestas: el deseo de permanecer y el deseo de partir. También podríamos llamarlos el deseo de destruir y el deseo de preservar. Tanto si miras fuera como dentro de ti, encontrarás únicamente esos dos deseos, y su lucha es eterna, pues cada victoria de uno sobre otro no es más que una falsa conquista temporal, así como el cambio de la vida a la muerte encierra un círculo vicioso y sólo es definitivo en apariencia. Aquel que se marcha permanece atado a sus recuerdos, mientras que aquel que se queda se abandona a dolorosas añoranzas, y a través de los años innumerables hombres y mujeres se han arrastrado lamentándose sobre ruinas.

-Decían que la época no estaba madura -respondió el joven sin quitar los ojos de las murallas de la ciudad desierta-, que era demasiado pronto o demasiado tarde.

-Eso también es verdad -dijo Hegio con su sonrisa de niño y de viejo-. Para vuestra desgracia, habéis nacido en un mundo que no puede vivir ni morir. Desde hace mucho tiempo, todo lo que ha brotado de este mundo ha

sido inútil y yermo; pero las fuerzas de la perseverancia son tenaces. Si le preguntas a la matrona, verás qué ideas tan poco halagadoras tiene de mi fuerza y poder. Ella también me considera demasiado viejo para producir y demasiado joven para morir, de modo que, mi pobre Publibor, aún tendrás que soportarme un tiempo... Aunque ya no pareces desear mi muerte.

La mano de Hegio, que había estado apoyada en actitud reconfortante sobre el hombro del joven, comenzó a deslizarse por su cuerpo, mientras su mirada risueña, resignada y ligeramente disgustada no se apartaba de la del esclavo. Publibor, asombrado y apático, se prestó al juego.

-Ya ves -murmuró Hegio tras una pausa-, ésta es otra solución y una forma de disfrutar el uno del otro. Si quieres, puedes considerarlo como un símbolo, pues teniendo en cuenta lo que ambos somos y representamos, es lo mejor que podemos hacer.

El sol brillaba en el cenit del cielo y los olivos ya no ofrecían su sombra. El perro, que reposaba sobre la hierba con temblorosos flancos y la lengua colgando entre los dientes, giró la cabeza y los miró con sus ojos vidriosos.

LIBRO CUARTO LA DECADENCIA INTERLUDIO

Los delfines

El escriba Quinto Apronius entra al vestíbulo de los baños de vapor de excelente humor.

Dentro de unos meses cumplirá veinte años como funcionario y el juez del Mercado, su superior, le ha prometido tomarlo como su protegido oficial. Apronius, cuyas manos se están volviendo un poco torpes, ya no tendrá que redactar actas, sino que se paseará dignamente por las calles, con la túnica recogida, como miembro del séquito del juez del Mercado. Supervisará el trabajo de sus antiguos colegas, vigilará con rigor que todo se haga como es debido y será invitado a las fiestas familiares en casa de su patrón y protector. Además, tiene razones para pensar que los "Adoradores de Diana y Antinoo" lo elegirán presidente, tras tantos años a cargo de la secretaría.

En el paseo cubierto de entrada a los baños, se oye el acostumbrado alboroto, aunque el sedicioso agitador y abogado Fulvio no aparece por allí desde hace tiempo. La gente dice que se ha unido a los ladrones, y que ahora se dedica a asesinar, saquear templos y violar vírgenes. Apronius ya había reparado en la expresión cruel y lasciva de su rostro tiempo atrás. Sin embargo, falta poco para que el destino les dé su merecido a él y a sus cómplices, pues se dice que los bandidos han abandonado su absurda ciudad y se dirigen al sur, donde pronto encontrará su fin.

Apronius entra alegremente en la Sala de los Delfines, donde reconoce de inmediato al empresario Rufo y al contratista de juegos Léntulo, enfrascados en un diálogo meditabundo y digestivo. Cuando Apronius se sienta en su asiento habitual, los caballeros lo saludan con parquedad e indiferencia. Sin embargo, el humor del escriba es demasiado bueno para dejarse amilanar por esto, sus funciones físicas están en plena forma otra vez, y pronto, muy pronto, no necesitará mendigar entradas gratuitas a nadie, por el contrario, ellos considerarán un honor pasar las horas de la siesta en compañía del pre-

sidente honorario de una reputada cofradía y protegido del juez del Mercado. Inicia una animada conversación con unas reflexiones generales sobre la expiación y el terrible castigo que pronto recibirán los desvergonzados rebeldes, pero le sorprende comprobar que sus comentarios no reciben la respuesta esperada. El empresario, envuelto en su elegante bata -una réplica exacta de la cual se mandó hacer Apronius pocos meses antes-, se encoge de hombros y hace una mueca de disgusto.

-¿De qué te alegras? -le pregunta Rufo-. ¿Acaso piensas que las cosas te irán mejor cuando hayan matado a esa gente? Espera y verás. Cuando todo esto acabe, la situación será más crítica que nunca. El fisco tiene menos fondos que nunca, el precio del trigo sube de forma constante sin que nadie sepa a qué altura llegará, y en Roma parece haber una confusión general. Hace poco tiempo, el tribuno del pueblo Licinio Macer pronunció un discurso invitando abiertamente a la gente a no cumplir con el servicio militar que exige el Estado. Si el Senado logra sofocar la rebelión, será sólo gracias a que el enemigo les hizo el favor de pelearse entre sí en el momento oportuno, un fenómeno aparentemente habitual en todas las revoluciones, que en él parecen encontrar un infalible antídoto. Pero ésa no es una razón para que te hagas ilusiones sobre el futuro.

El escriba Apronius se pregunta qué le ha ocurrido al empresario y a su encantador ingenio, ¿por qué se muestra tan malicioso de repente? Pero no está dispuesto a permitir que nadie empañé su dicha y atribuye el pesimismo del empresario a sus esfuerzos evacuativos, sin duda infructuosos. Por consiguiente, señala con tono conciliador que los dos cónsules que dirigen personalmente la campaña demostrarán que aún quedan hombres en Roma, restituyendo la confianza del pueblo.

Pero el empresario Rufo se limita a responder con una piadosa sonrisa, mientras el contratista de juegos mira fijamente al vacío con expresión lúgubre. Hasta hace poco tiempo, ambos contaban con la victoria de los aliados de Espartaco, los emigrantes de España, y habían especulado con la correspondiente baja en el precio del trigo, de modo que la actitud triunfalista del respetable escriba con su filosofía digestiva los está poniendo más nerviosos que nunca.

-¿Hombres? ¿En Roma? -dice Rufo.

Y luego, para molestar al enjuto escriba añade con tono belicoso que tal vez Espartaco sea un hombre, pero que los señores de Roma gobiernan su imperio heredado al estilo del legendario jinete, que, cuando alguien le preguntó por qué estaba tan descontrolado respondió: "No me lo preguntéis a mí, sino al caballo". Pues desde el momento en que el famoso ejército había sido reemplazado por fuerzas mercenarias, el verdadero poder había pasado de las manos del Estado a las de los generales.

Era inminente una nueva dictadura militar, tal vez incluso la restauración de la monarquía; y el cadáver viviente de la república exhalaría su último suspiro con voluptuoso alivio cuando un puño de acero le apretara el cuello... ¿Y luego qué?

-Mira a tu alrededor, mi estimado amigo -exclama el rollizo empresario con tono profético desde su trono de delfines-. Abre los ojos y mira a tu alrededor. Las bases de la economía y las posibilidades de prosperidad individual se debilitan y reducen día a día, y ya ni siquiera se producen niños. El barrio de la Suburra está lleno de encantadoras de niños, mujeres del pueblo que atraviesan al feto dentro del útero con agujas de tejer, y las tarifas de las comadronas por aborto son el doble de caras que por un parto. La raza de la loba agoniza, amigo mío, y podría sucederle la de los chacales...

Rufo, lleno de amargo pesar, ha levantado la voz y varias personas lo miran desde los asientos cercanos. Quinto Apronius se incorpora y se apresura a marcharse.

No quiere que le estropeen su buen humor, y en tiempos como estos no es aconsejable ser visto en compañía de gente con ideas abiertamente sediciosas.

De camino a casa por el barrio de Oscia, recuerda una vez más las palabras del empresario. ¿No había manifestado su simpatía hacia los enemigos de la República, no había proclamado que el fugitivo gladiador y revolucionario era el único hombre de Roma? Apronius se pregunta si no será su deber, como futuro presidente de una cofradía, mencionar el asunto al juez del Mercado. Es hora de poner fin a las intrigas de individuos con dudosos antecedentes, que incitan a los ciudadanos honestos a enfrentarse con la autoridad, sin siquiera ofrecerles a cambio una entrada gratuita; es hora de

restablecer la ley y el orden.

1 La batalla junto al Gárgano

En aquella época Marco Catón tenía veintitrés años. En su niñez había crecido demasiado aprisa, y ahora su cuerpo larguirucho parecía incapaz de amoldarse a las proporciones de un hombre maduro. Nunca se lo veía sin un libro o un manuscrito bajo el brazo y sus labios se movían de forma constante, incluso cuando estaba solo.

Se había presentado voluntario a la campaña del cónsul Gelio, los soldados se reían de él y temían las monótonas conferencias que les obligaba a escuchar. Sabían que, al igual que el rey Rómulo, no usaba ropa interior, no se acostaba con mujeres ni con hombres e intentaba imitar la vida puritana de su tatarabuelo el viejo Catón. Se burlaban de él, pero en el fondo de sus corazones, aquel joven fanático los inquietaba. Una vez un gracioso lo había llamado "Catón el Joven" con burlona devoción, y el apodo le había quedado para siempre.

El hermano mayor de Catón, el capitán Cepión, también participaba en la campaña y era la mano derecha del cónsul. Cepión, un hombre viril y guapo, mimado por las damas romanas, se sentía defraudado por su patético hermano. Pensaba que Catón debería haber sido capitán mucho tiempo antes, ocupando el lugar que le correspondía como digno descendiente de una antigua familia aristocrata; pero el joven, que insistía en emplear su tiempo como un ciudadano vulgar, había declinado un ascenso en la legión de su mundano hermano, a quien evitaba y trataba con desdén.

-Se comporta como un tonto -le dijo Cepión con desesperación al cónsul Gelio.

El cónsul sonrió, pues el joven puritano era digno de interés.

-Tu hermano es un joven notable -dijo-. Es probable que funde otra secta estoica, cometa un asesinato político o realice algún otro hecho absurdo y fervoroso, que, según las circunstancias, será considerado como una travesura de colegial o como un acto heroico.

-Tal vez aún esté a tiempo de cambiar -dijo Cepión.

-Él no, te lo aseguro -respondió el cónsul-, conozco a los de su clase. Seguirá siendo un adolescente toda su vida. El joven Graco estaba cortado por el mismo patrón. La evolución humana parece atravesar períodos en que los actos históricos se reservan a la tipología de adolescentes eternos. No es culpa suya, sino de la historia, y mucho me temo, amigo, que volvemos a vivir en uno de esos períodos inmaduros, precipitados.

El cónsul Lucio Gelio Publicola sentía debilidad por las reflexiones filosóficas.

Le gustaba citar a su amigo, el escritor Varrón, que sostenía que no había nada como una auténtica disputa filosófica y que una contienda estoica superaba al mejor combate en la arena. Unos años atrás, Gelio, por entonces gobernador de Grecia, había representado una farsa que había impresionado a toda Roma, y a él mismo más que a nadie. Había convocado a Atenas a los representantes de tendencias filosóficas opuestas, los había encerrado en una sala y les había exigido que llegaran a una definición unánime de la "verdad". Él mismo se atribuyó el papel de moderador del debate y advirtió que no dejaría salir a nadie hasta que llegaran a una conclusión. Sin embargo, el acto tuvo consecuencias desastrosas, la guardia armada del gobernador tuvo que intervenir por la fuerza y Gelio se vio obligado a abrir las puertas antes de que se descubriera el sentido de la "verdad", para evitar un derramamiento de sangre. A pesar de todo, Gelio consideraba el incidente como un triunfo pedagógico, pues los filósofos de Atenas demostraron una unanimidad maldita en la historia enviando una petición conjunta al Senado de Roma exigiendo su destitución. Ático, que entonces se encontraba en Atenas, envió un informe cabal del incidente a Cicerón, y Gelio ganó una popularidad que resultaría decisiva en su elección como cónsul.

Al norte de Apulia, junto al río Gárgano, la vanguardia romana se en-

contró con Crixus y sus treinta mil celtas y germanos. Los ejércitos hostiles ocupaban dos colinas enfrentadas sobre la ribera norte del río.

Los dos cónsules romanos se habían separado con sus ejércitos, en parte por razones estratégicas y en parte porque no se tenían demasiado aprecio y ambos pretendían atribuirse el mérito de la victoria. Gelio había avanzado para encontrarse con el enemigo en Apulia, mientras su colega Gneius Léntulo debía proteger el norte de Italia contra una posible masacre del ejército de esclavos. No era precisamente un acuerdo lógico, pero hacía tiempo que el Senado temía interferir con sus generales, y dado que en esta ocasión los propios cónsules actuaban como tales, era como si los hubieran sitiado desde el interior.

La primera noche junto al río Gárgano pasó tranquilamente. Los romanos fortificaron su castra, los celtas construyeron una barricada alrededor de la colina con el clásico sistema de carros. Un explorador romano observó el proceso desde un punto oculto e informó al capitán Cepión, quien a su vez pasó el parte al cónsul.

--No son un ejército, sino un grupo de viajeros -le dijo el capitán Cepión, atónito, al cónsul-. Mujeres, niños, caballos, bueyes, ganado, asnos. Están usando los carros y toda la madera que llevan consigo para construir una barricada alrededor de la colina, y están reforzando esta muralla de basura con todo tipo de objetos, incluidos sacos de cereales y ganado vivo.

-Es espantoso -dijo el cónsul-. Esta gente le da a la guerra un cariz doméstico, personal. Ganemos o perdamos, seremos humillados.

-Podríamos intentar prender fuego a sus barricadas -sugirió Cepión-, pues rodea todo el campamento. En el interior, los pastos están secos y podríamos asar vivos al menos a la mitad de los hombres.

-¿Y esa idea te atrae? -preguntó Gelio-. Por todos los dioses, no me respondas "la guerra es la guerra" o algo por el estilo.

-La guerra me atrae tanto como a ti -respondió Cepión encogiéndose de hombros-, aunque no creo que la que libramos contra Mitrídates sea más refinada.

Él ha hecho envenenar los pozos de agua.

-Pero al menos envenena con estilo -respondió el cónsul.

Sabía que sus comentarios ingeniosos, tan poco apropiados en un militar, enfurecían al capitán Cepión, pero no podía ordenar que prendieran fuego al campamento del enemigo. La sola idea del olor a carne quemada le provocaba náuseas.

Sin embargo, el guardia que aguardaba junto a la puerta le facilitó la decisión anunciando la visita del capitán Roscio de la tercera legión. Roscio entró de inmediato, se cuadró con gesto sombrío y saludó con grave énfasis. El capitán Roscio, un veterano del tiempo de Sila, invariablemente trataba al cónsul con solemne formalidad militar, tal vez como una forma de protesta contra el despreocupado aire mundano de Gelio. Gelio adivinó por la sonrisa que se asomaba entre sus imponentes bigotes que el capitán traía malas noticias.

Un delegado del enemigo había acudido a parlamentar con el capitán y había sugerido, en nombre de su general, que se fijara día y hora del combate, según marcaba la tradición germana y celta. Además -y aquí el capitán tuvo que hacer grandes esfuerzos para contener la risa-, el jefe militar enemigo, el gladiador Crixus, proponía un duelo entre él y el jefe militar romano Lucio Gelio Publicola, otra costumbre celta y germana. El capitán Roscio esperaba instrucciones para responder a estas sugerencias.

El joven Cepión se ruborizó de vergüenza y furia, y tanto el capitán Roscio como el cónsul sonrieron. Por una fracción de segundo, Gelio sintió la tentación de aceptar el duelo, aunque sólo fuera para fastidiar a Roscio y agravar hasta un punto intolerable la herida provocada por aquella humillante guerra contra esclavos y gladiadores. ¿O acaso de ese modo la humillación desaparecería? Vaya tema para sus amigos filósofos de Atenas. Sin embargo, la calma y la razón se impusieron, y decidió que era absolutamente imposible tratar a la historia como si fuera la arena de un circo.

Miró con expresión amistosa a los parpadeantes ojos del veterano capitán Roscio, ordenó que el mensajero fuera colgado sin innecesaria crudidad y lo despidió con un gesto. Roscio saludó con elegancia y se apresuró a salir de la tienda. Entonces Gelio se volvió hacia el capitán Cepión y le dio la orden de atacar al enemigo desde cinco puntos simultáneamente poco

antes del amanecer. Cepión no se atrevió a volver a mencionar el recurso del fuego.

Crixus inspeccionaba el campamento. Paseaba pesadamente su grueso cuerpo cubierto de armadura de un grupo a otro, melancólico y silencioso. Sin embargo, inspiraba confianza. Cuando se aproximaba a sus hombres, éstos lo saludaban con amistosas y jugosas blasfemias, pero él nunca respondía; se limitaba a desmoronar de una patada una estructura débil de la barricada, esperaba a que la reparasen y continuaba su camino.

Su plan era sencillo: intentaba dejar el ataque a los romanos, permitir que se rompieran las cabezas rapadas contra su campamento, y después de un segundo o tercer ataque frustrado, los sitiados saldrían de sus escondites desde seis puntos distintos a la vez y los derribarían. Luego, en cuanto hubieran acabado con ellos, continuarían el camino hacia el norte, rumbo a su tierra natal.

La marcha hacia el norte, hacia la tierra natal. ¿Cuál era el destino final? Crixus no hacía preguntas. Hacia el norte estaba el río Po, tras él la Galia cisalpina, Liguria, el país de Lepontia y más allá las montañas. Aquellas montañas eran muy altas, las avalanchas se precipitaban sobre ellas y la templada nieve de verano las cubría, mientras dioses y demonios corrían carreras a su alrededor, montados en ráfagas de viento. Las cumbres eran zonas silenciosas, pero más allá de todo eso, más allá del umbral del cielo, comenzaba el reino del recuerdo. Pero, ¿era un recuerdo real o la simple añoranza por una leyenda soñada? Crixus no hacía preguntas. Procesiones de druidas y sacerdotisas descalzas, vestidas con largas túnicas blancas, marchaban en silencio por las calles de Galia y Bretaña. En su cuádriga plateada, rodeada de un resplandeciente séquito -cazadores con tríos de perros, grupos de poetas errantes-, el rey del año cabalgaba por sus dominios, observando oro a su paso. Los caballeros con collares de plata e impresionantes bigotes celebraban banquetes en largas mesas, y entre plato y plato, empuñando espadas y escudos con mortal seriedad, se disputaban el lomo, la porción más grande del cerdo, premio al más valiente. Y cuando por fin la copa del caballero se vaciaba y no quedaban monedas en su bolsa, ofrecía su vida a cambio de cinco barriles de vino, invitaba a beber a sus amigos y se tendía sobre el escudo a esperar plácidamente su propia muerte en manos de su

acreedor.

¿Realmente existía aquella tierra al otro lado del Po, al otro lado del umbral nevado del cielo? Crixus no hacía preguntas. Se dirigían hacia el norte, hacia el nebuloso reino del pasado. Volvían a casa y dejaban atrás el Vesubio, el Estado del Sol, el desventurado y truncado futuro. Frente a ellos estaba el pasado, su tierra natal, la bruma primigenia que los había concebido. ¿Podían tener alguna duda en el momento de elegir? No se hacían preguntas. Seguían el norte que los convocaba de nuevo a sus orígenes para completar la oscura rotación.

Hacia la mañana, poco después del primer ataque de los romanos, Crixus volvió a soñar con Alejandría. Se había quedado dormido detrás de una sección endeble de la barricada y soñaba con una mujer que cantaba mientras compartían el lecho; nunca había conocido una criatura semejante. Escuchó con atención para ver si el canto era suave o furioso y recordó que ya había tenido ese sueño antes, en el Vesubio, en la tienda del pretor Clodio Glaber. Poco después se despertó, pero en sus ojos tristes ya no quedaban vestigios del sueño. Pateó la sección defectuosa de la barricada, esperó a que la repararan y continuó con su ronda, cubierto con su armadura de hierro, melancólico y silencioso.

Los romanos atacaron poco después del amanecer. No era tarea fácil correr colina arriba para atacar una fortificación, encontrarse con una lluvia de flechas y jabalinas y con el funesto silencio que acechaba tras las barricadas. El ataque se llevó a cabo con corrección: las dos legiones atacantes perdieron a la mitad de sus hombres, esperaron que la trompeta llamara a retirada y volvieron corriendo colina abajo en el más absoluto orden.

Cepión y el cónsul Gelio observaban la batalla desde un monte cercano. Cepión palideció al ver a los soldados precipitarse colina abajo, pensó en las teas encendidas y se mordió los labios. El brazo del cónsul hizo un gesto semicircular que envolvía la totalidad del campo de batalla y a todos los hombres que corrían, caían, habían muerto o estaban heridos.

-Es la encarnación del absurdo -dijo-. Parece increíble que unos hombres maduros puedan comportarse de este modo.

Cepión palideció aún más; estaba blanco de furia.

-Tu filosofía ya nos ha costado tres mil romanos -le dijo.

Las cejas del cónsul se arquearon en una expresión de sorpresa, pero su respuesta fue ahogada por la segunda señal de ataque de la trompeta, que envió un nuevo torrente de carne viva colina arriba, bajo otra lluvia de flechas y jabalinas. Antes de que el cónsul pudiera pensar una respuesta, aquella lluvia había sumergido a las filas delanteras, que cubrían la cuesta en extrañas posiciones tortuosas, con los brazos y piernas dislocados como títeres rotos.

-¿Has dicho "filosofía"? -gritó el cónsul intentando hacerse oír por encima del estruendo de la batalla.

Cepión había llegado al límite de su autocontrol. La furia contenida tensaba sus nervios, tendones y músculos de tal modo que los dedos de sus pies se crispaban entre las tiras de sus sandalias y sus pantorrillas dentro de la armadura.

-¿Te encuentras mal? -le preguntó el cónsul.

-Permíteme dirigir el ataque personalmente -gritó el capitán, pero en medio de la frase la trompeta calló y su voz sonó ridícula en el súbito silencio.

El segundo ataque había sido repelido. Una vez más, los hombres de Cepión corrieron colina abajo en correcto orden. Algunos incluso detuvieron la carrera para alzar a un compañero herido, pero al verse abandonados por los demás, siguieron corriendo antes de cargar tan pesado bulto sobre sus hombros. Los heridos, por su parte, intentaban aferrarse a las piernas de sus compañeros, haciendo caer a muchos de ellos. El viento había cambiado de dirección, de modo que ningún sonido, ningún grito llegaba a la otra colina, y la desagradable escena se desarrollaba en el silencioso aire transparente.

-Es terrible, por cierto -dijo el cónsul, que también había empalidecido-. Sin embargo, se trata de una cuestión puramente estética. Uno tiende a olvidar que esta gente habría muerto de todos modos en los próximos veinte años, quizás de formas mucho más crueles y sin semejante alivio emocional. La única diferencia es que la guerra concentra los procesos individuales

de estas muertes en un espacio determinado y a una hora definida. Eso confiere a sus muertes una especie de sentido colectivo y al mismo tiempo, mediante la nauseabunda acumulación, nos muestra su absoluta irracionalidad. Pero no debemos dejarnos engañar: cualquier muerte individual es igual de irracional y desagradable. Esta drástica multiplicación no nos revela el absurdo de la guerra, sino el absurdo de la propia muerte.

-Señor -dijo Cepión incapaz de controlarse por más tiempo-, si hubieses seguido mi consejo, toda esta gente seguiría viva.

-Y en cambio los demás estarían muertos, ¿cuál es la diferencia? -preguntó el cónsul.

Gelio se arrepintió de inmediato de sus palabras. Era evidente que había ido demasiado lejos y que aquella frase podía llevarlo ante el tribunal del Senado y costarle la cabeza. El capitán lo miró con incrédulo horror, dio media vuelta y se alejó sin pronunciar otra palabra.

Gelio se encogió de hombros. Eso le pasaba por meterse en guerras, consulados y honrosas cuestiones marciales, se dijo a sí mismo. Debería haberse quedado con los filósofos, aunque éstos eran aún más tontos y su estupidez menos digna. El cónsul arrugó la frente, intentando encontrar una respuesta a su problema: ¿Qué hace un hombre sensato cuando se encuentra en un mundo absurdo? Pero no encontró la solución y miró con curiosidad hacia el campo de batalla.

Un grupo de cuervos había aprovechado la breve tregua en la batalla y cubría la colina. Eficiente rapidez, pensó el cónsul, justo cuando la trompeta anunciaba otro ataque. La nube de cuervos se elevó en el aire, cediendo el campo de batalla a los atacantes. "Con cuánta precisión y astucia actúan los seres irracionales -pensó el cónsul-, si ahora uno de esos pájaros se uniera a la marcha o uno de los soldados levantara vuelo, parecería increíble, y sin embargo, no sería una conducta más insensata que la actual."

Pensó que Cepión no llegaría a tiempo, y se alegró de ello. "Los cadáveres de amigos o conocidos son particularmente nauseabundos, le dan un aire teatral a la relación que uno ha tenido con ellos. La muerte provoca actitudes imprudentes que uno no debería permitirse nunca. Una persona educada no debería morir jamás. ¿Y dónde están mis queridos ayudantes? Me

dejan aquí, y libran su batalla sin el general." "Al menos puedo observar la escena con tranquilidad -pensó el cónsul-. Después de todo, una batalla así es toda una experiencia." El tercer ataque comenzó igual que los anteriores. El cónsul estaba en tensión, esperando la puntual lluvia de flechas y lanzas, y le pareció natural verla caer cuando los atacantes habían subido la tercera parte de la cuesta, así como también le pareció natural que las filas delanteras alzaran los brazos, se retorcieran de forma pintoresca y acabaran tendidas en extrañas posturas teatrales. Sólo le preocupaba el persistente silencio del espectáculo. Decidió seguir el destino de un solo hombre y fijó la vista en un joven de buen aspecto, que subía la cuesta con esfuerzo. Gelio intentó prever los movimientos que haría cuando lo hirieran. Sin embargo, nadie lo hirió, el cónsul se sintió decepcionado y lo perdió entre la multitud. Aquel joven había esquivado una lanza que pasó rozándole la sien, se llamaba Octavio y más tarde engendraría a un futuro emperador de Roma.

Esta vez la batalla cuerpo a cuerpo junto a las barricadas seguía un curso difícil.

La terrible barricada de madera, que los celtas habían construido contrariando todas las leyes de la guerra, demostró ser una barrera casi infranqueable. Al intentar cruzarla, los atacantes se enganchaban las piernas entre las tablas o las ruedas de los carros, y desde cada abertura surgían lanzas, hachas, martillos que laceraban, cortaban, golpeaban la carne viva, rompiendo los dedos de uno, arrancando la pierna de otro o cortándole la cabeza a un tercero. Aunque el cónsul no podía oírlo, los atacantes gritaban a voz en cuello, algunos para alentar a los compañeros que apenas podían ver y otros simplemente de furia y dolor. Sin embargo, los que aguardaban al otro lado de las barricadas trabajaban en silencio y con eficiencia: sus lanzas, hachas y martillos laceraban, cortaban, golpeaban o desgarraban la carne romana, mientras ellos jadeaban como carníceros que desmembran un cerdo.

"Esto saldrá mal", tuvo apenas tiempo de pensar el cónsul antes de que el son de retirada de la trompeta hiriera el aire. Los atacantes se apresuraron a alejarse de la barricada, y el cónsul tuvo la impresión de que todo aquello no era más que un juego estudiado, pueril y cruel. Sin embargo, lo que siguió tuvo el efecto de una impredecible improvisación.

En cuanto los atacantes comenzaban a alejarse de la barricada, en

lugar de la acostumbrada lluvia de flechas y piedras, los siguieron los propios autores de esa lluvia, saliendo de sus escondites aparentemente inaccesibles. La escena fue tan sorprendente, que hizo proferir un grito de júbilo al propio cónsul, arrobase por el espectáculo, como suele suceder cuando un juego toma un curso inesperadamente emocionante. El rugido de los celtas llegó desde la otra colina en un eco tan poderoso que superó la distancia y despertó bruscamente al cónsul de su ensoñación.

"Esto saldrá muy mal", pensó mientras el enemigo comenzaba a masacrarse a los romanos. Era evidente que sus hombres habían perdido la cabeza; atrás quedaban los principios de honorabilidad de la guerra y las armas que arrojaban en su huida, mientras tropezaban con vivos y muertos por igual. Se arrodillaban con los escudos sobre la cabeza, descendían la cuesta haciendo extrañas piruetas, caían pesadamente en abigarradas volteretas. Los perseguidores estaban arriba, abajo, en todas partes a la vez, y sus lanzas, hachas y martillos laceraban, cortaban, golpeaban mientras ellos jadeaban de satisfacción. El cónsul vomitó.

El pánico se apoderó de las reservas formadas al pie de la colina al ver la loca carrera que se precipitaba hacia ellos. Primero se limitaron a observar boquiabiertos la inminente avalancha, luego unos pocos hombres resueltos dieron media vuelta y el resto los siguió, aliviados de que alguien tomara la decisión por ellos. Nadie escuchaba a los oficiales.

Cuando el cónsul acabó de vomitar en su solitaria colina, comenzó a agitar los brazos con nerviosismo, aunque nadie miraba hacia arriba y ni él mismo comprendía el significado de sus gestos. Pronto dejó de sacudir las manos y buscó a Cepión, pero el capitán había desaparecido. "Debe de estar enfadado conmigo", pensó el cónsul y se sentó sobre la hierba.

Pero en otra colina desierta, en la dirección hacia donde corrían los romanos, otro observador contemplaba la huida. Se había puesto de puntillas para ver mejor y balanceaba torpemente su cuerpo enjuto con el fin de mantener el equilibrio, mientras movía los labios sin cesar. Cuando los primeros fugitivos llegaron a aquel extremo del valle, el joven Catón bajó corriendo la colina, agitando los brazos en el aire, gritando con nerviosismo y

haciendo ridículos intentos de detener la huida con su espada. Varios soldados se detuvieron, perplejos ante tan inaudita visión, y pronto otros imitaron su ejemplo. De todos modos, habían dejado atrás al enemigo, y después de correr más de una milla, era hora de detenerse a recuperar el aliento. Catón, en medio de un pequeño grupo, pronunciaba uno de sus temibles discursos sobre las obligaciones del soldado y las virtudes de sus ancestros. Mientras tanto, más y más fugitivos se unían al grupo para enterarse de lo que ocurría, y una vez que habían parado, decidían quedarse allí. Cuando se aburrían, se sentaban en el suelo, pero el infatigable Catón seguía hablando, ahora sobre los peligros de la voraz concupiscencia, citando a su tatarabuelo, además de a Homero. El extremo del valle formaba un refugio natural y el grupo que rodeaba a Catón interceptaba el paso de nuevos fugitivos, de modo que la huida de los soldados concluía siempre allí. Mientras el enemigo saqueaba el campamento romano, la mayor parte del ejército estaba congregada en torno a Catón, que, con su interminable discurso, había logrado vencer al pánico con el aburrimiento.

Cuando el cónsul y Cepión llegaron corriendo desde distintas direcciones, los centuriones ya estaban agrupando y reorganizando a sus hombres. Habían sufrido enormes pérdidas y el campamento estaba en manos del enemigo, pero la mayor parte del ejército se había salvado.

El cónsul se dirigió a los soldados, llamó al frente al joven Catón, lo felicitó por su conducta modélica y le prometió un ascenso y una recompensa especial. Catón respondió con irritante modestia que no aceptaba el ascenso, pues ni él, ni ningún otro hombre, había hecho nada que mereciera semejante honor. Los soldados sonrieron, el cónsul los imitó y definió a Catón como un digno sucesor de su famoso ancestro. Gracias a este acto, Cepión perdonó al cónsul y resolvió dar un tirón de orejas a su hermano pequeño, pese a saber que no serviría de nada. La aversión que sentía hacia su hermano se había vuelto tan grande que casi rayaba en el respeto.

Crixus comprendió que había cometido un grave error al abandonar la persecución. Por lo visto, el poder que ejercía sobre sus hombres se debilitaba en cuanto sus órdenes no coincidían exactamente con los deseos de

éstos. En cuanto tomaron la castra romana y descubrieron la amplia reserva de vino y comida, perdieron todo interés por el enemigo y resolvieron dejarlos escapar mientras ellos se divertían.

Cuando Crixus intentó razonar con ellos, se rieron de él:

-¿Acaso intentas imitar a Espartaco?

De modo que se encerró en la tienda del cónsul Gelio sin añadir una palabra más, mandó a traer vino y comida y se emborrachó sobre la manta del cónsul, silencioso y solitario.

Había apostado centinelas, pero estaba seguro de que también estarían borrachos. Debería hacer una inspección, despertarlos de su ensueño con ruidosas pisadas, asustarlos con su cara demacrada, castigarlos, hablar con ellos, actuar... como Espartaco. Debería maldecir sus vicios, que eran también los suyos, condenar su codicia, que no le era ajena, y prohibir sus borracheras, la suya propia. Debería acatar la ley de los desvíos. Crixus reconocía el terrible error de no inspeccionar la guardia.

Se lamió los labios. Estaba lleno y se sentía asqueado de todo, horriblemente asqueado. Cogió un trozo de carne de la mesa que se alzaba sobre su cabeza, comió y se limpió los dedos sobre la manta del cónsul Gelio. Luego cogió la jarra de vino, enjuagó el último bocado, se limpió los dientes con la punta de la lengua y cerró los ojos.

Un silencio lúgubre y mohoso llenaba la tienda. Recordó a la joven sacerdotisa celta y su piel tembló en la oscuridad. Cuando gemía entre sus brazos, implorando la muerte, le había mostrado el blanco de sus ojos. Recordó a Castus, dando dentelladas en el aire, volviéndose femenino aunque sin el extraño misterio de las mujeres, semejante incluso en el abandono, un hermano en lo más profundo, familiar hasta en la lujuria. Pero ya estaba harto de todo, asqueado de las mujeres y de los hombres. Una vez el hombre de la piel le había hablado de una mujer que cantaba mientras hacía el amor. Él debería haber tenido una mujer así; era lo único que valía la pena.

¿Por qué le había sido vedado acostarse con una mujer que cantara en el lecho?

Ése y sólo ése había sido el motivo de todos sus actos desde los días de

Capua hasta el presente. ¿Por qué el destino se burlaba de él, le arrojaba ocasionales mendrugos para apartarlo del auténtico objeto de sus desvelos, que sin embargo brincaba, cantando y sonriendo, sobre el regazo de los amos? Era inútil perseguirlo, pues era inalcanzable. Demasiadas criaturas se aferraban a sus piernas, inducidas por el mismo hombre, la misma voracidad insatisfecha de la carne. Debería haberse ido solo al principio; ahora era demasiado tarde para Alejandría.

Sin duda había cometido un grave error al no inspeccionar a los guardias. Espartaco lo habría hecho, y si alguien le hubiera preguntado por qué, habría empezado a hablar una vez más del Estado del Sol. Un sol pálido, cuyos rayos ansían demasiados hombres, pero se prodiga a apenas unos pocos. Un sol frío, hallado sólo después de los más extraños desvíos, que tarda demasiado en calentarse, demasiado, más que la vida misma; y la muerte de la vida significa también la muerte de todos los deseos. Sólo a los estúpidos arrogantes les preocupa el mañana.

La oscuridad, el silencio y el calor llenaban la tienda. Antes de dormirse, Crixus pensó una vez más en inspeccionar la guardia; tal vez se quedara dormido con la intención de hacerlo, aunque nadie permite que el sueño lo sorprenda a menos que lo deseé. El suyo era tan pesado, que ni siquiera despertó cuando los romanos atacaron en medio de la noche. La pesada, triste cabeza de foca reposaba sobre los bíceps desnudos y los párpados cerrados separaban la oscuridad de la tienda de aquella otra oscuridad del sueño, que se reflejaba misteriosamente en sus ojos de pez. Roncaba acurrucado como un cachorrillo dormido, con sus extremidades cortas y gruesas sobre el colchón de Gelio. Así lo encontró el primer soldado romano que entró en la tienda del cónsul, pero el gladiador dormido irradiaba tan tenebrosa fascinación, que el soldado retrocedió y vaciló unos instantes antes de separar la pesada cabeza de foca del cuerpo con un brutal golpe de espada y romper así el pérrido hechizo.

Durante aquella noche y la mañana siguiente, cayeron veinte mil esclavos. Cinco mil murieron crucificados y otros cinco mil lograron regresar con Espartaco. Sus mujeres e hijos fueron confiscados, vendidos en subastas pú-

blicas o enviados a trabajar en las minas. La muerte de Crixus se confirmó oficialmente, pero su cadáver desapareció de la tienda, y en el tedioso informe oficial del cónsul Lucio Gelio Publicola, se leía el siguiente párrafo:

"La misma noche que engendró a este hombre devoró de nuevo su carne; de modo que, incapaz de honrar al enemigo muerto, honró a los poderes de la oscuridad que él encarnaba".

2 Cuesta abajo

DE LA CRÓNICA DEL ABOGADO FULVIO

44. Aunque hombres y mujeres abrigan un natural temor a la muerte, les complace hablar de ella de una forma que no se ajusta a la realidad. Comparan la muerte al sueño, una concepción tan equivocada y popular como aquella que afirma que el recién nacido sale del útero sangriento y despierta a la vida con dulzura. La verdad es, sin embargo, que el recién nacido prorrumpie de inmediato en sonidos y gestos vehementes, que parecen expresar tristeza, incluso desesperación, mientras que, por el contrario, el anciano que se acerca a la muerte es embargado por una dichosa confianza y un engañoso sentimiento de fuerza. Es probable que ésta sea la causa de que tanta gente piense que la vida y la muerte, antes de lograr gobernar al hombre, sucediéndose la una a la otra, deben pagarse mutuo tributo.

45. Es aconsejable tener presente lo anterior, pues la conducta de los esclavos que permanecieron junto a Espartaco era muy distinta a la prevista cuando partieron de la ciudad que habían construido con tan nobles esperanzas. Todos estaban convencidos de que se dirigían a su propia destrucción, y sin embargo la frustración de sus ambiciosos proyectos no les causaba pesar, sino jubilosa confianza. El propio Espartaco, que conocía mejor que nadie los grandes ideales que dejaban a sus espaldas, estaba más contento que nunca y se comportaba como un hombre liberado de una pesada carga. Los demás, por su parte, parecían compartir este sentimiento. Pero esta alegría aparentemente irracional tenía sus causas lógicas, pues es difícil para un hombre cargar con el peso del futuro y aceptar los desvíos que está obligado a tomar. Por fin los esclavos habían decidido regresar a su tierra natal, y aquel que añora el ayer tiene por delante un camino mucho más

fácil que el que viaja hacia el mañana, así como es invariablemente más sencillo, agradable y natural caminar cuesta abajo que esforzarse para escalar entre las rocas, los escombros y la helada escarcha.

46. Por consiguiente, la migración del ejército de esclavos rumbo al norte se asemejaba a una feliz huida de las fatigosas alturas. En la caída cuesta abajo, todas las corrientes de fuerza que abandonan al cuerpo en el momento del ascenso, regresan a sus cauces naturales. Abajo aguarda la muerte, que sin embargo no deja de pagar a la vida su último tributo, inspirando el descenso con falaces esperanzas.

Para los últimos hombres del ejército de esclavos, esta esperanza se encarnaba en el regreso al suelo natal de Tracia, que también se convertiría en el hogar de todos aquellos que quisieran seguirlos. Deseaban cruzar Italia en dirección norte, sin desvíos, destruyendo todo lo que se interpusiera en su camino. Aquellas traicioneras esperanzas se volvían cada vez más audaces y atractivas:

todos los esclavos de Samnio, Umbría y Etruria se unirían en la marcha hacia el norte y abandonarían Italia con ellos. Se produciría una gran migración de gente, todos los trabajadores y con ellos la fuerza productiva se marcharían del país, dejando atrás sólo a los opresores, que a partir de entonces no tendrían más remedio que cuidarse solos. Los esclavos afirmaban que el Estado romano quedaría solitario y vacío, como una bota de vino cuyo contenido se ha secado.

47. Aunque, tras recibir la noticia de la destrucción del ejército de Críxus, era plenamente consciente de la falacidad de estas esperanzas y de que a partir de entonces el camino sólo podía conducirlos cuesta abajo, Espartaco nunca dio mejor testimonio de su talento como estratega. El y sus fieles camaradas habían logrado atravesar la zona centro de Italia y continuaban su rápida e inexorable marcha hacia el norte. En la frontera de Etruria, el cónsul Léntulo intentó cerrarles el camino, ocupando con su ejército las montañas que flanqueaban el Amo. Mientras tanto, su colega Gelio, que

había vencido a Crixus, acudió en su ayuda desde el sur para evitar la retirada de Espartaco. Los dos ejércitos romanos atraparon a los esclavos como si fueran pinzas, pero una vez más, se demostró que las pinzas eran de madera y el objeto que sostenían de hierro candente. Bastaron dos días para que Espartaco aniquilara a los ejércitos de los dos cónsules. Los propios cónsules escaparon milagrosamente a la muerte, al igual que varios personajes distinguidos de su campamento, como el joven Marco Catón y su hermano Cepión. El enfurecido Senado les ordenó regresar a Roma y destituyó a los cónsules de sus puestos.

Sin embargo, los esclavos continuaron su marcha hacia el norte, aunque ya con cierta renuencia.

48. Llegaron al río Po, en la frontera norte de Italia, en plena temporada de lluvias. El caudal del río había aumentado considerablemente con la lluvia, y los esclavos no encontraron ni un simple bote para cruzarlo, pues los nativos, presas del pánico, habían escapado a la otra orilla llevándose consigo todas sus embarcaciones. Apenas era posible divisar la orilla opuesta y, tras ella, la llanura del norte estaba envuelta en velos de bruma gris.

Ahora, cuando tan cerca estaban de su destino, no cabía duda de que Espartaco y sus compañeros podrían superar ese obstáculo natural, después de haber triunfado sobre tantos otros gracias a su coraje y habilidad. Sin embargo, con la creciente proximidad, el objetivo no parecía tan tentador como la distancia les había hecho creer, y aún estaban vacilando junto al río, cuando unos mensajeros procedentes de Tracia trajeron una noticia que acabaría con todas sus esperanzas. En las montañas de Tracia se había librado una gran batalla y Sádalo, rey de los odrisios, se había rendido ante el yugo romano. En Uscudama, Tomis, Calacia y Odesa había gobernadores romanos.

El sol no brillaría para ellos ni siquiera en su tierra natal.

49. Los esclavos habían atravesado en vano toda Italia, desde el extremo sur al extremo norte, y la puerta que ansiaban traspasar para alcanzar la libertad se había cerrado ante sus ojos como una trampa. No les quedaba

más remedio que desandar sus pasos, volver hacia el sur, esta vez sin otro propósito que el de mantener el cuerno unido al alma y evitar ser capturados por sus opresores.

Espartaco y sus hombres se verían forzados a deambular por Italia, otra vez rumbo al sur, como la bestia enjaулada que camina sin cesar de un extremo al otro de su celda.

50. Ya no tenían esperanzas ni nobles proyectos. Saqueaban las ciudades que encontraban a su paso como una jauría de lobos hambrientos. Sin embargo, el temor reverencial que despertaban era mayor que nunca, pues sus filas habían vuelto a crecer hasta alcanzar un total de cincuenta mil hombres, y a la victoria sobre los cónsules se habían sumado otras contra el pretor Arro y otros generales, tan arrogantes como incompetentes.

51. Aquel temor creció aún más cuando Espartaco, que a pesar de sus victorias parecía intuir que los días de la rebelión estaban contados, organizó un acto que los romanos considerarían como la mayor humillación sufrida por su Estado. Antes de abandonar el río Po, en dirección al sur, honró a su camarada Crixus en una ceremonia fúnebre de esplendor semejante a las celebradas por la muerte de los emperadores romanos. En esta ocasión, obligó a trescientos prisioneros romanos a combatir entre sí como gladiadores y matarse unos a otros frente a la pira donde las llamas devoraban la imagen de cera de Crixus. Este memorable espectáculo no sería sólo una muestra de afectuoso respeto hacia su antiguo jefe, sino también un acto de venganza de los esclavos hacia sus opresores.

Los trescientos hombres sacrificados en el curso de aquella celebración fúnebre eran todos ciudadanos romanos libres, y algunos de ellos, jóvenes aristócratas de familias patricias. El hecho de que fueran forzados a tan irónico cambio de papeles, matándose para diversión de los esclavos, era una ignominia sin precedentes, inconcebible para los romanos.

52. De todas las ofensas cometidas por el despreciado gladiador, ninguna afectó tan profunda y dolorosamente a los notables romanos como aquella celebración.

La confusión y el miedo crecieron en la capital hasta tal extremo, que cuando llegó el momento de elegir nuevos jefes militares, nadie reclamó este honor, y tampoco pudo hallarse un pretor municipal. Nadie quería ocupar estos puestos en una guerra cuya victoria no traería gloria y cuya derrota acarrearía el peor deshonor. La confusión aumentó con la decisión del Senado de comprar enormes cantidades de trigo y distribuirlo de forma gratuita para calmar las protestas del pueblo.

Sin embargo, este hecho, sumado a los gastos de las campañas en el exterior, agotaron las reservas del Estado. Aunque hubieran podido encontrar un general competente, éste habría encontrado poco o ningún dinero para pagar a sus soldados.

Estos penosos hechos despertaron un enorme temor en la gente y en toda Roma se creía que aquel feroz gladiador, con cuyo nombre las madres asustaban a los niños desobedientes, ya era el amo de la nación.

53. El destino jugaba el más extraño de los juegos con los esclavos. Cuando estaban a punto de darse por vencidos, cansados de su eterno deambular, sembraba una última esperanza traicionera en sus corazones. Roma parecía rendirse a sus pies, desvalida, sin protección ni defensa, esperando su propia destrucción como una presa dócil. La esperanza se reavivó en los corazones de la horda de esclavos, igual que una llama que resplandece por última vez antes de extinguirse, y se creyeron señores de Roma y amos del destino del mundo.

54. El hombre que salvó a Roma y acabó con las esperanzas de crear un nuevo sistema en el mundo no era general ni se había distinguido jamás en hazañas bélicas.

Era el banquero Marco Craso, un hombre duro de oído, robusto y de

aspecto rollizo. Como todos los sordos o semisordos era de naturaleza torpe y desconfiada, mientras que, gracias a su colossal fortuna, despertaba el temor de muchos y el amor de muy pocos.

55. Marco Craso, que había llegado a los cuarenta y tres años sin cosechar ninguna gloria importante, creyó ver la oportunidad de conseguir honores y convertirse en el salvador de Roma sin demasiado esfuerzo. Con su habitual actitud calculadora, había reparado en que, pese al gran talento de Espartaco como estratega, sus últimas victorias no se basaban tanto en la fuerza de su ejército sino en la debilidad de los obtusos generales romanos con quienes se había enfrentado hasta el momento.

Por consiguiente, cuando el pánico de los romanos alcanzó su punto culminante, Marco Craso se dirigió al Campo de Marte con sus ayudantes y declaró ante la multitud allí congregada que estaba dispuesto a aceptar el puesto de pretor y a equipar a un nuevo ejército con sus propios fondos, confiando en que el Estado pudiera restituirle los gastos algún día. Como era de esperar, la noticia fue recibida con gran júbilo y Craso pronto estuvo al frente de ocho legiones completas, que intentaría usar para derrocar al ejército de esclavos en un futuro inmediato y para sus propios y ambiciosos fines en un futuro más lejano.

56. Cuando, como ya era habitual, la vanguardia huyó tras las escaramuzas preliminares con los esclavos, la primera medida de Craso en su condición de comandante en jefe consistió en hacer matar a azotes a uno de cada diez hombres de los regimientos implicados, en presencia de sus camaradas. Las legiones descubrieron que esta vez las riendas estaban en manos muy distintas a las de Varmnio o Clodio Glaber y por fin comenzaron a actuar como se esperaba de ellas. Su excelente equipamiento y la superioridad de sus armas, que Craso había comprado sin escatimar gastos, pronto provocarían la derrota de Espartaco en Apulia.

Mientras los esclavos se dedicaban a los acostumbrados saqueos en la costa sur, el banquero hizo cavar una trinchera a lo largo de toda la penínsu-

la, entre los golfos de Hipómica y Esquillace, separando el sur de Italia del resto del país. Como en dicha región la península tenía un ancho de apenas veintitrés millas romanas de mar a mar, las ocho legiones desplegadas por Craso, trabajando simultáneamente, lograron completar la tarea en pocos días. Luego Craso hizo construir murallas y torrecillas a lo largo de toda la trinchera y decidió esperar pacientemente a que los esclavos agotaran sus provisiones en aquella accidentada región y se vieran obligados a rendirse al enemigo o perecer miserablemente.

Se dice que Craso comunicó a sus legiones que había convertido todo el territorio de Brucio en una enorme trampa con el fin de exterminar a aquellos peligrosos perros, que ya no podrían volver a morder.

60. Las penurias y privaciones de esta larga campaña, sumadas a las habituales epidemias otoñales, habían reducido las fuerzas de Espartaco a la mitad. Las veinte mil criaturas salvajes, últimos supervivientes de la gran revolución, vagaban con desasosiego por las montañas y bosques de Brucio, al sur de la colossal trinchera que los separaba del resto de la humanidad.

57. Fue la primera derrota sufrida por los esclavos bajo el mando de Espartaco, y causó gran desaliento entre los soldados, aunque no logró quebrantar su valor. El propio Espartaco no deseaba entablar un combate abierto con un adversario tan superior y se retiró hacia el sur.

Así, por segunda vez en su penosa marcha, los esclavos atravesaron el territorio de Lucania, la misma tierra que un año antes los había visto pasar llenos de esperanza. Cruzaron las ruinas de su antigua ciudad y contemplaron los restos de los graneros y comedores, cubiertos de polvo y basura, una visión que los llenó de dolor, pues a medida que la ciudad del Sol se desvanecía en el pasado, más atractiva parecía en la memoria la vida que habían llevado entre sus murallas.

58. Pero las legiones de Craso no abandonaron la persecución de los

esclavos, de modo que Espartaco y sus hombres se vieron forzados a buscar refugio en el extremo sur de la península. Se diseminaron por el escarpado territorio de Brucio, junto a cuya frontera Craso suspendió la búsqueda de forma inesperada.

Aquel hombre notable, que ejercía su autoridad militar de una forma poco tradicional, prudente y calculadora, más propia de un comerciante de trigo o de un especulador de propiedades, tenía otros planes. Por lo visto era consciente de que la naturaleza de los esclavos -que defenderían sus vidas hasta las últimas consecuencias- y la de la región de Brucio -montañosa y sede de los bosques más densos de Italia-, jugarían a favor del enemigo, anulando la superioridad armamentística de Roma.

59. Por tanto, Craso suspendió la marcha de su ejército y urdió un plan cuya ejecución hubiera parecido ridícula o incluso imposible a cualquier soldado profesional.

3 Las lápidas

Vagaban por el territorio de Brucio, a través de montañas y bosques, con el pasado a la espalda y sin futuro. Espartaco cabalgaba a la cabeza, ahora solo.

Llegaron a la necrópolis de Regium. El hombre de la piel contempló el paisaje empapado por la lluvia, las escasas palmeras y las numerosas lápidas. Su vista se topó con una inscripción:

AQUI REPOSO EN SUEÑO ETERNO Y ME BURLO DE LAS ILUSIONES

Tras grabar la frase en su mente, reparó en otra:

TITO LOLIO YACE AQUI JUNTO AL CAMINO, PARA QUE EL CAMINANTE
QUE PASE A SU LADO PUEDA DECIRLE: SALUD, TITO

-Salud, Tito -dijo el hombre de la piel y esbozó la benévola sonrisa de otros tiempos.

Qué distintos eran los hombres incluso en la muerte: uno se mofaba de la vida que ya no podía importarle mientras otro plaño por ella, como un cachorrillo asustado de la soledad.

Largas ristras de lluvia caían sobre la tumba del sociable Lolio y se que-

braban en diminutas perlas trémulas, mientras otras se deslizaban en gordas gotas sobre la inscripción.

El hombre de la piel sintió a su espalda la silenciosa caravana de los últimos supervivientes de la horda. Pensó en Hermios, el pastor de dientes equinos, a quien una lanza del ejército del banquero Craso había matado en Apulia. Contempló las lápidas bañadas por la lluvia e intentó crear un epitafio para Hermios:

ÉSTE ES EL UTLTIMO LUGAR DE REPOSO DE HERMIOS, UN PASTOR LUCANO; CUYO DESEO DE COMER UNA SOLA VEZ TORDELLA CON TOCINO NUNCA LE FUE CONCEDIDO. AQUEL QUE PASE POR AQUÍ, RECUERDE QUE NADIE DEBERÍA COMER TORDELLA Y TOCINO MIENTRAS VIVA UN SOLO HOMBRE EN EL MUNDO QUE NO PUEDA PROBARLOS

La lluvia no amainaba y el paso de la horda se volvía cada vez más lento. El hombre de la piel se sentía solo al frente de la caravana. En los viejos tiempos, el gordo Crixus solía cabalgar a su lado, montando su caballo como si fuera una mula.

Ahora que el Hades había devorado al sombrío personaje, el hombre de la piel compuso un epitafio para él:

AQUÍ YACE CRIXUS, UN GLADIADOR CELTA A QUIEN LE HABRÍA GUSTADO COMPARTIR EL LECHO CON UNA DONCELLA QUE CANTARA. AQUEL QUE LEA ESTO, RECUERDE QUE LAS DONCELLAS NO DEBERÍAN CANTAR MIENTRAS VIVA UN SOLO HOMBRE EN EL MUNDO QUE NO PUEDA ESCUCHAR SU CANCIÓN

La lluvia siguió cayendo y el hombre de la piel recordó a Zozimos, el retórico, que había cogido la fiebre junto al río Po, y ya no podía sacudir las mangas de su toga:

ZOZIMOS, UN ORADOR QUE AMABA LAS PALABRAS NOBLES Y EXIGÍA UN GOBIERNO JUSTO, YACE JUNTO A ESTE CAMINO.

CAMINANTE, RECUERDA QUE NO PUEDE HABER NOBLES PALABRAS NI GOBIERNO JUSTO MIENTRAS ALGUNOS VIVAN EXCLUIDOS DE LA JUSTICIA

La lluvia empeoró y las montañas quedaron ocultas tras una cortina de nubes bajas. Más allá, se extendían las fértiles llanuras de Lucania, la opulenta tierra de Campania, las ricas y hermosas ciudades... todo separado por la trinchera que el banquero Craso había hecho cavar a lo ancho del territorio, de costa a costa. Perecerán allí como ratas en una trampa.

El hombre de la piel sentía la larga procesión de la miseria a su espalda, los hombres salvajes y harapientos, las mujeres con sus cabellos empapados y sus pechos fláccidos, los carros llenos de enfermos con su estela de indolentes moscas.

Mientras la lluvia se deslizaba sobre su cara, creó un epitafio para todos ellos:

NACIDOS DE LA SEMILLA DE TÁNTALO Y PRIVADOS DEL GOZO DE LAS COSAS BUENAS DE LA VIDA. CAMINANTE, DETENTE Y ESTREMÉCETE DE VERGUENZA AL PENSAR EN ELLOS

La única posibilidad de salvación que les quedaba era cruzar a la isla de Sicilia con la ayuda de la flota pirata.

En Sicilia, la situación de los esclavos era aún peor que en la península italiana.

Los grandes levantamientos dirigidos por el sirio Eunus y el tracio Ateneión hacia menos de una generación no se habían borrado aún de sus memorias. Los esclavos habían llegado a gobernar casi la totalidad del territorio

siciliano durante tres años en la primera rebelión y cuatro en la segunda, y ahora la horda tenía la esperanza de volver a encender la llama de la insurrección.

Sin embargo, no tenían barcos, y entre ellos y la isla se extendía el temible canal, protegido a un lado por el escollo de Escila y al otro por el abismo de Caribdis. Su salvación dependía de la flota pirata.

Espartaco se entrevistó con el almirante de la flota pirata, estacionada en el mar Jónico, en su campamento temporario en la costa de Regium. Lo recibió en su tienda de cuero, tras la deshilachada enseña púrpura que los dos supervivientes criados de Fanio habían cargado y cuidado celosamente en sus viajes a lo largo de Italia.

El Estado pirata estaba en la cumbre de su poder. Los piratas comandaban casi un millar de unidades navales, en su mayor parte pequeñas barcazas abiertas agrupadas en escuadrones, cada uno de los cuales era protegido por pesadas galeras de dos y tres plantas. El buque insignia, pintado de oro y púrpura, navegaba al frente.

Formaban un Estado militar independiente con estrictas normas de disciplina y un sistema de distribución de bienes prudentemente concebido. El mar y las islas eran su hogar, desde Asia Menor hasta el pilar de Hércules, que custodiaba el trayecto comprendido entre África y el sur de España. El corazón de su reino estaba en la isla de Creta; los bosques sicilianos les suministraban madera para sus barcos y sus muelles se erigían en la costa de Panffila, donde también confinaban a sus prisioneros de guerra. Resguardaban a sus mujeres, hijos y tesoros en fuertes diseminados a lo largo de numerosas islas, que se comunicaban entre sí por medio de señales de humo y barcazas correo. Hacían alianzas políticas con reyes asiáticos, ciudades griegas insurgentes y opositores romanos. Los puertos romanos más importantes, incluidos Ostia y Brindis, les pagaban un tributo anual, y poco tiempo antes el escuadrón jónico había ocupado el puerto de Siracusa. Tal era su poder cuando el almirante Demetrio reinició las negociaciones con los esclavos, después de una pausa de un año.

El almirante Demetrio aún no conocía al príncipe tracio en persona, pero estaba al tanto de las negociaciones de Turio y las desaprobaba. Vestí-

do con uniforme de gala, el almirante desembarcó de la imponente nave que se mecía sobre las aguas de la bahía y buscó la guardia de honor, pero no encontró ninguna. Dos desaliñados rufianes cuellicortos con cascós de oxidada lata lo escoltaron a través de un laberinto de tiendas empapadas, que apestaban a miseria y enfermedad, y lo condujeron ante su jefe.

Bastó un rápido vistazo para que el almirante desaprobara a Espartaco, un hombre alto y corpulento, con una pose torpe y desgarbada, vestido sólo con una tosca piel. El jefe de los esclavos, con su aspecto triste y poco saludable, recibió a Demetrio en su tienda a solas, envió a buscar vino, pan y sal y apenas habló. El almirante, tieso en su solemnidad y algo ajado por los peligros de la navegación, esperaba una invitación a cenar, pero de todos modos se sentó sobre la manta y mientras su ojo sano recorría con expresión reprobadora el desaliñado amoblamiento de la tienda, el otro, hecho con una colorida piedra pulida, miraba fijamente al frente. ¿Era posible que aquél fuera el famoso jefe de bandidos, aspirante a aliado del Estado pirata?

Ni siquiera tenía una jofaina de plata, un bufón o un poeta doméstico ni agradable compañía femenina. Sin duda, su aspecto era más digno de un tribuno del pueblo

romano, de un predicador de la revolución social, e incluso era probable que nunca hubiera oído hablar del poeta de moda, Fineas de Atenas.

El almirante Demetrio se movió incómodo sobre el duro colchón, posiblemente lleno de bichos, a juzgar por el aspecto del amigo del pueblo y siniestro demócrata.

Por pura cortesía, inició una conversación sobre el tiempo y las deidades tracias; pero aquel marinero de tierra lo interrumpió con intolerable grosería para preguntarle qué condiciones exigía para transportar al ejército de esclavos a Sicilia.

Entonces el almirante se complació en ofrecerle una verbosa conferencia sobre la situación mundial, que, según dijo, había cambiado considerablemente desde la época de Tuno. Con los tres dedos que le quedaban señaló hacia abajo, hacia el Hades, indicando que allí había ido a parar la flota de

los arrogantes emigrantes españoles y que Mitridates pronto seguiría el mismo destino, pues había sido derrotado por el tragón Lúculo, cerca de la ciudad de Cabira, lo que venía a demostrar que la afición a los placeres del paladar y la virtud de la hospitalidad no estaban reñidas con la grandeza militar de un hombre.

Después de esta maliciosa estocada, que sin embargo no parecía haber afectado en absoluto al rebelde plebeyo de la piel, el almirante bebió un gran sorbo de vino para tomar fuerzas, dejando al descubierto una encía desnuda, cuyos dientes había perdido en honor al dios de la guerra, y declaró que el único poder en la tierra capaz de vencer a Roma era el Estado de los bucaneros, pues Roma no tenía una flota digna de tal nombre. Por tanto él, el almirante Demetrio, lamentaba no estar interesado en una alianza con el príncipe tracio y sólo podía considerar el transporte del ejército de esclavos como una transacción comercial. El precio del viaje, según dijo, sería de cinco sestercios por pasajero, o sea un denario y un cuarto o doce ases y medio.

El hombre de la piel no respondió. Hizo un esfuerzo por multiplicar por veinte mil la suma mencionada por el elegante visitante, que lo observaba con atención.

-En otras palabras -dijo Demetrio-, un total de cien mil sestercios, veinticinco mil denarios, o cuatro talentos, si lo quieres traducido a moneda griega. En estos momentos el escuadrón está atracado en Siracusa y podríais embarcar dentro de pocos días. Por supuesto, como ya habrás imaginado, deberéis abandonar a los enfermos para evitar los riesgos de contagio.

Ambos sabían que Espartaco no tenía otra opción, pero aun así regateó sin quitar su mirada plúmbea y enfermiza del visitante, que comenzaba a sentirse incómodo. Por fin acordaron el precio en sesenta mil sestercios, las últimas reservas del tesoro de los esclavos.

Los dos guardias arrastraron dos toscos sacos llenos con la mitad de esta cantidad al interior de la tienda, contaron el dinero en presencia del almirante y lo transportaron a su barca. Luego el almirante expresó su pesar por no poder permanecer allí más tiempo, pues lo esperaba un banquete a

bordo. Se incorporó con dignidad, saludó ceremoniosamente a su señor y hermano, el príncipe de Tracia, y se dirigió a su magnífica nave custodiado por los guardias de oxidados cascós.

Los esclavos aguardaron durante cinco días, con una nueva esperanza en el corazón. Escudriñaban el mar, oculto tras un manto de agua de lluvia, pero la flota pirata no llegaba.

Con su habitual impaciencia, intentaron construir balsas con troncos de árboles, pero las impetuosas olas las levantaban, las hacían girar en remolinos hasta acabar destrozadas contra el escollo de Escila y tragadas por el voraz abismo de Caribdis.

No podían hacer otra cosa que esperar.

Pasó una segunda semana y una tercera sin que llegaran los barcos piratas. Después de la cuarta semana, se enteraron de que el almirante Demetrio y su escuadrón habían abandonado el puerto de Siracusa y se dirigían hacia la costa de Asia Menor.

Tres semanas más tarde, cuando los últimos miembros de la horda, diezmada por el hambre y las enfermedades, comenzaron a diseminarse por las montañas, Espartaco decidió poner fin a aquella situación y solicitó una entrevista con el jefe del ejército enemigo, el generalísimo Marco Licinio Craso.

4. La entrevista

Marco Craso tenía cuarenta y tres años y poseía una fortuna de ciento cincuenta millones de sestercios. Era gordo, casi sordo y sufría asma.

Aunque pertenecía a la antigua familia de los Licinii, que podría haberle facilitado el camino hasta la jerarquía política y de buen grado se habría prestado a hacerlo, durante años había seguido una senda solitaria. Mientras sus contemporáneos y rivales se disputaban los cargos importantes en España y Asia menor, esperando acumular poder, Craso se había dedicado casi exclusivamente a asuntos financieros.

Asentó los cimientos de su fortuna durante los años de terror del régimen de Sila, denunciando a miembros de la oposición y reclamando sus fortunas en cuanto eran ejecutados. Sin embargo, en una ocasión se probó que había incluido un nombre falso en la lista de proscriptos y su relación con Sila se enfrió, por lo cual se vio obligado a cambiar de oficio y se pasó a la especulación del suelo.

Se dedicaba a comprar casas y edificios depreciados o dañados por el fuego, primero individualmente y luego por calles o barrios enteros, hasta convenirse en propietario de una parte muy considerable de la capital. Luego adquirió los mejores esclavos canteros, carpinteros y albañiles del mercado de forma tan metódica que en pocos años forjó un monopolio arquitectónico en Roma y algunas ciudades de provincias. Tenía minas de plata en Grecia y canteras en Italia, que le suministraban los materiales necesarios para sus propias obras, de modo que a partir de entonces cualquier desdichado que aspirara a poseer una casa dependía de Craso, que se ocupaba de la construcción del edificio desde los cimientos hasta el techo, inclu-

yendo el servicio de arquitectos y albañiles. Sin embargo, como él no se sentía capacitado para conducir semejante empresa por sí solo, adelantaba capital a algunos de sus libertos o clientes y formaba sociedad con ellos.

Pero después de un tiempo se hizo evidente que las fluctuaciones en el negocio de la construcción provocaban desempleo entre los esclavos del ramo, cuya manutención requería sumas considerables, y Craso decidió remediar la situación creando una nueva profesión, que pondría el broche de oro a su empresa: fundó el primer cuerpo de bomberos de Roma.

Puesto que la mayoría de las casas romanas eran de madera, los incendios se producían con frecuencia, de hecho, todos los días. El cuerpo de bomberos de Craso estaba integrado por los esclavos albañiles desocupados, equipados con carros y campanas de alarma. Aunque los carros llevaban tanto hachas como cubos de agua, se decía que los bomberos de Craso usaban con mayor diligencia las primeras que los segundos. Además, el fuego no comenzaba a extinguirse hasta que el desafortunado propietario de la casa incendiada aceptaba pagar por la tarea, y por regla general estas negociaciones acababan con la venta forzada de la propiedad a Craso, poco antes de que ésta se quemara por completo.

Varios años antes, Craso había popularizado el dicho de que sólo podía considerarse rico el hombre capaz de mantener un ejército propio, dedicado a la defensa de su capital. Todo Roma lo consideraba avaro y miserable, y él no hacía nada para desmentirlos. Sabía exactamente por qué luchaba; había hecho un descubrimiento.

Debía aquel descubrimiento a una experiencia que decidiría todo su futuro: un encuentro con su rival, Pompeyo, acaecido años atrás.

Desde su más tierna infancia, Craso se había sentido eclipsado por Pompeyo.

Comparaba todas sus hazañas, pensamientos y sueños con los de él, sólo para comprobar que Pompeyo lo superaba en todos los aspectos.

Durante la guerra civil, Craso, un hombre sin pasado ni futuro, de casi treinta años, había deambulado por España con una banda de mercenarios,

esperando una oportunidad para iniciar su carrera política, sin que esa oportunidad llegara nunca.

Sin embargo, Pompeyo, ocho años más joven que él, ya desempeñaba un papel distinguido bajo el régimen de Sila y se hacia llamar imperator.

En los últimos años de la guerra civil, tanto Craso como Pompeyo estuvieron al mando de una legión. Ambos combatieron con similar éxito: Craso fue acusado de apropiarse del botín de la ciudad de Todi y Pompeyo del robo de trampas para pájaros y libros de Asculum. Por fin la revolución fracasó y Sila se convirtió en dictador.

A Craso se le pagó con un asiento en el Senado, mientras Pompeyo era abrazado públicamente por Sila y llamado "Magnas, el grande".

En ese entonces Craso tenía treinta y dos años y Pompeyo veinticuatro, y mientras Craso ya estaba medio sordo y asmático, Pompeyo rivalizaba con sus soldados en competiciones deportivas. Craso estaba casado con una honorable matrona y Pompeyo tramitaba su tercer divorcio para convertirse en yerno de Sila. El senador Craso, medio sordo, amargado y abatido, consideraba la posibilidad de retirarse de la vida pública para recluirse a escribir sus memorias en su casa de campo, cuando los acontecimientos tomaron un giro decisivo, que lo conduciría al mencionado descubrimiento: Pompeyo le pidió dinero.

Se trataba de una suma considerable, que Pompeyo necesitaba con urgencia para extorsionar a varios juristas, pues una vez más estaba envuelto en un asunto oscuro. Gimoteó y balbuceó como un colegial ante Craso, que después de hacerlo sufrir un poco, aceptó concederle un préstamo sin interés y sin fianza. Cuando Pompeyo abandonó la casa de Craso, con su cara de atleta roja de humillación, tropezó con un escalón y estuvo a punto de caerse en el umbral. Luego Craso se encerró en su estudio y rompió a llorar. Tenía treinta y tres años y era el primer día feliz de su vida.

La venda cayó de sus ojos. Tanto él como los demás hombres de su clase sabían todo lo que había que saber del uso del dinero, pero nadie había llegado nunca a la más obvia conclusión. Craso por fin lo hacia, y la conclusión era la siguiente: el dinero no es un medio para la prosperidad y el placer, sino un medio para obtener poder.

Era un descubrimiento bastante simple, sólo faltaba ampliarlo para convertirlo en un sistema, y el sistema ideado por Craso fue tan sencillo como revolucionario:

acumuló un capital, el más importante de toda Roma, y lo cedió en préstamos... sin intereses ni fianza. Los usureros invertían su capital para obtener un porcentaje de beneficios; Craso lo hacía para obtener poder.

Mientras Pompeyo se honraba con nuevas glorias en la guerra española, Craso prestaba dinero sin intereses a los hombres influyentes de todas las facciones, sin preocuparse de sus fines políticos. Medio Senado le debía dinero y todos los cabecillas políticos dependían de él. Los más temerarios fanáticos se cuidaban de no cruzarse en su camino, y la gente lo definía como un toro con heno en los cuernos.

Craso sabía tan bien como sus competidores que la República estaba podrida por dentro y que sólo una nueva dictadura podía salvar al estado, una dictadura que terminara sin miramientos con la vieja constitución y los viejos métodos y tomara nuevos rumbos, acordes con el espíritu de los tiempos: tal vez enfrentándose contra el moribundo Senado, haciendo uso del ejército y de los sectores rebeldes del pueblo o instaurando una monarquía. Una monarquía que no se apoyara en la aristocracia conservadora, sino en las masas y en los tribunos del pueblo.

Sabía que la mayoría de los políticos importantes tenían las mismas ideas y los mismos propósitos. Sin embargo, Lúculo era demasiado frívolo, César demasiado joven y Sertorio había muerto. Su único competidor serio era su antiguo rival, Pompeyo.

Craso estaba aburrido de la campaña y menospreciaba los asuntos militares. No disfrutaba demasiado de los placeres de la mesa, con la sola excepción de los dátiles confitados y las frutas garapiñadas, para los cuales tenía recetas especiales; y aunque sus banquetes eran dignos de un patrício, él llevaba una dieta vulgar. Tampoco las mujeres lo tentaban, y todas sus aventuras amorosas habían resultado insatisfactorias. Lo único que parecía causarle verdadero placer, aparte de sus dátiles confitados, eran las largas conversaciones de sobremesa, preferiblemente con jóvenes fanáticos y teó-

ricos a quienes tomaba el pelo sin que ellos lo advirtieran, pues aunque el banquero semisordo casi nunca reía, tenía un sentido del humor muy particular.

Uno de los participantes de su campaña era el joven Catón, que una vez más se había presentado voluntario como soldado raso, y a quien Craso había obligado a aceptar un cargo de tribuno. El joven asceta no había cambiado. Aún iba a todas partes con manuscritos bajo el brazo y disertaba sobre el estilóbato o las virtudes de los antepasados, aburriendo a todos menos a Craso. El gordo generalísimo lo dejaba hablar con paciencia, se llevaba una mano a la oreja sorda y de vez en cuando asentía con un gesto mortalmente solemne.

Después de la cena de la víspera del encuentro con Espartaco, que Craso aguardaba con expectación, el joven Catón expuso sus ideas sobre el tema de los esclavos.

Citó a sus maestros estoicos, Antípater de Tiro y Antioco de Ascalón, y gesticuló con vehemencia con sus delgados brazos, mientras sus labios dejaban escapar una certera lluvia de saliva que Craso intentaba esquivar con discreción.

-La verdadera libertad -explicaba Catón- está contenida en la virtud, que es a su vez la más noble sabiduría, mientras la verdadera esclavitud proviene del vicio.

La pasión contradice a la razón, y puesto que la naturaleza está regida por la razón inmortal, los instintos y deseos primitivos son antinaturales. Las hordas que nos obligaron a iniciar esta campaña se mueven por los apetitos más elementales, por lo tanto actúan claramente en contra de la razón y de la naturaleza. Sin embargo, entre nosotros mismos se ha impuesto un orden perverso. Nuestros antepasados sabían cómo vivir con sencillez, de acuerdo con las leyes de la naturaleza, pero nosotros estamos rodeados de afeminamiento, vicio y libertinaje. Si Roma continúa en esta desastrosa senda, pronto llegará a la perdición.

Craso, que lo escuchaba con paciencia, asintió con la cabeza y se llevó un puñado de frutas confitadas a la boca.

-Tienes razón, la República está condenada al fracaso -dijo y respiró as-

máticamente-. Se ahoga en el vicio y la intemperancia. ¿Y sabes cuál es la causa de este libertinaje?

-El alejamiento de la humanidad de las virtudes naturales -respondió el joven, pero cuando iba a reanudar su conferencia con ansiedad, Craso lo interrumpió con un gesto de su mano regordeta.

-Perdona -dijo-, pero la causa de la depravación moral es la depreciación del arrendamiento del suelo y el descenso de las exportaciones.

-Yo no sé nada de eso -admitió Catón-, pero en la época de mi abuelo...

-Perdona -repitió Craso-. ¿Crees que Lúculo construiría sus ridículos estanques de peces si fuera más rentable sembrar trigo? ¿Crees que nuestra nobleza derrocharía su capital en juegos de circo de esa forma absurda si pudieran obtener beneficios invirtiéndolo en la agricultura, como sucedía en la época de tu venerable abuelo? Pero desde entonces la renta de la tierra ha bajado y ya no conviene sembrar trigo en Italia. Esa es la razón de la decadencia de nuestros labriegos y de la migración masiva del proletariado agrícola a las ciudades. Por eso la capital romana ha dejado de ser productiva, y no crea trabajo para el pueblo, que se ve empujado al robo o a la mendicidad.

-La verdadera causa es la degeneración moral de la gente -gritó el joven Catón-. Temen al trabajo y prefieren vivir de los cereales gratuitos que reparte el estado a los desempleados, reunirse en las tabernas y escuchar a los demagogos. Lo que necesitamos es disciplina, la ley y el orden de nuestros ancestros.

-Perdona -dijo Craso-, pero aunque la disciplina, la ley y el orden están muy bien, no remediarían la crisis de la agricultura, o sea, la caída en la renta de la tierra.

¿Y sabes cuál es la causa de esta caída?

-No -respondió Catón con voz desafiante, y los rojos granitos de castidad de su rostro se volvieron aún más rojos-. Nunca me he preocupado por esas cosas.

-Es una pena -respondió Craso masticando un dulce-, y una gran negli-

gencia en un joven filósofo y futuro político. Yo te explicaré la relación entre una cosa y otra, y la encontrarás más útil que todo el estoicismo de ese tal Antipater. Si observas el balance general de las cuentas del Estado romano, descubrirás que en el mundo comercial estamos representados sólo por dos artículos de exportación: a) vino y b) aceite. Sin embargo, importamos productos de todo el mundo, desde cereales a mano de obra, o sea esclavos, y todos los artículos de lujo que saturan el mercado.

¿Cómo crees que paga Roma este exceso de importación?

-Supongo que con dinero, o sea con plata -dijo Catón.

-Te equivocas -respondió Craso mientras escupía los huesos de los dátiles-.

En Italia no hay minas de plata. El gran truco del Estado romano es recibir productos de sus colonias sin pagar por ellos. Eso significa, por ejemplo, que todo lo que nuestros desgraciados súbditos asiáticos exportan a Roma se acredita a sus cuentas de impuestos. En otras palabras, lo recibimos todo a cambio de nada, y por extraño que parezca, ésa es la causa de nuestra decadencia, pues a los burgueses romanos ya no les conviene fabricar objetos, los granjeros no pueden ofrecer precios tan bajos como los del trigo importado y los artesanos no pueden competir con la mano de obra barata de los esclavos. Por esa razón, la mitad de la población libre de Italia está desempleada y hay dos veces más esclavos que burgueses. Roma se ha convertido en un estado parásito, "el vampiro del mundo", tal como lo describe uno de nuestros jóvenes y vehementes poetas. Como el trabajo ya no tienta a nadie en Italia, tampoco desarrollamos nuestros medios productivos. El equipamiento agrícola de los bárbaros galos es técnicamente superior al nuestro, y en casi todas nuestras provincias la industria ha evolucionado mucho más que aquí. Lo único que somos capaces de crear son máquinas de guerra o de juegos. Si por cualquier razón se paralizara el suministro de trigo del exterior, sobrevendría una época de hambre y de rebeliones, como ocurrió hace dos años. Sin embargo, con el sistema actual de importación, nos ahogamos en trigo y una buena cosecha se convierte en una maldición para el agricultor, que tiene que vender su campo y marcharse a la capital a recibir por caridad el cereal que ya no puede producir con su trabajo. ¿No te parece una situación descabellada?

Craso se recostó y cogió otro puñado de dátiles. Luego miró al delgado joven con una expresión irónica en sus ojos entornados. Catón se movía incómodo en su asiento y el rubor de sus mejillas crecía.

-Esas cosas nunca me han preocupado -repitió con terquedad-. ¿De verdad te parecen tan importantes? ¿No se trata más bien de una cuestión de pureza moral y del espíritu reinante en el Estado? En los viejos tiempos...

Pero Craso era implacable.

-Perdona -dijo-, si analizas en profundidad toda esta insensatez, descubrirás que el Senado ya no sabe de qué vive, pues el Estado, o sea la casta oficial romana, es demasiado obtusa para distinguir entre una auténtica hipoteca y un pagaré. La tradición y la arrogancia de clase les impiden comprender las leyes económicas.

Como consecuencia, los administradores de impuestos, los miembros de las sociedades de accionistas, los amos del comercio marítimo, los vendedores de esclavos y los concesionarios de las minas, tienen al Estado entero en sus manos; el poder de decidir entre la guerra y la paz, la prosperidad o la ruina de la nación. Habrás leído a nuestro gran historiador Polibio, que ya escribió hace cien años que ese tipo de gente no sólo controla nuestro sistema legal, sino también las elecciones, ya sea extorsionando a los votantes o mediante los votos honestos de los accionistas humildes, que a menudo constituyen la mayoría de los municipios pequeños.

" ¿Tienes alguna duda de que la competencia entre los romanos y los fenicios en el comercio del trigo fue la causa directa de las guerras púnicas? ¿Y de que la guerra contra Yugurta se prolongó durante seis años porque los africanos fueron lo bastante astutos para extorsionar a notables y senadores? Sólo tienes que echar un vistazo a las actas del Senado de la época, o revisar los archivos de la Comisión Permanente de Extorsión. Y tú hablas de moral y de las virtudes de nuestros antepasados...

Catón, horrorizado ante el cinismo de su comandante en jefe, no supo qué responder. Pidió permiso para retirarse y lo hizo con la cara ruborizada, seguido por la mirada atenta de Craso, que continuaba escupiendo huesos de dátiles. Era evidente que había disfrutado de la conversación.

Para Espartaco no había sido sencillo iniciar aquella expedición, pero tampoco tan duro como creían muchos de sus compañeros.

Sabía que se acercaba el fin. Su horda comenzaba a diseminarse por el bosque, y en el plazo máximo de un mes, los romanos los habrían cazado a todos, uno a uno.

Los mejores hombres habían caído y el resto se estaba echando a perder. Los que quedaban en el campamento se habían vuelto ojerosos y la desesperación cubría sus caras macilentas, como telarañas. Todos los días las mujeres salían a las calles del campamento, con niños de cabezas grandes y extremidades esqueléticas en los brazos, suplicando que se rindiera para que todo volviera a ser como antes. Corrían por el campamento, con las cabelleras enmarañadas y los bebés prendidos a sus pechos fláccidos, gritando a voz en cuello que no querían morir.

Los hombres tampoco querían morir. Permanecían en la playa, contemplaban las olas que se acercaban, aspiraban la fresca fragancia de las algas y pensaban que era agradable vivir, convencidos de que, a pesar de todo, la peor clase de vida era mejor que la muerte.

Sin embargo, la desesperación y el deseo de sobrevivir privaban a hombres y mujeres de su sano juicio. Hablaban de arrojar las armas y entregarse a los romanos, con la certeza de que los perdonarían. Acudían ante Espartaco, y lo miraban con la expresión pueril y confiada de un animal herido, convencidos de que él podría salvarlos. Sin embargo, Espartaco sabía que todo había terminado, y tres semanas después del acuerdo con los piratas, decidió ir a ver a Craso. No era fácil para él.

Recordó a Zozimos, el retórico, que sin duda habría agitado sus mangas con frenesí, alabando el orgullo y el honor y condenando la ignominia y la iniquidad. Pero Zozimos estaba muerto y los demás querían vivir, y cuando por la noche oían el rumor de las olas o aspiraban la brisa del mar, las palabras como honor o ignominia no eran más que un balbuceo sensiblero ahogado por el colosal rugido de las olas.

Cuando Espartaco partió a encontrarse con Craso, la temporada de las lluvias llegaba a su fin y se acercaba la primavera. Según había estipulado Craso, sus ayudantes sólo podrían acompañarlo hasta la muralla y debería

cruzar la trinchera solo.

Los guardias romanos lo esperaban al otro lado. En cuanto los vio, el hombre de la piel sintió que pisaba otro mundo y lo embargó una profunda emoción. No pudo evitar conmoverse al ver a los soldados llenos de vida, bien alimentados, con los ojos brillantes y satisfechos, el metal de las armaduras pulido y el cuero de sus correas impecable. Los guardias lo escoltaron en silencio, mirando al frente con actitud altiva. El lino almidonado de sus faldones crujía a cada paso y despedían un aroma a bálsamos y ungüentos, mientras Espartaco caminaba entre ellos con su tosco ropaje de piel. Era más alto que ellos, pero tenía los hombros caídos y la barbilla barbuda, y aunque al principio hacía esfuerzos para mantener la cabeza erguida, por fin la dejó caer.

Siguieron andando durante un rato, sin que los guardias dijeran nada o desviaran la vista del frente.

Pasaron junto a otros soldados, solos o formados en cohortes, que miraban con curiosidad a los guardias y en especial al hombre alto y desgreñado del medio, pero no hicieron ningún movimiento para detenerlos. Todos parecían limpios, alegres y satisfechos. Cuando la pequeña cuadrilla pasaba junto a ellos, los soldados permanecían en silencio y a lo sumo se codeaban entre si. Sus ojos claros no abrigaban hostilidad, sino curiosidad y asombro.

Fue un largo camino. Cuando se aproximaban al campamento, pasaron junto a tres oficiales enfrascados en conversación y todos se volvieron a mirarlos. Uno de ellos vestía un elegante traje de montar, era casi tan alto como Espartaco y tenía rasgos regulares y severos. Los guardias que escoltaban a Espartaco saludaron, pero el oficial, pendiente del hombre cubierto de pieles, no respondió. Alzó las cejas, recorrió el cuerpo de Espartaco con sus ojos fríos, desde la piel al calzado roto, y se golpeó el muslo con el látigo de montar al ritmo de las pisadas de los guardias.

Fue un largo camino, pero por fin avistaron las primeras tiendas.

Cuando giraron por la calle principal del campamento, se encontraron con un batallón que marchaba hacia ellos. Las piernas cubiertas de acero de los soldados se movían de forma tan precisa y armónica, que cuando los pies golpeaban el suelo sólo se oía un breve y estridente ruido seco. Al ver acer-

carse al grupo de guardias con el hombre de la piel, el capitán giró por una calle lateral. La columna lo imitó con un fuerte estampido y Espartaco sólo alcanzó a ver las espaldas cubiertas de armadura de los soldados, pues ninguno de ellos se volvió a mirarlos.

Por fin, los guardias se detuvieron frente a la tienda del generalísimo. Un centinela se quedó a cargo del hombre de la piel y los demás se marcharon sin intercambiar una sola palabra. El centinela tampoco habló con Espartaco; lo condujo en silencio al interior de la amplia tienda, cubierta con una mullida alfombra, dio media vuelta y cerró la puerta de lona desde afuera.

La alfombra de la tienda era tan gruesa que ahogaba el sonido de las pisadas de Espartaco. Craso, que escribía sentado ante su escritorio, no se incorporó ni alzó la cabeza. Se había recogido las mangas de su túnica de ribetes púrpura y apoyaba sobre la mesa sus cortos brazos desnudos, que tenían la piel de gallina. Espartaco reparó de inmediato en el parecido entre la expresión de la cara del generalísimo y la de Crixus. Aunque su rolliza cara y su cabeza estaban pulcramente afeitadas, la mirada inerte, lúgubre, impasible debajo de los acolchados párpados era asombrosamente similar a la del difunto Crixus.

El generalísimo dio una palmada y apareció un ayuda de cámara que saludó, recogió el documento, y tras echar un brevísimos vistazo al hombre de la piel, se marchó. Espartaco aguardaba sentado en un sofá, frente al escritorio.

Por fin el generalísimo alzó la vista y lo miró.

"Una bestia herida", pensó Craso.

-Deseas negociar las condiciones de tu rendición -dijo y afianzó sus regordetes brazos desnudos sobre la mesa-. Pues no hay condiciones.

Su mirada petulante no se desvió del hombre sentado.

"Si se le diera un buen uniforme -pensó- y se le borrara esa tristeza animal de los ojos, tendría un aspecto más distinguido que el propio Pompeyo".

Aguardó una respuesta, y se llevó una mano a la oreja.

-¿Has dicho algo? -preguntó.

Espartaco se maravilló del latín asombrosamente claro, casi afectado, que brotaba de los labios del generalísimo. Sobre su mesa había un pequeño tintero cúbico de cristal tallado, que, pese a tener un agujero a cada lado no dejaba escapar la tinta. Las alfombras que cubrían el suelo y las paredes sofocaban cualquier ruido procedente del exterior, pero el silencio absoluto de la tienda era distinto a la familiar quietud de la noche en las montañas; era un silencio suave, mullido, como el sofá en que se sentaba. Le costaba trabajo creer que las palabras pronunciadas allí fueran a decidir el destino de veinte mil seres humanos y de la rebelión italiana.

-Estoy un poco sordo del oído derecho -dijo el generalísimo con el mismo acento claro y distinguido-. Si tienes algo que decir, por favor hazlo de forma inteligible.

Espartaco permaneció en silencio y contempló el escritorio. Las nubes del monte Vesubio, la cháchara profética del anciano masajista, las roncas peroratas del pequeño abogado no tenían cabida dentro de aquella tienda, ante el tintero tallado y pulido; todo se ahogaba en el silencio sofocante. Frente a la mano regordeta del generalísimo, curvándose sobre su oreja sorda, todo lo que pudiera decirse sobre el otro lado de la trinchera parecía absurdamente irreal e insignificante.

-Ya sabes en qué situación estamos -dijo Espartaco-. La ruina de veinte mil personas no puede interesarle a nadie.

Craso se encogió de hombros de forma casi imperceptible. Todavía se preguntaba qué aspecto tendría Pompeyo y cómo actuaría si se encontrara en la misma situación de aquel desgraciado. Al menos el bárbaro no fingía, y sin duda hablaba en el mismo tono mesurado, con el mismo tosco y gutural acento tracio que usaba para impartir órdenes marciales a su horda. Craso lo imaginaba haciendo una entrada triunfal, atravesando la arcada con expresión impasible, aclamado por la frenética multitud. El generalísimo pensó que en la vida todo dependía de la época en que naciera un hombre, pues eran los tiempos quienes decidían arrojarlo a uno a la basura o permitirle hacer historia. Si aquel animal herido hubiera nacido un siglo antes o uno después, habría tenido más posibilidades de cambiar el mundo que el propio Alejandro o Aníbal.

-En otras palabras, debéis rendiros sin condiciones -dijo Craso.

-Depende de lo que le ocurra a mi gente -respondió Espartaco.

-Eso lo decidirá el Senado de Roma -dijo Craso.

-No hablo de los cabecillas -señaló Espartaco después de una breve pausa-, sino de los hombres y las mujeres vulgares.

-Perdona -dijo Craso-, pero ahora hablamos de una rendición incondicional.

Lo demás lo decidirá el Senado.

Espartaco permaneció en silencio y miró el tintero. Todo lo que decían seguía pareciéndole irreal. No podía comprender por qué la tinta no se filtraba del cubo de cristal, pese a que éste tenía agujeros para mojar la pluma en sus seis caras. Entonces notó que en el interior del cubo había un pequeño recipiente esférico suspendido de dos eslabones con forma de aro, y que, aunque el tintero se girara, el pequeño recipiente se balancearía sobre los eslabones, manteniéndose siempre horizontal. Se alegró de comprender el mecanismo y sus labios esbozaron una brevíssima sonrisa.

En ese momento entraron dos asistentes con vino, copas, dátiles confitados y frutas garapiñadas. Dejaron todo sobre una mesa auxiliar de tres patas y se retiraron en silencio.

Craso, que había seguido la vista de Espartaco, cogió el tintero y le dio la vuelta sin sonreír.

-¿Nunca habías visto uno igual? -preguntó.

-No -respondió Espartaco. Craso le pasó el cubo de cristal, él lo examinó, le dio la vuelta y volvió a dejarlo sobre la mesa-. Nuestras condiciones son las siguientes -dijo-: los criados podrán regresar adonde solían prestar servicio sin temor a represalias y los demás se enrolarán en tu ejército.

Craso se encogió de hombros.

-Puedes bromear todo lo que quieras, si eso te complace -dijo-, aunque da la impresión de que no conoces bien la ley marcial romana. Además, ya te he dicho que la decisión está en manos del Senado. Lo único que puedo hacer yo, es recomendar la máxima indulgencia.

-En tal caso debo regresar -respondió Espartaco sacudiendo la cabeza-.

Nuestras condiciones serían dispersarnos y volver a la antigua situación, pero antes de que pudiéramos hacerlo, vosotros tendríais que retirar el ejército para que no hubiera posibilidades de que nos tendierais una trampa.

Craso se encogió de hombros, bebió un pequeño sorbo de vino y se llevó un puñado de frutas confitadas a la boca. Ya había previsto que aquella reunión no daría resultado, pero había aceptado hacerla por curiosidad. Por supuesto, podía hacer detener y colgar a aquel hombre allí y entonces, pero como su victoria ya estaba clara, no tenía sentido estropear las cosas y arriesgarse a las críticas de los tribunos de la oposición. Su corto brazo desnudo señaló la segunda copa.

-¿Tienes miedo de que esté envenenado? -preguntó con seriedad.

Espartaco negó con la cabeza; tenía sed y se bebió el contenido de la copa de un trago. Era un vino sabroso y dulce que no había probado nunca. El silencio que reinaba en la tienda se hizo aún más perceptible.

-Las condiciones afectarían sólo a los hombres y mujeres normales -dijo tras una pausa-. Los jefes y cabecillas no necesitan condiciones.

-Comprendo -respondió Craso mientras masticaba sus dátiles-. Es una idea conmovedora: los jefes se sacrifican por sus hombres. Hasta es probable que esperéis que el Senado os construya lápidas con emotivos epitafios. Tienes una idea muy extraña de la época en que vivimos.

Espartaco vació su segunda copa mientras estudiaba a aquel gordo jefe militar, que le hablaba sin rencor en su hermoso latín, masticando frutas garapiñadas todo el tiempo. La descripción del abogado de Capua había sido demasiado maliciosa y no le había hecho justicia.

Mientras tanto, Craso observaba al hombre de la piel como solía observar a Catón durante sus discursos de sobremesa. De repente se sintió enfervorizado.

-¿En realidad, qué sabes de nuestra época? -continuó-. Eres un aficionado de la revolución. Quieres abolir la esclavitud sin siquiera pensar que si

lo consiguieras habría que cerrar todas las canteras y las minas, renunciar a los beneficios de la construcción de caminos, puentes y acueductos. Arruinarías el comercio naval y terrestre y condenarías al mundo a la barbarie, pues para los hombres y mujeres de nuestra época, la palabra libertad significa sencillamente no tener que trabajar. Si tus intenciones fueran serias, habrías inventado una nueva religión que elevara el trabajo a la categoría de credo o culto y el sudor a la de ambrosía. Deberías haber predicado abiertamente que el verdadero destino de la humanidad, aquel que demuestra su nobleza, consiste en cavar, reparar calles, cerrar planchas de madera y remar en las galeras; mientras que el sereno ocio y la cómoda contemplación son despreciables y brutales. Deberías haberle asegurado al mundo que, en contra de la experiencia generalizada, la pobreza es una bendición que significa y la riqueza sólo una maldición. Tendrías que haber destronado a los holgazanes y licenciosos dioses del Olimpo e inventado nuevos dioses, acordes a tus propósitos e intereses. Sin embargo, no hiciste nada de esto y tu Ciudad del Sol cayó porque olvidaste crear nuevos dioses y sacerdotes que estuvieran a su servicio.

-Todos los sacerdotes y los profetas son simples timadores -dijo Espartaco sacudiendo la cabeza-. Miles de personas se unieron a nosotros sin necesidad de que los tuviéramos. Y no fueron sólo esclavos, ¿sabes? También tuvimos granjeros despojados de sus tierras por los grandes terratenientes. Los granjeros y los pequeños arrendatarios no necesitan una nueva religión, sino tierras.

-Perdona -dijo Craso-, pero otra vez observas sólo una parte de la relación entre causa y efecto. ¿Por qué, en tu opinión, los agricultores italianos aceptan vender sus tierras a la oligarquía? No porque sean unos inocentes corderillos, como tú los pintas, sino porque la importación de trigo del extranjero baja el precio del cereal hasta tal punto que sólo los grandes terratenientes pueden evitar la ruina. Si sigues este razonamiento hasta su conclusión lógica, deberías exigir que Roma renunciara a sus colonias, que el mundo del comercio se paralizara, que la tierra se redujera a sus antiguas dimensiones y que se anulara el progreso. En el fondo, todos vuestras torpes intentos reformistas, comenzando por los de los Graco, fueron ultrarreaccionarios. Hasta tanto no aparezca alguien que invente un nuevo dios y declare a los bárbaros iguales a nosotros, forzándoles a producir a los mismos pre-

cios, los verdaderos artífices del progreso son y seguirán siendo los dos mil holgazanes aristócratas romanos que permiten que el resto del mundo trabaje para ellos y que, sin embargo, contribuyen a la prosperidad sin saberlo. Hasta que un día el vientre hinchido del Estado estalle y el demonio nos lleve a todos.

Craso jadeó con satisfacción y se llevó la mano a la oreja para escuchar posibles objeciones. Sin embargo, Espartaco no encontraba una respuesta apropiada y se preguntaba si el piadoso masajista o el pequeño picapleitos habrían sabido hallarla.

De repente, comprendió que habían rechazado sus condiciones, que su gente no tenía salida, y lo embargó una abrumadora sensación de odio e impotencia. ¿Por qué demonios se había prestado a escuchar todo ese discurso, en que él quedaba en una triste posición, en lugar de regresar con la horda de inmediato después del fracaso de las negociaciones?

Todo el odio y el pesar ascendieron a su garganta y se sobrepusieron a su vergüenza.

-Si lo sabes tan bien -dijo con voz ronca y tan alta que el generalísimo alzó las cejas-, si estás tan bien informado de todo y dices que el demonio se llevará vuestro Estado, ¿cómo puedes exigir una capitulación incondicional y aumentar aún más la injusticia?

Iba a decir algo más, pero Craso lo interrumpió con un gesto de su rolizo brazo.

-Perdona -dijo Craso-, ¿pero alguna vez te has detenido a considerar que un ser humano vive sólo unos quince mil días? Pasará mucho más tiempo antes de que Roma se arruine, y como yo no tengo el honor de conocer a mis tataranietos, no veo razón para intentar beneficiarlos con mis actos.

Sorbió un trago de vino mientras miraba al hombre de la piel con expresión sombría. La ira de Espartaco había desaparecido tan pronto como había llegado, y ahora sólo pensaba en el parecido del generalísimo con Crixus. "Come o déjate comer", había dicho Crixus, y en el fondo, aquel romano con su cultivada pronunciación quería decir lo mismo. Sólo los tontos se preocupan por el futuro.

La tercera copa de vino le pareció aún más aromática y extraña que las anteriores.

Mientras tanto Craso lo observaba. Si después de todo conseguía convencer a aquella gente de que se rindiera, tendría asegurado el puesto de cónsul, incluso antes de que Pompeyo regresara de España. Si bien había contado con el fracaso de la reunión desde el comienzo, aún quedaba una última posibilidad.

-...Quince mil días -repitió Craso mientras se apoyaba pesadamente sobre sus codos-. A mí me quedan unos cinco mil, que la posteridad nunca me devolverá, y a ti, tal como están las cosas, apenas diez o veinte. Lo mires como lo mires, la diferencia es notable, aunque la posteridad tampoco te compensará a ti por los días que te habrán robado. Sin embargo, yo podría estar en condiciones de hacerlo. En caso de que te rindieras, el Senado decidiría el destino de tu gente, pero para ti podría haber otras posibilidades, como, por ejemplo, un salvoconducto con un distinguido nombre romano y un barco con rumbo a Alejandría.

Craso se interrumpió y miró a su interlocutor. Espartaco no estaba sorprendido.

Desde su llegada a la tienda, esperaba que esto sucediera, o más bien, tenía la impresión de que en cualquier momento reviviría una experiencia anterior, ¿pero dónde había sucedido? En la posada junto a la vía Apia, hacia mucho tiempo. "Si tú y yo nos largáramos ahora, ningún capitán nos pediría un salvoconducto", había dicho Crixus. Aquella conversación se remontaba al comienzo de todo, y ahora que se acercaba el fin, Crixus le hablaba por última vez a través de la boca de aquel calvo generalísimo. Al final, Crixus siempre tenía razón.

Quizá los dos gordos de ojos tristes estuvieran en lo cierto. Come o déjate comer, ¿quién podía proponer algo mejor? Diez mil días, ¿qué divinidad se los devolvería? Y la horda, esos hombres y mujeres que aguardaban al otro lado de la trinchera, no podrían escapar a su destino, perecerían con o sin él. ¿De qué serviría que regresara a su lado?

Nunca había estado en Alejandría, pero sabía que allí había amplias y luminosas avenidas, mujeres y diez veces mil días... "¿Qué comeremos en

Alejandría? Tordella con tocino, eso es lo que comeremos. ¿Y qué bebemos en Alejandría? Vino del Vesubio, vino del Carmelo, eso es lo que beberemos en Alejandría. ¿Y cómo serán las mujeres en Alejandría? Como naranjas abiertas, así serán... "

El nunca había estado en Alejandría, pero sabía que por las noches el viento acariciaba las hojas de las avenidas y conocía la añoranza por mujeres desconocidas. Sin embargo, todo parecía indicar que ya nunca iría a Alejandría.

Craso seguía sentado al otro lado de la mesa, mirándolo, mientras masticaba sus dátiles y aguardaba. Por fin Espartaco negó con la cabeza, Craso escupió varios huesos de dátiles, se incorporó y palmeó las manos. Espartaco también se levantó.

Entonces se abrió la puerta de lona de la tienda y aparecieron los dos guardias que lo habían escoltado desde el otro lado de la trinchera.

-Debo admitir que sospechaba que las cosas saldrían de este modo - dijo Craso-. Sin embargo, me interesaría saber qué tipo de razones te han inducido a rechazar mi propuesta, pese a ser tan ventajosa para ti y no cambiar en modo alguno el destino de tus compañeros.

Espartaco, que de pie en medio de la tienda superaba en una cabeza entera la altura del general, sonrió con una vaga expresión de vergüenza. ¿Cómo explicarle algo así a aquel gordo de la toga? Luego recordó al anciano esenio.

-Uno debe mantenerse en la senda hasta el final -dijo en el tono de voz que uno emplea con los niños que se niegan a entender-. Debemos seguir andando hasta el final, hasta que hayamos logrado romper las cadenas. Así debe ser y no hay que preguntarse por qué. -Pero como veía que el gordo no lo comprendía, cogió el vino de la pequeña mesa auxiliar-. No hay que dejar restos en la copa -dijo y apuró las últimas gotas con expresión risueña-, para entregarla limpia al próximo que venga.

Tras esas palabras, se unió a los guardias de armadura plateada, que lo acompañaron hasta la trinchera igual que lo habían llevado, sin decir palabra.

5. La batalla junto al Silaro

Una semana después de la entrevista con el jefe de los esclavos, Craso cometió el mayor error de su vida, un error que nunca podría rectificar. Cuando se enteró de que Espartaco y sus últimos hombres habían salido de Brucio y se encontraban al otro lado de la trinchera, perdió la cabeza y envió un mensaje al Senado, exigiendo que enviaran a Pompeyo en su ayuda.

La fuga ocurrió durante una noche fría, con densas nevadas. Los supervivientes del ejército de esclavos, reunidos por Espartaco en un último intento desesperado, asaltaron por sorpresa a la tercera cohorte, comandada por Cato, en la costa oeste, cerca del golfo de Hipómica. Rellenaron un tramo de la trinchera con troncos, malezas, nieve, carroña de caballos y los propios prisioneros estrangulados de la tercera cohorte con el fin de construir un paso rápido para los carros de bueyes, heridos y niños. Luego, las veinte mil personas cruzaron al otro lado. Amparadas por la nieve y la oscuridad, empujadas por el hambre, se lanzaron al ataque de un enemigo abrumadoramente superior; se lanzaron al encuentro de la muerte, plenamente conscientes de ello.

Un día después Craso comprendió que la huida había sido un acto desesperado y que el enemigo ya no constituía una amenaza para él, pero ya era demasiado tarde. A lo largo de los años, había construido la escalera de su ascenso con frialdad y prudencia, peldaño a peldaño. Mientras aguardaba su oportunidad, el momento en que el poder cayera sobre su regazo como una fruta madura, había concedido préstamos sin intereses y masticado frutas confitadas. Sin embargo, ahora lo había estropeado todo en un momento. Su pusilánime solicitud de socorro al Senado volvía a situarlo en una posición de inferioridad con respecto a Pompeyo.

Con el tiempo, el propio Craso se preguntaría por qué había perdido la cabeza de ese modo tan inexplicable aquella mañana invernal. Ocho días antes, el hombre de la piel había estado sentado ante su escritorio y había jugueteado con su tintero con torpeza y timidez. Un mes después, el ejército de Craso lo había aniquilado.

Pero entre aquellas dos fechas, ¿qué sarcástica fuerza lo había amedrentado con la sombra de ese mismo hombre hasta el punto de empujarlo al suicidio político?

Durante los dieciocho años, o seis mil quinientos días que le quedaban de vida, no pasó uno solo sin que Craso se repitiera aquella pregunta. Aún le obsesionaba cuando, ante la ciudad de Sinnata, en el desierto mesopotámico, la daga de un criado parto le procuró un fin vano y deshonroso. La cabeza ensangrentada del hombre que había descubierto que el dinero tenía más poder que la espada, que había aplastado la mayor rebelión italiana y había soñado con convertirse en emperador de Roma fue presentada por un grupo de actores en el escenario de un principado de Asia Menor. En ocasión de la boda del hijo del príncipe Orodes, se representaba la obra *Las bacantes* de Eurípides, cuando un mensajero procedente del campo de batalla trajo la cabeza recién cortada de Craso. Entonces el actor que representaba a Agave cambió la cabeza de utilería de Panteo por la auténtica del banquero Marco Craso y entonó su canción ante el fervoroso entusiasmo del público:

¡Contempladla, recién segada del tronco la traemos, hasta ahora una espina en la montaña!

!Oh bacanales de Asia! ¡Bendecid esta caza!

Cuando Craso envió su petición de ayuda al Senado, Pompeyo viajaba de regreso a Italia tras su triunfo en la guerra española. Craso esperaba que todo acabara antes de la llegada de Pompeyo, y los propios esclavos, tras deambular sin rumbo ni esperanzas durante tres días, deseaban el fin, que llegaría en la batalla junto al río Silaro, donde sólo sobrevivieron unos pocos.

En la víspera de la batalla, un anciano llegó al campamento. Era Nicos, antiguo criado del contratista de juegos Lentulo Batuatus, y había recorrido el largo trayecto de Capua a Apulia a pie. Su aparición causó gran sorpresa entre los guerreros que lo conocían, y fue conducido de inmediato a la tienda de Espartaco. Allí estaba sentado ahora, viejo, seco y endebil, hablando con Espartaco en la víspera de la última batalla.

El hombre de la piel lo recibió con amabilidad y sin excesiva sorpresa, pues las fuentes del asombro se habían secado en su interior y en los últimos tiempos todo lo que ocurría le parecía familiar, viejo y largamente esperado.

-¿Por fin has venido a unirte a nosotros? -saludó al viejo Nicos-. Te hemos esperado durante mucho tiempo. Siempre dijiste que acabaríamos mal, y ahora podrás verlo con tus propios ojos.

El viejo Nicos asintió con un gesto grave. Sus ojos estaban empañados por las cataratas y ya no veía con claridad. Sin embargo, pudo comprobar cuánto había cambiado el hombre de la piel desde su último encuentro en Capua. Notó que el antiguo gladiador se había despojado de su actitud arrogante, que irradiaba un sereno cansancio y que tenía una mirada triste, aunque clara.

-Me llevó mucho tiempo -dijo el viejo Nicos-. Tuve que convertirme en un hombre muy viejo y casi ciego, antes de darme cuenta de que un hombre no puede escapar a su propio destino. Serví durante cuarenta años, y cuando me dieron la libertad, el orgullo me deslumbró y prediqué estupideces en el templo de Diana, sobre el monte Tifata. Sin embargo, ahora sé que debía estar a tu lado en el final de tu viaje.

-¿De modo que ya no crees que he tomado la senda del mal, mi querido padre?

-sonrió Espartaco.

-Todavía lo creo -respondió Nicos-. Tomaste la senda del mal, la senda de la ruptura, pero aun así debía acudir junto a ti, a compartir tu fin. Yo sé más que tú de esto, porque nací en cautiverio, y por eso mi lugar está junto a ti. Tú, por el contrario, has vivido en las montañas de tu tierra natal hasta no hace demasiado tiempo, y ése es el motivo de que no sepas reconocer

los límites de la libertad. Te crees libre y sin embargo estás cautivo en una red de innumerables hebras. Estás recluido entre infinidad de fronteras, una trama de hilos entrelazados que no te permite escapar: la noche, el día, tus prójimos, el misterio de las mujeres y el vivo parpadeo de las estrellas. No eres capaz de experimentar un solo sentimiento íntegro ni de pensar una sola idea completa, lo único que puedes hacer bien es servir.

Espartaco sacudió la cabeza.

-¿Entonces por qué has venido a unirte a nosotros?

-Tu senda no era la mía -respondió el anciano-, pero tu destino sí. Que la paz permanezca con nosotros. La libertad está rodeada de murallas, y si las golpeas con la cabeza, sólo conseguirás llenarte de chichones, pues ellas seguirán en pie. No hay nada en el mundo capaz de conseguir la perfección y toda acción es perversa; incluso aquella que consideras buena, proyecta una sombra maligna. Bienaventurados sean los siervos y oprimidos que caen en manos de perversos y malvados, porque ellos encontrarán la paz. Por eso he venido junto a ti.

-Eres bienvenido, padre mío -sonrió Espartaco-, pese a las extrañas ideas que alberga tu vieja cabeza. Aunque quedan muy pocos hombres de los que conociste, te damos la bienvenida.

Con la creciente oscuridad divisaron las antorchas romanas en la colina cercana.

Ambos campamentos ultimaban los preparativos para la batalla. Craso hacía una breve inspección: montado en su caballo blanco, cabalga frente a las largas filas de infantería; su mirada triste recorría de arriba a abajo las brillantes armaduras que se extendían sobre la colina como un muro de acero. Sin embargo, no se dirigió a los soldados ni dejó de comer frutas confitadas durante todo el transcurso de la inspección.

Espartaco también reunió a sus hombres desaliñados y descalzos en la cima de la colina. Allí mismo, en un sitio bien visible para el enemigo, hizo crucificar a un prisionero romano. Era el último alarde de su decrepito ejército, la última ostentación de los miserables y desesperados, que, apiñados en

torno a la cruz donde el romano sangraba y se retorcía, no acababan de comprender el sentido de aquel patético espectáculo. Luego el hombre de la piel les recomendó que grabaran esa imagen en sus mentes, pues aquél sería el fin que le esperaba a cualquiera que se rindiera o fuera cogido vivo por los romanos. Entonces comprendieron lo que quería decir y Espartaco supo que lo habían hecho.

Luego mandó traer su caballo, el corcel blanco del pretor Varinio, lo condujo junto a la cruz, le acarició el hocico con afecto y lo degolló.

-Un hombre muerto no necesita caballo -le dijo a la multitud enmudecida-, y los vivos pueden conseguir otros nuevos.

Después hizo distribuir entre sus hombres las últimas provisiones de vino y comida y se encerró en su tienda.

Mientras avanzaba la noche, los últimos hombres de la gran horda comían, bebían y amaban a las últimas mujeres. En la colina vecina, pequeños puntos luminosos titilaban en la oscuridad como luciérnagas: eran las antorchas del enemigo. De vez en cuando, el viento llevaba los ecos de las canciones entonadas por los romanos en su colina, canciones intrépidas, alegres, patrióticas, inspiradas por el vino y la inminente victoria.

El pequeño Fulvio las oía mientras escribía, a la luz de una lámpara de aceite, la crónica que nunca alcanzaría a terminar. Los vehementes cantores romanos le recordaron sus últimos días en la insensata ciudad de Capua, cuando los patriotas recorrían las calles agitando banderas y lanzas. Rememoró el tratado que había comenzado a escribir entonces y que tampoco podría completar jamás. El corazón del pequeño abogado calvo se llenó de dolor. A través de la puerta entreabierta de la tienda, divisó los funestos puntos rojos que parpadeaban a lo lejos, y lo embargó un vergonzoso temor. No quería pasar la última noche solo. Enrolló el pergamino, lo acarició suavemente, y se dirigió a la tienda del esenio por las oscuras callejuelas del campamento.

Lo encontró discutiendo acaloradamente con el viejo Nicos de Capua. Los dos viejos, sentados uno junto a otro sobre la manta, bebían vino calien-

te aromatizado con clavo y canela y hablaban sobre la situación del mundo, mientras los romanos agitaban las lanzas y entonaban sanguinarias canciones sobre su colina. El viento templado hacia temblar ligeramente la lona de la tienda y transportaba los sonidos hasta ellos.

-¿Escuchas la canción del mal? -dijo el viejo Nicos mientras sus labios ajados bebían pequeños sorbos de vino caliente-. Ya veis adónde conduce el uso de la fuerza. Todos han pillado la enfermedad del entusiasmo.

-Ningún hombre puede vivir sin entusiasmo -dijo el esenio, sacudiendo vigorosamente la cabeza en señal de reprobación-. Si le falta, se marchita como un árbol sin raíces. Sin embargo, hay dos tipos de entusiasmo; uno es dichoso y nace de la vida, mientras el otro es triste y toma furtivamente su savia de la muerte. Sin duda, el segundo tipo es el más frecuente, pues desde el comienzo de los tiempos los dioses privaron a los hombres de la serena alegría, les enseñaron a obedecer las prohibiciones y a renunciar a sus deseos. Y el fatídico don de la renuncia, que lo diferencia de todas las demás criaturas, se ha convertido hasta tal punto en la segunda naturaleza de los hombres, que éstos la usan como un arma para enfrentarse entre sí, como un medio para que unos pocos exploten a la mayoría, como un sistema de opresión que abarca todos los ámbitos. La necesidad de renuncia ha sido instilada en su sangre desde épocas ancestrales, de modo que sólo consideran auténticamente noble el entusiasmo que les permite sacrificarse a sí mismos y a sus propios intereses. Pero, ¿no es verdad que toda negación cae en el dominio de la muerte, actuando en contra de la vida, oponiéndose a ella? esta podría ser la razón por la cual la humanidad siempre ha preferido el entusiasmo cuya savia procede de la muerte, la estúpida mentalidad de masas, tan opuesta a la vida, al otro tipo de entusiasmo.

El abogado se había sentado sobre la estera y se estaba sirviendo un poco de vino. El temor que le producían las antorchas rojas había mermado considerablemente, y dentro de la tienda se sentía cómodo y abrigado.

Era evidente que el viejo Nicos desaprobaba las palabras del esenio, que comenzaban a volverse incomprensibles.

-Bienaventurados sean los humildes que sirven sin resistirse -dijo-. Tú hablas de un entusiasmo maligno como si existiera otra clase, pero, ¿qué

otro tipo de entusiasmo puede haber? Toda pasión es maligna.

-El otro tipo -respondió el abogado mientras se acariciaba la calva dentada-, es ese entusiasmo que no persigue la renuncia sino el sublime disfrute de la vida. Es cierto que el hábito de la renuncia, esa intoxicación de savias oscuras que equipara la virtud a la autonegación y considera a la muerte como el sacrificio más noble, hace aparecer cualquier otro entusiasmo como despreciable o vulgar. ¿Acaso nuestro absurdo sistema no nos hace buscar la satisfacción de nuestros deseos de las formas más despreciables o vulgares? Para sobrevivir, el tendero se ve forzado a usar pesos falsos, el esclavo a robar a su amo o a conspirar contra él, el granjero a mostrarse duro y mezquino. ¿No es verdad, por tanto, que todo lo que sirve a la vida y a nuestros propios intereses es despreciable y vulgar? La insignificante miseria de la existencia vuelve a hombres y mujeres indiferentes al sereno, benévolos entusiasmo, y los empuja a embriagarse con las savias negras. Eso es lo que induce a la humanidad a actuar en contra de los intereses de los demás, cuando están aislados, y en contra de sus propios intereses cuando se asocian en grupos o multitudes.

¡Vaya, había regresado una vez más al punto de partida de su tratado! Tal vez, si le hubiesen dado tiempo, podría haberlo concluido..., pero ya era demasiado tarde.

El abogado tosió suavemente y se acarició la calva. ¡Oh, quién pudiera estar sentado ante su escritorio, con la vieja y buena viga sobre la cabeza! Aquellos estúpidos que cantaban y agitaban sus lanzas en la noche, se preparaban para actuar en contra de sus propios intereses y matarlo a él, al cronista Fulvio. ¿Por qué demonios un cronista debía embarcarse en aventuras, saltar murallas y arriesgarse a peligros mortales en lugar de quedarse sentado ante su mesa, debajo de su viga?

El abogado Fulvio apuró su copa.

-Sin duda -continuó-, esa clase de sereno entusiasmo que se recrea en la vida también debe prepararse para sacrificios y a menudo no tiene otra opción que entregarse a la muerte, pero la diferencia reside en la forma en que uno muere, en si uno pone a la muerte a disposición de la vida o, por el contrario, empuja a la vida a la esclavitud de la muerte. Es verdad que es

más fácil vivir para la muerte, como los soldados que agitan sus espadas, que morir por la vida y por la serena dicha, como exige con frecuencia la ley de los desvíos.

El viejo Nicos cabeceaba en su rincón, dormido, pero el viejo esenio seguía despierto y sacudía la cabeza con expresión circunspecta.

-Bueno, bueno -dijo-, ésta podría ser nuestra última noche, se han quemado hasta los últimos vestigios de la Ciudad del Sol, la humanidad es presa de las savias negras y Dios está insatisfecho consigo mismo. El lo comenzó todo, y mirad, todo salió mal desde el principio, pues cuando aún no había acabado de poblar el cielo, la tierra y las aguas, sus criaturas comenzaron a devorarse unas a otras. Como es natural, él se enfadó por esto, pero para salvar su honor anunció que su ley establecía que todos los seres vivos debían comerse unos a otros y que los grandes siempre devorarían a los pequeños. Cualquiera puede organizar las cosas de esa manera, por supuesto; lo difícil sería hacerlo de la forma contraria...

-Pero eso es imposible, ¿no es cierto? -preguntó Nicos que se había despertado sobresaltado del ligero sopor propio de los ancianos.

-¿Entonces para qué es Dios? -preguntó el esenio sacudiendo la cabeza con reprobación-. Cualquiera podría hacer las cosas de ese modo. Y si con los animales las cosas no le salieron bien, con los humanos su error fue mucho más grave, ya que comenzó a pelearse con ellos desde los primeros días. Debo añadir que con el asunto del árbol se equivocó sobremanera, pues si no quería que el hombre y la mujer comieran cierta manzana, ¿para qué la colgó enfrente mismo de sus narices? Esas cosas no se hacen.

-Para que aprendieran a renunciar -respondió el viejo Nicos-, y para que se acostumbraran a la existencia de los frutos prohibidos.

-Eso es. ¿Puedes explicarme por qué creó un mundo lleno de cosas prohibidas?

¿No podría haberlo creado sin ninguna? ¿Tú puedes comprenderlo? Porque yo no.

-Si, yo lo comprendo -respondió el viejo Nicos-. El hombre debe renunciar, servir y sufrir. Bienaventurados los débiles que mueren en manos de los

malvados y perversos.

-Pero eso no estaba previsto en el plan de la creación -dijo el esenio arrugando su nariz de fauno-, o si lo estaba, es señal de que era un mal plan y habría sido mejor que Dios no lo llevara a cabo.

Sacudió la cabeza en un gesto reprobador y luego se arrodilló para rezar su oración matinal.

Los sones de trompetas de los romanos se volvieron más claros y próximos.

Aunque afuera aún estaba oscuro, no faltaba mucho para que despuntara el nuevo día.

La noche avanzaba y Espartaco seguía tendido sobre su manta. Tampoco él había querido pasar la última noche solo y junto a él respiraba la delgada joven morena, casi una niña. La había tenido abandonada durante tanto tiempo, que jamás había entrado a la tienda de la enseña púrpura en la Ciudad del Sol. En aquella época, solía vérsela acompañada por Crixus, aunque casi siempre estaba sola. Lejos de la ciudad, había vagado por los bosques durante días enteros, durmiendo bajo los árboles o junto a las rocas blancas de la cretácea tierra de Lucania. En una ocasión, un pastor de la fraternidad que buscaba un carnero extraviado la había sorprendido tendida sobre el reborde de una roca, hablando sola con los ojos en blanco. Cuando el pastor la saludó, ella se asustó y lo miró como si se tratara de una aparición, pero luego le indicó que podía encontrar el carnero en cierto punto de una colina distante, cerca de un caserío imposible de divisar desde aquel punto, y allí fue, en efecto, donde el pastor lo encontró. Con frecuencia habían sucedido incidentes similares, que contribuían a afianzar su reputación de vidente de lo oculto y oscuro, mensajera de las cosas que aún ocultaba el futuro.

Esta reputación se remontaba a años atrás, cuando era sacerdotisa del Baco de Tracia, iniciada en el culto órfico. ¿Acaso cuando Espartaco no era más que un simple gladiador no había anunciado que el destino lo investiría con un terrible poder?

En aquella ocasión, él dormía tendido en el suelo, cuando la mujer había visto a una serpiente aproximarse a su cabeza y enroscarse a su alre-

dedor sin hacerle daño. Entonces había sabido todo lo que ocurriría.

Espartaco la había desatendido durante largo tiempo y la gente decía que la evitaba para no contaminarse con los oscuros poderes que ella albergaba en su interior.

Se rumoreaba que desde que se trataba con embajadores y diplomáticos asiáticos y tenía por principal asesor a un abogado calvo, no quería tener nada que ver con aquellos poderes sombríos y tenebrosos. Sin embargo, cuando la Ciudad del Sol se desmoronó, él volvió a llevarla consigo, y ahora, mientras la noche avanzaba, respiraba junto a él sobre la manta, delgada, infantil y frágil; misteriosa aún entre sus brazos.

Si antes la rehuía por sus poderes esotéricos, ahora la quería precisamente por ellos, pues también él había visto las antorchas rojas y había oído cantar a los romanos en la oscuridad, ebrios con la certeza de su victoria. Sabía que aquella noche era la última y le hubiera gustado escuchar qué pasaría después, cuando su aliento se silenciara y el sol no volviera a salir para él. Hacía tiempo que había olvidado a los aciagos dioses de Tracia, y le daba vergüenza interrogar al esenio. Además, tenía la impresión de que el abrazo de una mujer lo acercaría más a la respuesta que todos los sacerdotes y magos del mundo.

Sin embargo, ahora que estaba tendida junto a él, con su respiración todavía fatigosa y pesada, le negaba la verdad y se mostraba más enigmática que nunca. Él aguardaba inmóvil la respuesta a su pregunta. La buscó primero en el contacto con su cuerpo y luego en el fondo de sus ojos, hasta que ella comenzó a sentirse incómoda y desvió la mirada. Entonces aceptó que no había respuesta y se dio por vencido, decepcionado.

Se incorporó y salió de la tienda. Recorrió el oscuro campamento, inspeccionó a los centinelas, oyó el discordante canto de los gallos y el ronco son de trompetas romanas, y regresó a la tienda, cansado y aterido. La mujer se había marchado, pero su olor permanecía en la tienda y el calor de su cuerpo sobre la manta. Él se tendió sobre el hueco dejado por ella, cerró los ojos, consciente de que ya nunca encontraría una respuesta, y se quedó dormido.

Tampoco encontró la respuesta al día siguiente, en la batalla junto al

río Silaro, durante la cual su ejército fue destruido y él resultó muerto.

La batalla comenzó poco antes del amanecer, con el ataque de los esclavos. Los tambores africanos, cajas de madera cubiertas con cueros de animales, resonaban como truenos subterráneos en la sombría mañana. La región era yerma y montañosa. Los tiradores de chinas lucanos cabalgaron al frente sobre sus delgadas jacas hambrientas y fueron recibidos por una lluvia de flechas. La superioridad de los arcos romanos, más flexibles y con mayor alcance, hacían que sus tiragomas parecieran simples juguetes. Los lucanos abrieron filas, se dispersaron, y realizaron trucos acrobáticos, revoloteando como nubes de mosquitos frente a la infantería celta, que avanzaba entre gritos estridentes. El día aclaraba rápidamente, y aunque las filas romanas permanecían quietas, la caballería que las flanqueaba comenzaba a moverse.

Espartaco sabía que no tenía suficientes caballos para evitar que los romanos se cerraran sobre sus flancos y que por lo tanto debía concentrar el ataque en el centro del enemigo, romper la triple fila de infantería antes de que los rodearan por completo. Los celtas, con sus ruidosas armaduras de lata, sus lanzas de madera, sus hachas y sus hoces, avanzaron gritando al estruendoso son de los tambores africanos.

La línea delantera de los romanos se abrió, pero las pesadas jabalinas de la segunda atravesaron la armadura de latón de los celtas y los obligaron a retroceder. La tercera línea romana, la muralla de acero de los veteranos, no entró en acción hasta horas más tarde, después de que los esclavos atacaran en oleadas y fueran derrotados oleada tras oleada.

Cuando el sol se acercaba a su cenit, la mitad del ejército de esclavos ya había sido aniquilada, y los demás luchaban, descalzos, contra hombres de armadura; madera contra hierro, carne contra acero. Más que una batalla fue una masacre, y las víctimas, movidas por la desesperación y fascinadas por la muerte, se arrojaron voluntariamente a los brazos de sus ejecutores. Cuando el sol ya había pasado su cenit, los romanos habían logrado rodear a los esclavos, y sus cohortes protegidas con cotas de malla avanzaban concéntricamente en el contraataque, marchando sobre colinas y cadáveres.

La batalla había comenzado poco antes del amanecer y concluyó poco

antes del ocaso. Entonces, el ejército de esclavos ya no existía: quince mil cuerpos vestidos con harapos malolientes, repulsivos para los vencedores y desprovistos de cualquier objeto digno de pillaje, yacían desperdigados sobre las colinas, junto al río Silaro.

El jefe de los esclavos, el gladiador Espartaco, cayó cerca del mediodía, pocos minutos antes de que el sol llegara a su cenit. Había conducido el ataque contra la quinta cohorte de Craso al frente de sus tracios. Alto y llamativo en su tosca piel, se abrió paso entre las filas romanas con su espada de gladiador. Los dos últimos criados de Fanio, con sus oxidados cascós, avanzaban pegados a su espalda pese a que el gladiador se separaba rápidamente del resto de su tropa, pues había fijado su objetivo en un oficial romano vestido con un elegante traje de montar, con rasgos regulares y severos, y un látigo de jinete en la mano. Ya se había abierto paso entre dos centuriones que obstaculizaban el camino, el tumulto que lo rodeaba se había despejado un poco y había dejado atrás a los dos cuellicortos. Se encontraba a escasos treinta pasos del oficial, que también lo había reconocido y lo miraba acercarse con las cejas ligeramente arqueadas.

Entonces el círculo de gente volvió a cerrarse a su alrededor, y cuando estaba a sólo veinte pasos de su objetivo, una lanza penetró en su cadera y alguien le asestó un breve, duro y terrible golpe entre los ojos. Mientras caía, observó una vez más al oficial, que no se había movido de su sitio y lo miraba golpeando pausadamente el látigo contra su muslo. Sin embargo, ya no tenía nada contra él; sintió el contacto de la tierra arcillosa en las mejillas y cerró los ojos.

A lo lejos, tras velos de bruma, el alboroto continuaba, los hombres se apuñalaban unos a otros y se desplomaban sobre el suelo. Unos pies furiosos con zapatos duros y puntiagudos se hundían en su cuerpo como arietes, cada órgano de su cuerpo parecía dolorido y sensible, pero incluso el dolor parecía llegar de muy lejos, ahogado y ensombrecido por nubes.

"¿Eso es todo?", pensó mientras rodaba sobre su estómago, mordiendo con fuerza la arcilla acre, amarga, que le raspaba los labios y el paladar. "¿Eso es todo?", fue lo único que tuvo tiempo de pensar antes de cerrar las mandíbulas sobre la tierra arcillosa con un chasquido breve y enérgico. Así encontraron al paladín de la revolución italiana al atardecer, cubierto por su

tosca piel, dura por la sangre, con la boca llena de tierra y los dedos hundidos, como garras, entre la arcilla y los rastrojos.

6 Las cruces

La insurrección italiana había concluido. Quince mil cadáveres yacían diseminados sobre la tierra montañosa del río Silaro, y cuatro mil mujeres, viejos y enfermos, que no habían participado en la batalla o no se habían suicidado a tiempo, cayeron prisioneros. Roma suspiraba aliviada, libre de un duro peso, mientras a lo largo y ancho de la nación se desataba una cacería humana sin precedentes en la historia de Italia.

Las legiones de Craso persiguieron y capturaron a los pastores de las montañas lucanas y a los granjeros y pequeños arrendatarios de Apulia. Todo aquel que poseyera menos de un acre de tierra o dos vacas, era sospechoso de simpatizar con la revolución, y por consiguiente asesinado o tomado prisionero. La cuarta parte de la población de esclavos fue eliminada. Los rebeldes habían derramado sangre sobre la nación; los vencedores la convirtieron en un matadero. Entraron a las aldeas en pequeñas tropas, entonando cánticos patrióticos, y erigieron cruces en los mercados, violaron a las mujeres, mutilaron al ganado. Por las noches, las chozas y barracas de los esclavos ardían en llamas, como antorchas de la victoria. La embriaguez de las oscuras savias se había apoderado de Italia, que aclamaba al generalísimo que había restaurado el orden y vencido a las fuerzas del mal: el general

Pompeyo.

Pompeyo y su ejército habían regresado de España justo a tiempo para toparse con un pequeño grupo de fugitivos en los Apeninos. Tras destruirlos, Pompeyo permitió a sus hombres participar en la cacería humana de su tierra natal, como compensación por las penurias vividas en España; tras lo cual informó al Senado que, aunque Craso había vencido a los esclavos, él, Pompeyo, había extirpado las raíces de la revolución.

Pompeyo logró una entrada triunfal: llegó a Roma en una cuadriga tirada por cuatro palfrenes blancos. Exhibiendo laureles a su derecha y la maza de ébano en su mano izquierda, escuchaba las ovaciones de la multitud con la cara arrebolada.

La única nota discordante con su arrogancia la daba el esclavo del Estado, situado a su espalda, que sostenía la corona de Júpiter sobre su cabeza, y repetía con excesiva frecuencia la tradicional frase convenida: "Recuerda que eres mortal".

Craso sólo obtuvo una ovación. Entró a pie, seguido por unos pocos soldados, y sólo obtuvo la gracia de usar una corona de laurel, en lugar de la de mirto. Sin embargo, la marcha de regreso del banquero Craso fue un espectáculo sin precedentes, que estremeció al mundo. Mientras el desfile de Pompeyo comenzó en el Campo de Marte y concluyó dos millas más adelante, ante el Capitolio, Craso hizo erigir dos hileras de cruces de madera a lo largo de las doscientas millas de vía Apia que lo separaban de Roma. Seis mil prisioneros esclavos, con los pies y las manos atravesados por clavos, colgaban a intervalos de cincuenta metros a ambos lados del camino: una hilera interrumpida que se prolongaba desde Capua hasta Roma.

Craso avanzaba con lentitud, pues se detenía a descansar a menudo. Había enviado a sus tropas de ingenieros a construir las cruces antes de su llegada, pero llevaba a los prisioneros consigo, atados con largas sogas en pequeños grupos. Delante de su ejército se extendía un camino infinito, flanqueado por cruces vacías; detrás de su ejército, un hombre colgaba de cada cruz. Craso se tomaba su tiempo.

Avanzaba a ritmo pausado, interrumpiendo la marcha tres veces al día. Durante los intervalos de descanso, se elegía al azar al grupo de prisioneros que serían crucificados desde allí a la parada siguiente. El ejército recorría quince millas diarias, y dejaba atrás quinientos crucificados por día, como mojones vivientes en el camino.

En la capital, todo el mundo estaba pendiente de su marcha. Los jóvenes aristócratas, o cualquiera que pudiera permitírselo de un modo u otro, se dirigían al encuentro del ejército de Craso para presenciar el espectáculo con sus propios ojos.

Un incesante torrente de excursionistas, en imponentes carroajes o coches alquilados, montados a caballo o transportados en literas, se precipitaba hacia el sur de la vía Apia. Durante los intervalos de descanso, Craso recibía a los más importantes en su tienda. En esas ocasiones masticaba dátiles confitados, observaba a los visitantes con aire taciturno y les preguntaba si con la entrada triunfal de Pompeyo habían disfrutado tanto. Sólo entonces la gente alcanzaba a apreciar la verdadera magnitud de la astucia de Craso, una astucia aún mayor que la que le había llevado a crear su imperio inmobiliario y su cuerpo de bomberos: puesto que Roma había negado una entrada triunfal a Craso, ahora él la obligaba a homenajearlo saliendo a su encuentro en el camino.

La primavera estaba próxima. El sol ya irradiaba cierta calidez, aunque no la suficiente para conceder la gracia de una muerte rápida a los crucificados que el ejército de Craso dejaba a su espalda. Sólo unos pocos conseguían extorsionar a algún soldado para que volviera a matarlos por la noche. Craso había prohibido cualquier iniciativa en ese sentido, pues pese a no ser un hombre particularmente aficionado a la crueldad, le gustaba plasmar sus ideas de forma meticolosa, sin que nada enturbiara la perfección de su efecto. Sin embargo, como tampoco carecía de sentimientos humanitarios, había preferido el método de clavar a los crucificados, que tenía a acelerar la muerte, en lugar del habitual sistema de amarrarlos con sogas.

La marcha de Capua a Roma duró doce días, dejando tras de sí quinientos crucificados diarios a intervalos regulares, escrupulosamente medidos. Los condenados más débiles sobrevivieron pocas horas, los más fuertes varios días. Aquellos que tenían la suerte de que los clavos les atravesaran

una arteria se desangraban con rapidez, pero por lo general, sólo les astillaban los huesos de las manos y de los pies, y si el condenado se desmayaba en el proceso, volvía en si en cuanto levantaban la cruz, sólo para maldecir a los amos de la creación. Muchos se arrancaban los clavos, algunos para liberarse, otros para desangrarse con mayor rapidez; aunque todos descubrían que el dolor pone un límite a la más fuerte de las voluntades, e incluso aquellos que intentaban fracturarse el cráneo contra los maderos de las cruces, acababan por admitir que, de todas las criaturas vivientes, ninguna es tan difícil de matar como uno mismo.

Se acercaba la primavera. La noche sucedía al día, el día a la noche, y ellos seguían vivos, atrapados por el tormento y el dolor. La gangrena pudría sus carnes, las bestias y los pájaros de la tierra y el aire se les acercaban, gruñendo, escupiendo o agitando las alas. La noche sucedía al día y el día a la noche, sin que la tierra se abriera ni el sol detuviera su viaje a través del cielo. El tormento superaba todos los límites, redimía la mayor de las culpas, y no formaba parte de un delirio febril, sino de una realidad de la que era imposible despertar. Su sufrimiento no era una rememoración ni una visión anticipada; ocurría en el presente, allí y entonces.

El azar preservó las vidas del cronista Fulvio y del hombre de la cabeza ovalada hasta que llegaron al río Liris. Eran los últimos supervivientes de la antigua horda, pues el pastor Hermios había sido atravesado por una lanza en Apulia, los dos, padre e hijo, habían muerto juntos en la batalla del Silaro, y la delgada amante morena de Espartaco se había suicidado, ahogándose durante la batalla, cuando todavía nadie conocía la noticia de la muerte del jefe. Sólo quedaban ellos dos, además del viejo Nicos, ya casi ciego, que caminaba atado a la soga que los unía a los demás balbuceando incoherenteamente.

Se sentaron por última vez junto al río Liris. Estaban en la orilla, custodiados por soldados con armaduras y alineados con los demás elegidos para la ejecución de aquel día. El caudal del río Liris había crecido y arrastraba arbustos, verduras podridas, carroña de cerdos y felinos, girando incesante-

mente en turbios remolinos.

De vez en cuando veían pasar el cadáver de algún hombre, que tras la larga distancia recorrida había perdido sus rasgos humanos.

Río arriba, junto al campamento de la vanguardia y detrás de la última curva del río, resonaban los golpes de las mazas. Las cruces para el nuevo grupo aún no estaban listas y los ciento cincuenta hombres seleccionados al azar tenían que esperar.

Tampoco ellos -sentados junto a la orilla en una larga hilera y atados entre si con una soga, aguardando a que vinieran a buscarlos- conservaban demasiados rasgos humanos. Contemplaban las aguas amarillentas del río Liris, y mientras unos se balanceaban de adelante hacia atrás, gimiendo, otros cantaban, otros más se tendían de cara al suelo y por fin otros descubrían sus cuerpos para obtener una última gracia de ellos y debilitar sus energías.

El viejo Nicos balbuceaba frases inconexas. Era el único de la fila cuya ejecución había aplazado, pero como estaba casi ciego los soldados le habían permitido continuar con los dos hombres que lo guiaban.

-Bienaventurados aquellos que renuncian y mueren en manos de los malvados y perversos.

Pero, a su lado, el esenio sacudió la cabeza, sonrió y dijo:

-Bienaventurados aquellos que cogen la espada en su mano para acabar con el poder de las bestias, los que construyen torres de piedra para ganar terreno a las nubes, los que suben la escalera para enfrentarse al ángel, porque ellos son los verdaderos hijos del hombre.

Río arriba, los golpes se habían vuelto más pausados, indicando que los soldados estaban a punto de concluir con su trabajo. Junto al cronista Fulvio, se sentaba un campesino calabrés, un personaje patético con la barba enmarañada y una expresión amable en sus ojos ligeramente saltones. Se llamaba Nicolao, y mientras mordisqueaba una planta de lechuga recogida en alguna parte del camino, le contó a Fulvio una embrollada historia sobre su vaca Juno, que estaba a punto de parir cuando los soldados se lo habían llevado con su esposa y habían quemado el techo nuevo del granero.

Interrumpió su historia para ofrecerle unas hojas de lechuga a Fulvio y preguntarle si pensaba que los soldados les darían de comer antes de la ejecución.

El abogado Fulvio carraspeó.

-Será mejor no tener nada en los intestinos -dijo con sequedad.

Pensó en su tratado inconcluso y en los pergaminos que le había arrebatado un joven oficial en el momento de la captura. Aunque sentía indiferencia hacia la muerte, le asustaba sobremanera el tormento que la precedería y le hubiera gustado saber qué había sido de sus pergaminos.

Los golpes de las mazas se acallaron por completo y los soldados vestidos con cotas de malla vinieron a buscar a los diez primeros hombres de la fila. Poco después, los que quedaron atrás oyeron nuevos martillazos regulares y cada vez más lejanos, pero ahora los golpes sonaban amortiguados y estaban acompañados por extraños alarido humanos. Los ciento cuarenta hombres atados escuchaban en silencio.

-Bienaventurados aquellos que mueren a manos de los malvados -balbuceó el viejo Nicos-. Las torres construidas por el hombre se desmoronan y el ángel castigó al osado que intentó subir a la escalera dislocándole la cadera. Bienaventurados aquellos que sirven a los demás y no ofrecen resistencia.

Nadie le respondió. Un momento después, los soldados regresaron a buscar otros diez hombres. El abogado Fulvio, el esenio y el pequeño campesino de los ojos saltones quedaron cerca del final de la hilera, y estarían entre los diez siguientes. El esenio sacudió la cabeza.

-Aquel que recibe la palabra sufre por ella -dijo-. Ya sea buena o mala, debe acatarla y servirla en muchos sentidos, hasta que llegue el momento de pasársela a otro.

El pequeño campesino calabrés se apresuró a acabar la historia de su vaca Juno, como si temiera que no le alcanzara el tiempo, pero se interrumpió de repente.

-¿No tienes miedo? -le preguntó a Fulvio y siguió mordisqueando su lechuga.

-Todo hombre teme a la muerte -respondió el cronista-, aunque cada uno de un modo diferente. Sin embargo, cuando llega el momento, se olvida de ella. Primero sólo siente dolor, por tanto piensa en sí mismo y no en la muerte, y más tarde, cuando la muerte está muy próxima, se olvida de sí mismo. Nadie puede experimentar al mismo tiempo la conciencia de su muerte y la de su propio ser.

El pequeño campesino de barba enmarañada asintió con un gesto consternante.

No había entendido una sola palabra del discurso de Fulvio, pero intentaba creer en él porque sonaba reconfortante. Mientras tanto, la mente del abogado Fulvio se repartía entre el temor por lo que le harían y las especulaciones sobre la suerte de sus pergaminos. El siglo de revoluciones truncadas se había completado, la causa de la justicia había perdido, agotando, consumiendo, sus últimas fuerzas. Ahora nada frenaría el ansia de poder, nada obstruiría el camino al despotismo, ninguna barrera protegería al pueblo. El más brutal de los hombres podría ascender a alturas inusitadas, erigiéndose en dictador, emperador o dios. ¿Quién sería el primero en llegar a la meta? ¿El soldado Pompeyo, el tribuno César, el conspirador Cetego, el banquero Craso, el puritano Catón? Fulvio los recordaba de la época de su antigua carrera política, conocía bien el aspecto que tenían los héroes del pueblo cuando se disputaban puestos y jerarquías, se arrastraban unos a otros a la Comisión de Extorsiones, tomaban dinero prestado para celebrar juegos que acrecentaran su popularidad o cuando se dirigían al Senado, vestidos de blanco, formales y almidonados, cada uno de ellos como un monumento viviente de si mismo. Arriba resplandece el sol, abajo fluye el río, sus manos están atadas, el pequeño campesino de su derecha habla con vehemencia de su vaca Juno y el siguiente de la fila, un negro, exhibe su desnudez desvergonzadamente. El sol no se detendrá, ninguna escalera descenderá de los cielos, no hay forma de escapar del presente. Sin embargo, el hombre de la cabeza ovalada sonríe y sacude la cabeza:

-Está escrito: el viento va y viene sin dejar rastro. El hombre también va y viene sin saber nada del destino de sus padres ni del futuro de su semilla. La lluvia cae en el río y el río se derrama en el mar, pero el mar no crece. Todo es inútil.

Los ojos del negro se han quedado en blanco bajo sus párpados. Ahora cubre su desnudez y, tendido sobre el suelo, gime e invoca a los miserables dioses de su tierra natal.

-No hay consuelo -dice el cronista Fulvio con la voz ronca de pánico, pues ve aproximarse a los soldados vestidos con cotas de malla.

EPÍLOGO

Los delfines

Todavía es de noche y aún no han cantado los gallos. Sin embargo, Quinto Apronius, primer escriba del Tribunal del Mercado sabe desde hace tiempo que los escribas deben madrugar más que los gallos. Deja escapar un gruñido y rastrea el suelo de madera con los dedos de los pies, buscando las sandalias. Una vez más, sus sandalias están al revés, con la punta hacia la cama. En sus veinte años de servicio no ha logrado enseñar a Pomponia a colocarlas en la posición correcta.

Camina pesadamente hacia la ventana, mira hacia el patio interior y ve venir a Pomponia, vieja, huesuda y desgreñada, subiendo la escalera de incendios. El agua que trae está templada y el desayuno asqueroso; segunda ofensa de la mañana.

¿Cuántas más lo esperarán?, ¿y durante cuánto tiempo?

Los delfines, el espléndido clímax del día, nadan en su mente; aunque incluso eso ha dejado de ser un placer desde que perdió las esperanzas de convertirse en protegido oficial del juez del Mercado. A partir de ese momento, cada vez que entra en la sala de mármol, se siente acosado por miradas burlonas y maliciosas.

Desciende la escalera de incendios con las rodillas ligeramente temblorosas y la túnica recogida; consciente de que Pomponia, escoba en mano, mira que no arrastre el dobladillo por los peldaños. La concurrida callejuela está pálida bajo la débil luz de la madrugada y la interminable caravana de carros de leche y verdura para junto a él, animada por numerosas voces de mando.

Cuando llega a la intersección de los puestos de perfume y ungüento con los de pescado, se topa con la habitual cuadrilla de esclavos albañiles, que se dirigen a su trabajo, otra vez maniatados, como en tiempos de Sila. Sus expresiones son lúgubres y pétreas y sus miradas están cargadas de odio. Apronius se apretuja contra el portal, tembloroso, y se recoge la túnica. Por fin pasan y puede continuar.

El tablón de anuncios llama su atención: hace pocos días han pintado un nuevo cartel con un sol rojo en el extremo superior. Debajo se informa que el contratista de juegos Léntulo Batuatus se complace en invitar al apreciado público de Capua a una magnífica exhibición de su nuevo equipo de gladiadores. Sigue la lista de los grupos participantes, y una mención especial al número principal: un combate entre el gladiador galo Nestos y el tracio portador de un aro, Orestes. Se añade que durante el intervalo de descanso, se rociará perfume entre el auditorio, y que las entradas pueden adquirirse con anticipación en la panadería de Tito o a través de los agentes autorizados.

Apronius, que conoce el contenido del cartel de memoria, continúa su camino sacudiendo la cabeza y murmurando palabras de rencor. Hace tiempo que ha perdido la esperanza de conseguir una entrada gratis. Pronto llega a su destino, el templo de Minerva, sede del Tribunal Municipal del Mercado, donde lo espera una nueva humillación: la visión de su joven colega, que a pesar de haberse negado a entrar a los "Adoradores de Diana y Antino" durante años, ahora ha sido elegido presidente honorario sólo por su novedoso tocado. Con la arrogancia de un gallo, el joven se pasea por la sala ordenando documentos y dando órdenes a los alguaciles.

Cuando por fin aparece el juez, flanqueado por sus ayudantes, revoltea solícito alrededor de su silla, y éste le responde con un paternalista gesto de aprobación.

Los procesos siguen su curso, los oponentes se enardecen, los letrados sacuden las mangas de sus togas y la pila de documentos crece. Sentado ante su escritorio, Quinto Apronius redacta laboriosamente sus actas con manos ligeramente temblorosas. Ya no son bellas y perfectas; los días de artísticas florituras, que llenaban su corazón de dicha y orgullo, han quedado atrás.

Cuando el sol por fin señala el mediodía, el alguacil anuncia el fin de la sesión, Apronius recoge sus actas y abandona rápidamente a sus colegas, con la excusa de que debe atender un asunto importante. A paso digno, y con los pliegues de la túnica apretados contra las caderas, se dirige a la taberna de Los Lobos Gemelos. Supervisa con escrupulosidad el lavado de su jarra y dedica una desdeñosa crítica a la comida, que el propietario de la taberna recibe con fingido pesar. Tras un breve instante de duda, y sin dejar de gruñir y refunfuñar, sucumbe a la coactiva invitación de una segunda jarra de vino, un hábito al que se ha aficionado en los últimos tiempos. Por fin el escriba se levanta de su asiento con un ligero rubor en sus descamadas mejillas, sacude las migas de su toga y abandona la taberna de Los Lobos Gemelos para dirigirse a los baños de vapor.

El paseo cubierto de la entrada resuma la habitual actividad: debajo de las columnas se congregan oradores públicos, poetas ambiciosos y grupos de cotillas ociosos que intercambian noticias y cumplidos. El corrillo más grande se ha reunido en torno a dos oradores que discuten acaloradamente sobre las cualidades de los dos cónsules del año. Uno de ellos, un hombre pequeño y rollizo, alaba la magnanimidad de Marco Craso, mientras el otro, un decrepito veterano, resalta la dignidad militar de Pompeyo el Grande. De repente uno acusa al otro de que su fervor ha sido pagado con quince monedas de plata por los cabecillas electoralistas, junto al templo de Hércules, y da la impresión de que van a llegar a las manos. El pequeño gordezuelo afirma que Pompeyo ha acampado su ejército junto a las puertas de la capital porque desea iniciar una guerra civil y convertirse en un nuevo dictador. El veterano, por su parte, señala que Craso no ha disuelto su ejército con la excusa de proteger a la república de Pompeyo, cuando en realidad es él quien pretende transformarse en dictador.

Apronius se encoge de hombros. Él ha aprendido su lección y sabe que la política no es más que una conspiración de fuerzas invisibles con el único propósito de robar al ciudadano común y fastidiarle la vida. Cruza el vestíbulo despacio, le pide la llave de su taquilla a un asistente y se pone la bata de baño con el corazón acongojado.

Es una prenda con rayas rojas y verdes, en otros tiempos deslumbrantes; una réplica exacta de la bata del empresario Rufo que Apronius se hizo

hacer en la época en que el futuro aún estaba lleno de radiantes promesas. ¡Cuántas privaciones había pasado para conseguirla!, ¡cuántas actas copiadas por la noche!, ¡cuántas cenas perdidas en la taberna de Los Lobos Gemelos! Y ahora la tela está raída y ruinosa, mientras en los codos y las rodillas las pequeñas fibras ensortijadas se caen como si estuvieran contaminadas con sama. Sólo permanecen sus colores estridentes, verde y rojo, y cada vez que Apronius se pavonea por los pasillos con la bata recogida sobre sus rodillas huesudas, todo el mundo se vuelve a mirarlo.

Por fin entra en la Sala de los Delfines y comprueba aliviado que ni Rufo ni el contratista de juegos están allí. El primero se ha comprado una nueva y maravillosa bata, esta vez a cuadros amarillo claro y castaño rojizo, y cada vez que el escriba la ve, lo embarga un imperioso deseo de convertirse en revolucionario y seguir el camino del difunto Espartaco.

Se sienta sobre uno de los tronos flanqueado por delfines. Junto a él, dos extraños de aspecto provinciano a quienes no había visto antes hablan del antiguo gladiador y jefe de esclavos. Apronius escucha la conversación con perplejidad, pues, aunque el tracio lleva muerto más de un año, el más joven de los desconocidos afirma que ha sido visto poco tiempo antes en una gran finca del norte, en Umbría, donde los esclavos del campo han asesinado a su amo. Mientras tanto, su anciano interlocutor asiente con gravedad. Él procede del sur, de la región lucana y también ha oído anécdotas similares: el gladiador ha aparecido ante varios cazadores y pastores en senderos solitarios de las montañas, y después de hablar unos instantes con ellos ha desaparecido. Todos lo reconocen de inmediato por su tosca piel, que cubre su cuerpo como en los viejos tiempos. Estas leyendas se han extendido por todo el territorio de Apulia y Brucio, donde los ricos asustan a los niños desobedientes con la amenaza de que Espartaco vendrá a llevárselos.

El escriba sacude la cabeza con perplejidad y señala a los extraños que todo el mundo sabe que el jefe de bandidos murió en la batalla junto al Silaro y que su cadáver fue quemado a la mañana siguiente, junto a muchos otros.

El más joven de los desconocidos lo mira con reprobación. Su mirada severa desciende hacia la bata de baño de Apronius, y una sonrisa fugaz ilu-

mina su rostro.

-¿Cómo puedes estar tan seguro de su muerte? -pregunta el extraño.

-Bueno, después de todo encontraron su cadáver -responde Arponius-. Dicen que tenía un aspecto impresionante, con la boca llena de tierra, y que al día siguiente lo quemaron.

-¿Y tú cómo lo sabes? -preguntó el extraño con expresión grave-. Otros dicen que lo atravesaron varias lanzas, pero que cuando lo buscaron, su cuerpo ya no estaba allí. Muchos hombres se han ido a la tumba y luego han regresado andando sobre sus propios pies.

El escriba Apronius se levanta de su sillón de mármol sacudiendo la cabeza. Incluso después del baño, en el camino a su casa, no puede dejar de pensar en la curiosa conversación de los dos desconocidos.

Las sombras envuelven las estrechas calles entrecruzadas del barrio de Oscia, mientras él trepa la escalera de incendios hacia su habitación. Desnuda su cuerpo viejo y cansado, pliega su ropa con cuidado, la apoya sobre el tambaleante trípode y apaga la lámpara. Unos pasos rítmicos y apagados resuenan en la calle: los esclavos de la construcción vuelven de trabajar. Le parece ver sus caras lúgubres, desdichadas, los grillos de sus muñecas, y entre ellos el hombre de la piel con una mirada altiva, furiosa, y una espada en la mano.

El escriba Apronius fija la mirada en la oscuridad de su habitación con el corazón palpitante. Aguarda en vano la llegada del sueño, aunque teme a las pesadillas que traerá consigo, pues no le cabe duda de que serán tristes y funestas.

POST SCRIPTUM A LA EDICIÓN INGLESA DE ESPARTACO

Las novelas deben hablar por sí mismas, sin que los comentarios del autor se interpongan entre la obra y el lector, al menos antes de la lectura. Por ese motivo he preferido un post scriptum a un prefacio.

Espartaco es la primera novela de una trilogía (las otras dos son El cero y el infinito y Arrival and Departure) cuyo tema principal es el problema básico de la ética revolucionaria y de la ética política en general; el dilema sobre si el fin justifica los medios o hasta qué punto puede llegar a hacerlo. Es un problema muy antiguo, pero durante un período decisivo de mi vida se convirtió en una obsesión para mí. Me refiero a los siete años de mi militancia en el Partido Comunista y a los años inmediatamente siguientes.

Me afilié al Partido Comunista en 1931, a la edad de veintiséis años, cuando trabajaba en la redacción de un periódico liberal de Berlín. Mi ingreso en este partido se debió en parte a la búsqueda de una alternativa frente a la amenaza del nazismo y en parte al hecho de que, como Auden, Brecht, Malraux, Dos Passos y otros escritores de mi generación, me sentía atraído por la utopía soviética. Ya he descrito detalladamente el ambiente de aquella época en otros textos¹, de modo que no voy a explayarme aquí sobre este tema.

Cuando Hitler tomó el poder, yo me encontraba en la Unión Soviética escribiendo un libro sobre el primer Plan Quinquenal. Desde allí me fui a París, donde viví hasta la caída de Francia. Mi gradual desengaño del Partido Comunista llegó a su punto culminante en 1935, el año del asesinato de Kirov, de las purgas iniciales, de las primeras oleadas del Terror, que arrastrarían consigo a casi todos mis camaradas.

Durante esa crisis, comencé a escribir Espartaco, la historia de otra re-

volución truncada, y a lo largo de los cuatro años que tardé en hacerlo, una serie de interrupciones convirtieron la tarea en una especie de carrera de obstáculos. Un año después de comenzar a escribir la novela, estalló la guerra civil española, en el curso de la cual fui capturado por las tropas de Franco y pasé cuatro meses en prisión. Después de aquella experiencia, me vi obligado a escribir un libro tópico sobre España (Testamento español.)

En el interín me quedé sin dinero y sobreviví gracias a pequeños trabajos mediocres. Por fin acabé el libro en el verano de 1938, pocos meses después de abandonar el Partido Comunista.

Regresar al siglo primero antes de Cristo, tras cada una de aquellas interrupciones, significaba para mí un alivio y un descanso. No era exactamente una evasión, sino una forma de terapia ocupacional que contribuía a aclarar mis ideas, pues los paralelismos entre el siglo primero antes de Cristo y el presente eran evidentes. Había sido un siglo de inestabilidad social, de revoluciones e insurrecciones masivas, cuyas causas me resultaban familiares: la ruptura de los valores tradicionales, la brusca transformación del sistema económico, el desempleo, la corrupción y la decadencia de la clase dirigente. Sólo en un medio semejante era concebible que un grupo de setenta gladiadores se convirtiera en un auténtico ejército en tan pocos meses y fuera capaz de dominar a media Italia durante dos años.

¿A qué se debía, entonces, el fracaso de la revolución? Como es natural, las razones eran enormemente complejas, pero un factor destacaba con suma claridad:

Espartaco fue víctima de la "ley de los desvíos", que exige a un dirigente en la senda hacia la utopía "actuar despiadadamente en aras de la misericordia". Sin embargo, no se atrevió a dar el último paso -la purga, mediante la crucifixión, de los disidentes celtas y la imposición de una cruel tiranía- y con ello condenó la revolución al fracaso. En *Darkness at Noon*, el comisario bolchevique Rubashov elige la opción opuesta y sigue la "ley de los desvíos" hasta el final, sólo para descubrir que "la razón por sí sola era una brújula defectuosa, que conducía a un camino tan indirecto y tortuoso que el objetivo acababa perdiéndose en la niebla". De este modo, las dos novelas se complementan: ambos caminos terminan en un trágico callejón sin salida.

El lector de una novela histórica tiene derecho a saber hasta qué punto ésta se basa en hechos reales o es pura ficción. El material histórico sobre la revolución de los esclavos procede de unos pocos pasajes de Livio, Plutarco, Apiano y Floro, que en total suman apenas cuatro mil palabras. Es evidente que los historiadores romanos consideraron tan humillante este episodio que prefirieron reducir al mínimo sus referencias a él. Salustio parece haber sido la única excepción a esta regla, pero sólo han llegado a nosotros algunos fragmentos de su Historia.

En contraposición a la escasez de datos sobre la propia revuelta, disponemos de un extenso material sobre las condiciones sociales y las intrigas políticas de la época, y aunque se sabe muy poco acerca de los cabecillas de los esclavos y las ideas que los guiaban, abunda la información sobre sus adversarios: Pompeyo, Craso, Varinio, los cónsules y senadores de los años 73 al 71, sus amigos y contemporáneos.

Este fenómeno imponía un reto adicional a mi imaginación, pues no sólo tendría que forjar la personalidad de Espartaco y sus lugartenientes, sino también inventar los pormenores sobre su campaña y la organización de la comunidad de esclavos.

Por otra parte, la detallada información disponible sobre la época proporcionaba una base sólida a la especulación, de modo que la tarea de completar los datos ausentes se convirtió en un problema de geometría intuitiva, en la reconstrucción de un rompecabezas al que le faltaban la mitad de las piezas.

La historia no hace ninguna referencia al proyecto o idea común que mantenía unidos a los miembros del ejército de esclavos; sin embargo, sugiere que puede haberse tratado de una especie de programa "socialista", que sostenía el principio de la igualdad entre los hombres y negaba que la distinción entre ciudadanos libres y esclavos formara parte del orden natural de las cosas. También hay indicios de que Espartaco intentó fundar una comunidad utópica, basada en la propiedad común, en algún lugar de Calabria. El hecho de que este tipo de ideas fueran totalmente ajenas al proletariado romano antes del advenimiento del cristianismo primitivo, nos hace albergar

la insólita, aunque verosímil, sospecha de que los espartaquistas se inspiraron en la misma fuente que los nazarenos un siglo después: el mesianismo de los profetas hebreos. En la heterogénea masa de esclavos prófugos, sin duda habría varios de origen sirio, y éstos podrían haber familiarizado a Espartaco con las profecías sobre el Hijo del Hombre, enviado a "reconfortar a los cautivos, abrir los ojos de los ciegos y liberar a los oprimidos". Gracias a una especie de selección natural, todo movimiento espontáneo acaba adoptando la ideología o la mística que mejor se aviene a sus propósitos. Del mismo modo, y en provecho de mi rompecabezas, yo decidí que de entre los numerosos chiflados, reformistas y sectarios que debía de haber reunido su horda, Espartaco habría elegido como guía y consejero a un miembro de la secta judaica de los esenios, la única comunidad civilizada de magnitud considerable que en ese entonces practicaba una forma primitiva de comunismo y predicaba aquello de "lo mío es tuyo y lo tuyo mío". Después de las victorias iniciales, Espartaco necesitaba imperiosamente un programa o credo que mantuviera unida a su gente. Supuse que la filosofía con mayores posibilidades de atraer a los desposeídos sería la misma que un siglo más tarde encontraría una expresión más sublime en el Sermón de la Montaña, aquella que Espartaco, el mesías esclavo, no había conseguido llevar a la práctica.

En oposición a estas especulaciones sobre los desconocidos héroes del relato, sentí la necesidad de describir el trasfondo histórico con minuciosa, incluso presuntuosa, exactitud. Esta necesidad me indujo a investigar asuntos tan complejos como las características y aspecto de la ropa interior de los romanos, o sus complicadas formas de sujetar las prendas con hebillas, cinturones y fajas. Al final, ninguno de estos elementos encontró un sitio en la novela, y la ropa apenas se menciona en el texto; pero me resultaba imposible describir una escena mientras fuera incapaz de visualizar los atuendos de los personajes o la forma en que los sujetaban. Del mismo modo, los meses dedicados al estudio de los sistemas romanos de importación, exportación, tributación y asuntos afines redituaron en las escasas tres páginas en que Craso explica al joven Catón la política económica de Roma con una sarcástica terminología marxista.

Nacido en Budapest y educado en Viena, escribí primero en húngaro,

luego en alemán, y a partir de 1940, tras afincarme en este país, en inglés. Espartaco pertenece al final de mi etapa alemana y fue traducida por Edith Simón, entonces una joven estudiante de arte, que ahora se ha convertido en una de las más imaginativas profesionales en el campo de la novela histórica.

Londres, primavera de 1965 A.K.

Fin

El autor



Arthur Koestler (Budapest, 5 de septiembre de 1905 - Londres, 1 de marzo de 1983), fue un novelista, ensayista, historiador, periodista, activista político y filósofo social húngaro de origen judío. Su nombre de nacimiento fue Kösztler Artúr, que cambió posteriormente a Arthur Koestler al nacionalizarse británico.

Vivió intensamente la revolución dirigida por el líder comunista

húngaro Béla Kun, sintiéndose Koestler un "comunista romántico". Tras la caída de la "Comuna húngara", escapó de Hungría con su madre y se instaló en Viena. Entre 1922 y 1929 se hizo sionista seguidor de Zeev Jabotinsky. Tras abandonar sus estudios, partió hacia Palestina para trabajar en un kibutz, pero no estaba preparado para las labores agrícolas.³ Regresó a Europa, a Berlín, donde ingresó clandestinamente en el Partido Comunista en 1931.

Viajó a la Unión Soviética pero al conocer el régimen de Stalin regresó en 1934.⁵ Estuvo como corresponsal del diario inglés News Chronicle en la Guerra Civil Española y fue detenido por los franquistas tras la caída de Málaga en febrero de 1937. Encarcelado en Sevilla, fue condenado a muerte y finalmente canjeado por la esposa del aviador del ejército sublevado Carlos Haya, gracias a la mediación del Foreign Office.⁶ A la vuelta de la guerra civil española, abandonó definitivamente el Partido Comunista y se convirtió en un detractor acérrimo del comunismo. Participó en la Segunda Guerra Mundial donde, apresado por los nazis, fue internado en el campo de concentración de Vernet d'Ariège.⁷ Gracias a la ayuda de un miembro del Servicio de Inteligencia fue puesto en libertad condicional y se estableció en Marsella, desde donde consiguió pasar a Argelia y de allí a Casablanca e Inglaterra.

De su internamiento en el Vernet d'Ariège escribió La lie de la terre (1941).

Enfermo de leucemia y Parkinson, se suicidó en 1983